LOS SECRETOS DEL MAR

VIAJES

20



folio



COUSTEAU

VIAJES

20



COUSTEAU

VIAJES

20

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé

Asesores científicos: Serge Bertino, Rhodes W.Fairbridge, Antonio Ribera y Vicente Manuel Fernández

Traducción: Vicente Manuel Fernández y Miguel Aymerich

Coordinación editorial: Julián Viñuales Lorenzo

Coordinación técnica: Pilar Mora

Coordinación de producción: Miguel Angel Roig

Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por :
Ediciones Folio, S.A.
Muntaner, 371-373
08021 Barcelona

De esta obra hubo una edición anterior de doce volúmenes titulada genéricamente *Los Secretos del Mar.*

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

ISBN: 84-7583-513-9 (Volumen 20)
84-7583-530-9 (Obra completa)

Impresión: Printer, Industria Gráfica, S.A.

Depósito Legal: B-1568-1994
Printed in Spain

SUMARIO

EL MAR EN IMÁGENES


VER LO INVISIBLE

AVANTE TODA

LA TRAVESÍA DEL «MUNDO DEL SILENCIO»

ENCUENTRO EN LOS ARRECIFES



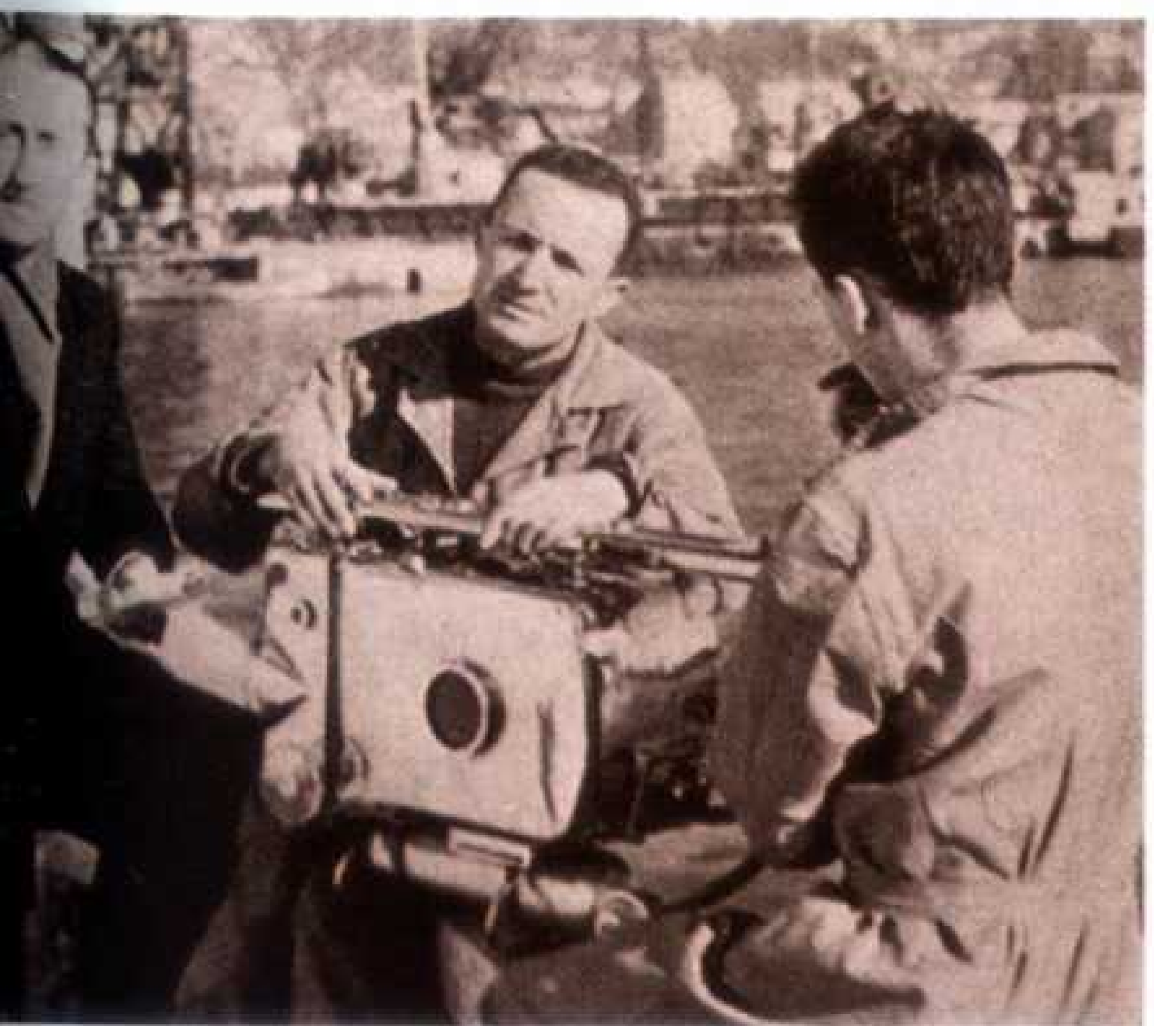


EL MAR EN IMAGENES

La primera cámara

En 1942, Dumas, Tailliez y yo buceábamos casi todos los días a pulmón libre, sin escafandra ni traje de buceo, ansiosos por admirar el espectáculo submarino, probar nuestra resistencia a la fatiga y describir a nuestros amigos nuestras andanzas bajo el agua. Pero nuestro entusiasmo quedaba invariablemente empañado ante la incredulidad con que acogían nuestros relatos. ¿Qué podíamos hacer para que nos creyeran? Demostrárselo con imágenes en vivo, naturalmente.
Ya en 1938, Philippe Tailliez había logrado rodar algunas escenas bajo el mar sirviéndose de una cámara *Pathé* de 9,5 milímetros metida en una caja de chocolates herméticamente cerrada. Yo decidí proseguir el experimento.
Por todo equipo disponíamos de una vieja cámara *Kinamo* de 35 milímetros, comprada por una bagatela a un chamarilero marsellés. Un exiliado húngaro, Papa Heinic, puso un excelente objetivo, y Léon Vèche, ingeniero mecánico a bordo del torpedero *Le Mars*, construyó una caja estanca. Pero en aquellos tiempos de guerra, ¿cómo conseguir para aficionados como nosotros película de 35 milímetros? ¡Sólo faltaba eso! Compramos varios centenares de rollos fotográficos *Leica*, de 1,60 metros de longitud, y Simone, tapada con las mantas de una cama (¡excelente laboratorio fotográfico!), las fue pegando para hacer bobinas de una longitud aceptable. Pero como nuestra cámara solamente disponía de carretes capaces de contener 15 metros de película, nos veíamos obligados a subir a la superficie cada 32 segundos de rodaje para recargar el aparato.
Así fue cómo filmamos, antes de crear la escafandra autónoma, nuestra primera película, que se llamó *«A 18 metros de profundidad»*. Una de las escenas más espectaculares sigue siendo aquella en que







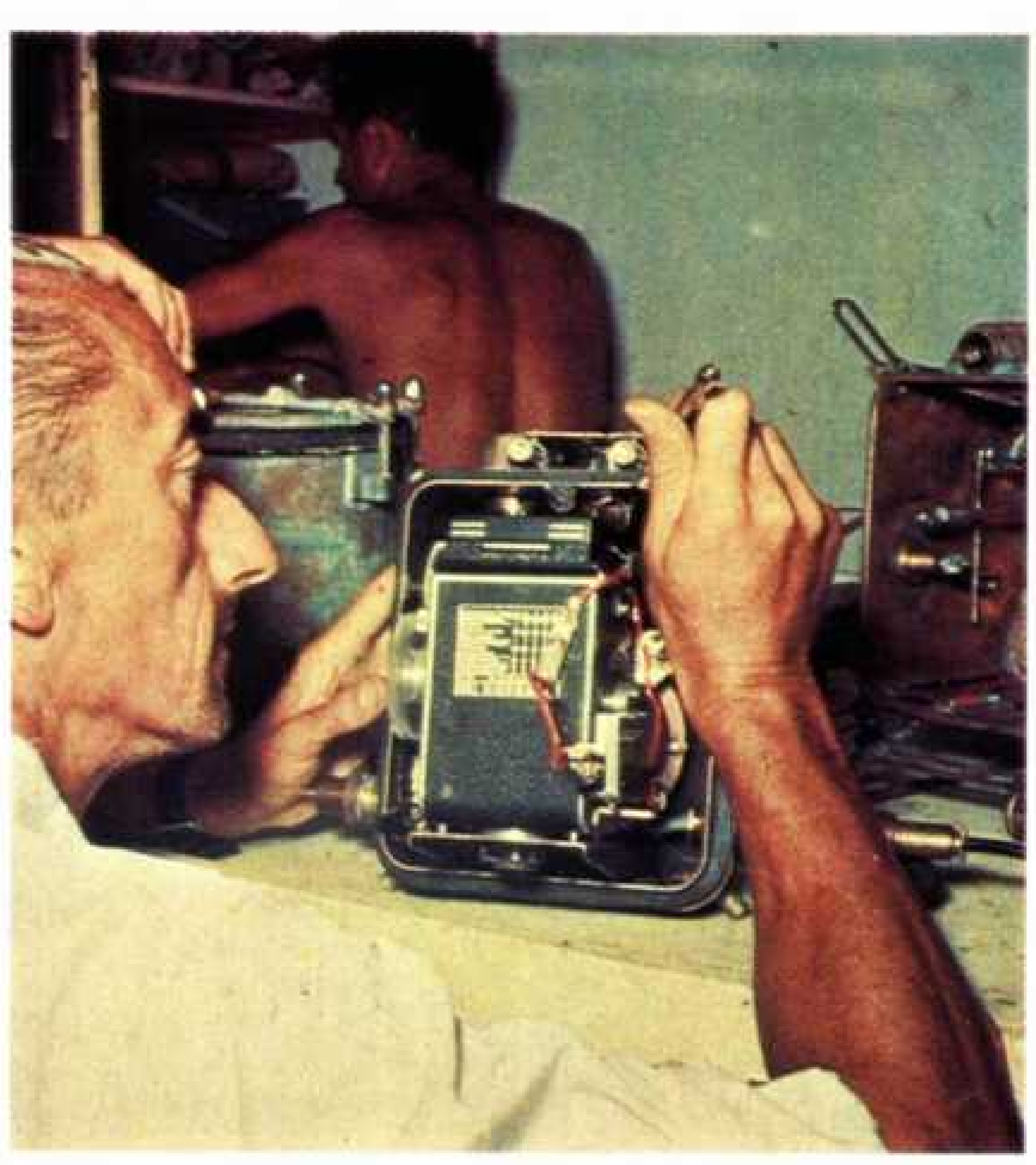


Dumas, en apnea, atravesaba nadando un túnel natural que se hallaba a 18 metros de profundidad.

¡Cuánta paciencia y aliento nos exigió esta secuencia! Cargando con la cámara, yo tenía que situarme en un extremo del túnel, desde donde no veía a Didi, que estaba en la otra punta: entre nosotros, tapando la gruta, se erguía una imponente roca, en cuya punta, dominándolo todo, se situaba otro buceador haciendo las veces de «señalizador». Cuando yo ya estaba preparado para rodar, y sobre todo Dumas para sumergirse, me hacían un gesto y descendía con la cámara hasta mi sitio, a más de 15 metros, donde me apostaba. Luego avisaban a Dumas, que entraba nadando a la galería, se detenía un momento y continuaba avanzando ha-

Para dar a conocer al gran público las maravillas del mundo submarino, el comandante Cousteau no tardó mucho en decidirse a perfeccionar su material de rodaje subacuático. Aquí, las primeras cámaras submarinas.





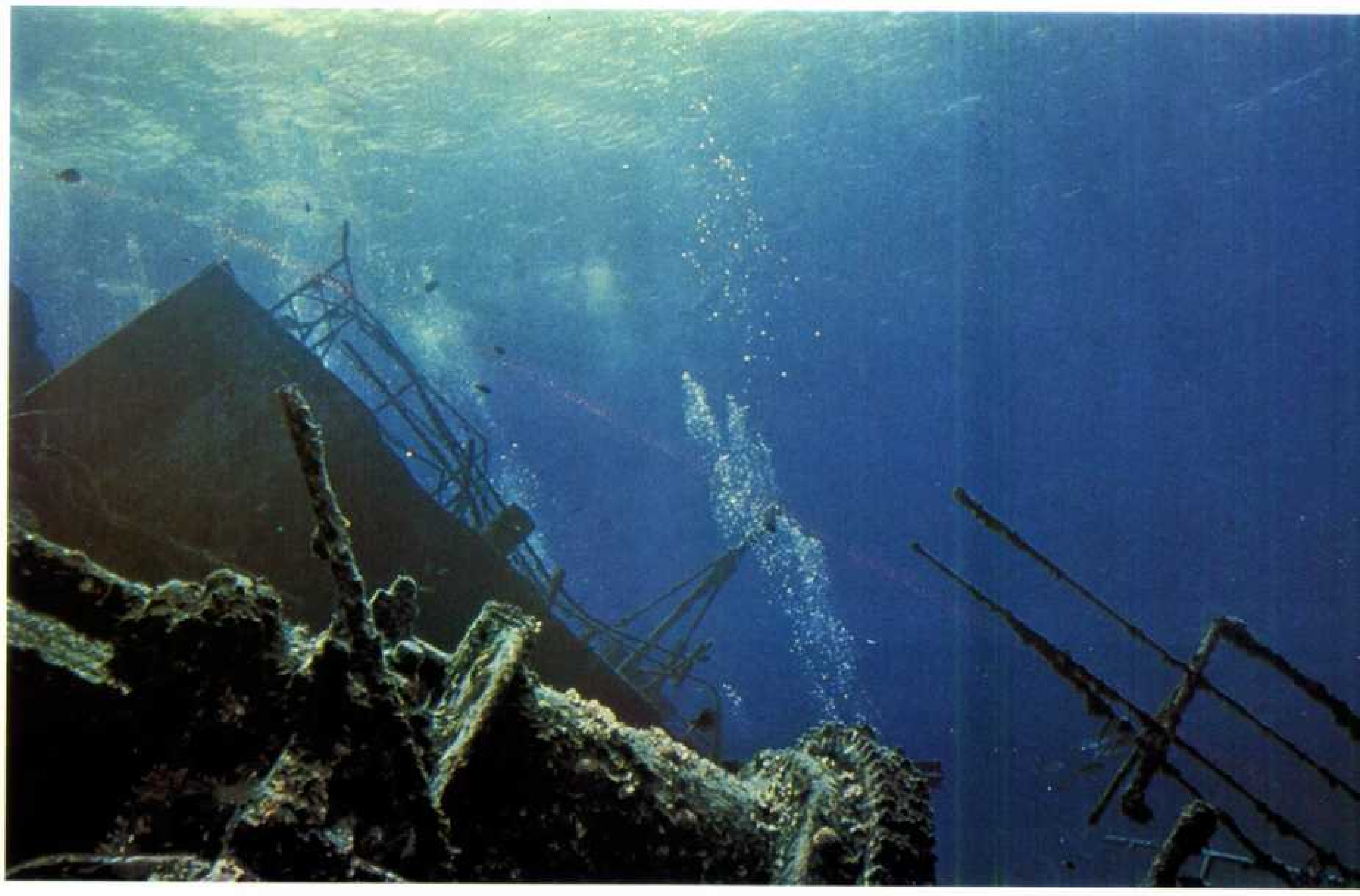
cia mí hasta rebasarme. Terminada la secuencia, regresábamos a la superficie, latiéndonos las sienes y con los músculos laxos, para recobrar el aliento a grandes bocanadas.

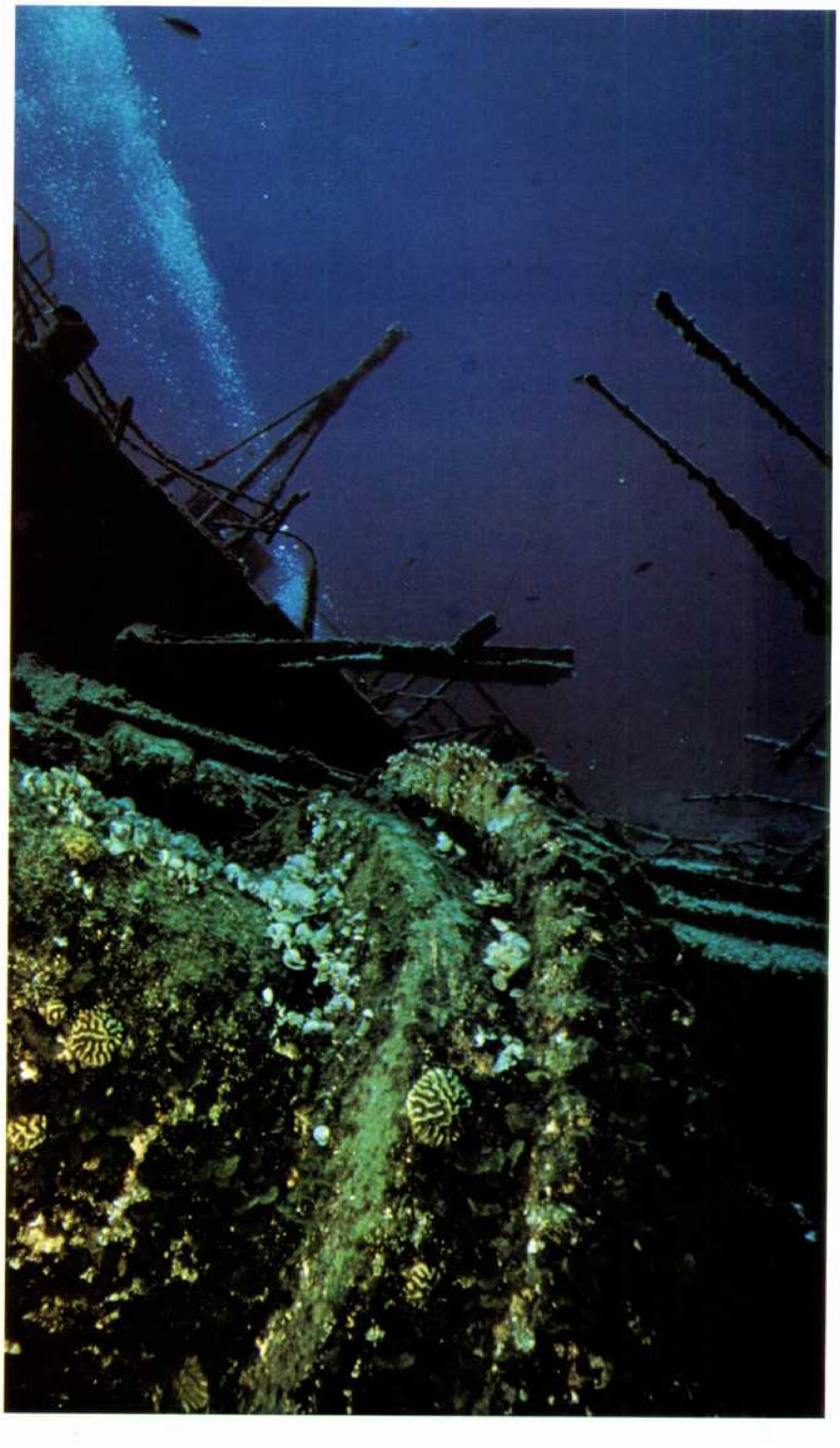
Mi segunda película, «*Pecios*», se realizó en 1943, y ya tuvimos la oportunidad de contar con la escafandra autónoma. Sobre todo pudimos permitirnos un nuevo lujo, el del tiempo. Los segundos dieron paso a los minutos, y así pudimos emprender proyectos más ambiciosos. Para esta segunda película escogí la rada de Marsella y la isla del Planier, donde se levanta el famoso faro.

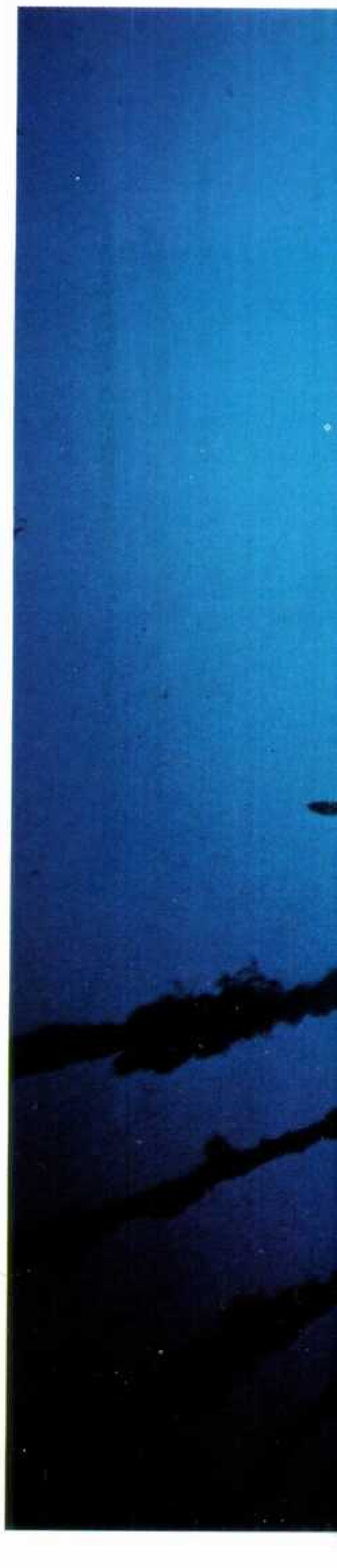
Eramos cinco: Tailliez, Roger Gary, Dumas, el cineasta Claude Houlbrèque y yo, con todo nuestro material a cuestas.

Pecios

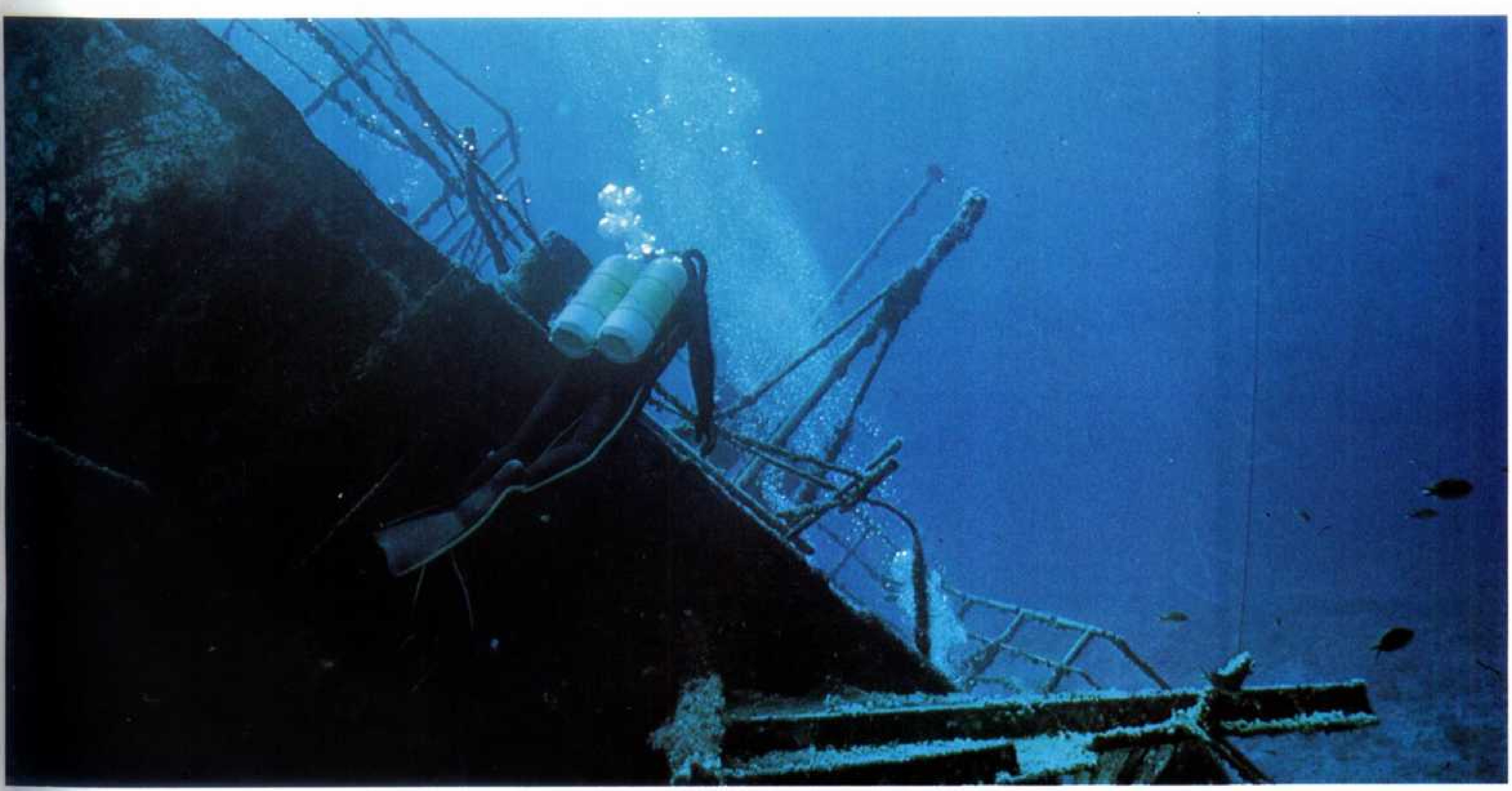
RESTOS de naufragios... Para mucha gente, desde los oficiales de marina a los pescadores y la gente de tierra adentro que apenas sabe nada sobre el mar, esta expresión les suscita enseguida imágenes de tempestades, de tifones, de arrecifes surgidos en medio de la noche, o —en tiempos de guerra— de torpedos, de minas flotantes, de bombardeos aéreos... Se imaginan a veces una terrible colisión entre dos buques extraviados en la niebla. Pero, ¿quién pensaría nunca en asociar la imagen de un naufragio a la de un festín, o de una borrachera colectiva?
Y, sin embargo, el *Dalton* no tiene más historia que ésta. Fletado por una compañía naviera griega, este antiguo vapor de 5.000 toneladas hacía cabotaje en el Mediterráneo, transportando de uno a otro puerto la más diversa mercancía. Aquella noche de Navidad de 1928, abandonó Marsella con su cargamento de plomo. Atraído por el faro de Planier, como una mariposa por la luz, se dirigió en derechura hacia el islote, estrellándose contra las rocas. El choque fue tan violento que el navío se hundió de inmediato. Los vigías del faro se precipitaron hacia el mar y lograron sacar a tierra a toda la tripulación. Si hemos de dar crédito a su informe..., todos estaban borrachos: ¡efecto de haber celebrado demasiado alegremente la Nochebuena!
Buceando sobre la popa, a 16 metros de profundidad, descendemos hacia la proa, que yace 20 metros más abajo. Rozamos la borda desfondada y llegamos al puente desbaratado, donde se abre una amplia escotilla. Nos introducimos por ella, aguzando la vista para intentar penetrar la oscuridad que reina en el interior y sondear este pozo sin fondo. He aquí nuestro primer problema: la luz.
Fuera, en el agua cristalina, se recortan los mástiles del barco, las planchas de acero, imágenes sin sombra aureoladas en derredor por una claridad irreal. Metidos en el vientre del *Dalton,* vamos palpando en una oscuridad total.
Con el tiempo, hemos ido aprendiendo a iluminar las grutas submarinas, las calas de los barcos naufragados, los abismos a donde nunca han llegado los rayos del Sol. Nuestras cámaras, cada vez más modernas, han filmado desde pecios hasta icebergs, pasando por formaciones coralinas, peces y mamíferos marinos... Pero el choque con la oscuridad, aquel día de 1943, fue demasiado violento para nosotros, ¿cómo íbamos a pensar que el mar no era una permanente claridad, azul y luminosa?

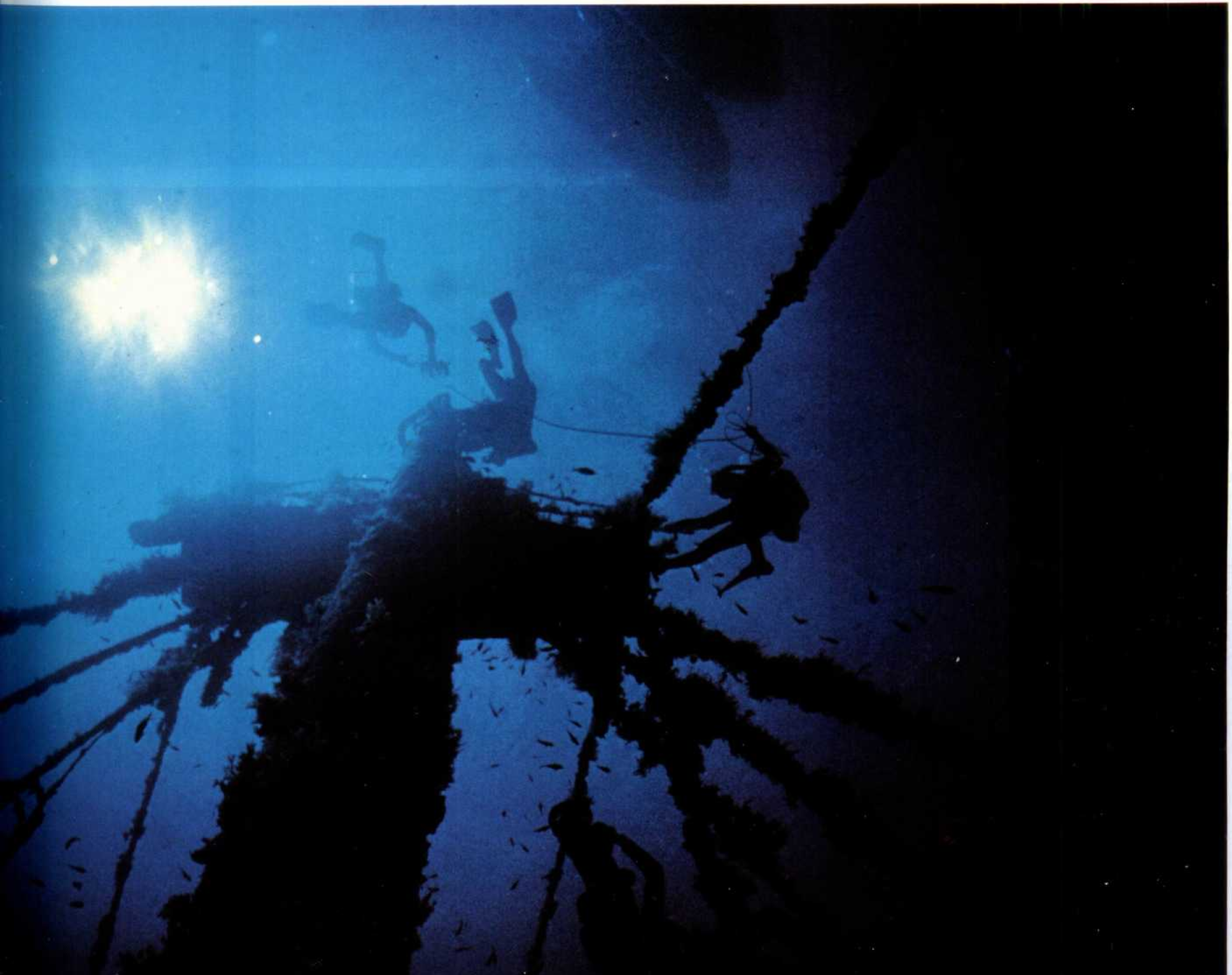






La exploración de pecios de todas las épocas constituye una parte de la labor del equipo Cousteau.





Las primeras imágenes bajo el mar

¡CUÁNTO gozamos filmando la vida en el mar, y más al comprobar que obteníamos excelentes resultados! Y qué decepción el día en que nuestras imágenes se difuminaron, saliendo movidas como si la cámara de pronto se hubiera vuelto loca... Sin embargo, el operador era el mismo, así como el aparato. Tuvimos que pasar horas y horas discutiendo la cuestión para comprenderlo. El problema no era de óptica, sino de nuestra psicología. Ya sabíamos hacía tiempo que, a través de la máscara de cristal con que nos protegíamos los ojos bajo el agua, los objetos parecen mayores de lo que son en realidad. Todo parece estar una cuarta parte más cerca que la distancia efectiva. ¡Qué rabia me daba en otro tiempo cuando, al alargar el brazo para tocar algún objeto, se me cerraba la mano cerca, sin lograr alcanzarlo! Más adelante, la experiencia me enseñó a corregir mentalmente las distancias y las dimensiones, y logré aferrar sin yerro esponjas y caracoles. Al rodar las primeras películas submarinas no me enfrenté con ningún problema óptico, y las imágenes eran perfectamente nítidas. Instintivamente ajustaba el objetivo con relación a lo que veía, y la cámara reproducía fielmente esta imagen. Sólo que ya me había vuelto demasiado hábil en la operación: inconscientemente corregía con la mente esta deformación visual, y enfocaba sobre la distancia real, efectiva, y no sobre la distancia aparente..., olvidándome de que el lente, por su parte, no podía hacer automáticamente semejante corrección.

También por aquella época rodamos bastantes metros para estudiar el funcionamiento de las traínas. Todavía no se sabía cómo se comportaban estas redes al arrastrarlas por el fondo. Desde hace miles de años, los hombres echan sus redes al mar fiándose exclusivamente de la suerte y de algunas teorías muy aproximadas sobre su funcionamiento. A Dumas y a mí nos interesaba mucho el tema, y pensamos que también podíamos serles útiles a los pescadores, que tanto nos habían ayudado en nuestros primeros años de exploración submarina. ¡Las imágenes que obtuvimos son verdaderamente aterradoras!

Como un tapiz, las posidonias constituyen una extensa pradera sumergida. La red barredera pasa junto a mí, y luego el armazón de la embocadura que rastrilla el suelo destruyendo algas y sembrando la muerte entre los minúsculos habitantes escondidos en la vegetación. Los peces salen de estampida, como los conejos ante una segadora. Nunca me había imaginado que fueran tan hábiles para escapar del monstruo, pero menos todavía la devastación causada por la máquina entre la fauna y flora fija del fondo. Ni podré









En 1948, el comandante Cousteau realizó las primeras secuencias submarinas en color. Por aquella época, los problemas no eran de fácil solución: la débil sensibilidad de las emulsiones, en particular, obligaba a meter bajo el agua un pesado material eléctrico, difícil de impermeabilizar y de manejar. En esta doble página se muestran varios aspectos de algunas de las primeras fotografías submarinas a color.

¿Por qué razón la naturaleza se habrá adornado con tan variopintos tonos a unas profundidades en las que los peces mismos sólo ven un paisaje uniforme de azules o negros?





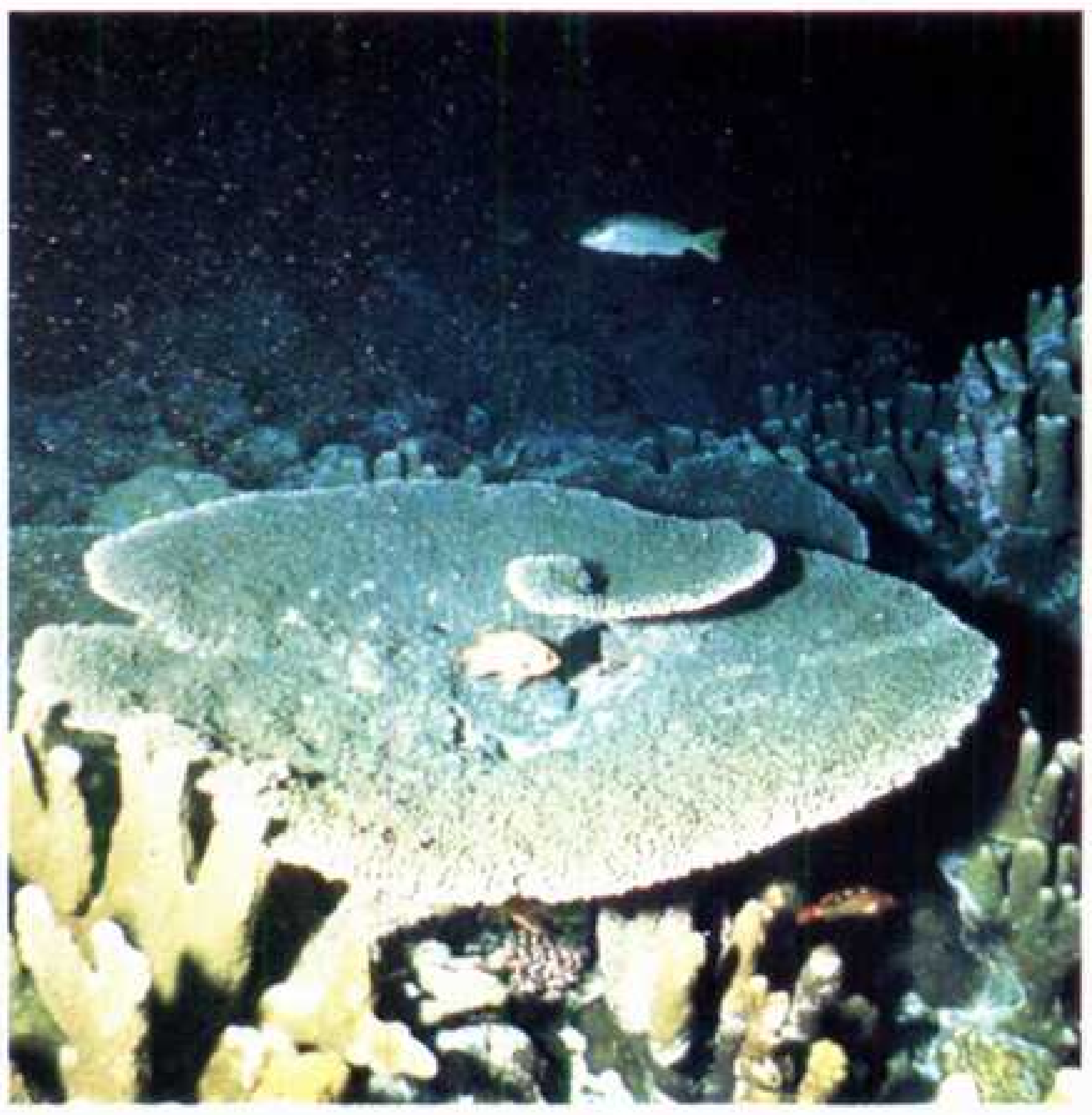
olvidar nunca este primer contacto con la destrucción que provocan en el medio marino ciertas técnicas de pesca. Y esta imagen perdurará en mí como el símbolo de un equilibrio roto.
1948: ruedo las primeras imágenes en color del mundo submarino. A la luz plateada que refleja el fondo arenoso próximo a las costas de Túnez, frente al puerto de Mahdya, desprendemos y subimos a la superficie columnas y capiteles jónicos hundidos junto con la nave romana que los transportaba en el siglo I a. de C.
Los colores grisáceos que conseguíamos al principio se iluminaron cuando Dumas sumergió el primer reflector conectado a la superficie por un cable eléctrico. ¡Fue como una eclosión deslumbrante de gorgonias, esponjas y algas multicolores!

Los colores del mar

UN día de pesca, al principio de nuestras actividades, bajo las rocas aisladas de Cassidaigne. Dumas acaba de arponear una lichia de 40 kilos de peso. Estamos en los albores de nuestro conocimiento del mar, y no sabemos todavía la amenaza que significa la caza para su equilibrio biológico. Dumas saca el cuchillo y da el golpe de gracia al enorme pez. Brota un borbollón de sangre..., ¡de sangre verde!
Nos miramos estupefactos. No es la primera vez que capturamos una palometa.







Para resolver los problemas de la fotografía y el cine submarinos, el equipo Cousteau se vio obligado a emprender un estudio sistemático del comportamiento de los rayos luminosos en el agua. Los rojos son los primeros en ser absorbidos, seguidos de los amarillos, los verdes y los azules (como muestran las fotografías de arriba). A partir de algunos metros bajo la superficie, se hace indispensable la iluminación artificial si se quiere devolver a los paisajes submarinos la riqueza de todos sus matices.

Ya las conocemos de otras veces. Pero no sabíamos que existiera una especie de sangre verde.
Blandiendo su enorme trofeo, Dumas asciende hacia la superficie. A los ocho metros, la sangre fresca es de un pardo oscuro; un metro más arriba se torna rosa; en la superficie... ¡es rojo vivo!
Las metamorfosis de los colores en el mar fueron entonces objeto de numerosos estudios por parte del G.E.R.S., el grupo de investigaciones submarinas que habíamos constituido en el seno de la Marina nacional francesa. Nos sumergíamos con bolas rojas, azules, verdes, púrpuras y anaranjadas, y con tableros grises que iban del blanco al negro, para fotografiarlos a diferentes profundidades. A cinco metros, el rojo se volvía rosa y a diez metros aparecía ya marrón, mientras el amarillo palidecía. A 18 metros, todos los rosas viraban al negro, el amarillo se difuminaba y el verde se transformaba en azul. Y estos azules aparecían tanto más intensos cuanto que no se oponían a los demás colores. Los rayos ultravioletas penetran profundamente en el agua, mientras que los infrarrojos son absorbidos de inmediato apenas atraviesan la superficie.
Para admirar la fascinante paleta de los arrecifes tropicales no hay que penetrar por debajo de los 8 ó 10 metros, a menos que se cuente con unas potentes lámparas. Más abajo, incluso en los fondos inundados de sol, los colores reales de los pigmentos vegetales y animales se distinguen cada vez menos. Y progresivamente el mar se vuelve enteramente azul.
En nuestros experimentos fotográficos utilizábamos entonces dos reflectores provistos de lámparas de destello de magnesio. Se disparaban eléctricamente, mediante un largo hilo que los conectaba al mecanismo del obturador del aparato fotográfico.
Nuestros compañeros Jean Beltran y Jacques Ertaud, llevando los reflectores, se reúnen conmigo en el agua y nos sumergimos juntos. Los hilos eléctricos, sujetos







por boyas, se hallan arqueados sobre nuestras cabezas; así quedan fuera del campo del objetivo y alejados de los cortantes arrecifes.

Didi Dumas será nuestro «modelo»: debe aparecer en la imagen para darnos idea de la escala. Penetramos en una gruta tan oscura que apenas distinguimos a Didi. Este coloca un tablero contra la pared: se trata de comparar su color con el que aparecerá en la fotografía. Todavía no sabemos con qué fidelidad devolverán la película y la lámpara de destello los matices reales del fondo. De esta manera iniciamos un estudio sin precedentes por aquel entonces: descubrir las leyes de la fotografía submarina en color.

Ertaud y Beltran enchufan sus proyectores. El primero iluminará directamente el conjunto; el segundo, más arriba, creará una luz difusa sobre la escena. Todo está preparado. Yo disparo el aparato. Hay una eclosión repentina de colores, que desaparece con tanta rapidez que a duras penas conservamos una imagen precisa. Cegados, parpadeamos deslumbrados, tratando de revivir mentalmente el grandioso espectáculo que acabamos de presenciar. El testimonio de esta primera fotografía submarina en color con lámpara de magnesio todavía permanece vivo. Y las consecuencias de este éxito superarán con creces todo cuanto entonces hubiéramos podido imaginar.

El mundo del silencio

LA Warner Brothers lo ha intentado ya. ¡Un desastre! *Moby Dick* es un maravilloso argumento para una película. Pero ¿cómo vamos a hacer para la ballena? Ellos han gastado cientos de miles de dólares para realizar un modelo de caucho. Lo llenaron de mecanismos complicados para hacer que surja el agua por el respiradero, mueva la cola, vuelva los ojos. ¡Pero el artilugio silbaba como una locomotora! Y han tenido que tirar a la basura kilómetros enteros de película. Cousteau, ¿no podríamos utilizar ballenas auténticas?»
Sentados en el bar del «Ritz» con el escritor James Dugan, escucho al director John Huston, que pide mi parecer sobre una posible realización de *Moby Dick*.





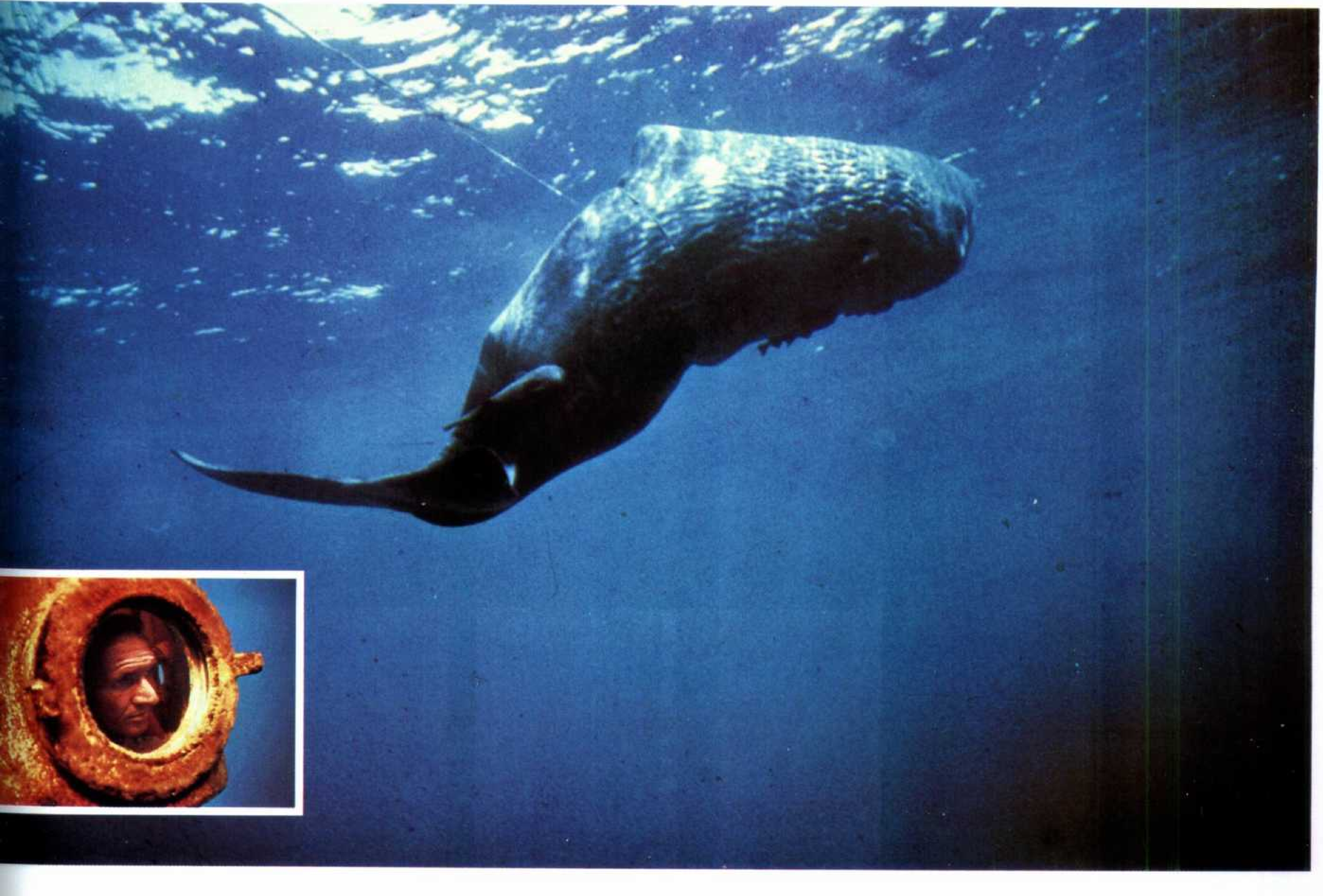


«El mundo del silencio» *fue el primer largometraje realizado por el comandante Cousteau, que le valió la Palma de Oro en el Festival de Cannes, en 1956, y el Oscar de Hollywood, en 1957. De esta película son los fotogramas de esta página.*

Muy seguro de mí, le respondo riendo: «¡Naturalmente que sí! Con tal que organicemos una expedición a la Antártida, y que vaya en ella un equipo de especialistas capaces de sumergirse en el agua helada. Y entonces, con mucha suerte, cada mes de trabajo dará por lo menos... ¡un minuto de proyección!»
1956: recibo la Palma de Oro en el festival de Cannes y, en 1957, el Oscar de Hollywood, por *«El mundo del silencio»*. Y me acuerdo de pronto de esa conversación. ¡Qué equivocado estaba! La película hoy premiada es la prueba indiscutible de que se puede «trabajar» con las ballenas, ciertamente, pero en zonas mucho más clementes que el polo Sur: ¡exactamente en el ecuador!
Meses después, efectivamente, y tras años de trabajos y pruebas, el *Calypso* embarcaba en sus bodegas película virgen, medicamentos, instrumentos diversos y boyas de todo tipo. Pronto se hacía a la mar desde Marsella para emprender la realización del primer largometraje rodado bajo el mar. A bordo, además de la tripulación, se encontraban mi esposa, Simone, Frédéric Dumas, el operador jefe Edmond Séchan, el operador Pierre

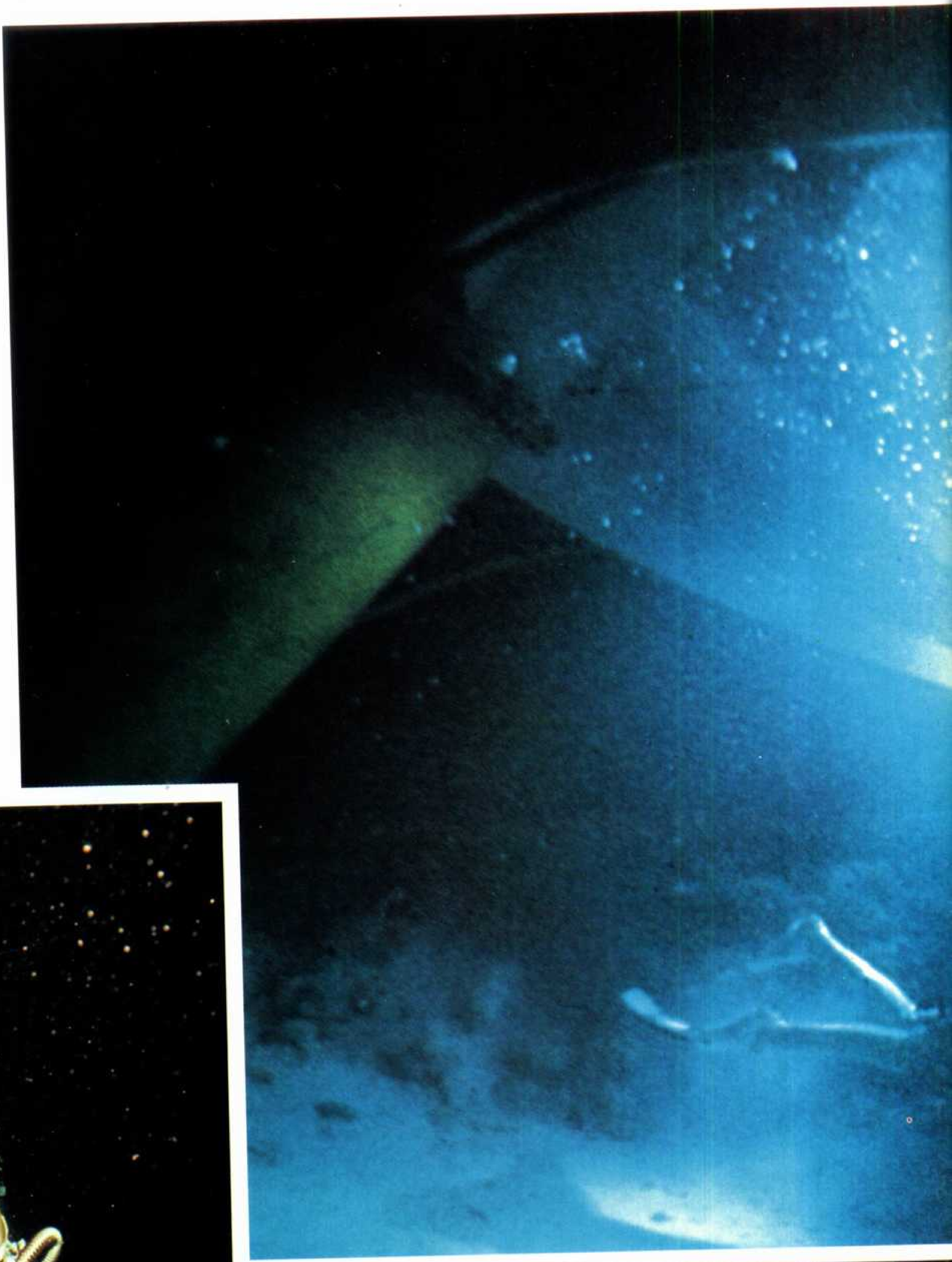


Goupil y un realizador que velaba armas. Louis Malle.
Tuvimos que recorrer 12.000 millas marinas a través del Mediterráneo, el mar Rojo y el océano Indico para captar en la película la vida secreta de algunos de los fondos más encantadores del mundo. Visitamos lugares cuyos nombres evocan aventuras, colores, encuentros. Abu-Latt, Adén, Mahé, Aldabra, Asunción… A lo largo de este relato volveremos a todos esos lugares para visitarlos juntos. Y hay lugares sin nombre. Como aquel, en el corazón del océano Indico, en que nos topamos con un rebaño de cachalotes que nos permitieron acompañarles en un largo momento de su intimidad… Era tan fácil acercarse a ellos que pensábamos con vergüenza en los falsos relatos del valor de los balleneros.
Instalado en la «falsa nariz», Louis Malle rodó las primeras imágenes cinematográficas de ballenas bajo el agua.
Pero la consagración que me supusieron los premios de Cannes y Hollywood no recompensaba sólo a estos cetáceos, sino a todos los actores de esta gran experiencia: los restos del *Thistlegorm*, los tiburones presa de loco furor, «Jojo» (el mero), las tortugas gigantes, los delfines, los corales, los pescadores de esponjas…



El mundo sin sol

PRIMAVERA-verano de 1963. Desde hace dos meses, el *Calypso* está anclado cerca de la barrera coralina de Shab-Rumi, al norte de Port Sudan, en el mar Rojo. Ocho buceadores están suspendidos de un trapecio sobre el agua, gracias a la grúa de a bordo. Un disparo, y, como flechas plateadas, se dejan caer. Así comienza *«El mundo sin sol»*, nuestro segundo largometraje...
¡Qué lejos en el tiempo quedan ya mis primeros escarceos cinematográficos! En torno mío tengo hoy un centenar de hombres, operadores, submarinistas, marineros, técnicos, repartidos entre dos barcos, el *Calypso* y el *Rosaldo*. Este último es un pequeño carguero italiano que ha transportado todo el material pesado que necesitamos: las casas submarinas y su lastre, 350 toneladas de lingotes de plomo, las reservas de gas, los compresores, las máquinas fotográficas, kilómetros de cables. También contábamos con una decena de cámaras de cine.



El largometraje «El mundo sin sol»*, rodado en 1963, narra la historia del experimento de casa-bajo-el-mar «Precontinente II». Esta doble página presenta algunas escenas características.*







Hay tantos proyectores que, una vez instalados en el fondo y encendidos, los hombres del *Calypso* tienen la impresión de ir navegando sobre una gran ciudad hundida.
Cinco submarinistas vivirán durante un mes en una casa situada a 10 metros de profundidad, de donde saldrán a trabajar a 25 metros más abajo; y otros dos se instalarán durante una semana en otra casa a 25 metros, desde donde se sumergirán hasta los 100 metros. Filmaremos cuanto acontezca, sus aventuras y dificultades. Les seguiremos en sus diarios desplazamientos, daremos con ellos largos paseos nocturnos para descubrir la vida de los corales dormidos. El platillo buceador *SP-350* dispone, a 10 metros de profundidad, de un auténtico hangar, en el que se le abastecerá y desde donde saldrán cámaras y oceanautas para bajar más de lo que podrían hacerlo buceando. Así exploraremos la base, o mejor dicho, las raíces del macizo de coral. De esta expedición memorable rodaremos una película con la que obtendremos otro Oscar en el año 1965.

Cámaras alrededor del mundo

«DENTRO de unos minutos aterrizaremos en Noumea. Rogamos se pongan sus cinturones de seguridad y que no fumen.»

Mar, océano, agua azul, gris, verde, roja, blanca. Bancos de coral, arrecifes, playas... ¡Cuántas veces he sobrevolado este mar durante las interminables horas que hemos pasado en avión para enlazar los antípodas!

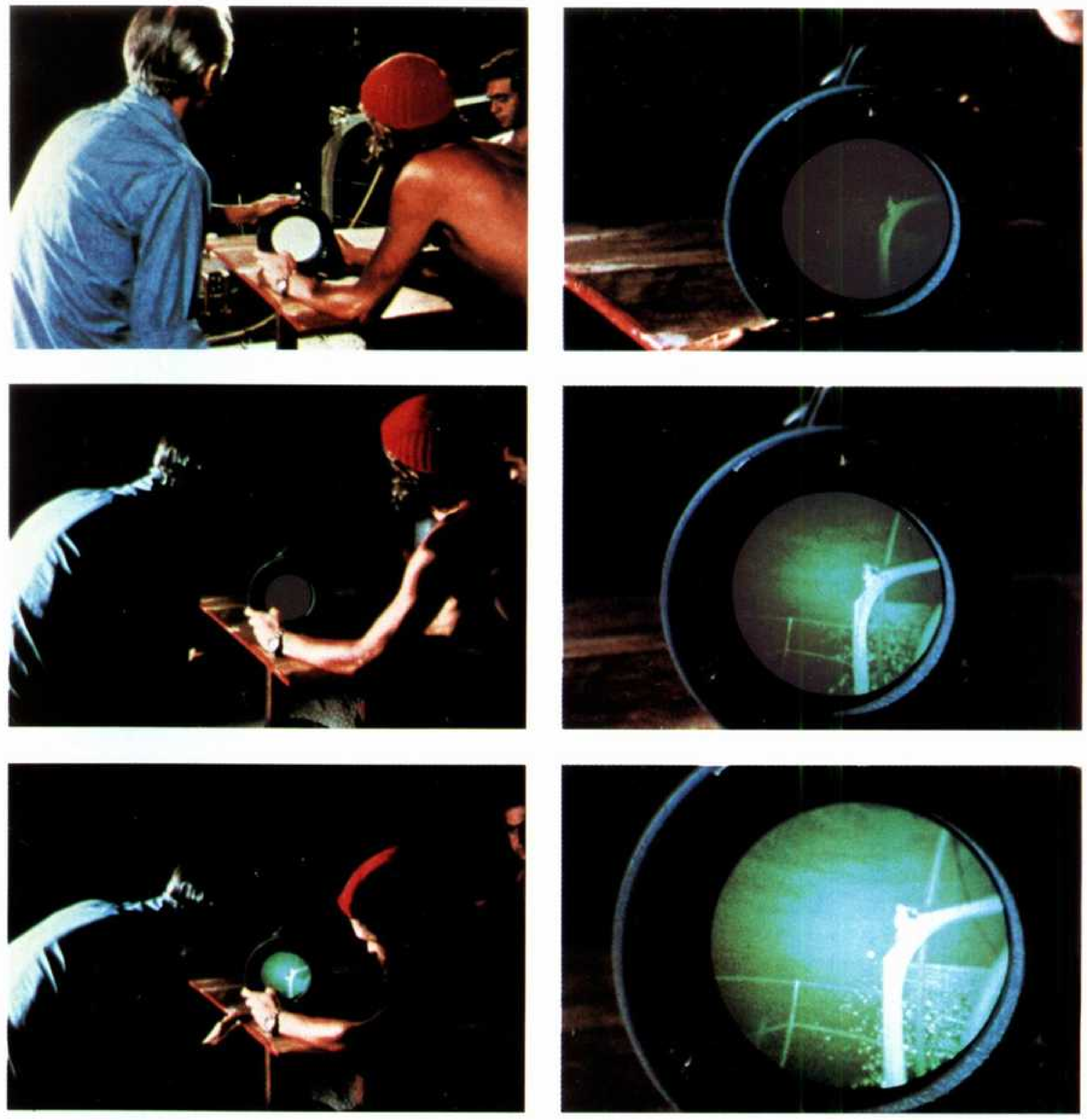
Noumea, capital de Nueva Caledonia. Esta isla del Pacífico, territorio francés de ultramar, alberga una tercera parte de europeos y dos tercios de melanesios, pescadores y agricultores, que conservan, a pesar de más de un siglo de colonización, sus costumbres y hábitos tribales.

La voz de la azafata me hace mirar por la ventanilla. Me había quedado adormilado, cansado, rendido más bien, por tantas escalas, tantos paisajes, tantas horas de vuelo. El avión desciende lentamente para dar una primera vuelta de aproximación. Observo la isla montañosa, toda verde, cuyas costas están rodeadas por una barrera continua de arrecifes coralinos. En la actualidad, Noumea se asemeja a muchas otras ciudades modernas y su nombre resulta poético. Pero otrora, cuando se llamaba Fort-de-France, de triste memoria, era un lugar siniestro de deportación, tan terrible como la isla del Diablo en Cayena, y de la que pocos condenados volvían.

El avión pierde altura. A 200 metros, da vuelta para enfilar la pista, sacudido por un viento violento, ladeado de un ala; se me ofrece así una extraña vista de la ciudad, desparramada entre la montaña y el mar, con sus bancos de coral frente al puerto, y creo divisar el faro Amadeo que, de creer a mis compañeros, se habrá de convertir en nuestra base para esta nueva campaña de investigaciones. Estos, en efecto, llevan ya varias semanas trabajando en Nueva Caledonia: mi hijo Philippe; el operador, Michel Deloire, un fotógrafo y dos buceadores. Han alquilado una gran motora, efectuado un primer reconocimiento de los lugares y entrado en contacto con los especialistas del acuario de Noumea y la sección local de la Oficina Francesa para la Investigación Científica y Técnica de Ultramar. A estas alturas, sé que todo está ya preparado para la operación final.

El avión saca los alerones y el tren de aterrizaje, y baja. Siento la presión en mis oídos; pero, como viejo pescador que soy, conozco el remedio: trago un poco de saliva y me vuelvo de nuevo hacia la ventanilla. Los alisios, que en estas regiones soplan constantemente, agitan el follaje. Por fin, el tren de aterrizaje toca suavemente la pista, entran en acción los aerofrenos y estamos en el aeropuerto.

Hace algunos años (ahora nos encontramos en 1971), un buceador del *Calypso*, Henri Goiran, me había enviado desde Noumea por avión dos especímenes vivos de nautilo, un molusco cefalópodo que sólo vive en el Pacífico y que se cree está en vías de extinción. Este auténtico fósil viviente, único representante actual de los cefalópodos con concha externa, ha atravesado las edades desde el Silúrico-Devónico, en la era Primaria. Por mucho tiempo conservé el recuerdo de los nautilos de Goiran, que habían maravillado a los visitantes del museo de Mónaco. Y decidí encontrarme de nuevo con ellos en su hábitat natural.



Para filmar en la oscuridad, el equipo Cousteau utiliza el Owl eye: *un aparato electrónico que «multiplica» la luz ambiente y permite rodar secuencias normalmente irrealizables.*

Pero el nautilo es un animal nocturno. Por el día vive entre los 100 y los 300 metros de profundidad, para emerger de noche a zonas accesibles a los buceadores, entre los 40 y los 60 metros. ¿Cómo resolver el problema de la iluminación, indispensable para tomar fotografías o película? Porque los proyectores perturban a los actores seleccionados para la ocasión: al menor reflejo de luz, se esconden en sus escondrijos, hurtándose así al objetivo de las cámaras. Nunca, pues, hubiéramos podido lograr nuestros fines, si no hubiéramos contado con un equipo especial inventado y construido en Estados Unidos.

El *Owl eye* («ojo de búho») permite «ver» en la noche. Sólo requiere de una iluminación ínfima, casi nula. Así, gracias a este aparato, basta con la sola luz de luna llena para desplazarnos en el agua como si fuera pleno día. Se trata de un amplificador de la luz, un «intensificador de imágenes», para traducir literalmente el término en inglés. Se compone de un objetivo especial que forma las imágenes sobre una placa sensible; las etapas amplificadoras alimentan a un tubo catódico sobre cuya superficie se vuelven a formar las imágenes con gran intensidad. El aparato proporciona imágenes brillantes, mucho más definidas que las televisivas.

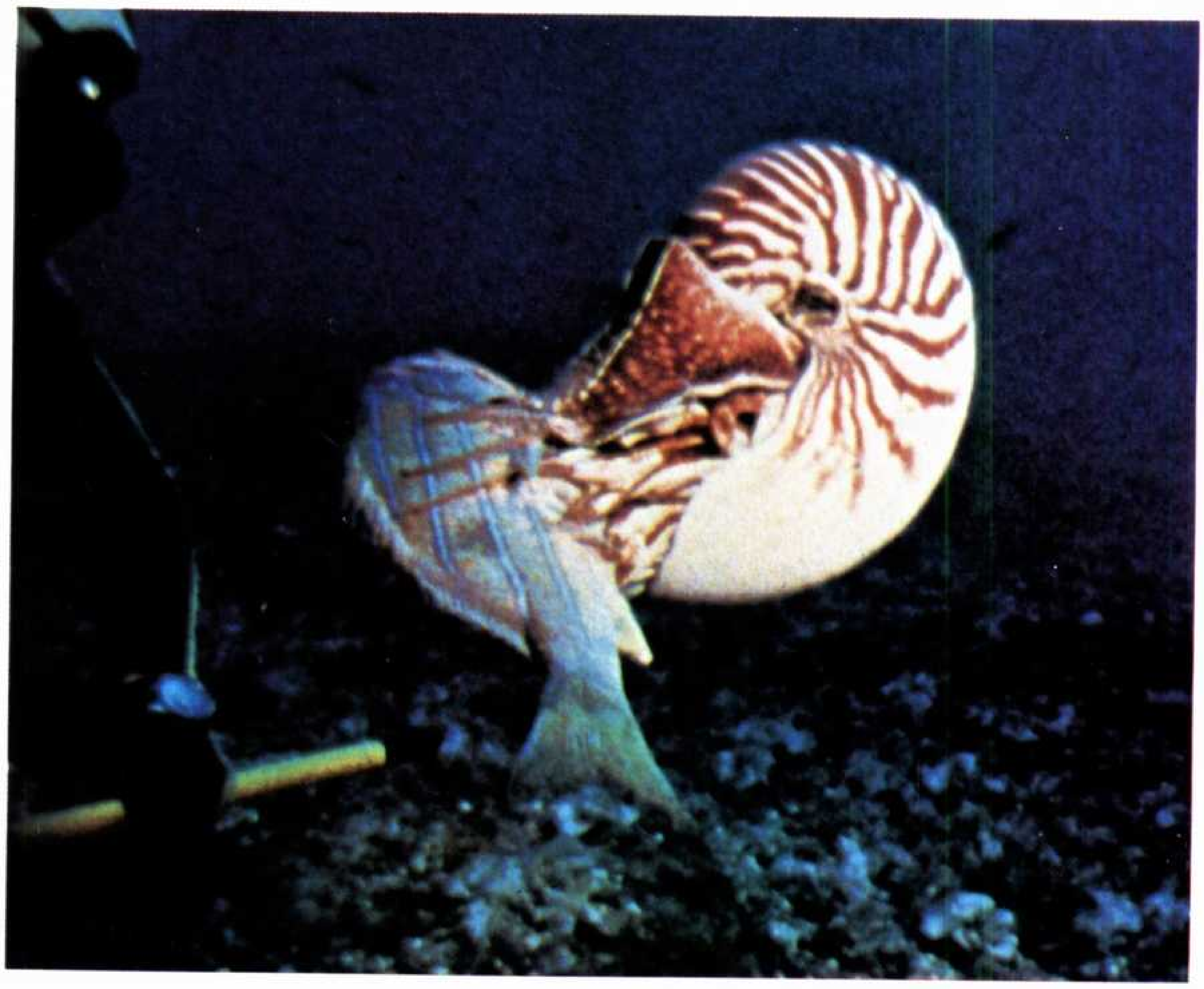
El *Owl eye* multiplica 100.000 veces, aproximadamente, la luminosidad de la escena. Se obtiene, pues, una imagen cien mil veces más luminosa que si se viera a simple vista. Basta con que el buceador encienda la lamparita que lleva incorporada al casco de su escafandra autónoma carenada y la dirija, en la oscuridad más absoluta, hacia el objeto, para













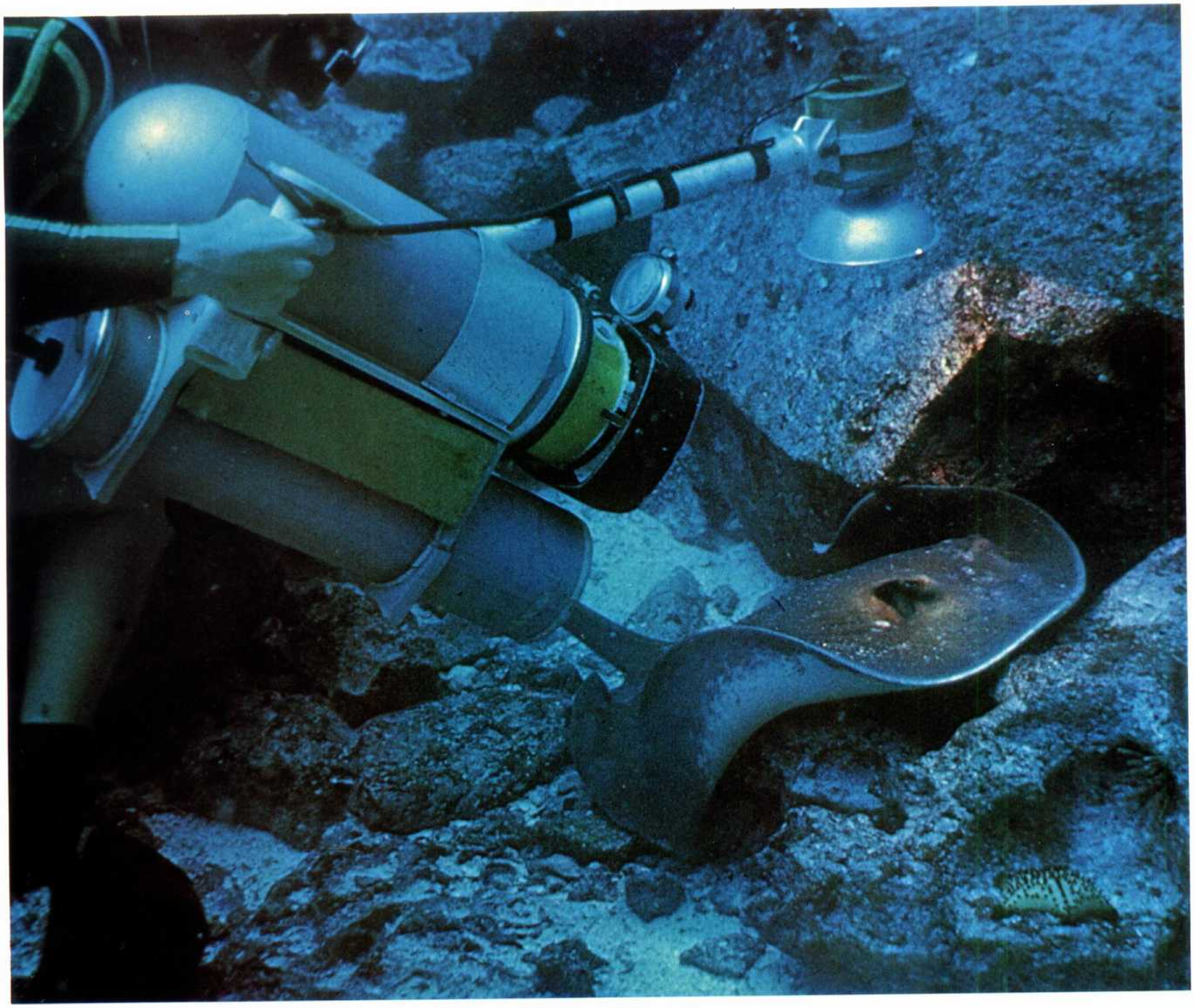
Gracias al «ojo de búho» (Owl eye) *fue posible filmar por primera vez el comportamiento del nautilo. Aquí se le ve andar, devorar una presa (a la derecha) y acoplarse (abajo).*





que la máquina funcione perfectamente. Sin embargo, hay que permanecer a una cierta distancia, pues el exceso de luminosidad bloquea automáticamente al aparato. El *Owl eye* se apaga en cuanto registra una luminosidad intensa, que dañaría el sistema fotomultiplicador.

¡Descubrir, uno a uno, a los nautilos, bajo la caricia de un ligero haz luminoso; verlos aparecer en la verdosa luz de la pequeña pantalla, para luego regresar de nuevo a la noche! En la pantalla, verde pálido, aparece enseguida el contorno perfectamente regular de su concha, o el manojo de sus numerosos palpos, o la mancha brillante de un ojo... De pronto, todo desaparece... ¡Qué espectáculos tan maravillosos nos ha proporcionado siempre el «ojo de búho»! ¡Y pensar que en Norteamérica este extraordinario instrumento sólo servía hasta entonces para que los policías no perdieran la pista de los contrabandistas en sus andanzas nocturnas!






El equipo Cousteau sigue estando a la cabeza en cuestión de inventos y equipamientos cinematográficos submarinos. Es cada año más sofisticado, más manejable y de más confianza.

Pero, a partir de 1967, otros mil acontecimientos jalonan nuestra actividad cinematográfica. En el transcurso de una auténtica «vuelta al mundo» submarino, hemos filmado la vida oceánica bajo todas sus formas. Bogando desde el Mediterráneo hasta Alaska, pasando por el cabo de Buena Esperanza, para descubrir los secretos del Caribe, del Atlántico, o del Pacífico, ¿cuántos cientos de miles de kilómetros de película habremos impresionado? Eso, sin contar los ¡cincuenta y dos documentales para la televisión! Nuestras cámaras han viajado a mares, grutas, lagos y ríos del mundo entero. Ellas nos han permitido mostrar, en el cine y la televisión de todo el mundo, las maravillas y los problemas del universo submarino. Ellas han registrado nuestras investigaciones, ilustrado con imágenes nuestros descubrimientos, conservado la imagen siempre viva de nuestros compañeros ya desaparecidos, de colaboradores entusiastas, de pueblos y países lejanos y desconocidos hasta entonces. Ellas, incluso, nos han protegido a veces de la arremetida de los animales cuya vida cotidiana íbamos a perturbar.

Y luego, de repente, justo a la mitad de una secuencia esperada y preparada durante semanas enteras, se llenaban de agua por sus juntas desgastadas o se trababan súbitamente, para ponerse a funcionar de manera totalmente ilógica cuando ya no las necesitábamos…

Pero si nos han traicionado algunas veces, siguen de todas maneras acompañándonos en todas nuestras andanzas. Nuestras cámaras son, en efecto, como la pluma con la que vamos escribiendo nuestras memorias.

VER LO INVISIBLE



Los ojos del *Calypso*

¡EL poder de la televisión! La fascinación que ejerce congrega en torno de la pequeña pantalla a centenares de millones de hombres, suscitando sucesivamente emoción, risas o lágrimas; pero difundiendo también indiscriminadamente información que instruye o abuso que sojuzga. La televisión permite, indudablemente, una formidable diseminación de ideas y de informaciones, con mayor rapidez y eficacia que el más conspicuo canal de la comunicación escrita, sean libros o periódicos. El acceso a los medios audiovisuales, y a la televisión en particular, es, pues, un privilegio cargado de responsabilidad.

Un privilegio del que, desde hace muchos años, yo participo: yo puedo realizar a mi antojo cuantos programas quiero. Cuyo tema, obviamente, es siempre el mar; el mar siempre, mi gran compañero y amigo. Se dirá que ¡vaya un espectáculo monótono, por repetido! ¡Todo lo contrario!: el más hermoso del mundo, con sus constantes cambios.

¿Cuántas horas, cuántos días me habré pasado en la cámara de observación submarina instalada en la proa del *Calypso*? A través de esta ventana abierta al mundo marino, he observado mil veces los cardúmenes de lampugas de todos los colores; admiro las azuladas hembras y los machos variopintos, que parecen llevar en la cabeza yelmos de abigarrada pedrería; he visto subir raudos hacia la superficie miríadas de peces voladores aterrados por nuestra presencia, tachonando su estela de incontables burbujas... Pero cuando el mar está movido, cuando el *Calypso* se balancea o cabecea, este placer de la vista se torna incomodidad y desagrado. La proa se encabrita entre el oleaje, y el observador se siente como aplastado sobre la colchoneta de espuma. Luego, el barco se hunde en un valle de ola y se experimenta entonces una fuerza de gravedad nula —cuando no negativa— que tiende a proyectarnos contra las paredes de acero. Las portillas se elevan hacia la luz en un surtidor de cegadoras burbujas, o vuelven a caer violentamente a las aguas sombrías. Y aguardar así, cámara en ristre durante horas enteras, a rodar unos cuantos metros de película, es deporte difícil, que sólo raramente produce los resultados esperados.

Hoy ya, nuestro barco cuenta con una instalación de televisión en circuito cerrado, instalándose una cámara de televisión en el habitáculo de observación submarina, sobre la roda. En el puente, los monitores nos permiten observar con más comodidad los acontecimientos que se producen ante la proa del *Calypso;* y cuando considero que merecen ser recogidos en película, pongo en marcha las cámaras de cine acopladas a telecámaras.









Nuestros equipos móviles de televisión submarina presentan otras ventajas. Los bajamos cuantas veces queremos saber, desde la superficie, qué sucede en el fondo. Y también para supervisar las actividades de los buceadores, para controlar los oleoductos, inspeccionar diques y muros de contención, puertos, y todo tipo de estructura submarina. En ciertos casos, al suprimir la presencia del hombre, contribuye a estudiar mejor el comportamiento de los animales en libertad. Pues

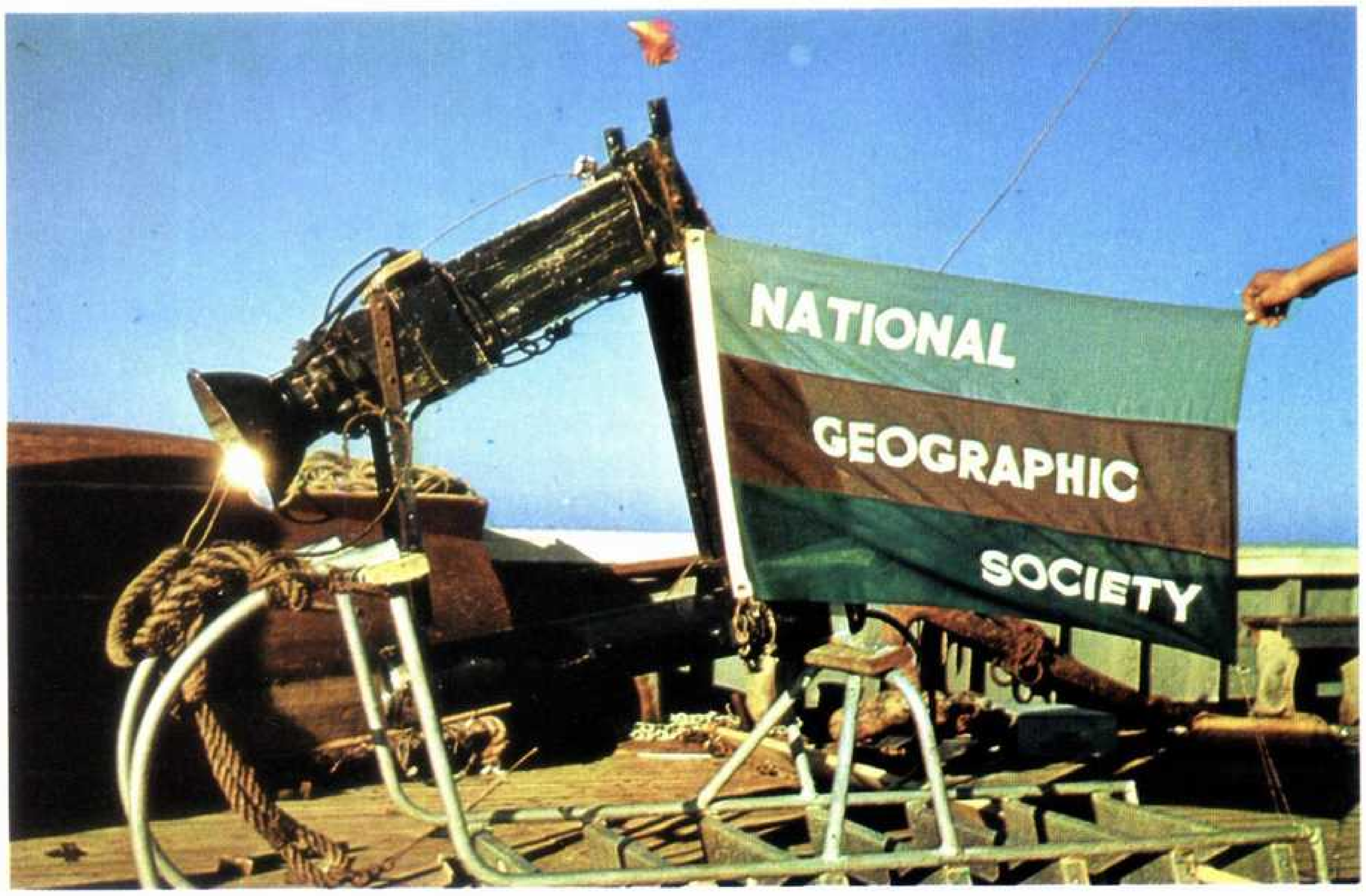
La primera modificación del Calypso *—y probablemente una de las más espectaculares— consistió en una «falsa nariz» y una cámara de observación submarina que adaptamos a su proa. Aquí, al lado, delfines vistos a través de una portilla. En la fotografía de abajo: un banco de medusas.*

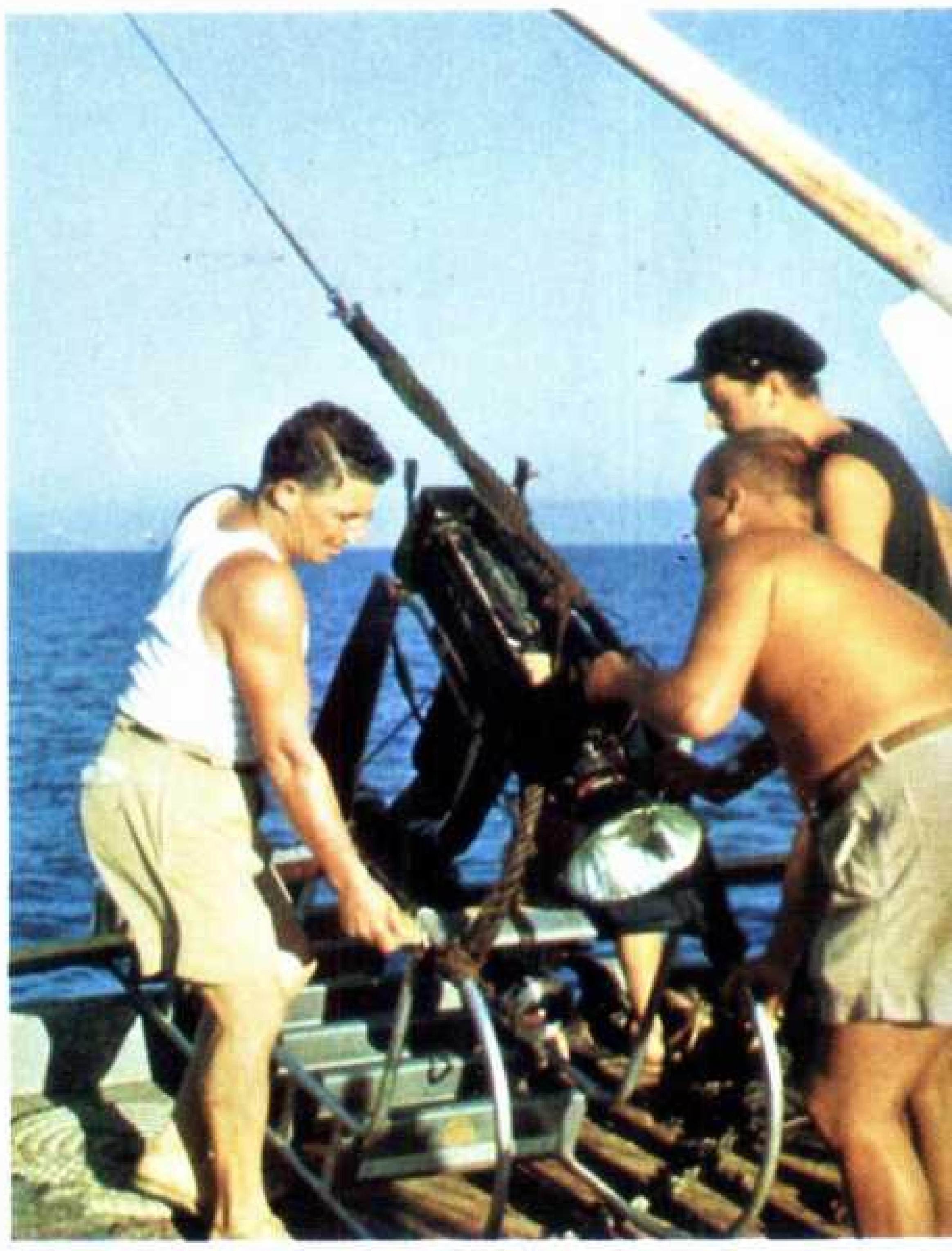
la telecámara silenciosa se inserta fácilmente, casi «naturalmente», en el medio oceánico: no perturba la vida. Es de imaginar, en efecto, el desconcierto, el espanto de un pez al acercarse el buceador, ese monstruo de doble cola, pesado y torpe en sus movimientos, que escupe burbujas innumerables, además de ruidosas. De momento se mostrará intrigado ante la cámara colocada en un trípode, pero, cuando el hombre se vaya, comprobará el carácter inofensivo de este aparato inanimado, y reanudará sus actividades habituales.

A gran profundidad, no obstante, esta técnica presenta dificultades. Las telecámaras han de estar necesariamente conectadas a la superficie por cables coaxiales, cuyo manejo resulta tanto más difícil cuanto mayor es su longitud.



La *troika* y las cámaras automáticas





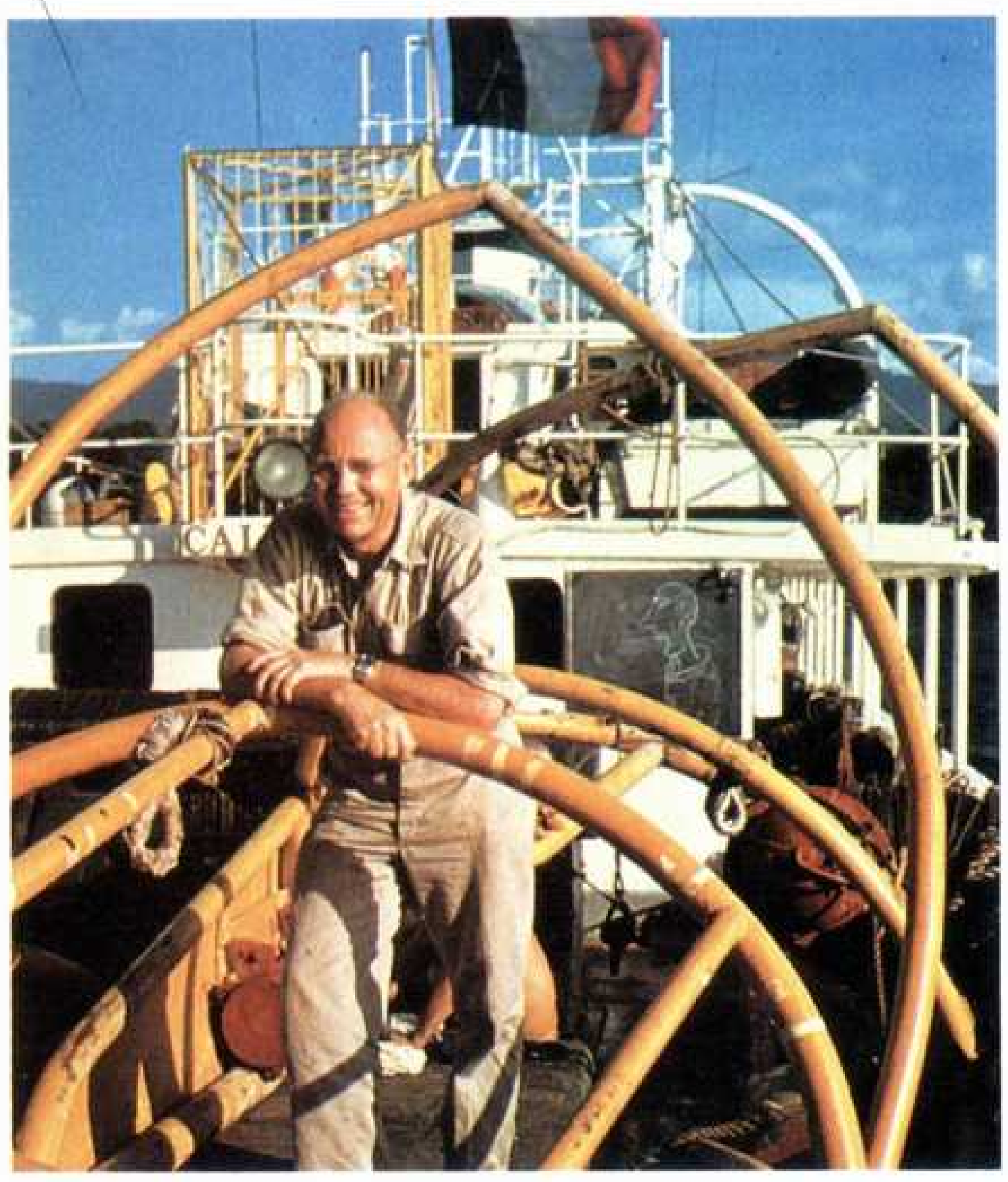
Mi querido amigo Harold E. Edgerton, profesor en el Massachussetts Institute of Technologie de Boston —e inventor del *flash* electrónico (lo que le valió que todos en el *Calypso* le llamáramos afectuosamente *Papá Flash*—, gusta de recordar esta anécdota. Un estudiante le preguntó cierto día: «Cuando consiga usted un aparato fotográfico capaz de resistir las presiones abisales, pero un aparato que funcione, qué nos descubrirá. ¿Calamares gigantes? ¿Minerales desconocidos? ¿Ciudades sumergidas? ¿Serpientes marinas?» Con toda naturalidad, Edgerton le respondió: «¡Si yo supiera ya lo que voy a descubrir, no me molestaría en absoluto en ir a verlo!»

Estoy convencido, y creo que Edgerton también, de que la curiosidad es lo que hace moverse al mundo; por lo menos, al mundo de la ciencia. A él le incitó a inventar extraordinarios aparatos de fotografía submarina, que han penetrado las fosas oceánicas para revelar su naturaleza geológica y estudiar su vida; a mí me ha empujado a recorrer los mares del mundo para descubrir sus misterios.

Para filmar en las inmensidades de los mares profundos, el comandante Cousteau acondicionó, junto con el profesor Harold E. Edgerton, una serie de aparatos fotográficos y cinematográficos muy sofisticados, montados en trineos que eran arrastrados por el fondo mediante un cable. Arriba: las primeras pruebas del trineo, en 1957. Abajo: la troika, *trineo de obtención de fotos perfeccionado.*

Las fotografías de la página siguiente, realizadas gracias a la troika, *muestran diferentes aspectos de los grandes fondos oceánicos. Estos, aunque casi desérticos, ofrecen algunas muestras de vida. De arriba abajo y de izquierda a derecha: minidunas de arena; fondo pedregoso plano; fondo llano y esponjas; «riple-marks» debidas a las corrientes profundas; cieno y esponjas.*







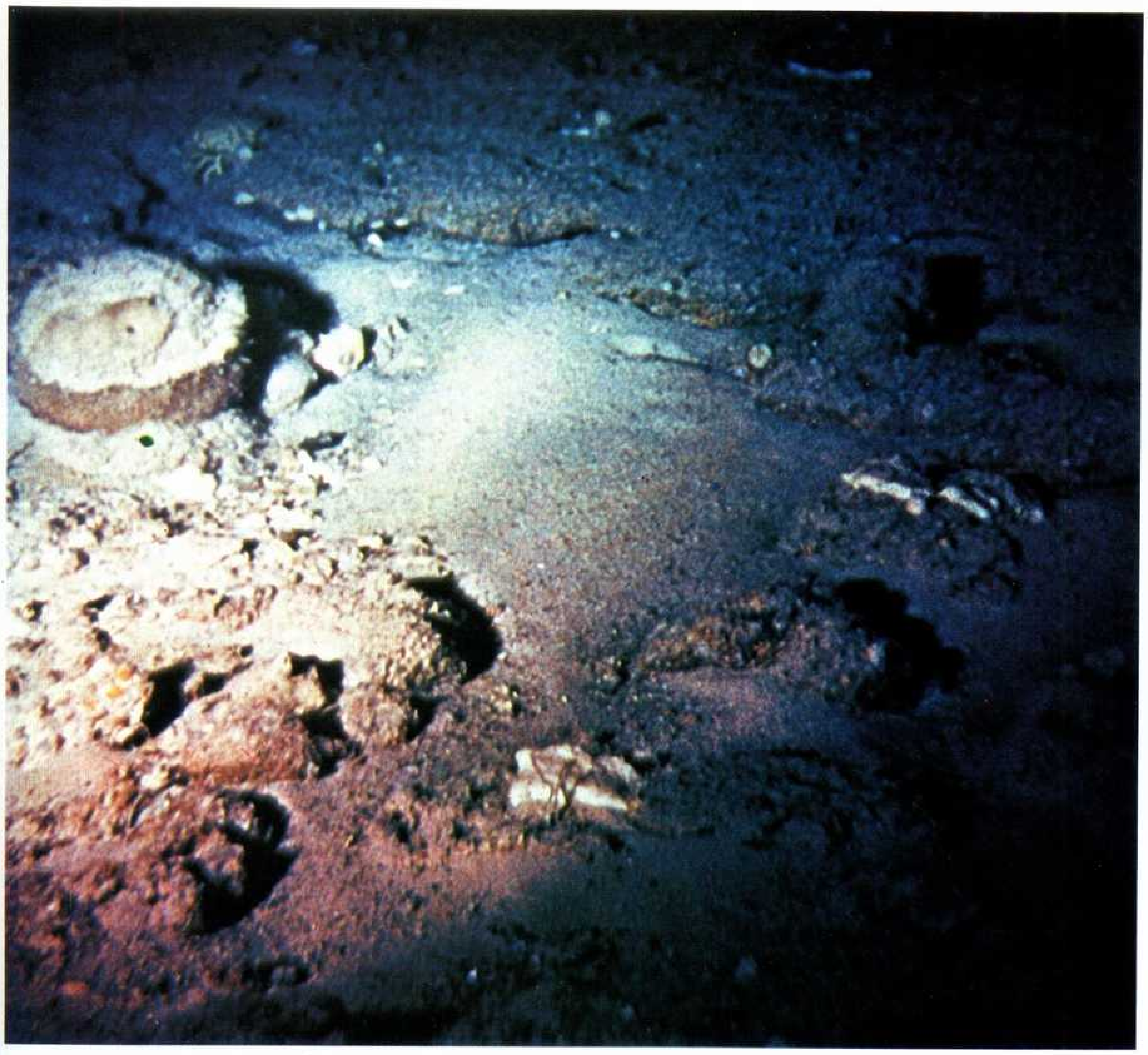
Gracias a los instrumentos de *Papá Flash*, hemos podido tomar miles de fotografías de los paisajes abisales en el Atlántico, el Mediterráneo y el océano Indico. Sus equipos pueden alcanzar los 8.000 metros de profundidad; apuntan hacia abajo como cámaras de reconocimiento aéreo, y toman automáticamente 800 placas ¡en una sola inmersión!

Edgerton ha ido perfeccionando cada vez más sus inventos; hasta que llegó el momento, particularmente emocionante: el de probarlos. Yo estaba entonces efectuando el más profundo fondeo jamás registrado por aquel entonces, anclando el *Calypso* a 7.600 metros de profundidad, en la fosa de la Romanche, en el Atlántico ecuatorial. Edgerton bajó su más reciente aparato, un *sincroflash* encerrado en dos cilindros de acero templado capaces de resistir una presión de 5,5 toneladas por pulgada cuadrada. El experimento fue un éxito y las fotos que transmitió nos confirmaron que, incluso bajo las presiones más aplastantes, logran desarrollarse los organismos vivos.

Sin embargo, a pesar de las numerosas y fructíferas campañas del *Calypso* y de la ingente cantidad de excelentes fotografías de las profundidades, había que rendirse a la evidencia: los resultados no correspondían a nuestras esperanzas. Nun-











ca, o casi nunca, habíamos podido fotografiar a un animal abisal en actividad. La lámpara de destello repetido asustaba a cualquier ser viviente y lo mantenía alejado del reducido campo de nuestro objetivo. No había más solución que inventar un instrumento que nos sirviera para arrastrar por el fondo el aparato fotográfico, en la esperanza de sorprender así a los animales.

A bordo del *Calypso*, aquel verano de 1957 proyectamos un extraño ingenio. Elegimos una escalera de inmersión, una de cuyas extremidades se curvaba como la de un trineo ruso. Edgerton acopló a los barrotes el aparato fotográfico y el *flash* electrónico. Saout, el capitán, le añade una tablilla de madera para que haga las veces de alerón hidrodinámico, y una cadena servirá de lastre vertical. Simone cubre el alerón con una bandera de la National Geographic Society, patrocinadora del experimento. Yves Giraud, secretario de la Oficina Francesa de Investigaciones Submarinas (O.F.R.S.), confecciona un ramillete de flores artificiales, y el escritor Dugan coloca una tarjeta con la inscripción «R.I.P.» (*Requiescat in pace*): ¡tan convencidos estamos de que no volveremos a ver el costoso artilugio!... Sin embargo, nuestra *troika* —como de inmediato la bautizamos— funcionará a las mil maravillas. Después de remolcarla lentamente durante dos horas sobre una plataforma submarina frente a las costas de las islas Kerkenna, en Túnez, será izada a bordo intacta, con su bandera, sus flores y todo su equipo. Las fotografías, perfectas, nos ofrecerán la primera serie continua de imágenes del fondo oceánico.

Durante el invierno, en la O.F.R.S. de Marsella, Alinan y Laban proyectaron un «trineo fotográfico de profundidad», nombre oficial de la *troika*, muy funcional y capaz de superar los obstáculos, enderezándose cuando volcaba.

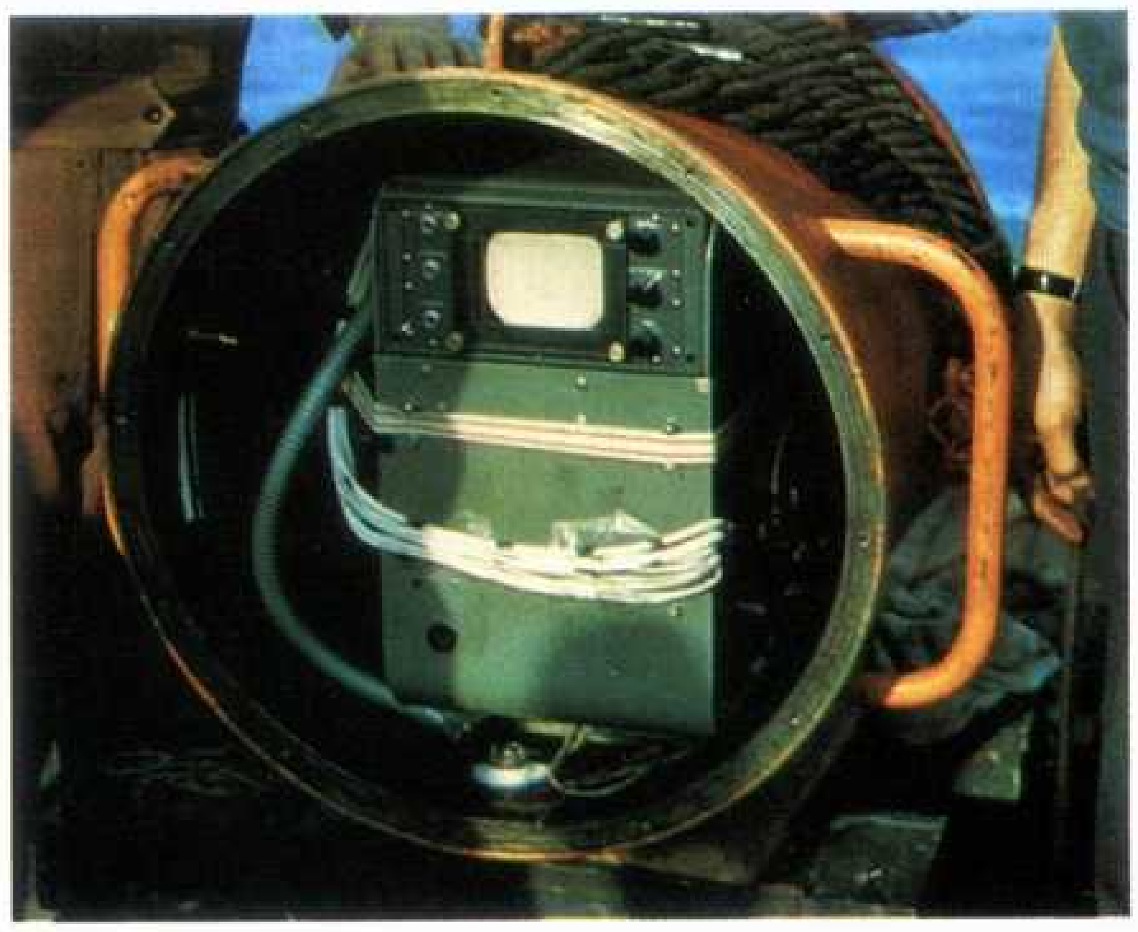
Se trataba de una estructura tubular de cuatro metros de largo por un metro de ancho. El aparato se desplazaba oblicuamente, un poco como un cangrejo: así, la arena removida al desplazarse no entorpecía el campo del aparato fotocinematográfico. Se arrastraba tirando de un cable. Cuando tropezaba y se quedaba trabado en algún obstáculo se tiraba desde el *Calypso* del cable de remolque, que se desprendía entonces de la parte delantera siguiendo fijo en la posterior. Así, la *troika* se desprendía del obstáculo y podía ser recuperada.

Los miles de fotografías y los kilómetros de película realizados por la *troika* constituyen un expediente considerable que dice mucho en favor de lo enormemente útil que resulta el trineo fotográfico de profundidad.

Televisión y arqueología submarina

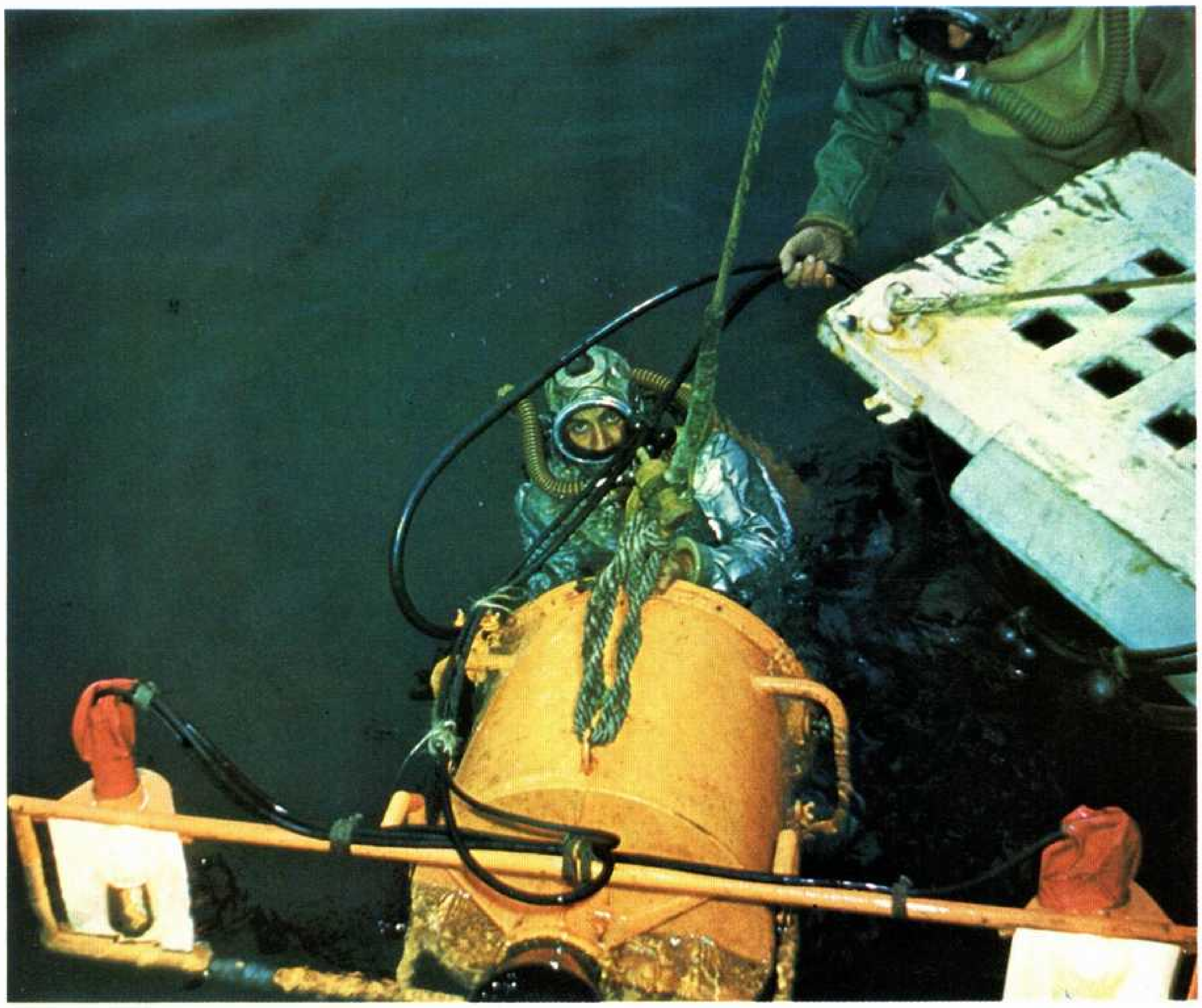
A la luz del farol situado a popa, los buceadores se ponen talco en el cuerpo para enfundarse más fácilmente sus trajes de goma espuma. Una profunda oscuridad rodea el *Calypso,* acentuada por el destellar de las luces de posición verdes y rojas. Ningún rayo de luna la atraviesa. En Puerto Calypso, donde nos encontramos, un leve resplandor se filtra por la ventanilla. Inquietas por nuestra presencia, unas gaviotas lanzan estridentes gritos. Sobre la mar en calma, el roquedo salvaje del Grand-Congloué esta noche es sólo una sombra inofensiva.

Los hombres sostienen en la mano un grueso cilindro de acero totalmente pintado de amarillo y dos proyectores en cajas estancas con sus cables: se trata de nuestra nueva telecámara y los reflectores. 1953: la compañía Thomson-Houston nos ha facilitado esta cámara, ultrasensible, que hemos colocado en su caja estanca. La O.F.R.S. nos ha proporcionado la iluminación, constituida por dos lámparas de 2.000 W cada una. Nuestra misión consistirá en hacer que los arqueólogos, que supervisan la recuperación del carga-









La televisión llegó también, de la mano del comandante Cousteau, al universo subacuático. En esta doble página: preparación y retransmisión en directo de la primera emisión realizada bajo el mar (y en Eurovisión), sobre el pecio antiguo del Grand-Congloué, cerca de Marsella.

mento de una galera hundida, puedan seguir desde la superficie todas las etapas del proceso.

Los hombres prueban sus reguladores: el aire comprimido llega perfectamente. Y se lanzan al agua. Léandri y Martin bajan la telecámara y las lámparas; Martin las enciende. Todo el mar parece iluminarse; el *Calypso* se recorta como una leve sombra en medio de una esmeralda purísima. Asomándome a la borda, veo cómo los hombres se hunden agitando lentamente las piernas; deformadas por el agua, sus siluetas vacilan, se contraen, se dilatan.

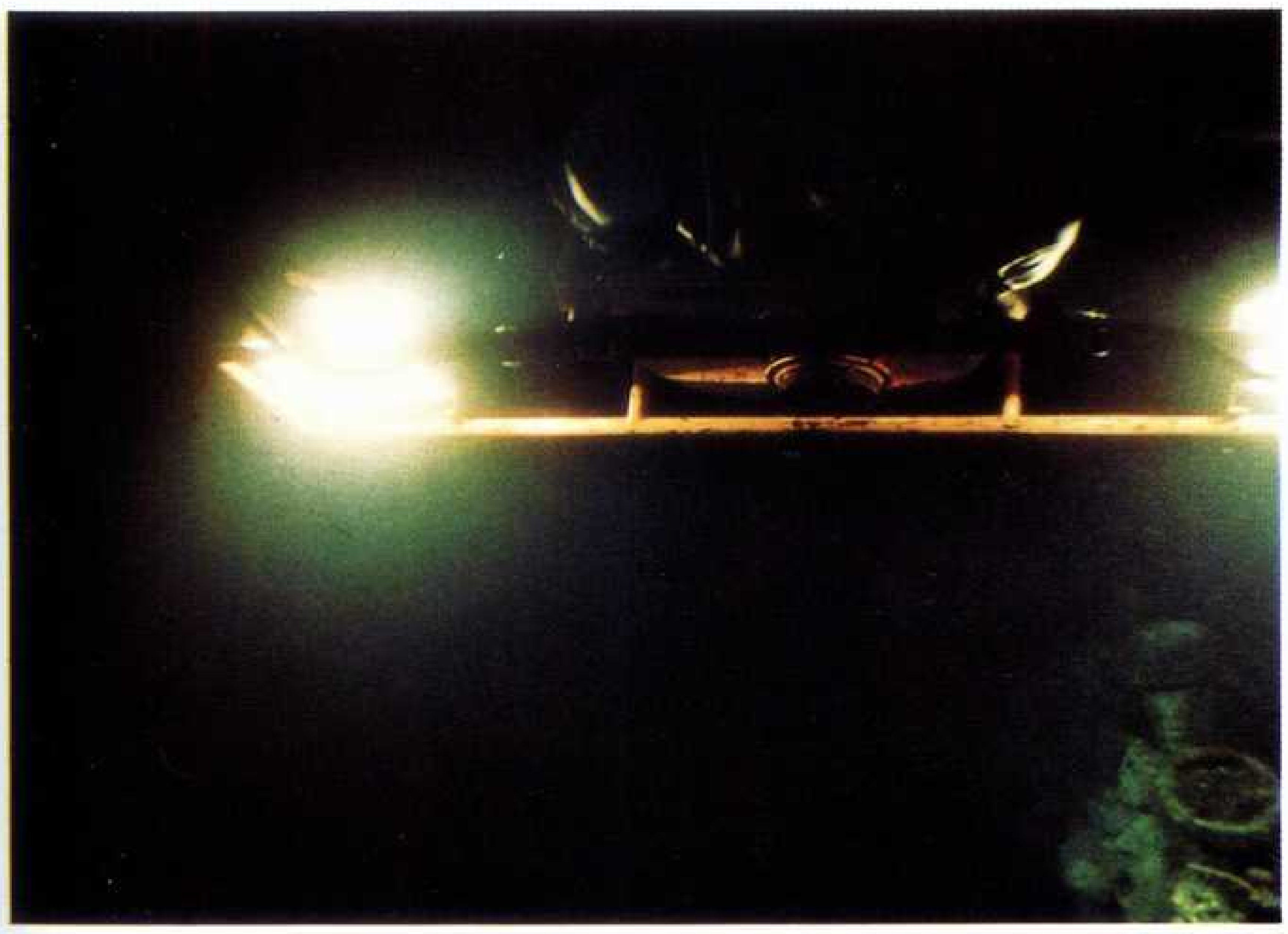
Me sitúo de inmediato ante el monitor. Ya mi esposa, Simone, y los otros técnicos me han precedido, y están siguiendo atentamente la transmisión. Distingo ánforas, gorgonias y el tubo de la gruesa bomba aspirante que desembaraza los vestigios arqueológicos de los sedimentos

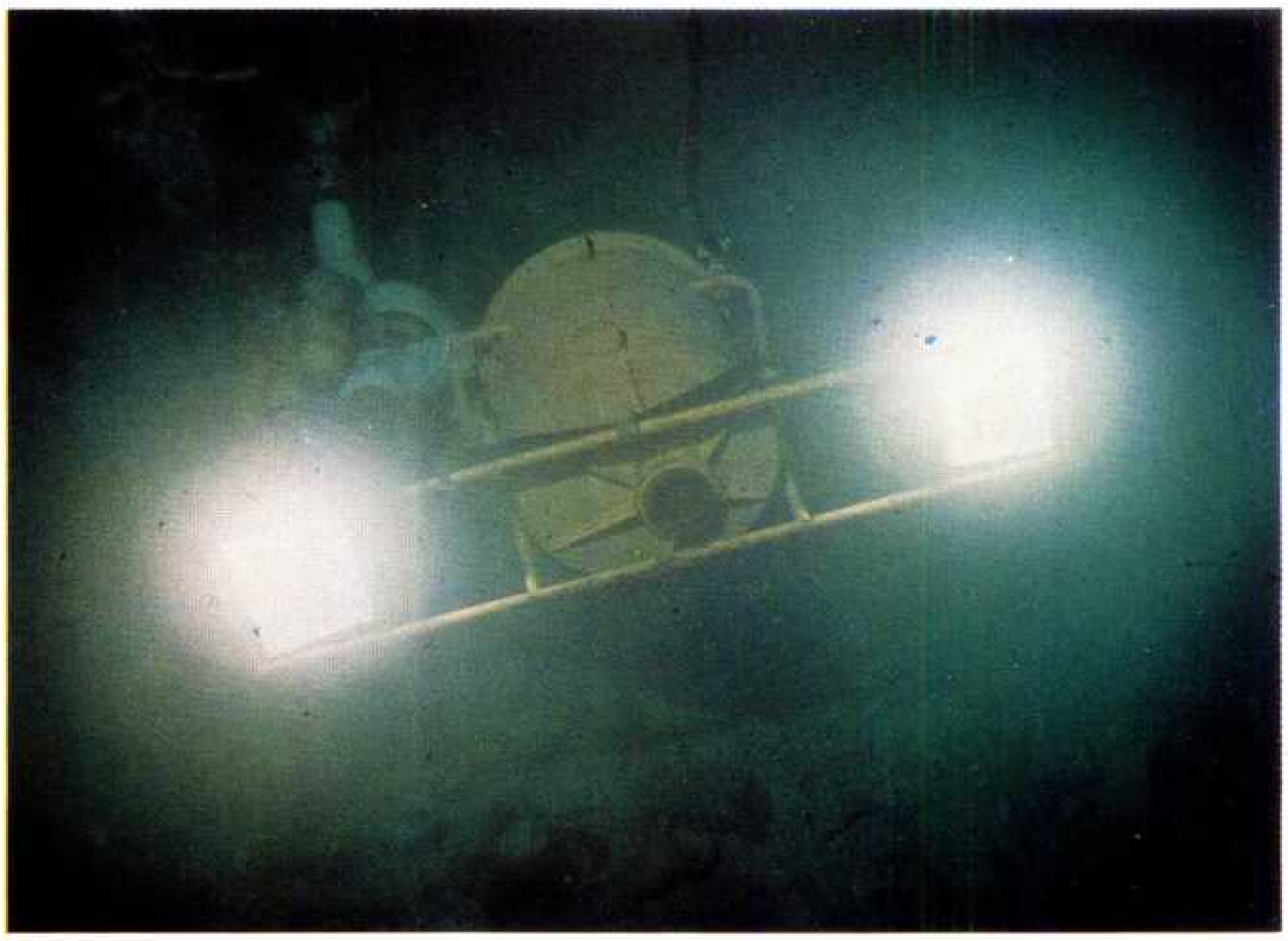
que los cubren. La pantalla se llena de enjambres de palometas. Un gran rascacio se introduce en el campo de visión, y se niega a apartarse. Acerca de pronto su horrible boca al objetivo y la vemos agrandarse desmesuradamente. La impresión es tan sobrecogedora que casi nos echamos para atrás.

Por medio de un micrófono conectado a un pequeño altavoz —incorporado a su vez al cilindro en que está encerrada la cámara— le mando al operador que amplíe el campo. Perfecto. Luego, los buceadores apagan los proyectores, y en la oscuridad, gracias a un tubo ultrasensible de nuestra cámara, aparecen noctilucas fosforescentes, luminosas y titilantes como estrellas.

En ciertas condiciones, la televisión en blanco y negro presenta una sensibilidad a la luz muy superior a la del cine, y permite observar a profundidades considerables sin necesidad de iluminación artificial.

Esta noche lo he confirmado: la telecámara se convertirá, así, en un valioso instrumento para la arqueología submarina.



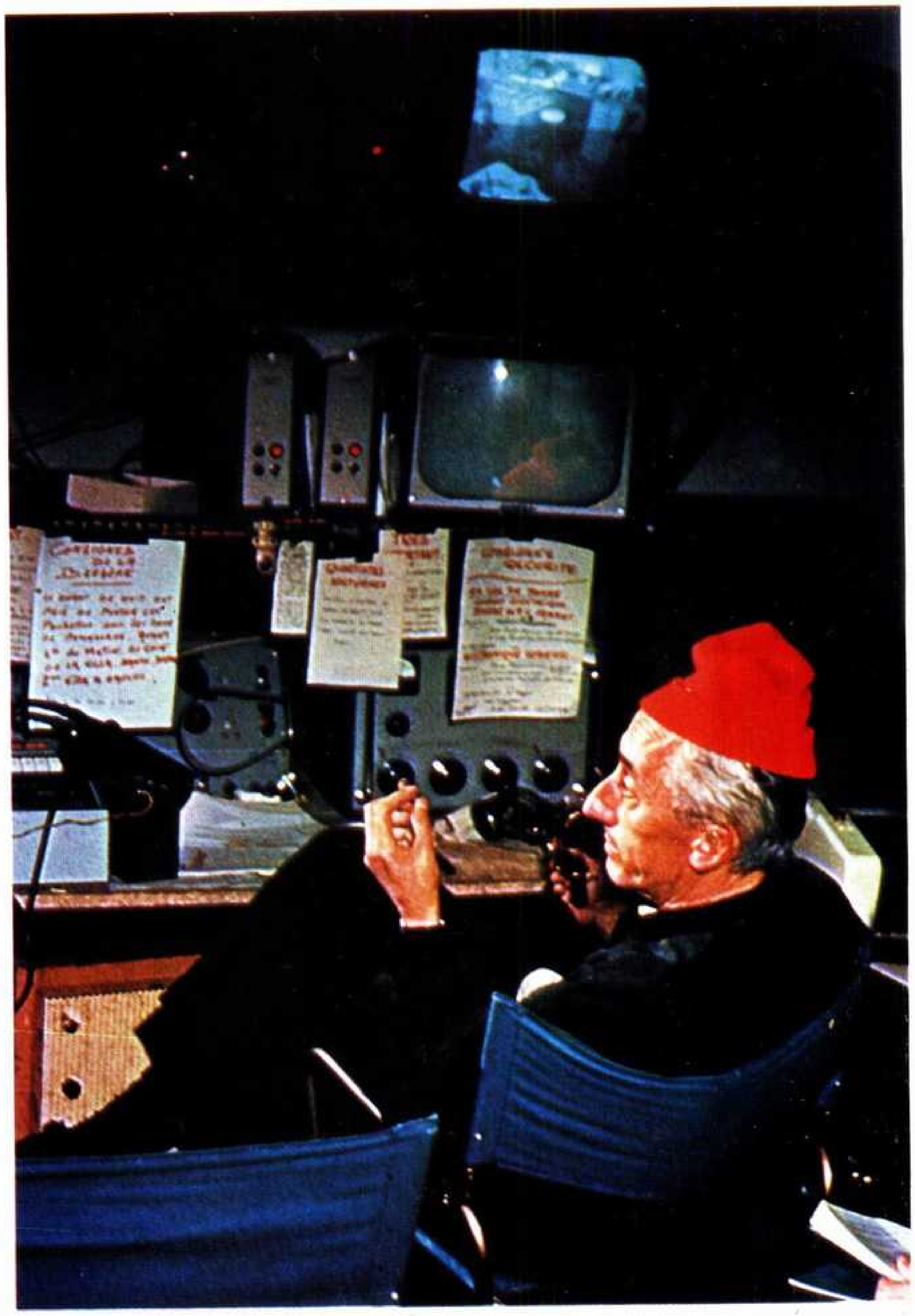




La televisión y los submarinistas

EL rescate del pecio antiguo del Grand-Congloué supone el inicio de la televisión submarina. Años después, en 1962, nos va a permitir controlar y seguir un experimento extraordinario, al que llamamos *Précontinent I* o *Diogène*. Dos submarinistas vivirán durante una semana en una «casa» situada a 10 metros de profundidad, de la que saldrán diariamente para trabajar 15 metros más abajo.
También en esta ocasión, los hombres del *Calypso* se encuentran cerca de una 40 metros más abajo, mientras que otros dos pasarán una semana a 26 metros y alcanzarán una profundidad de 100 metros. En 1965, en el transcurso del *Précontinent III,* seis hombres permanecerán durante un mes a 100 metros de profundidad en una esfera de acero y efectuarán delicados trabajos en el exterior, 10 metros más abajo todavía. Los experimentos *Précontinent* tenían como finalidad poner las bases de una técnica revolucionaria, la «inmersión en saturación», la única que haría posible ejecutar tareas te el primer experimento es muy explícito al respecto: «En nuestra próxima casa submarina tendremos que prever por lo menos dos camarotes: uno servirá para aislarse.»
Al principio, Falcó y Wesly, los dos primeros oceanautas, se reían ante nosotros delante de la telecámara, nos hacían muecas, tocaban la armónica a dúo; en una palabra, jugaban a ser actores de cine. Pero al paso de los días, su nerviosismo iba en aumento y nosotros nos dábamos cuenta desde la superficie. Yo no



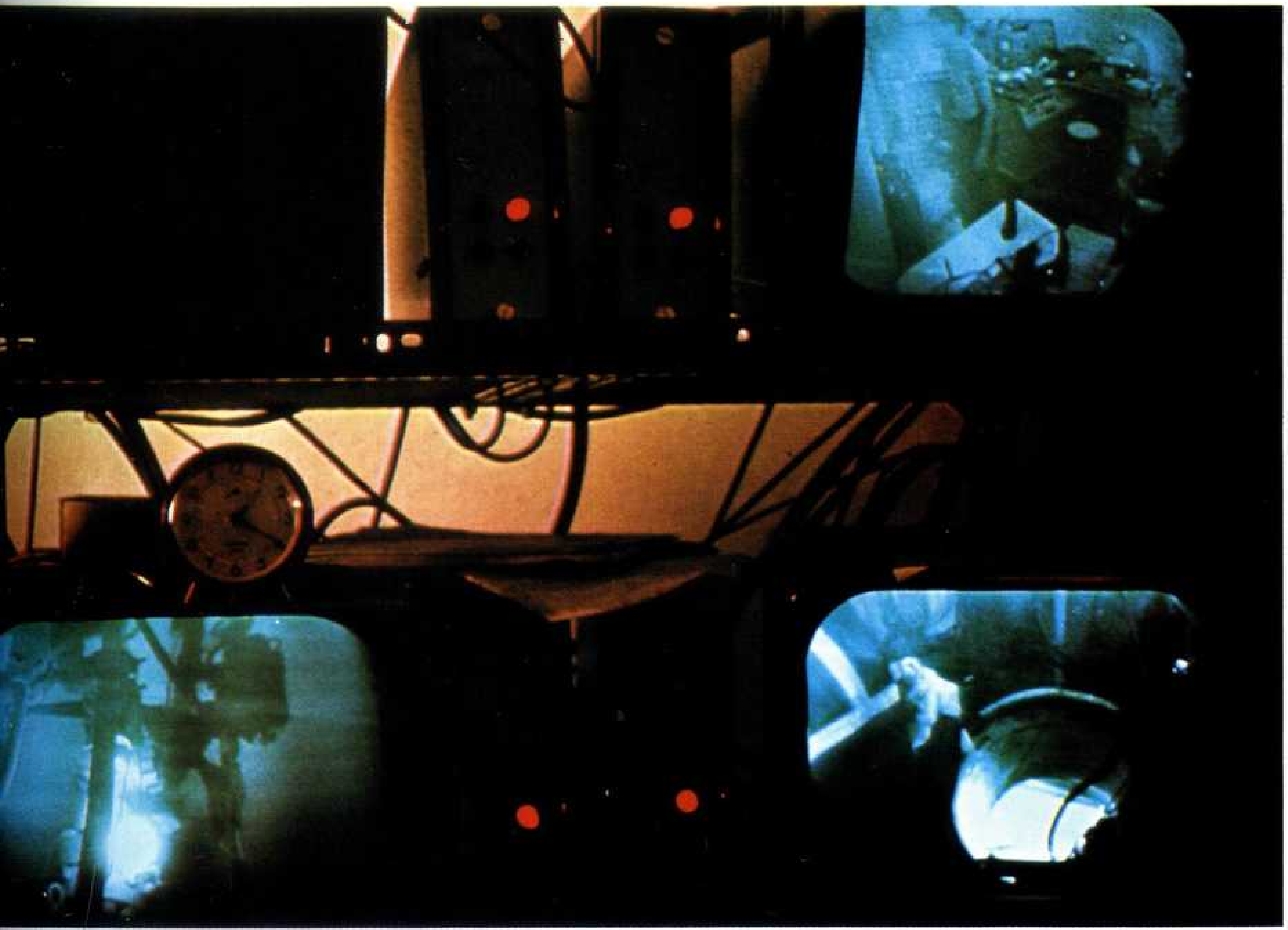




isla calcárea, blanca y desprovista de toda vegetación, frente a las costas de Marsella: Pomègue. Ahora no se trata ya de arrancar al mar vestigios antiguos, sino de «penetrar» sus propios secretos, de desposarlo en alguna manera, de demostrar que no es hostil a la vida humana, sino que está dispuesto a acogerla por poco que se sepa abordarlo.
Después de *Précontinent I* vendrán *Précontinent II* y *III*, experimentos más avanzados que pondrán a dura prueba a hombres y materiales. En 1963, en Shab Rumi, en el mar Rojo, cinco submarinistas vivirán durante un mes a 10 metros de profundidad y llevarán a cabo actividades importantes a considerable profundidad. En el curso de los tres experimentos, la televisión se constituyó en indispensable herramienta de trabajo. Las telecámaras siguieron permanentemente las actividades de los oceanautas. Pero la presencia continua de este ojo electrónico acabó por preocuparme. Los hombres —permanentemente vigilados desde la superficie— se sienten, sin duda, protegidos. Pero también como espiados, casi perseguidos por una presencia que ve sin ser vista. Así evitan los gestos más íntimos y el sueño se vuelve con frecuencia algo agitado.
El diario que escribe Albert Falco durante diría que este estado se originó exclusivamente por la presencia indiscreta de la televisión, pero parece fuera de toda duda que, en mayor o menor grado, influyó en él.
En el transcurso del experimento *Précontinent III,* André Laban, jefe de la misión y director de la O.F.R.S., resolverá el problema. Aquel día regresaba a la esfera de acero —la «casa» de los submarinistas, a 100 metros bajo la superficie—, tras una penosa jornada de trabajo a gran profundidad, cuando de pronto, para preservar su intimidad, tapó el objetivo de la cámara con su gorra de escafandrista.

Evidentemente, con ello se exponía, él y sus compañeros, a un posible peligro; yo tendría que haber mostrado mi desacuerdo. Pero no lo hice. ¿Cómo no comprenderle? Aunque un curioso incidente hizo que redobláramos más todavía nuestra vigilancia, los cables de la televisión hacían las veces de insidiosas bombas aspirantes...

La atmósfera de *Précontinent III,* a 100 metros de profundidad, se componía de una mezcla más adecuada que el aire comprimido para respirar a tanta profundidad: oxígeno y helio. Ahora bien, este gas —el más ligero después del oxígeno— tiende a infiltrarse por todas partes. Pronto detectamos pérdidas de helio en la atmósfera, sin lograr determinar de inmediato dónde se producían. Hasta que comprobamos que el helio se escapaba... ¡por los cables de televisión! Los hombres no corren peligro alguno, pero ven en este hecho un nuevo motivo de recriminación, de antipatía hacia esa televisión que espía sus menores actos. Aunque, al propio tiempo, no pueden por menos que apreciarla también: ellos, como yo, saben cuán imprescindible se ha vuelto en las misiones que emprendemos. Con la televisión pasará, sin embargo, como con todos los demás aparatos embarcados a bordo del *Calypso:* haremos de ella un uso racional, y nada más. Hay que adaptar la tecnología a las investigaciones que se emprenden, y no intentar adaptar el mundo a tal o cual nuevo instrumento. El microcosmos de un barco me permitió formular esta ley de tantas implicaciones ecológicas y sociológicas.





La televisión submarina ha sido utilizada por el equipo Cousteau en gran número de misiones oceanográficas, especialmente en la serie de experimentos de casa-bajo-el-mar. Las imágenes de los submarinistas, transmitidas por cable a la superficie, permitieron una supervisión constante de su actividad, de su estado físico y de su aptitud para el trabajo. En el Précontinent III, *bajo la dirección de André Laban, pudieron los hombres permanecer en el fondo con toda seguridad durante un mes a 100 metros de profundidad. El comandante Cousteau vigiló el conjunto de la experiencia desde su cuartel general en tierra.*





La televisión y los tiburones

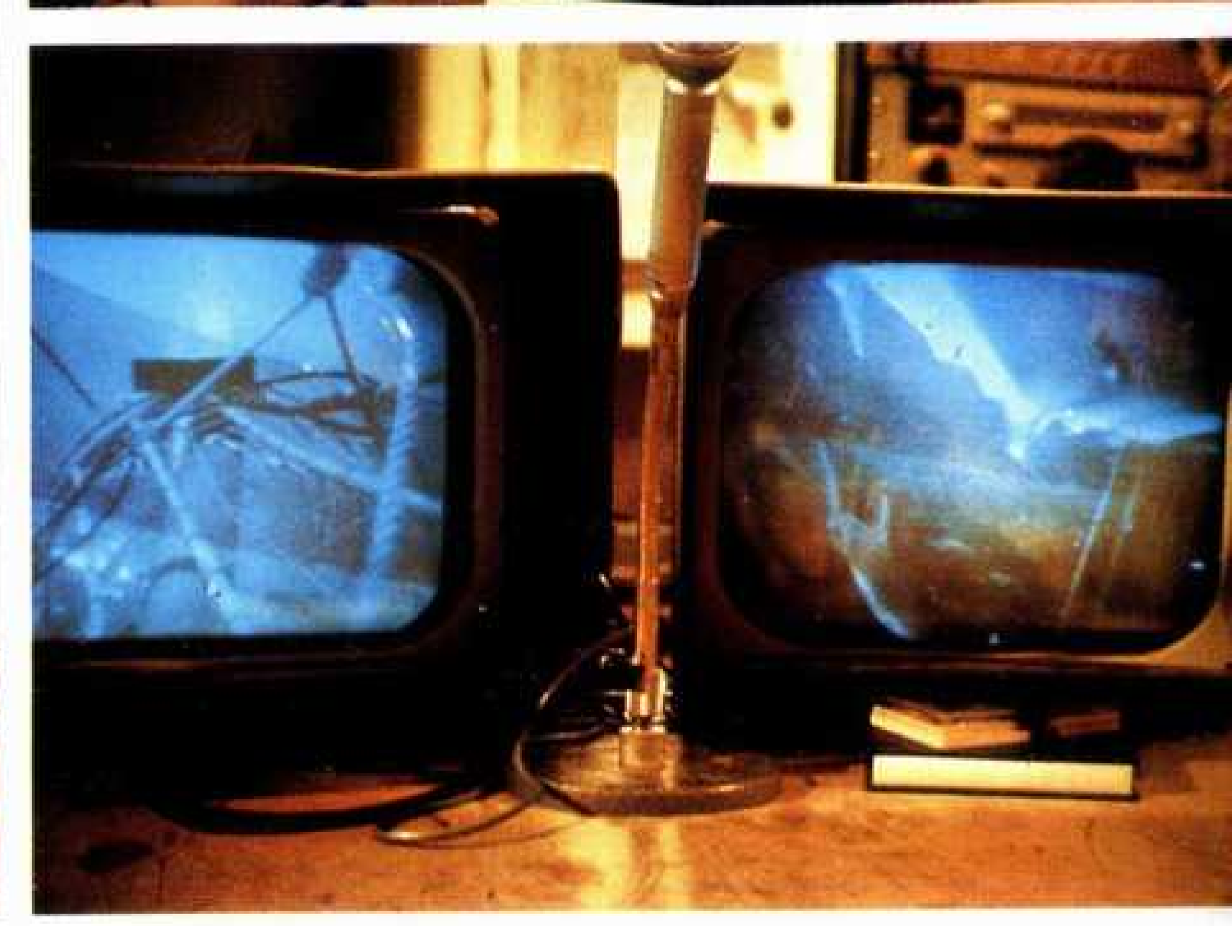
A bordo, todos —maquinistas, cocinero, médico, miembros de la tripulación, buceadores de refresco y yo mismo— reunidos en el puente, seguimos, fascinados, las imágenes que nos llegan desde el fondo y aparecen en el monitor de televisión. Si aparto un momento la vista de la pantalla, veo cómo brillan los ojos de mis compañeros. Reflejan una tensión comparable a la fascinación que los tiburones ejercen sobre el hombre. A cada inmersión que realizamos en una región infestada de escualos, invariablemente se establece en torno de los receptores esa misma atmósfera electrizada que invade la plaza de toros cuando el diestro se perfila para entrar a matar... Ninguna otra aventura, ningún otro experimento submarino suscita tanta emoción entre los tripulantes, quienes, por lo demás, en más de quince años han tenido mil ocasiones de encontrarse con los más diversos escualos.

Para mí, como decía antes, la pantalla de televisión sigue siendo un medio insustituible de observación. De principio a fin de cada misión, me concentro por entero en estas imágenes, a veces tan anodinas... Cuando no me toca sumergirme, mientras otro equipo de buceadores filma a los animales marinos o los somete a





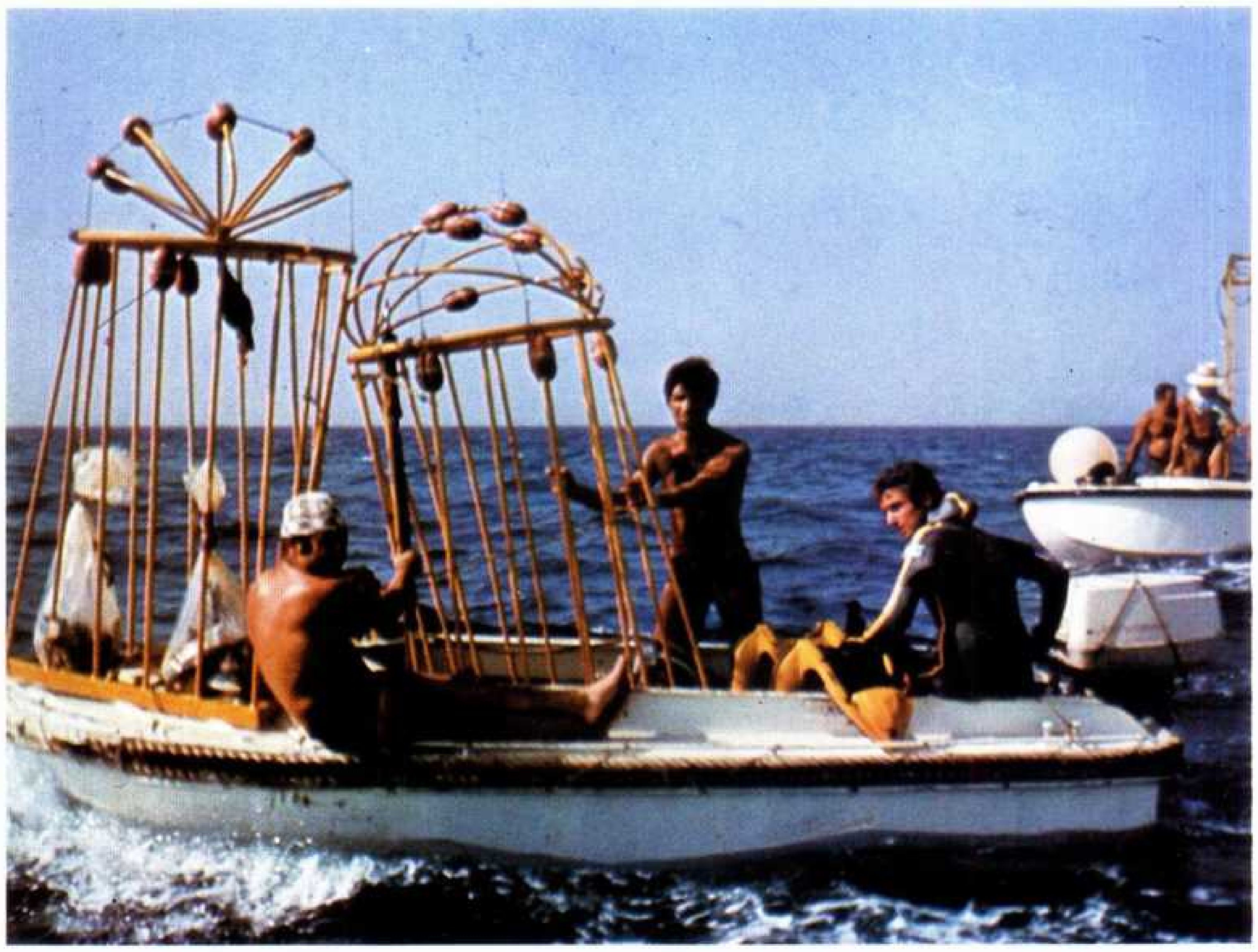




complejos experimentos, anoto, pluma en ristre, hasta los menores detalles que me permitirán comprender mejor su comportamiento. El teléfono submarino me asegura una comunicación constante con los operadores cinematográficos; en esta ocasión, con mi hijo Philippe.

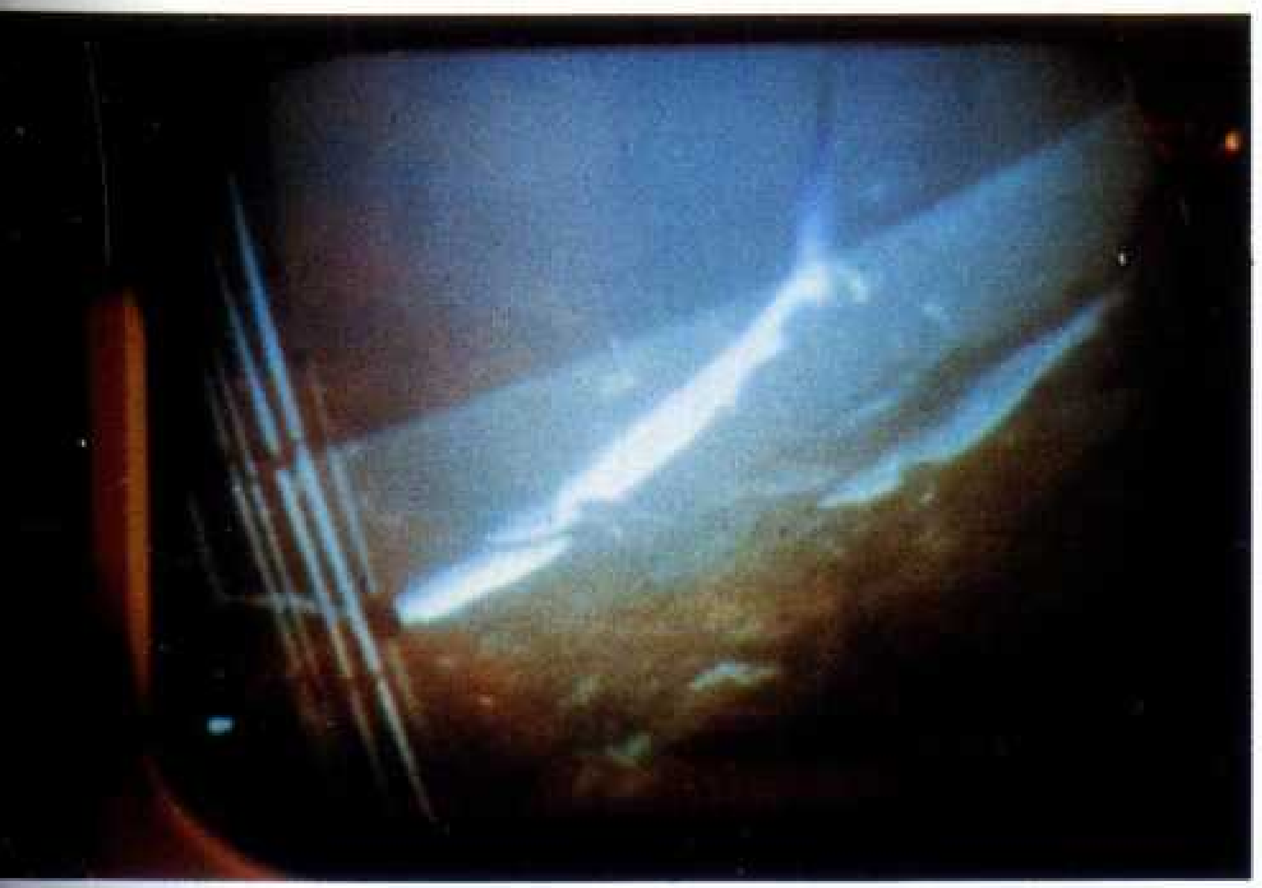
Cuando el equipo regresa a la superficie, los hombres me comunican sus observaciones personales. La narración de estos testimonios directos representa uno de los más importantes elementos de nuestras misiones. A menudo tienen una visión global de una larga secuencia de indicios aparentemente insignificantes, pero preñados a veces de enseñanzas; por eso procuro transcribirlos cuidadosamente. Y si la televisión submarina no puede sustituir enteramente a esta observación directa, no por eso deja de ser extraordinariamente valiosa, al asegurarme un contacto permanente con los equipos que trabajan bajo el agua, lo que me permite sintetizar los informes.

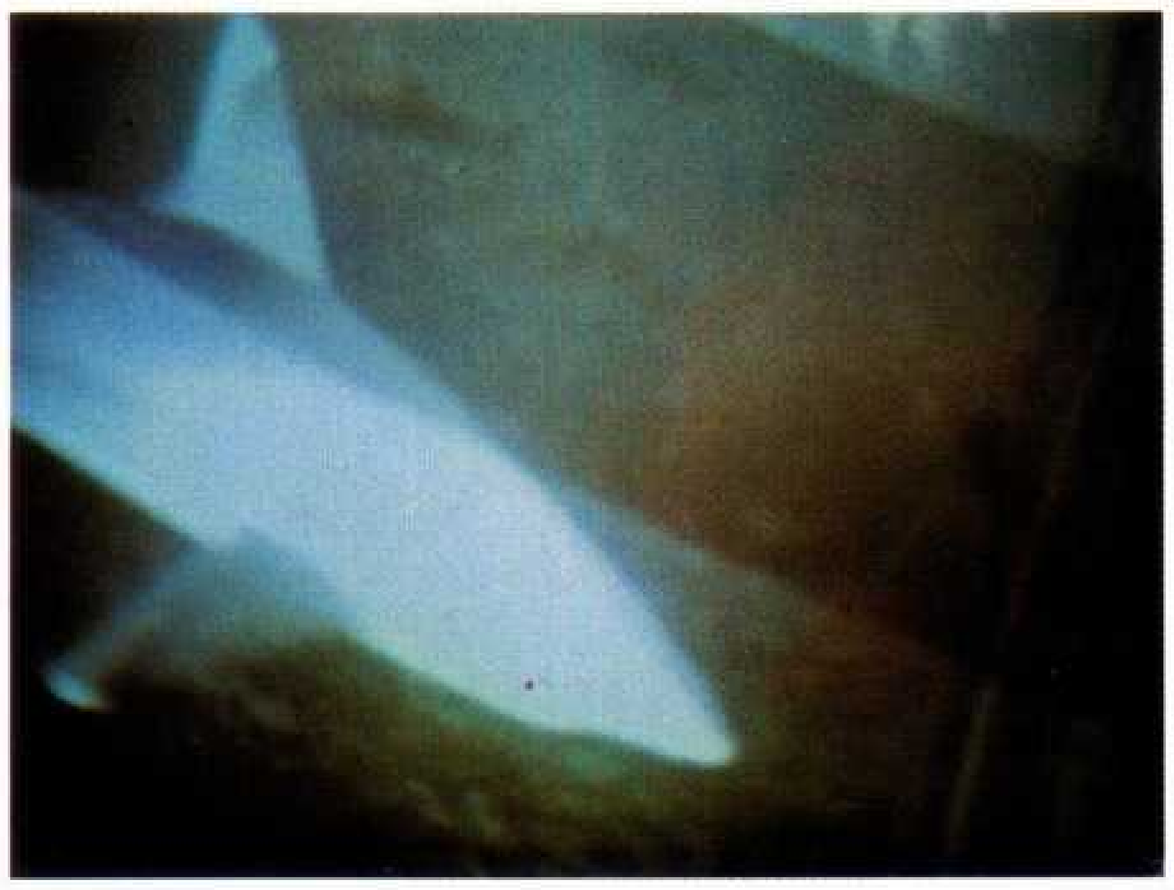






La televisión submarina permite estudiar el comportamiento de los animales en su medio natural. Cuando la tripulación del Calypso *quiso saber más sobre los tiburones, recurrió, naturalmente, a esta técnica. Las fotografías de arriba, en esta doble página, muestran las jaulas antitiburones en las que se meten los buceadores. La secuencia de imágenes de abajo se obtuvo gracias a la televisión.*





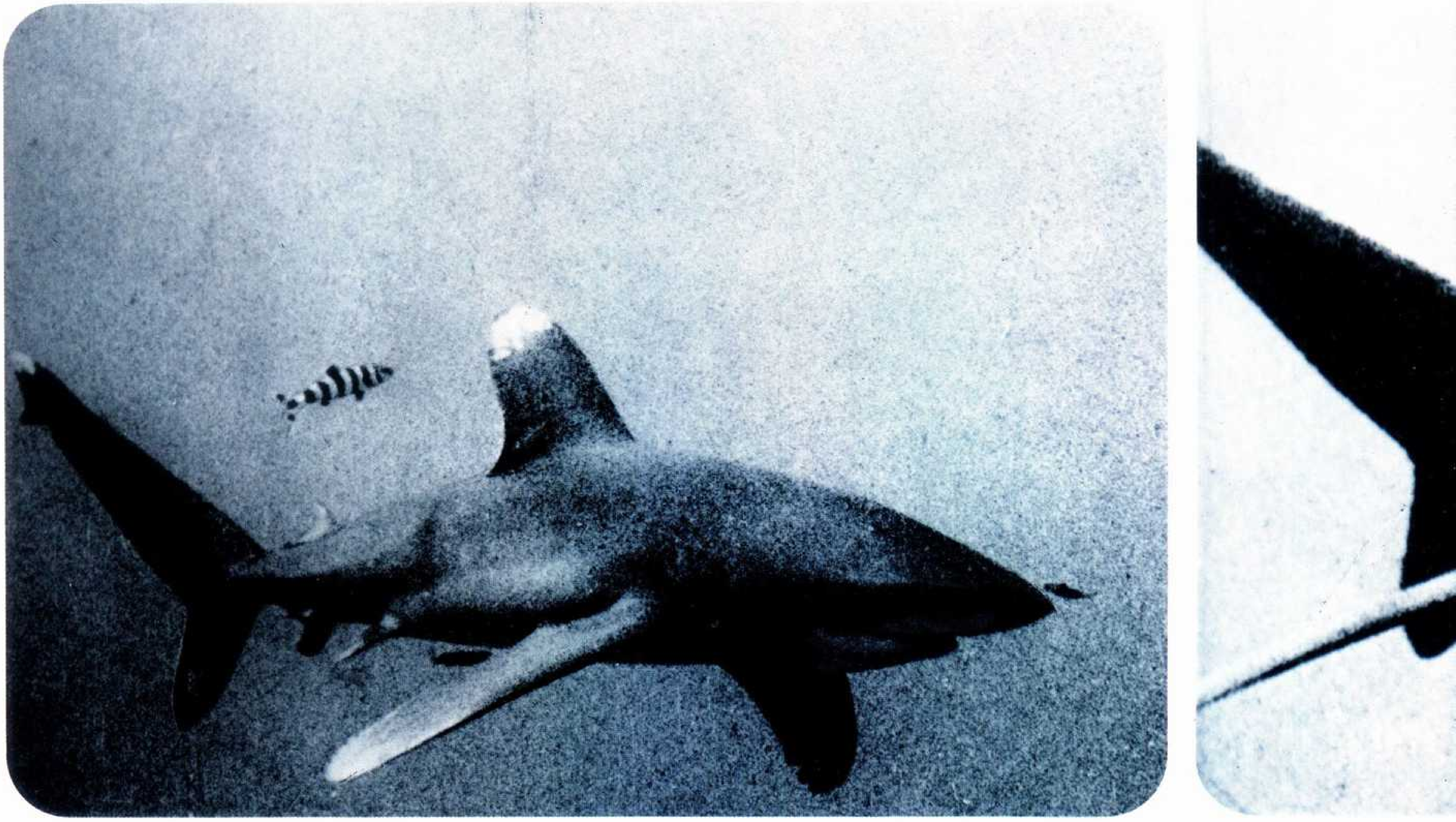






La principal ventaja de la televisión submarina es que proporciona, el tiempo que se desee y en directo, imágenes del fondo objeto de estudio (con los animales que en él viven). Sin embargo, la necesidad del cable limita las posibilidades de maniobra, y las imágenes obtenidas son peores que las de las cámaras de cine. Por esto, lejos de hacerse la competencia, ambas técnicas son complementarias.

Primeros planos de escualos

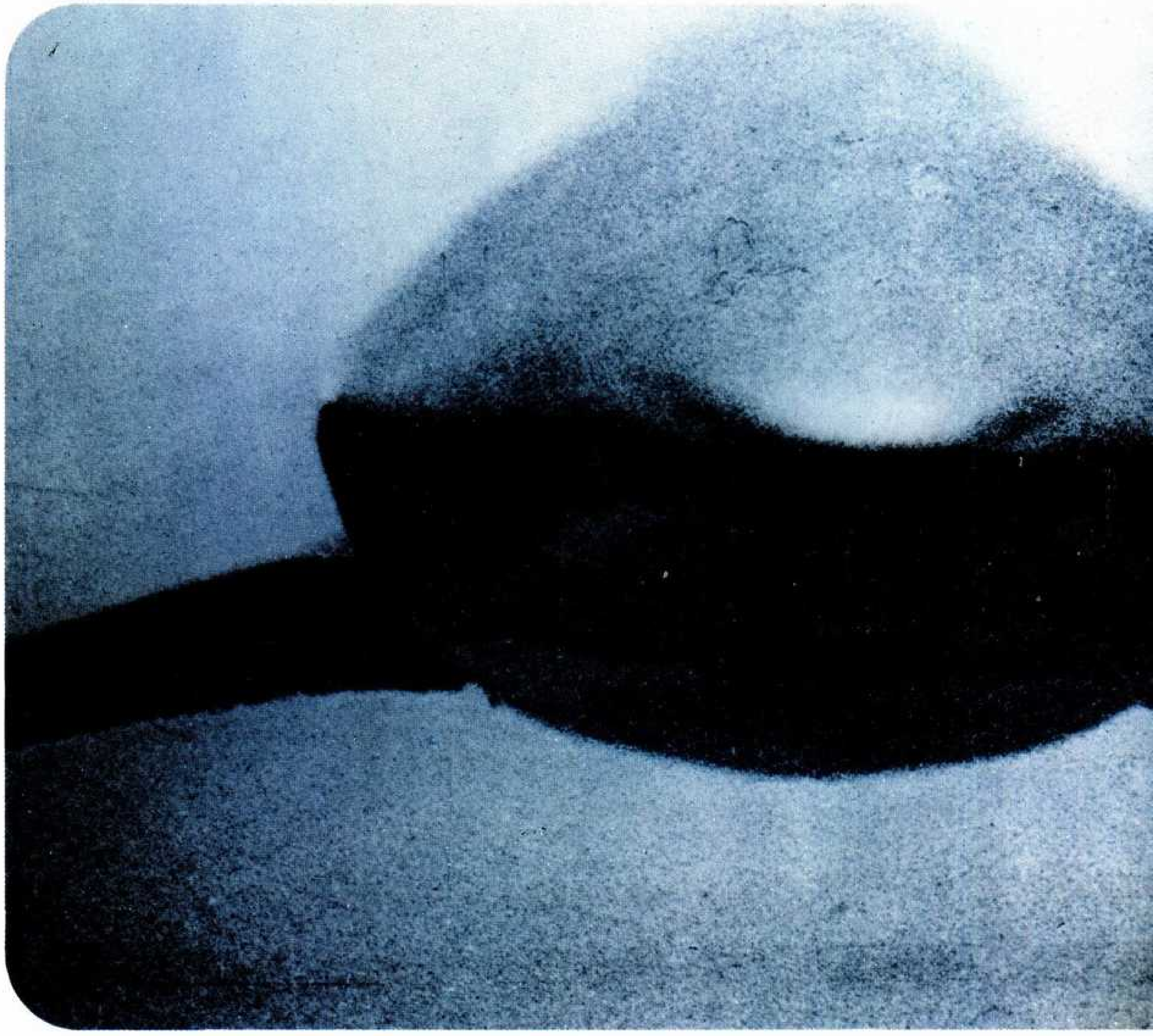


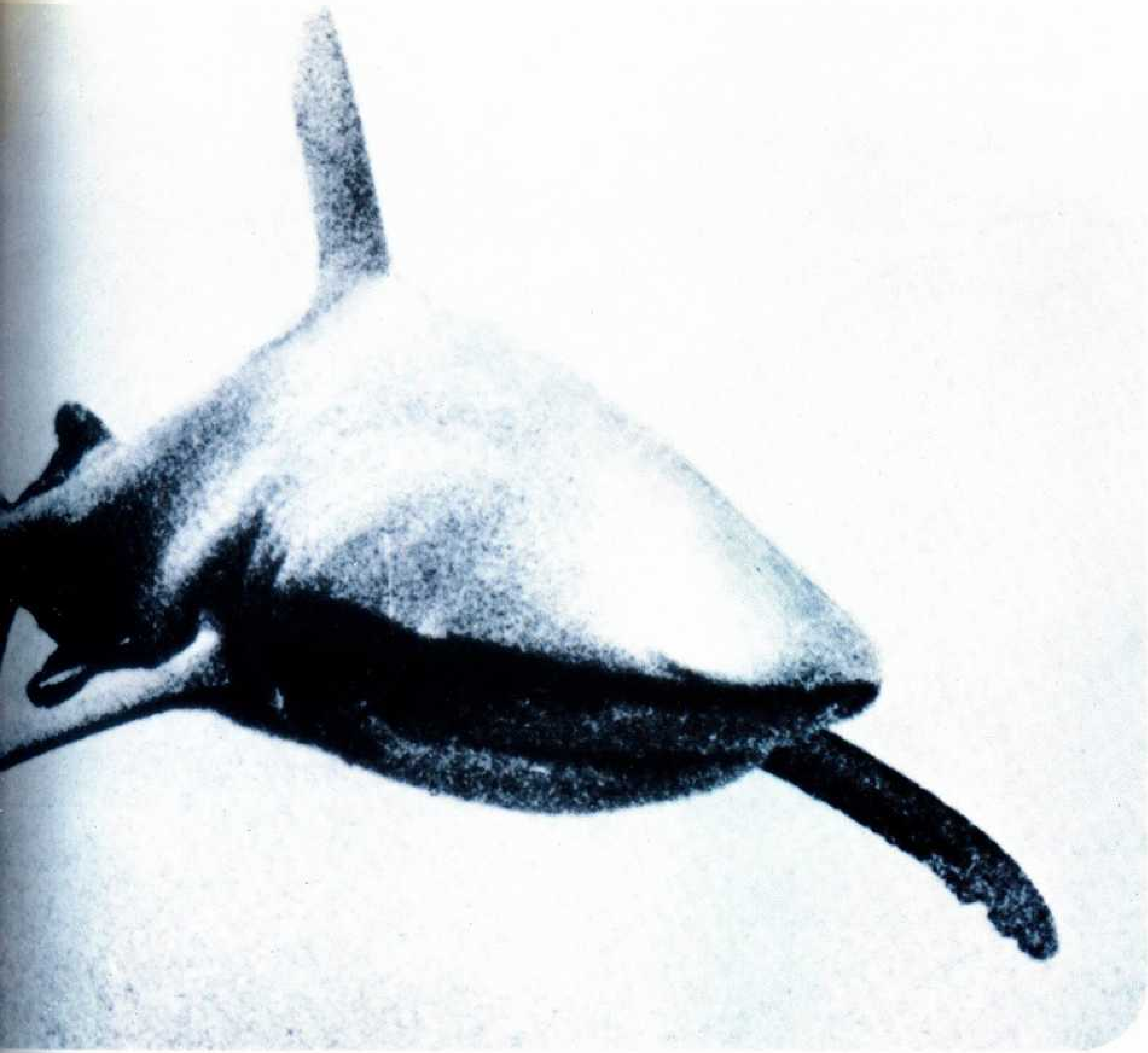
AÑO 1967. Estamos rodando una película sobre tiburones. Hemos fijado una telecámara en cada una de las jaulas que protegen a los buceadores. Así, el equipo de refresco y la doctora Eugenia Clark, la bióloga que nos asesora en el estudio de estos animales, pueden seguir fácilmente las vicisitudes de los submarinistas bajo el agua y estar sobre aviso ante cualquier incidente.

Pese a todas las medidas de seguridad, cuando los tiburones experimentan una crisis de frenesí colectivo, los buceadores, Philippe, o yo mismo, estamos expuestos a riesgos imprevistos. La televisión nos ha permitido a veces izar las jaulas justo a tiempo de evitar un drama.

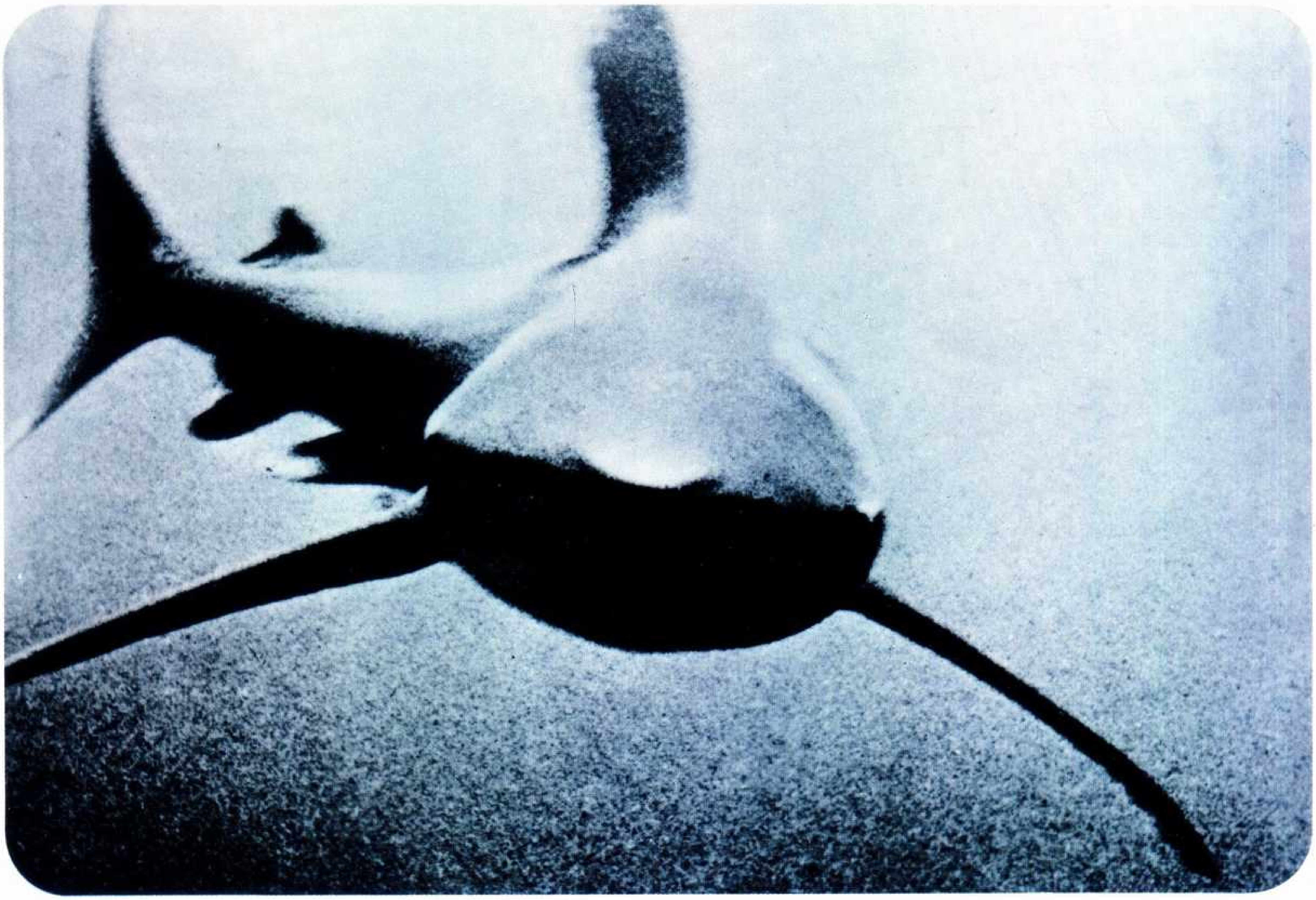
En su libro sobre los tiburones, Philippe escribe: «Entonces estábamos realizando experimentos directos en el marco de un estudio sobre la territorialidad y las migraciones de estos perros del mar. Ese día nos rodean unos quince animales, absolutamente tranquilos, pero, pasada una media hora, se acercan cada vez más. De repente, los noto agitados, nerviosos. Esta reacción me intriga por un instante; al punto lo comprendo todo: se está acercando al grupo un gran *Longimanus,* uno de los más formidables escualos de alta mar. Tengo la vaga sensación de un repentino silencio; cuando estoy completamente consciente de la situación, compruebo que yo también empiezo a respirar más lentamente, como si quisiera pasar inadvertido. La enorme bestia, parda

Esta impresionante serie de primeros planos de escualos habría sido imposible de obtener hace apenas unos años. Y es una prueba de hasta qué punto se han perfeccionado los aparatos fotográficos y cinematográficos subacuáticos.





con sus grandes manchas blancas, los ojos fijos, terrible pero soberbia, siembra el terror en esta parte del mar. El tiburón da vueltas por un momento alrededor de las jaulas en que estamos encerrados, y luego, de improviso, arremete. De un golpe corta limpiamente el cable que sostiene la caja del receptor-emisor del teléfono submarino, sujeta a la popa del *Calypso*. Lanza entonces su cuerpo inmenso, primero contra la jaula de Michel Soundre, a unos metros de mí, y luego contra la mía. Aferra con sus poderosas mandíbulas los barrotes de la jaula, a menos de 10 centímetros de mi cara, y los sacude, presa de una especie de locura. Si el cable que une mi jaula al *Calypso* se rompe, tendré que subir por mis propios medios y salir de mi refugio sin protección alguna y a merced de tan implacable asaltante. Pero, de pronto, el *Longimanus* suelta su presa y desaparece. Al salir de la jaula compruebo que no he tenido ni tiempo de sentir miedo. Ya sobre el puente, la expresión de mi padre basta para entender el peligro del que acabo de escapar. Ha seguido toda la escena en la pantalla de televisión, y la sonrisa que me dedica me parece más cordial que de costumbre...»





Los telegénicos delfines



ANTE mí, tres o cuatro delfines me preceden, de los que sólo puedo ver la ancha cola que ondula con movimientos regulares. Pero a mi izquierda, muy cerca de mí, nada otro delfín cuyo ojo derecho me mira insistentemente, observando al intruso que ha invadido su medio. Naturalmente, yo no me encuentro en el agua, sino confortablemente instalado en la «falsa nariz» del *Calypso,* rodeado de cinco portillas que me permiten observar a los delfines en todas direcciones. Y también ellos pueden verme a través de estas portillas.

Como yo, también los submarinistas bajan a veces a esta cámara de observación situada tres metros por debajo de la superficie, en la roda del *Calypso,* para contemplar el desplazamiento de los mamíferos marinos —delfines, orcas o globicéfalos— a los que es posible acercarse o que nos acompañan. Su forma, su carenado, su hidrodinámica, me transportan. Pero también, al contemplar durante horas enteras la flexibilidad y eficacia de sus movimientos, tratamos de que nos enseñen algo, que nos inspiren para mejorar los nuestros. El espectáculo es más hermoso todavía por la noche, en las aguas fosforescentes: los delfines dejan tras de sí estelas ondulantes de noctilucas luminosas... A 10 nudos de velocidad nadan sin esforzarse lo más mínimo, aleteando con su cola a una cadencia de 80 a 100 por minuto. Pero ¿qué velocidad pueden desarrollar realmente? No es fácil responder con precisión. En 1943, siendo yo un bisoño oficial de Marina embarcado en el crucero *Primauguet,* tuve ocasión de comprobar su rapidez. Estábamos haciendo pruebas de velocidad, después de unas importantes reparaciones en el astillero. Nuestro navío, de 7.000 toneladas, alcanzaba 32 nudos, es decir, 60 kilómetros por hora, y sostuvo esta marcha durante una hora. Con gran estupefacción mía y de mis compañeros, vi entonces cómo un grupo de delfines nos alcanzaba aparentemente sin mayor esfuerzo, y se mantenían unos minutos delante de la proa antes de apartarse de lado y abandonar la carrera.

Muchos años después, en 1971, rodamos por fin una película sobre delfines. No he querido limitarme a los animales presos en los acuarios, huraños y descastados por esta cautividad y el constante contacto con el hombre. Estos animales «sabios», amaestrados para jugar ante el público, no me habrían podido revelar su verdadera naturaleza. Quiero observar sus evoluciones en libertad, en el océano. Encomiendo la realización de la película a un excelente operador, Jacques Renoir, y cuento tambien, como siempre, con la colaboración de Falco, apasionado desde hace mucho tiempo por el estudio de las costumbres del *Delphinus delphis.* Como en el transcurso de nuestras travesías hemos encontrado por todas partes numerosos bancos de delfines, pero especialmente cerca del estrecho de Gibraltar y frente a las costas malagueñas, sitúo, pues, el escenario de rodaje en esta zona.

Ya sabemos que es casi imposible permanecer más de unos momentos en compañía de delfines en inmersión: son demasiado rápidos para nosotros. Tenemos que encontrar otro medio de acercarnos. Más aún, nunca hemos podido observar-

Para tratar de penetrar los secretos de la velocidad de los delfines, el equipo Cousteau utilizó los recursos conjugados de la cámara de televisión y la cámara lenta cinematográfica. Los dos aparatos se fijaron a la proa del Calypso, *y funcionaban cuando los cetáceos iban a jugar sobre la ola de proa del barco.*



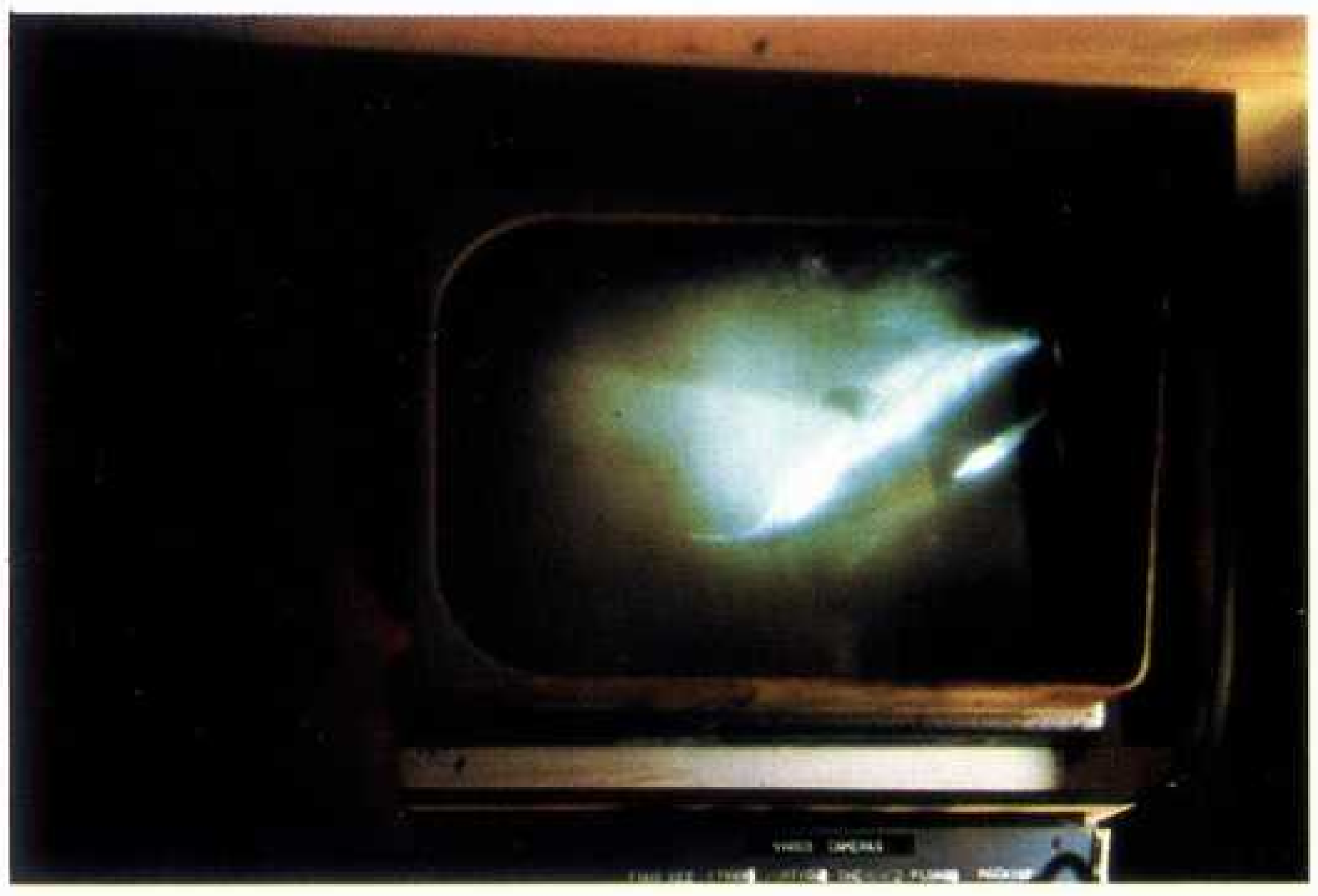


los cara a cara, ni desde el puente superior, ni en el observatorio submarino de la «falsa nariz». Se sitúan invariablemente delante de la proa y no exponen al objetivo más que la cola, o mejor, sus flancos.

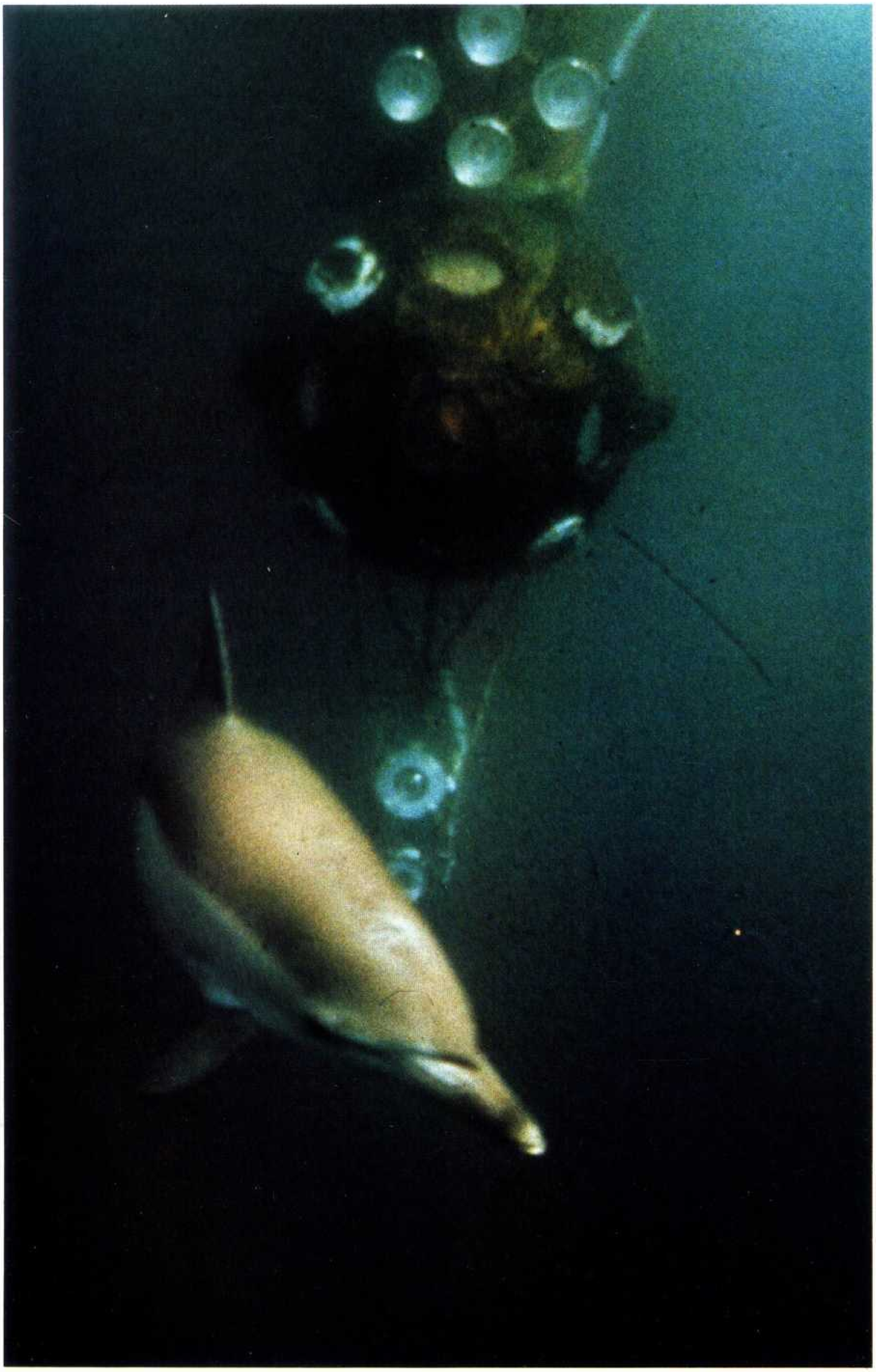
Fuera de la «falsa nariz» hice instalar una armadura metálica inclinada hacia adelante que lleva, dirigidas hacia la rodà (esto es, hacia atrás), una cámara y una telecámara submarinas. Unas riostras, igualmente metálicas, sujetan este brazo a la proa del *Calypso,* disminuyendo así al máximo las vibraciones. Ambas cámaras, controladas a distancia, están encerradas dentro de un receptáculo estanco que gira sobre un eje, pudiéndose modificar así a voluntad el ángulo de visión. Quizá, merced a este dispositivo, podamos sorprender lo que nadie hasta ahora ha logrado ver: delfines de cara, evolucionando a mar abierto.











El 17 de enero de 1971, frente a las costas de Málaga, nos acercamos a un banco de delfines. Un hombre desciende a la cámara de observación submarina para verlos llegar a la roda y asegurarse de que funciona el dispositivo. Yo me apresuro a situarme ante el monitor, y el operador Yves Omer se dispone a rodar. Los delfines pronto avanzan a lo largo del *Calypso* para jugar alegremente ante nosotros aprovechando la ola de proa. ¡Ni por ésas!

¿Nuestro equipo cinematográfico les espanta quizá? Pero ¿por qué? Me asomo a la proa: ¡Aquí está la clave del misterio! Las riostras, o tirantes, y los receptáculos de las cámaras y de la telecámara están pintados de amarillo, color muy utilizado por su gran visibilidad en el agua azul. Pero hoy esta ventaja se torna inconveniente. Tenemos que desmontarlo todo y dar al equipo el color de la quilla: rojo oscuro.

De regreso a Málaga, nos damos a la faena de pintarlo todo..., con la esperanza de que yo tenga razón.

De vuelta al mar, el primer banco de delfines que cruzamos se acerca a nuestro barco. Me instalo ante el monitor. Y entonces los veo de cara finalmente, a toda velocidad. Parecen sonreír y estarse divirtiendo como locos. No puedo contarlos. Se relevan para retozar en la ola de proa. Avanzan sin mayor esfuerzo, moviendo lentamente la cola. Observándolos en la pequeña pantalla, descubro que su trayectoria nunca es paralela a la nuestra. Mantienen el cuerpo ligeramente inclinado de un lado, y luego del otro, sin duda para no perder de vista el barco: no se fían. Sin embargo, en ocasiones se atreven a pasar entre la telecámara y la proa, prontos a hundirse en caso de peligro. A continuación se acuestan sobre el flanco y veo entonces brillar su vientre claro.

Multiplican sus evoluciones; en cuanto quieren, ponen agua de por medio. Ahora son centenares: magníficos, alegres, juguetones... Una vez más, gracias a la televisión submarina, nos es posible registrar en película el más emotivo de los *ballets*.

¡AVANTE TODA!



Regreso al mar Rojo

TRAS quince horas de navegar por el canal, el *Calypso* está a punto de atracar en la rada de Suez, a las puertas mismas del mar Rojo. Por fin voy a volver a ver ese mar que desde lo más hondo del alma yo llamo «el más bello del mundo», mi preferido, tanto por la resplandeciente majestad de las montañas agostadas que lo bordean, cuanto por la belleza y variedad de formas de vida que proliferan a lo largo de sus ribazos e islotes. Me parece reconocer de memoria sus bancos de coral…, aun cuando soy consciente de que jamás persona alguna logrará desvelar todos sus secretos.

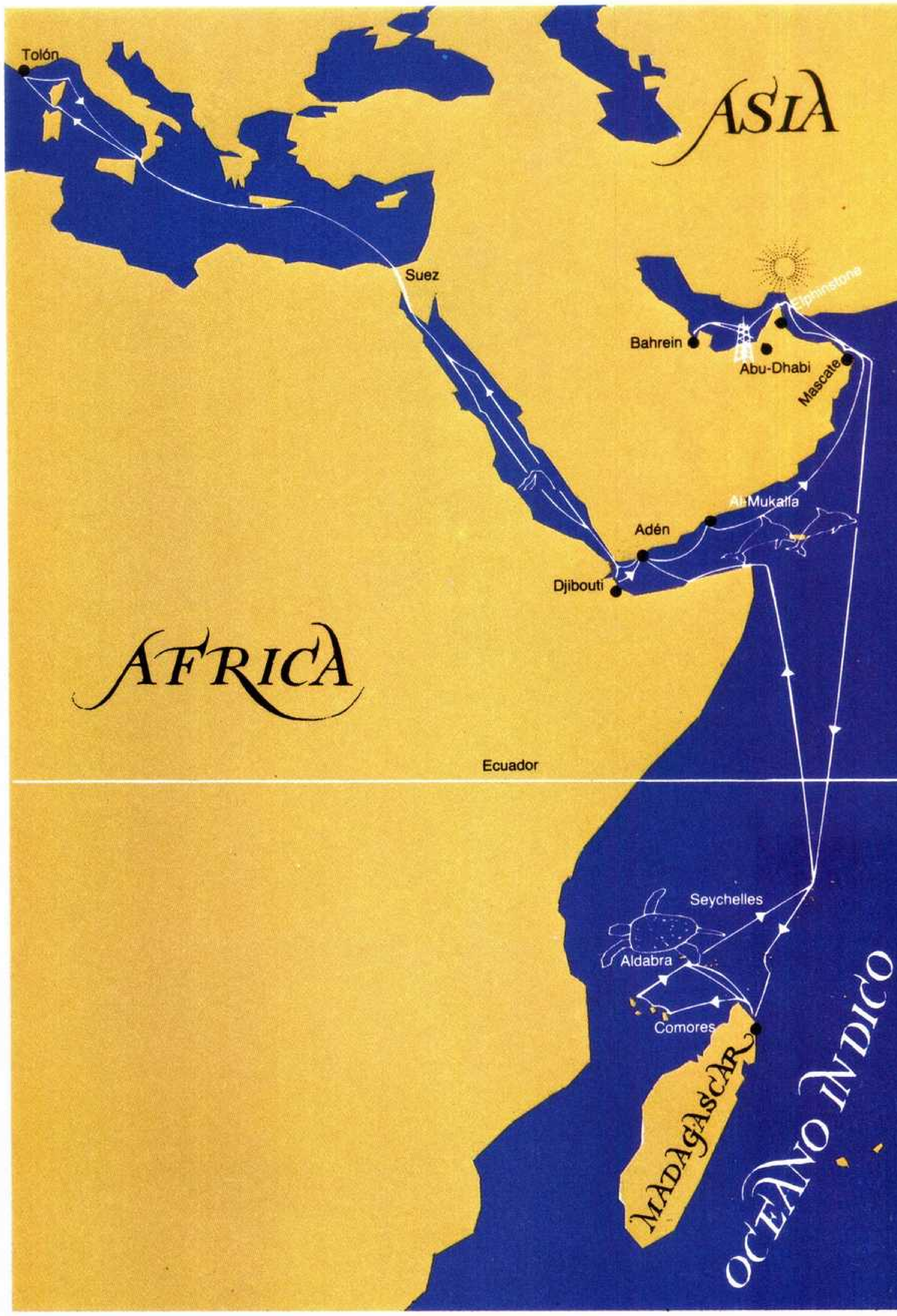
Me consume la impaciencia por volver a encontrarme entre los paisajes coralinos que por primera vez me deslumbraran en 1951, cuando realizamos nuestra primera travesía. El *Calypso* había franqueado por aquel entonces el canal de Suez, apenas seis días después de haber salido de los astilleros donde lo habían transformado de dragaminas en buque oceanográfico. Luego seguimos al convoy de barcos que, desde Suez hasta el estrecho de Bab el-Mandeb, por más de 2.000 kilómetros, seguía esta autopista líquida que une el Mediterráneo con el océano Indico. A todo lo largo de esta arteria, el litoral y las islas estaban salpicadas de bolitas brillantes, collares de bombillas eléctricas desechadas, arrojadas por la borda desde algún barco. Nosotros habíamos dejado la formación para explorar el arrecife de coral de Far-San. Acampando en la isla de Abulatt, nuestros científicos comenzaron a estudiar los animales, las plantas, las aguas, la geología y el clima de ese rincón casi desconocido del mar Rojo. Dos meses y medio después, de vuelta al Mediterráneo, habíamos estado trabajando en nuestro primer «taller» arqueológico submarino, el Grand-Congloué, frente a las costas de Marsella. Luego nos dimos a la tarea de investigar, en el Mediterráneo oriental, los orígenes de la nave que habíamos encontrado y descargado, veintiún siglos después de haber naufragado. Más adelante, participamos en el salvamento del carguero italiano *Donatello* que acababa de estrellarse contra los acantilados de la isla de Riou, también frente a las costas marsellesas y, finalmente, el *Calypso* había vuelto a estar en carena para prepararse para una nueva expedición. Esta que nos traía ahora al mar Rojo: una prospección petrolífera *offshore* en el golfo Pérsico, por encargo de la D'Arcy Exploration, filial de la British Petroleum.

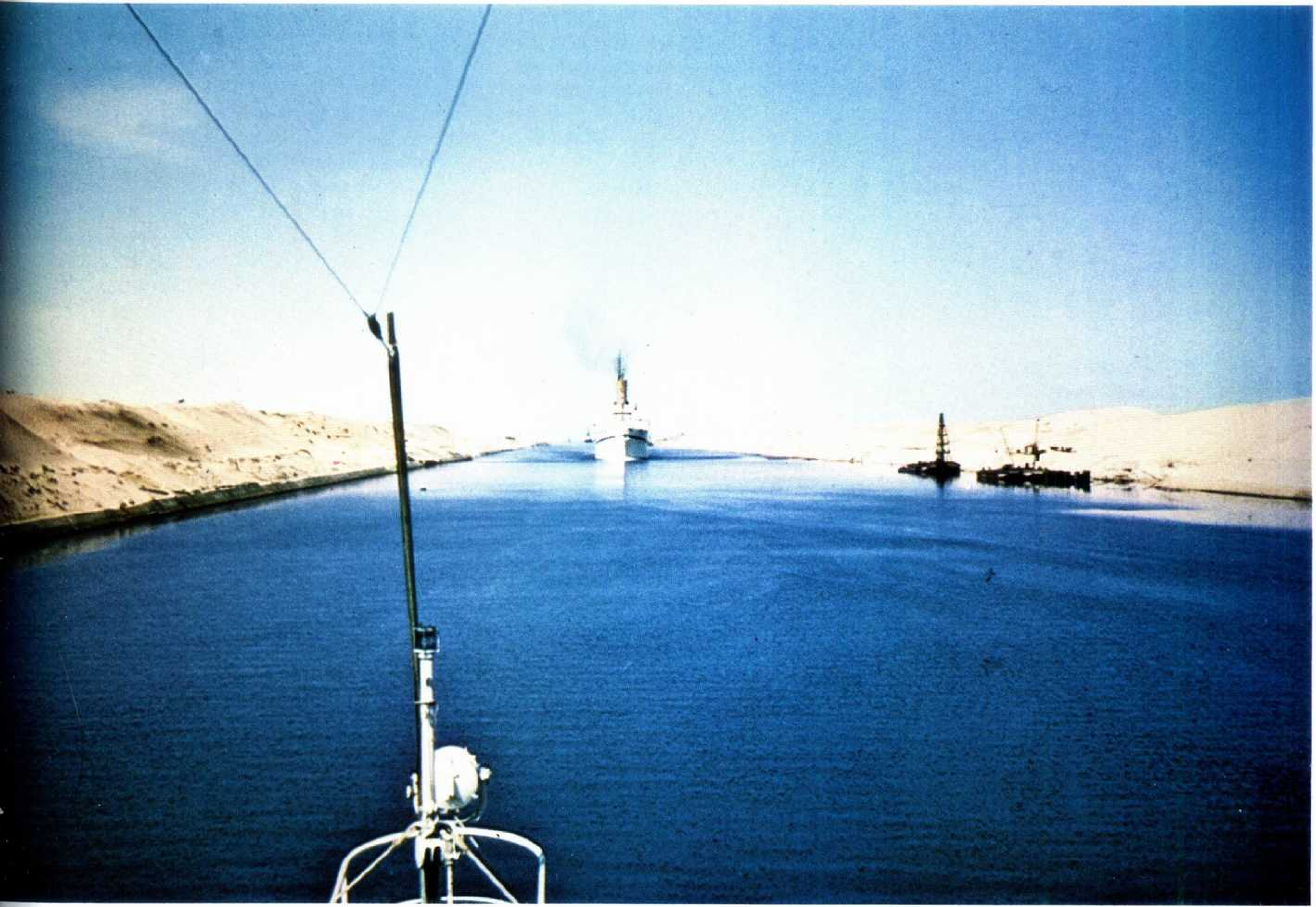
Así, el 7 de enero de 1954, el *Calypso*, equipado con todo lo necesario, había puesto proa hacia Suez.

Aquí estoy de nuevo en el puente, impaciente por volver a las aguas cristalinas del mar Rojo. Este mar, bordeado al Oeste por volcanes y tierras todavía inhóspitas, está a veces calmo como un lago; otras, es barrido por tempestades de arena, bajo un clima tórrido… Este mar, con las aguas más calientes del globo, cuya sal quema la piel, vio nacer y morir a la civilización egipcia, hizo posible la huida de Egipto del pueblo de Moisés, vio pasar las flotas fenicias, romanas, griegas y árabes, y sigue siendo hoy todavía escenario de uno de los más intensos tráficos del planeta: el del petróleo.

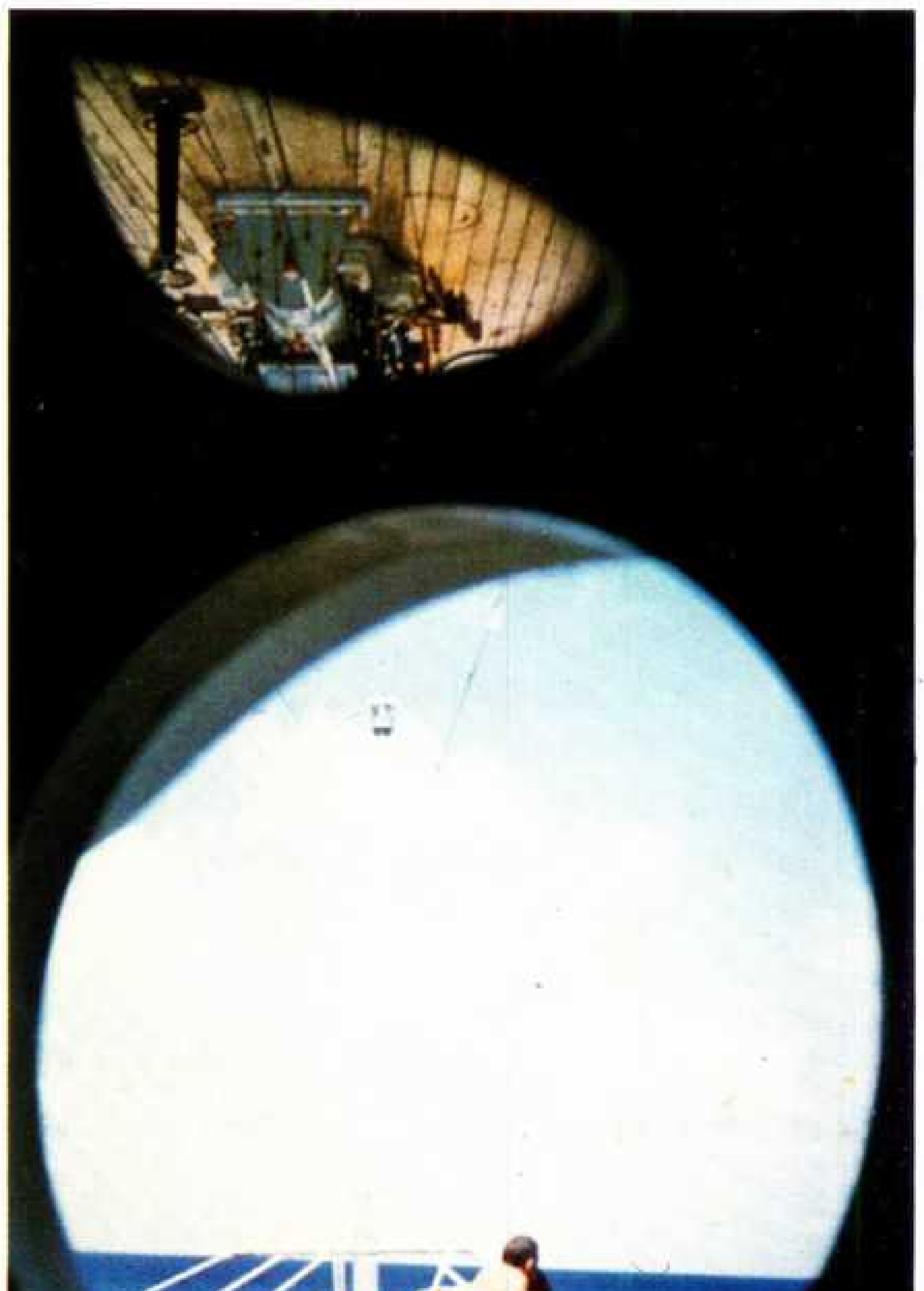


Durante los primeros años de actividad del Calypso, *el comandante Cousteau y su equipo exploraron ampliamente el mar Rojo y el océano Indico. En las fotografías de la página siguiente: el paso del canal de Suez.*

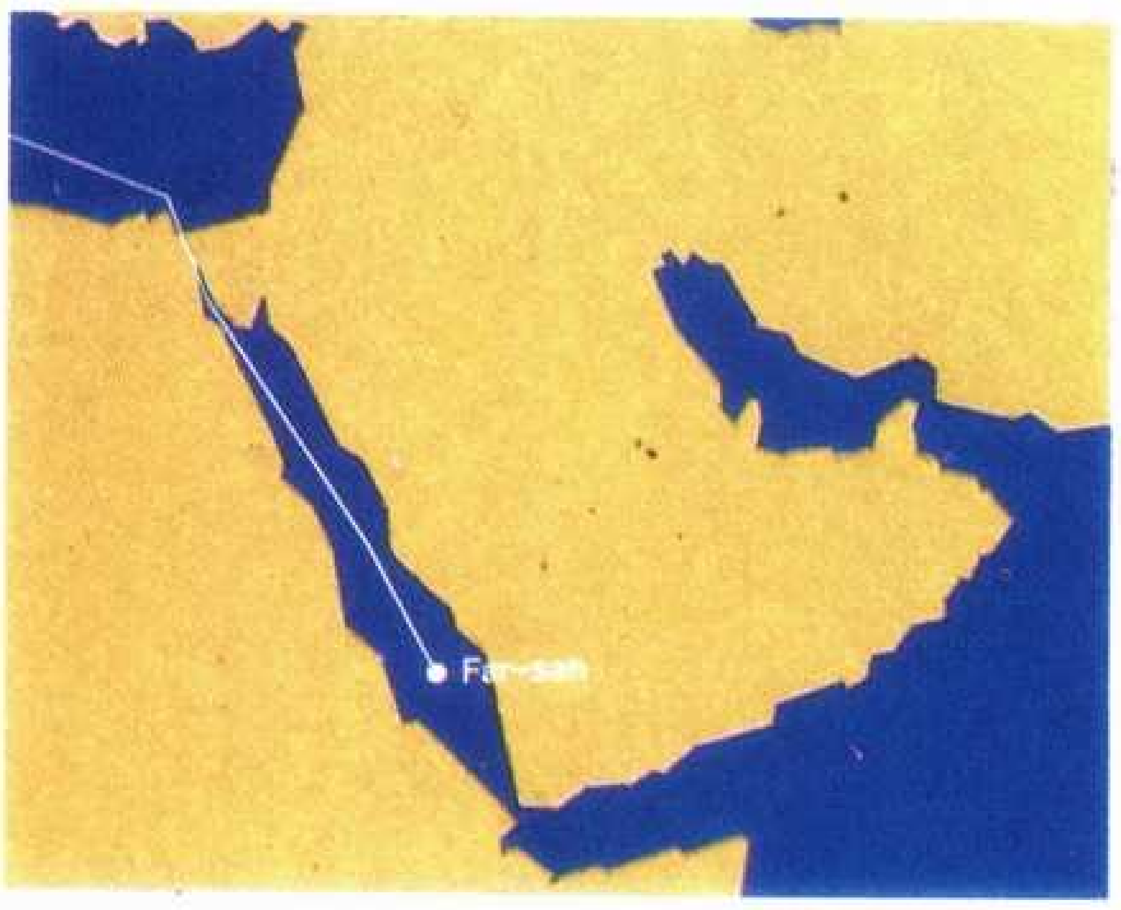






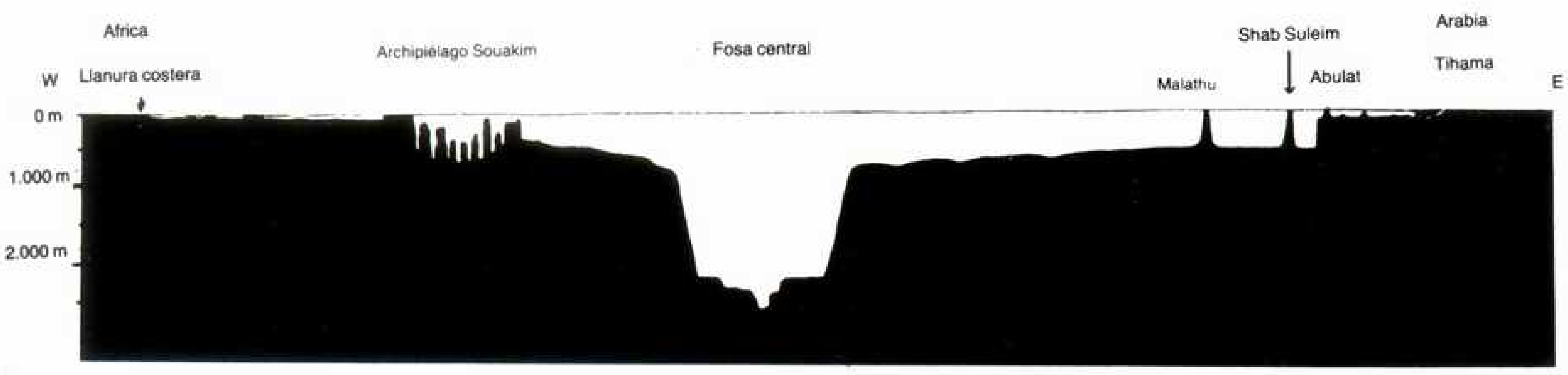


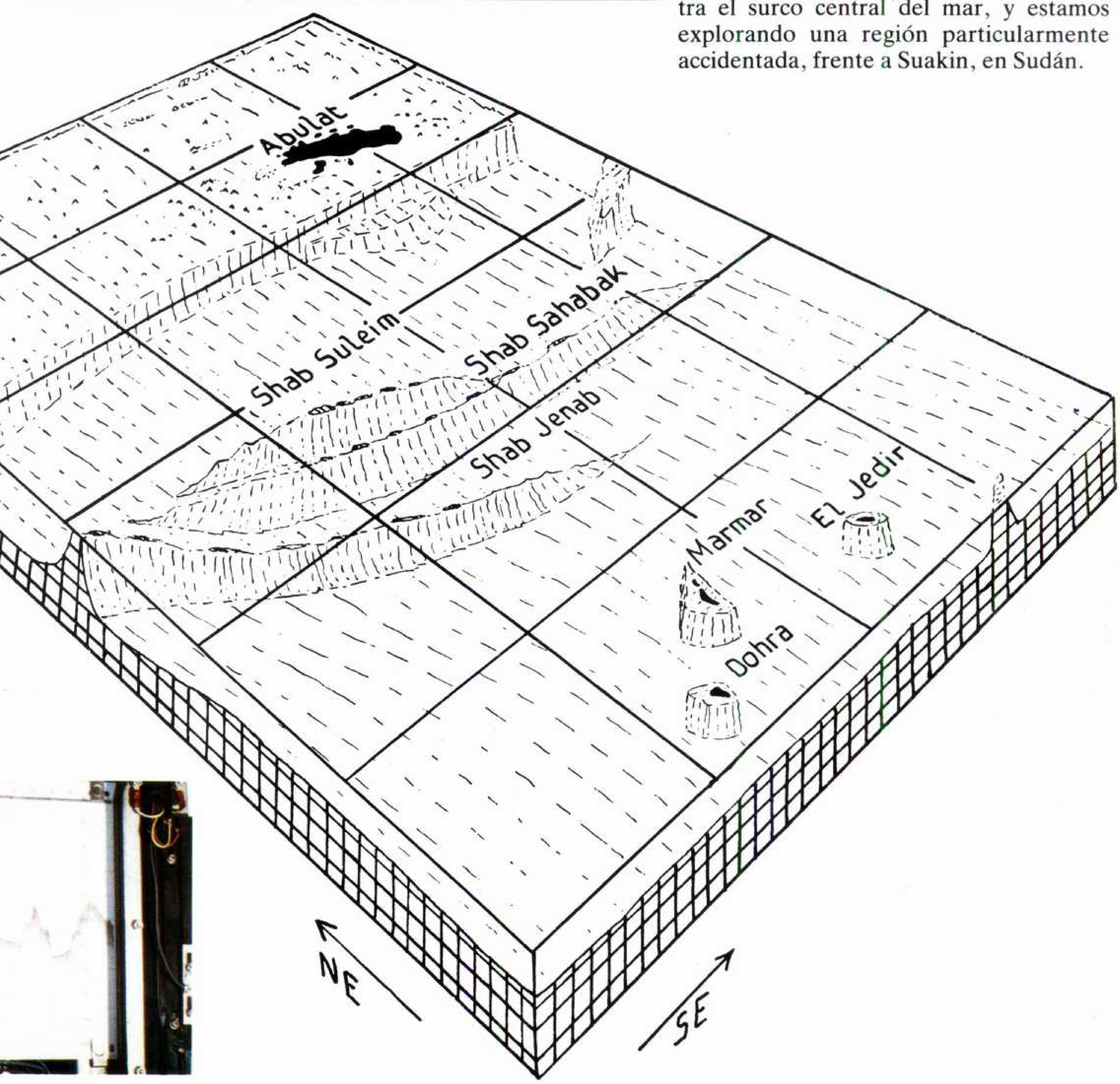
La catedral sumergida



ESTOY en la sala de mapas, junto al aparato que registra sobre una cinta de papel continuo el trazado de todos los obstáculos que los ultrasonidos de la ecosonda ponen de manifiesto bajo la quilla del *Calypso*. Descubrir la estructura de los fondos a varios centenares de metros bajo nuestros pies es uno de los espectáculos más fascinantes de nuestras largas horas de navegación. Anotando mecánicamente sobre la gráfica la hora, la velocidad, la ruta y la posición del barco, intento interpretar el trazado que traduce fielmente sobre el papel el relieve submarino. Para mí, submarinista, encierra algo de misterioso el que una señal inaudible llegue hasta la pendiente de un acantilado, escrute la naturaleza de un fondo, la forma de una colina o de un precipicio, a miles de metros de distancia, y vuelva luego a nuestro barco para ser transformada en impulsos eléctricos que trazan las curvas de un relieve que no vemos y que apenas alcanzamos a imaginar. Tengo la impresión de estar descubriendo el lado oculto de nuestro planeta, un mundo que existe sólo para mí, y al que querría bajar para verlo mejor. Fue en el transcurso de sondeos semejantes cuando, en 1951, descubrí, en el fondo de la fosa media del mar Rojo, ésas como hondonadas que más tarde habrían de ser identificadas como *hot brines*, manantiales calientes abundantes en metales pesados, susceptibles de ser pronto explotados. Pero por aquel entonces yo no podía adivinar su naturaleza.

Ahora nos hallamos lejos de los 1.800 metros de profundidad a que se encuentra el surco central del mar, y estamos explorando una región particularmente accidentada, frente a Suakin, en Sudán.













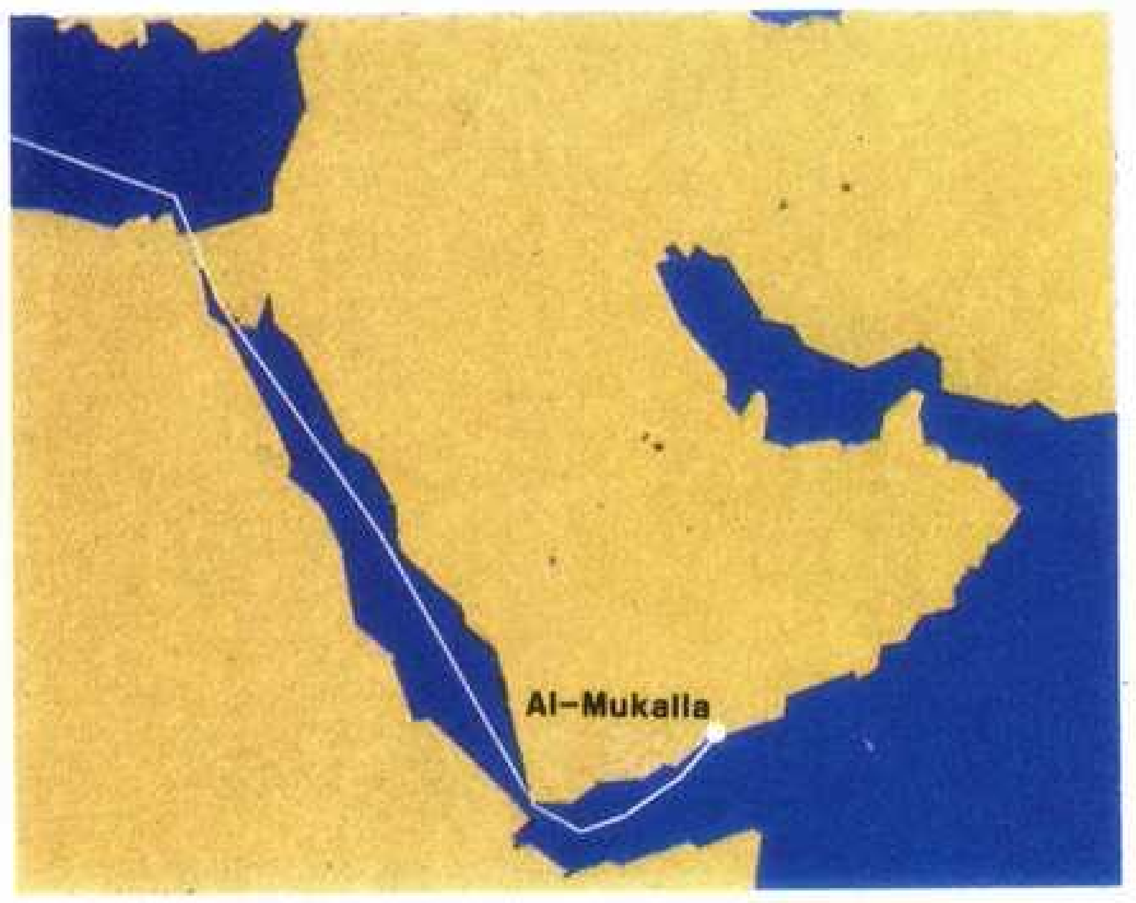
Los resultados de las campañas oceanográficas del Calypso *están recogidos en más de diez enormes volúmenes, enriquecidos con numerosos dibujos. En la página anterior: extractos del cuaderno de a bordo consagrado al mar Rojo; el perfil de los fondos y un bloque-diagrama de la región de Abu Latt (o Abulat), en el que se advierten claramente los tres* guyots *de Marmar, El Djedir y Dohra. En esta página: tres vistas aéreas de la misma región.*

En la gráfica, el fondo oscila bruscamente desde los 600 metros hasta la superficie, subrayando la existencia de numerosos «pilares gigantes», alzándose de improviso sobre un suelo probablemente arenoso, para subir sin transición hasta pequeñas cimas planas a 110, a 40 metros, o incluso a flor de agua. Aparte del peligro que esto representa para nuestra navegación, me sorprende la existencia de estas formaciones semejantes a auténticas torres que, tras aflorar a veces a la superficie, vuelven a caer a pico hasta los abismos. La ecosonda descubre unas quince. Se trata probablemente de formaciones coralinas, y sus profundidades marcan sin duda los niveles a los que se detuvo el agua en el transcurso de la condensación de los hielos durante el último gran período glaciar. El nivel más bajo alcanzado, cuando una gran parte de América y de Europa estaba invadida por los glaciares, fue probablemente de −170 metros. Ya sabemos que, después, este nivel subió, pero marcando pausas a −110 y −45 metros. Todo ello se complicó con los movimientos propios de la corteza terrestre, muy importantes en esta región. Y el crecimiento del coral no siempre ha seguido la subida de las aguas.

En el mar Rojo, los dos conjuntos más impresionantes de estas extraordinarias «columnas submarinas» se encuentran en el complejo de arrecifes de Far-San y de Suakin: 20.000 kilómetros cuadrados de islotes, de arrecifes, de pilares coralinos diseminados a lo largo de la costa saudí frente y al sur de Lith, así como frente a Suakin, al sur de Puerto Sudán.

Por el momento, me conformo con «verlas» con nuestra sonda, pensando en los progresos tecnológicos que habrá que llevar a cabo para comprender mejor sus estructuras.

Al-Mukalla







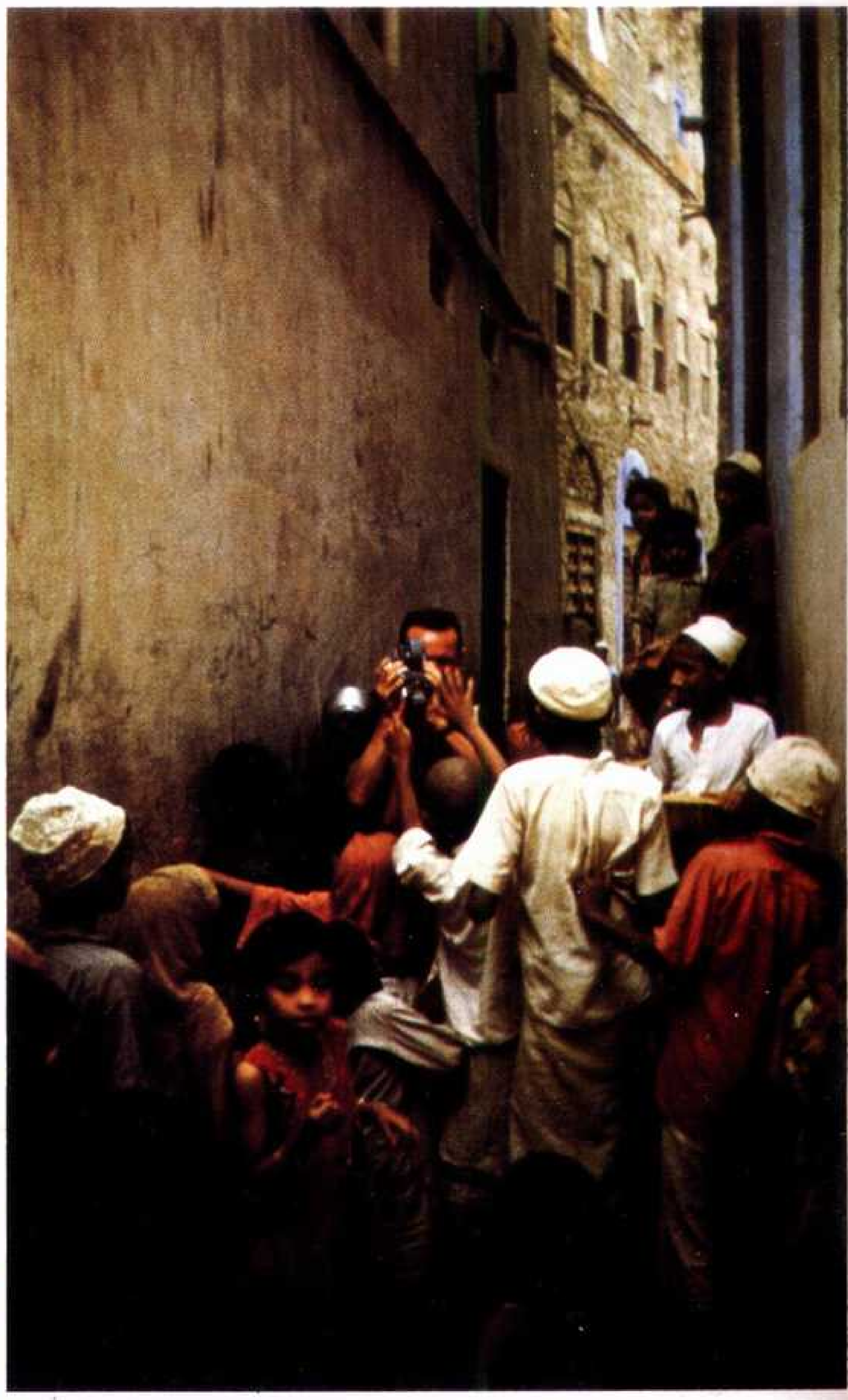
El *Calypso* debe bogar hacia el golfo Pérsico para iniciar las investigaciones y estudios que darán como resultado el descubrimiento, frente a las costas de Abu-Dhabi, del oro negro de los jeques. Pesa la responsabilidad, pues la tarea que nos aguarda es larga y minuciosa.

A bordo, mis compañeros aprovechan las horas de navegación para revisar una vez más todo cuanto vamos a necesitar. Pero, en realidad, aun cuando seguimos al aire libre, ya nuestra mente está bajo el agua. Al salir de la sala de mapas, la ligera brisa de la tarde nos resulta un alivio. Apenas podemos soportar el calor. Nos sentimos oprimidos.

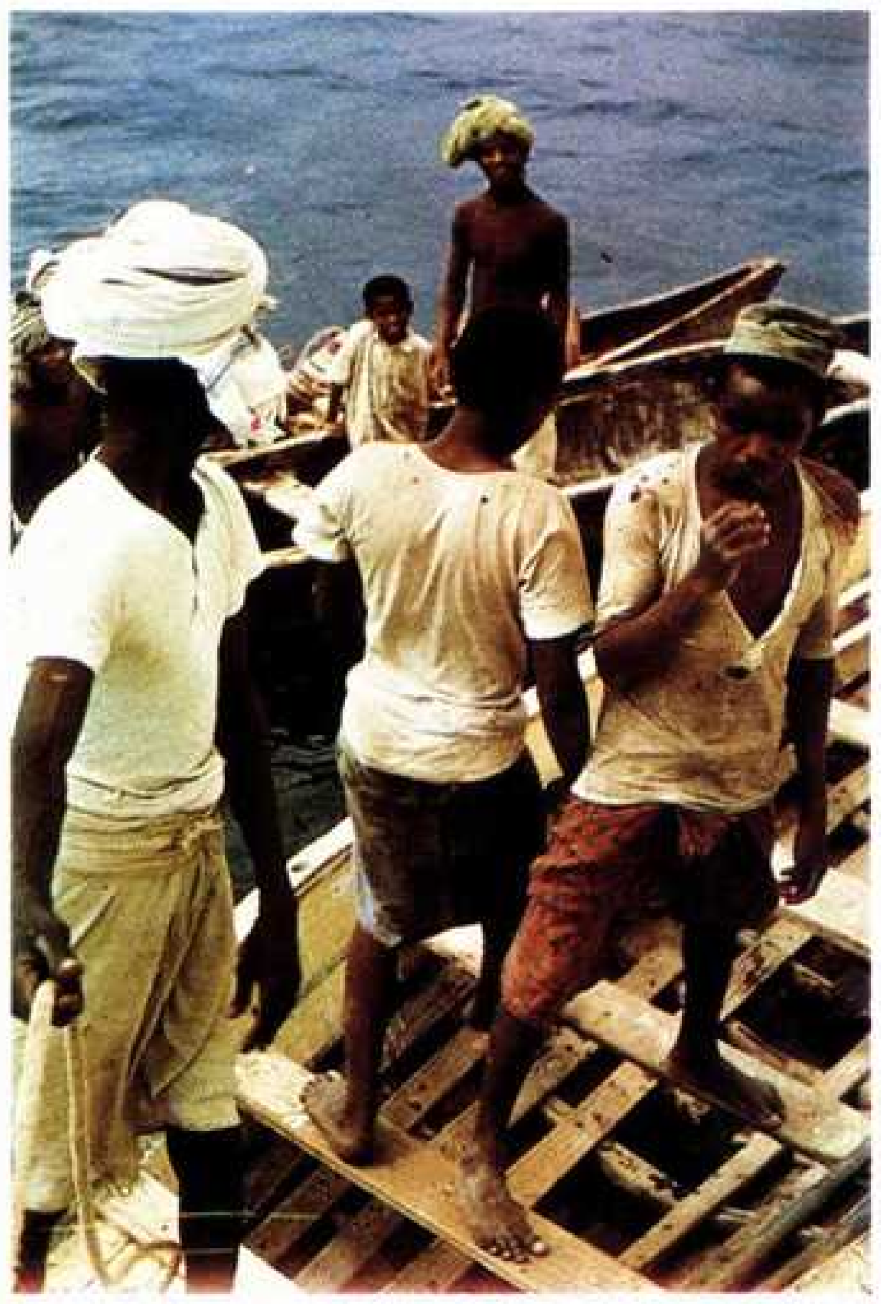
Con sus 56 °C —a la sombra— en verano y 50 °C en invierno, el Triángulo de Alfar es ciertamente una de las regiones más hostiles de la Tierra. Sus volcanes, todavía activos, arrojan vapores, cenizas y lava, mientras que sus desiertos de sal se extienden hasta el estrecho de Bab el-Mandeb, que estamos atravesando en este momento. Ya llevo horas observando fascinado las calcinadas orillas que desfilan a estribor, ofreciendo a la vista un paisaje atormentado, mezcla de farallones de basalto pardo rojizo y de anchas coladas de lava negra. De cuando en cuando, en este sombrío desierto marciano surgen oasis que deben su existencia al agua del subsuelo y a los torrentes que, una o dos veces al año, se precipitan desde las montañas próximas al mar. Crecen en ellos algunos platanares, a cuya sombra los habitantes de la costa cultivan legumbres, pepinos, cebada, algodón y tabaco, productos que, con la pesca, son el único recurso de estas increíbles tierras.

Ponemos proa al Noroeste para costear el litoral de Hadramaut y del golfo de









En la campaña de 1954 por el océano Indico, el Calypso *hizo escala en el puerto de Al-Mukalla, en la costa de Yemen. Allí fue donde, por primera vez, la tripulación sintió la fascinación del Oriente.*

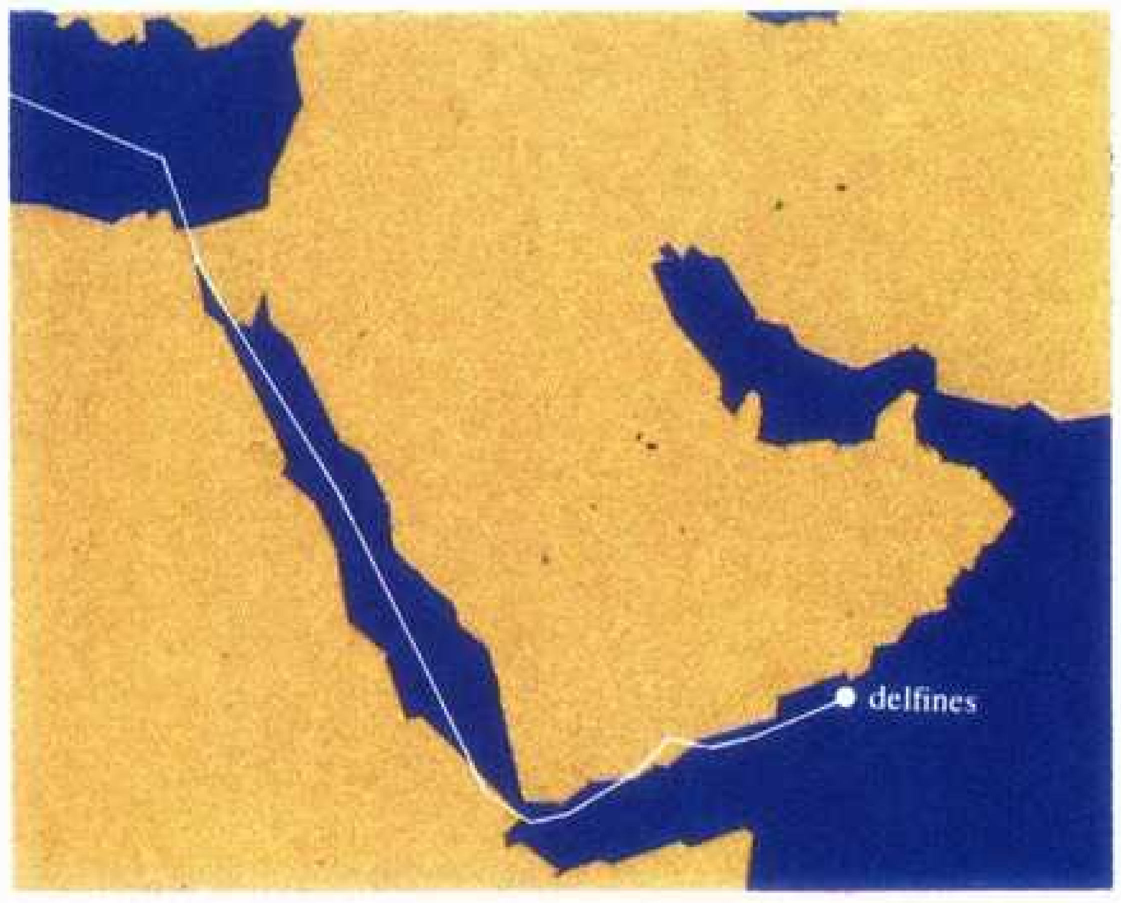


Omán. El mar está en calma. Una pareja de mantarrayas salta del agua ejecutando cabriolas, para caer, pesadamente, con un sordo chapoteo.

La monotonía de los cantiles que cuelgan sobre el océano raramente se ve interrumpida por un puerto digno de este nombre. Entre ellos, uno de los más pintorescos es el de Al-Mukalla, que se nos antoja sacado de *Las mil y una noches*. Decido visitarlo, aun cuando tengamos prisa por poner manos a la obra.

Sobre una franja de arena que se extiende entre una montaña calcárea y el mar —al fondo de una cascada de rocas rojizas— surgen unas casas blancas muy altas («como rascacielos», dice Falco) y minaretes que se alzan como mástiles entre los edificios. Las ventanas de estas construcciones son altas y estrechas y están muy juntas, dando a las casas una impresión de altura mucho mayor de la que corresponde a sus cuatro o cinco pisos reales. Después de ver tantos poblados con casas de un solo piso que salpican las costas del mar Arábigo, este panorama sorprende.

Una barrera inexistente



UNA antigua fortaleza, también blanca toda ella, corona la cima de la colina que domina la ciudad. Tras la fatigosa sucesión de tanto desierto de rocas grises y rojas, esta armonía, esta blancura, sosiegan la vista. Y después de largas horas de soledad cedemos a la tentación de bajar a tierra.

Al-Mukalla es un mercado permanente. Hay pocas tiendas, pero muchos vendedores ambulantes que sacan de sus talegas multicolores las más diversas mercancías. Paraguas de nailon, ropa de confección occidental, tejidos de los telares de Extremo Oriente, joyas primitivas, especias... Un mercado como los de los cuentos infantiles, en el que la piel bronceada de los indígenas destaca frente a las casas blanqueadas.

«¿Puede subir inmediatamente al puente?», me ruega inquieto el capitán Saoût, a las primeras luces del alba. Me reúno con él de inmediato, sin acabar de vestirme todavía, y le veo tratando de escrutar nerviosamente las cartas de navegación correspondientes a la zona en que nos encontramos: el golfo de Adén, frente a las costas de Hadramaut.

—¡Pero si el mapa no registra aquí ningún arrecife!

—¿Arrecife? ¿Qué arrecife?

—Uno, allá a lo lejos.

Subo al puente y cojo el catalejo. ¡Es cierto, una barrera de espuma se destaca en el horizonte! ¡Es increíble! ¡Imposible! Estamos en la ruta del golfo Pérsico, el itinerario de todos los grandes petroleros, de todos los buques de gran calado... No puede haber aquí ningún arrecife que no esté registrado...

—Acerquémonos y veamos de qué se trata... No estoy inquieto, pero aun así...

Por fin lo comprendo todo: son delfines. Miles, tal vez decenas de miles, el mayor rebaño que veo en mis 25 años de navegación por el mundo. Un ejército de delfines cuyo comportamiento es excepcional: saltan, se zambullen, se alejan, se acercan, surgen como cohetes en derredor del *Calypso*. Una población delirante de delfines. Diríase que están haciendo una competencia de salto y de velocidad:





¡Extraordinarios delfines! Las fotografías de esta página nos dan una idea de la excepcional adaptación de estos mamíferos marinos a la vida acuática. Nadan a más de 60 km/h. y efectúan magníficos saltos fuera del agua. Las imágenes de la página siguiente se obtuvieron mientras los cetáceos practicaban el surf *en la ola de proa del* Calypso. *El operador se encontraba en la «falsa nariz».*









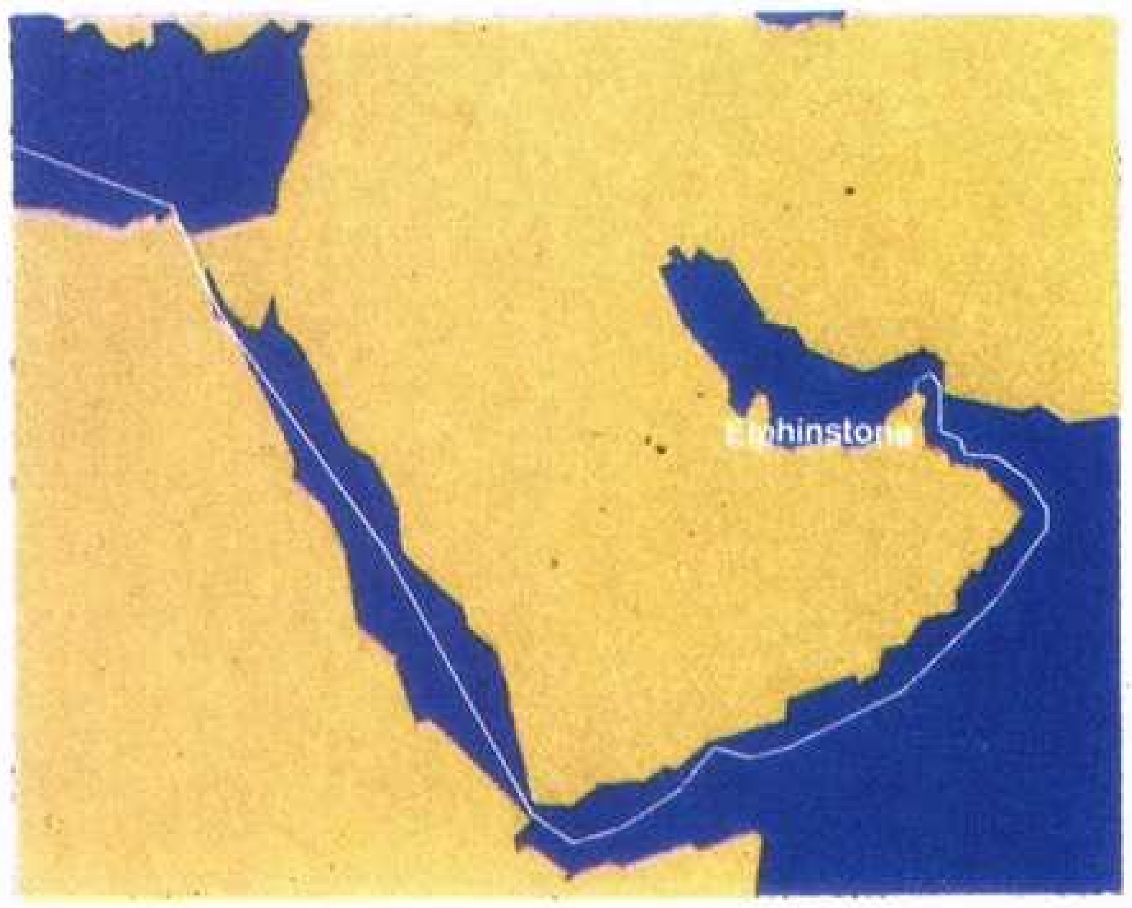
mientras saltan, sus cuerpos brillantes se arquean y se distienden.
¿Qué están celebrando, una fiesta nupcial o una victoria?
Paramos máquinas para admirarlos y filmarlos durante un buen tiempo. Cuando reanudamos nuestra singladura, su frenesí no se ha apagado todavía y dejamos atrás el falso arrecife.







Perlas finas u oro negro



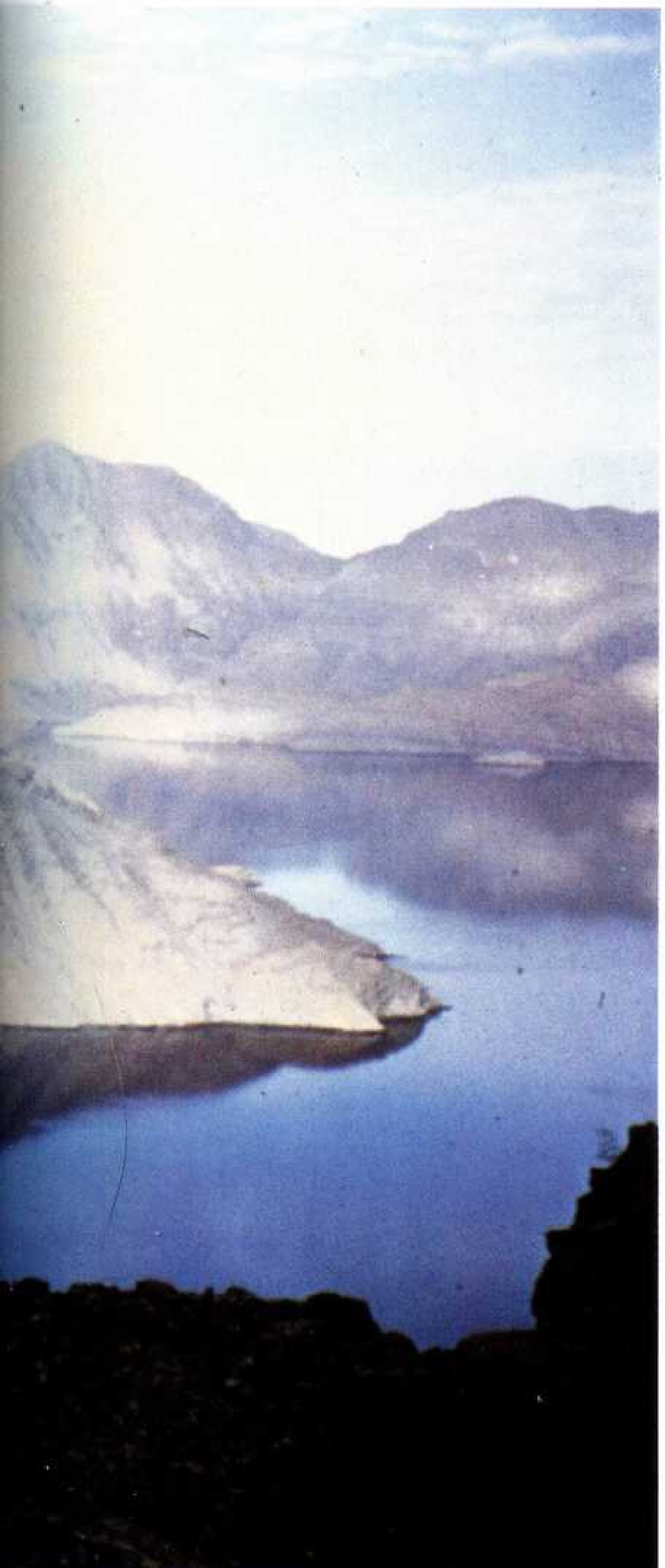


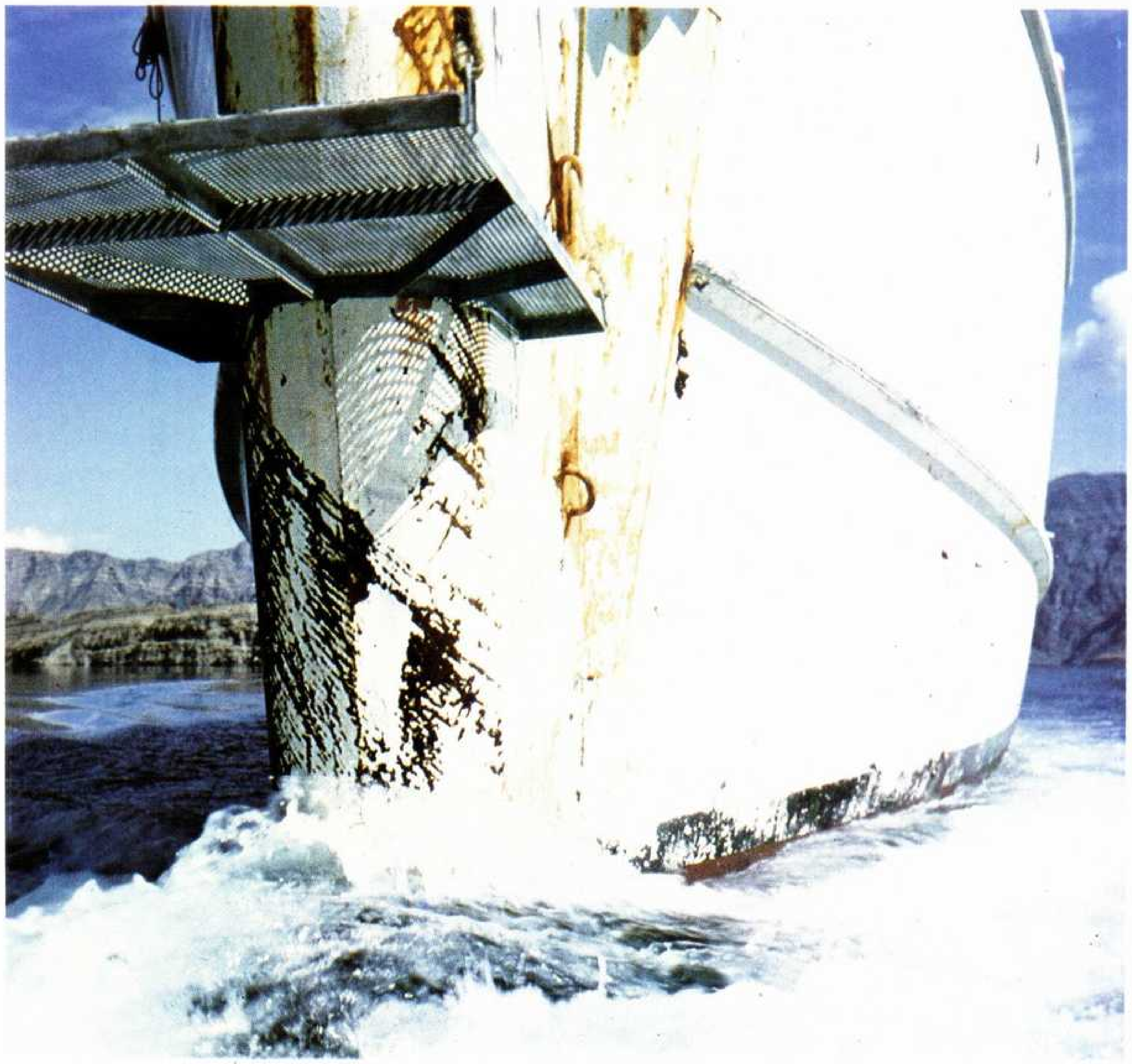
TRAS levar anclas en Mascate, franqueamos el estrecho de Ormuz y nos desviamos ligeramente para visitar la bahía de Elphinstone, conocida como «el lugar más caliente del mundo». Deseo mostrarles a los geólogos de nuestra expedición las formaciones en capas calcáreas que la caracterizan y que los estudiosos llaman «formación Musandam», por el nombre de la península en que se recorta esta especie de fiordo.

Para poder fotografiar esta extraordinaria pared en «mil hojas», que cae a pico sobre el estrecho brazo de mar, hay que subir penosamente, con un calor asfixiante. Pero nuestro esfuerzo se ve ampliamente recompensado con la magnífica vista de esta caleta encajonada. El agua está calma, lisa, deslumbradora bajo el sol cegador. Nos zambullinos en ella y descubrimos ostras «petrificadas» que, ¡oh sorpresa!, son las más ricas que hemos comido en nuestra vida. Pero de ostras perlíferas en Elphinstone, ¡nada de nada! Las cosechas fabulosas de perlas del golfo que los maharajás y los potenta-



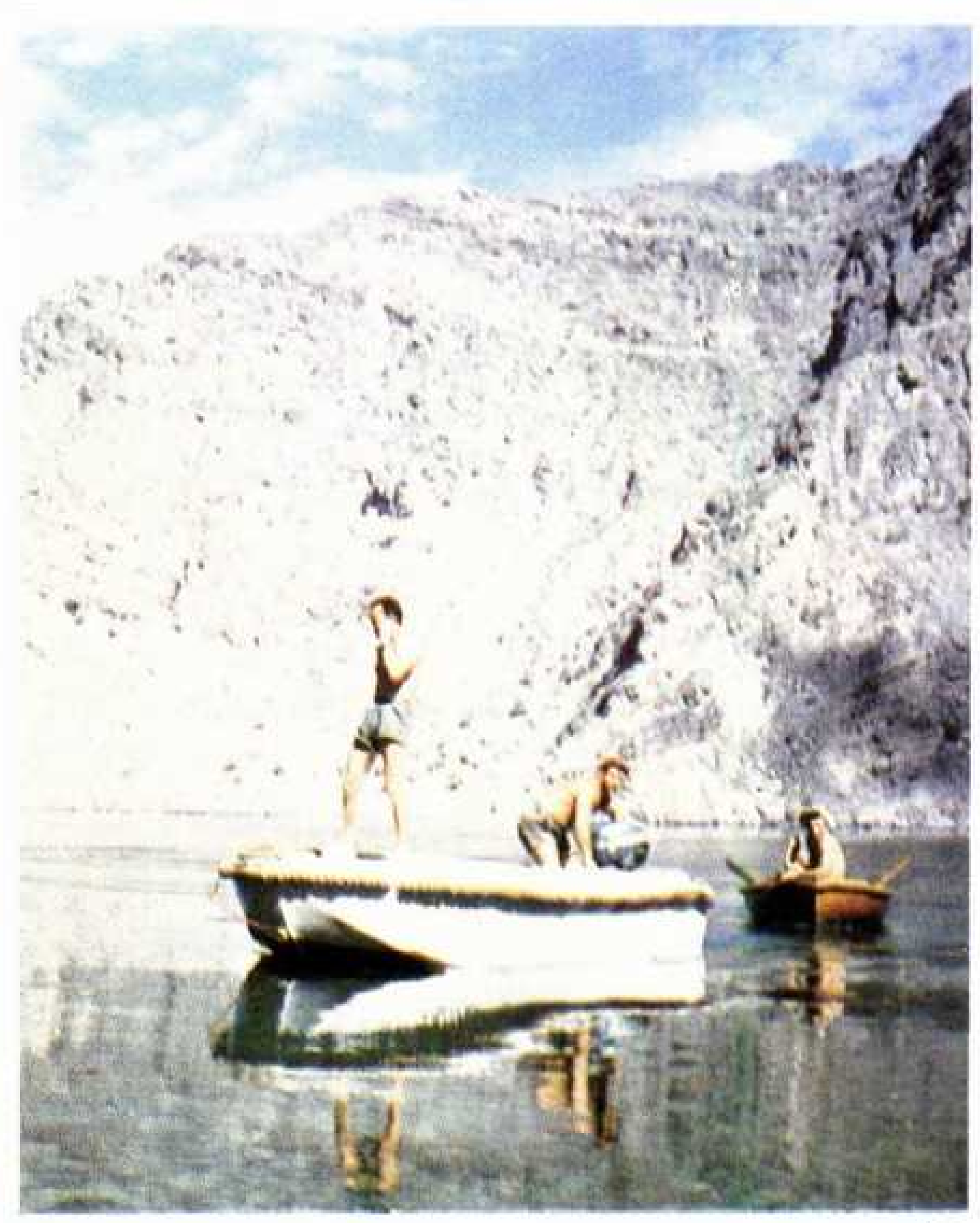
dos se disputaban otrora a precio de oro son hoy ya leyenda. En Bahrein, no obstante, y en algunos puertos del golfo, quedan unos pocos pescadores tradicionales. También en Dubai encontramos algunos, y filmamos su desagradable tarea. Sin equipo alguno, ni siquiera unas gafas de buceo, se sumergen y exploran el fondo a tientas, llenando de ostras unos cestos de mimbre que son izados a bordo. Raras son las ostras que encierran una perla y, la mayoría de las veces, los hallazgos son minúsculos y sin valor alguno. Estos buceadores, escasos ya en 1954, eran en su mayoría de edad avanzada y paupérrimos.



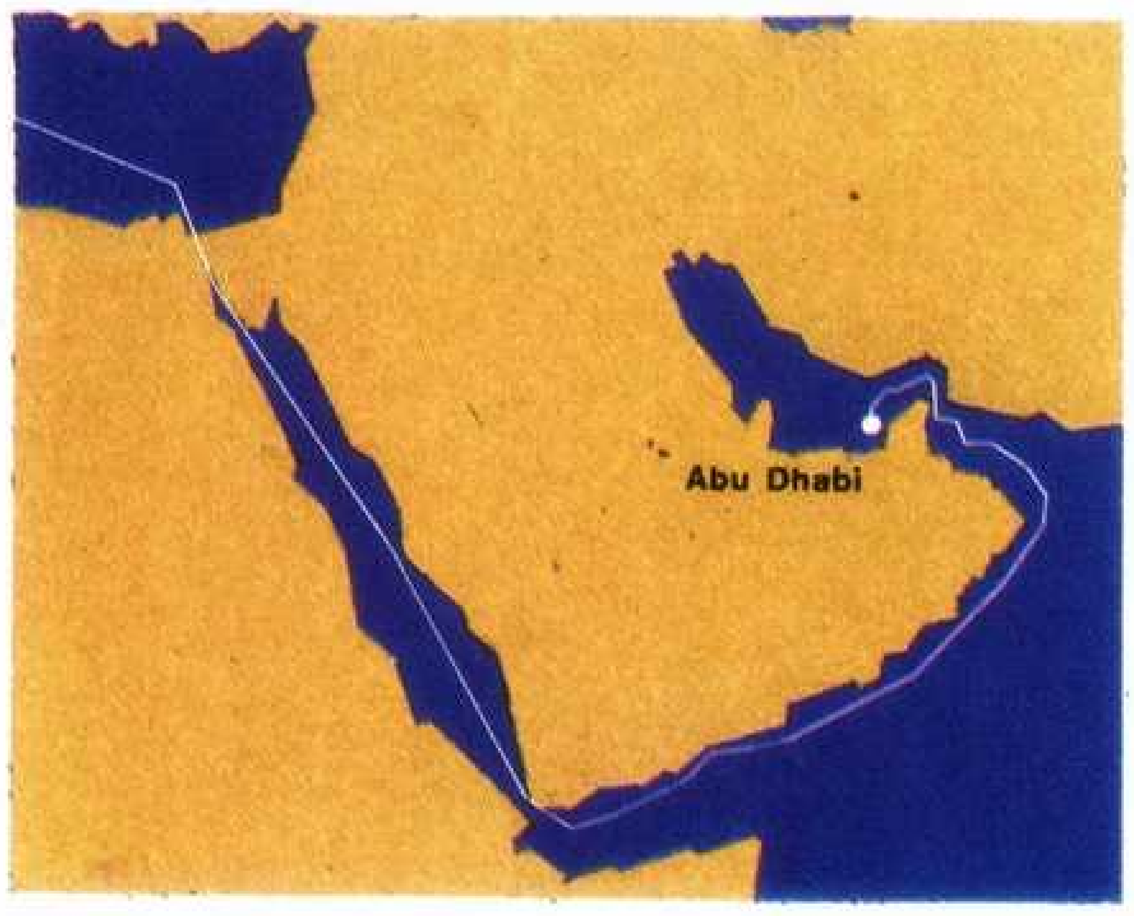




La bahía de Elphinstone es famosa por sus sorprendentes formaciones geológicas y por su tórrido clima. Estas fotografías reflejan fielmente el ambiente «mineral» de lo que bien podría llamarse una «puerta del infierno».



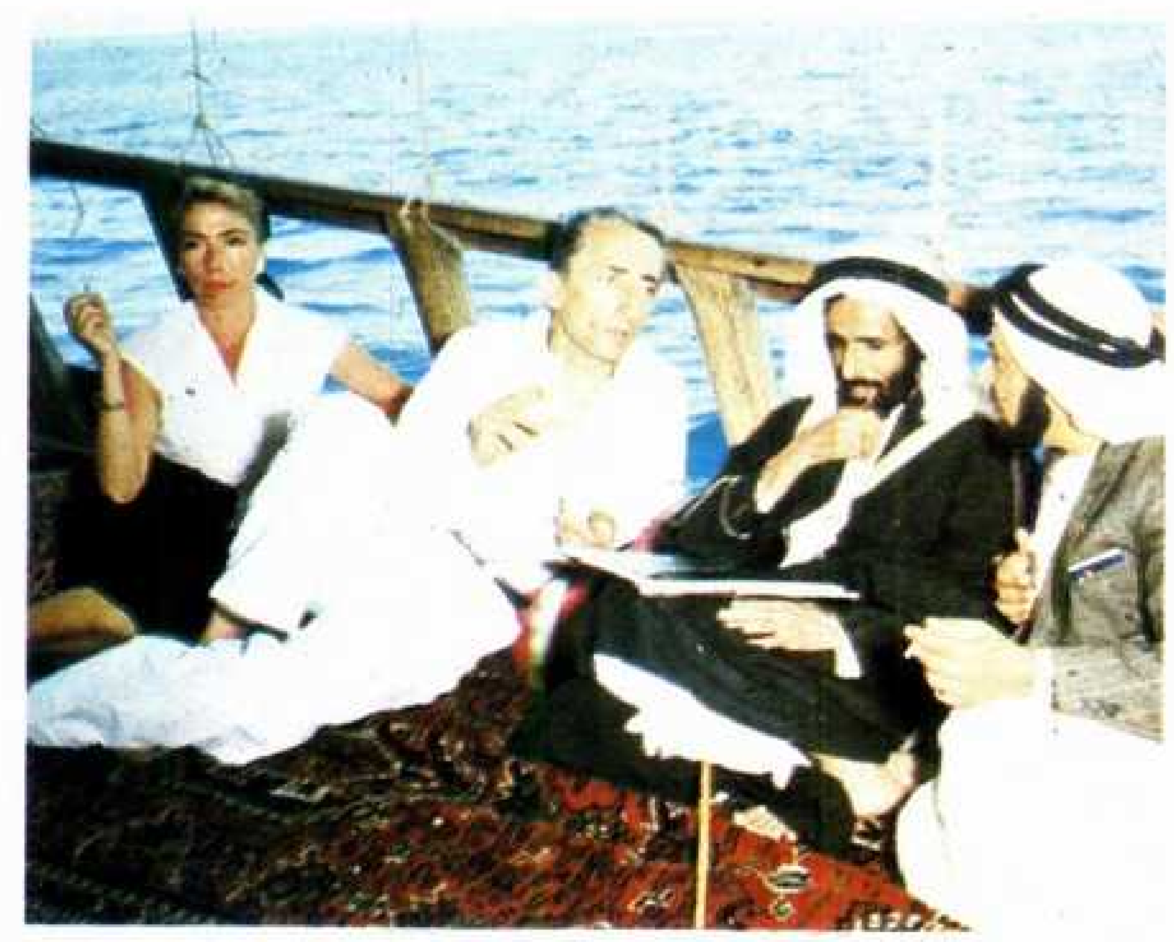
Con el jeque de Abu-Dhabi





HENOS, por fin, en el «tajo»: nuestro escenario de trabajo es una extensa concesión submarina frente a la costa de Abu-Dhabi, uno de los emiratos enclavados en la costa saudí del golfo.
Submarinistas, investigadores, Simone y yo mismo estamos invitados a desayunar con el jeque de Abu-Dhabi, a bordo de una barcaza atracada frente a palacio.





Una de las finalidades de la expedición del Calypso *en 1954 fue investigar un yacimiento petrolífero en el fondo del mar, por encargo de la British Petroleum. En esta página: algunos recuerdos del encuentro de Jacques-Yves y Simone Cousteau con el jeque de Abu-Dhabi. En la página siguiente: maniobras que conducen a la obtención de datos magnetométricos frente a las costas del Emirato.*

Nuestro anfitrión, ávido por conocer las técnicas modernas de inmersión, se muestra muy interesado —¡y con razón!— por nuestros trabajos de prospección petrolífera. Le ofrezco un ejemplar de mi libro *El mundo del silencio* y, al hojearlo, me hace mil preguntas sobre las fotos que lo ilustran. Nos sirven la comida sobre un blanco mantel extendido sobre una magnífica alfombra que cubre todo el puente de la barcaza. Todos nos sentamos sobre las piernas cruzadas, a la manera árabe, y comemos con las manos.
Luego ponemos manos a la obra. En dos meses y medio efectuamos 400 estaciones, es decir, 400 series de operaciones con el *Calypso* anclado, a menudo en condiciones muy difíciles. Durante los meses de febrero y marzo sopla en el golfo el *khamsin,* un viento similar al siroco, que entorpece bastante nuestra labor en











el mar. Trabajo que consiste en lanzar al agua, en cada estación, un gravímetro que debe señalar las anomalías en la aceleración de la gravedad que pueden indicar la existencia de capas de petróleo, mientras los buceadores toman muestras de sedimentos y, cuando es posible, de la roca subyacente.

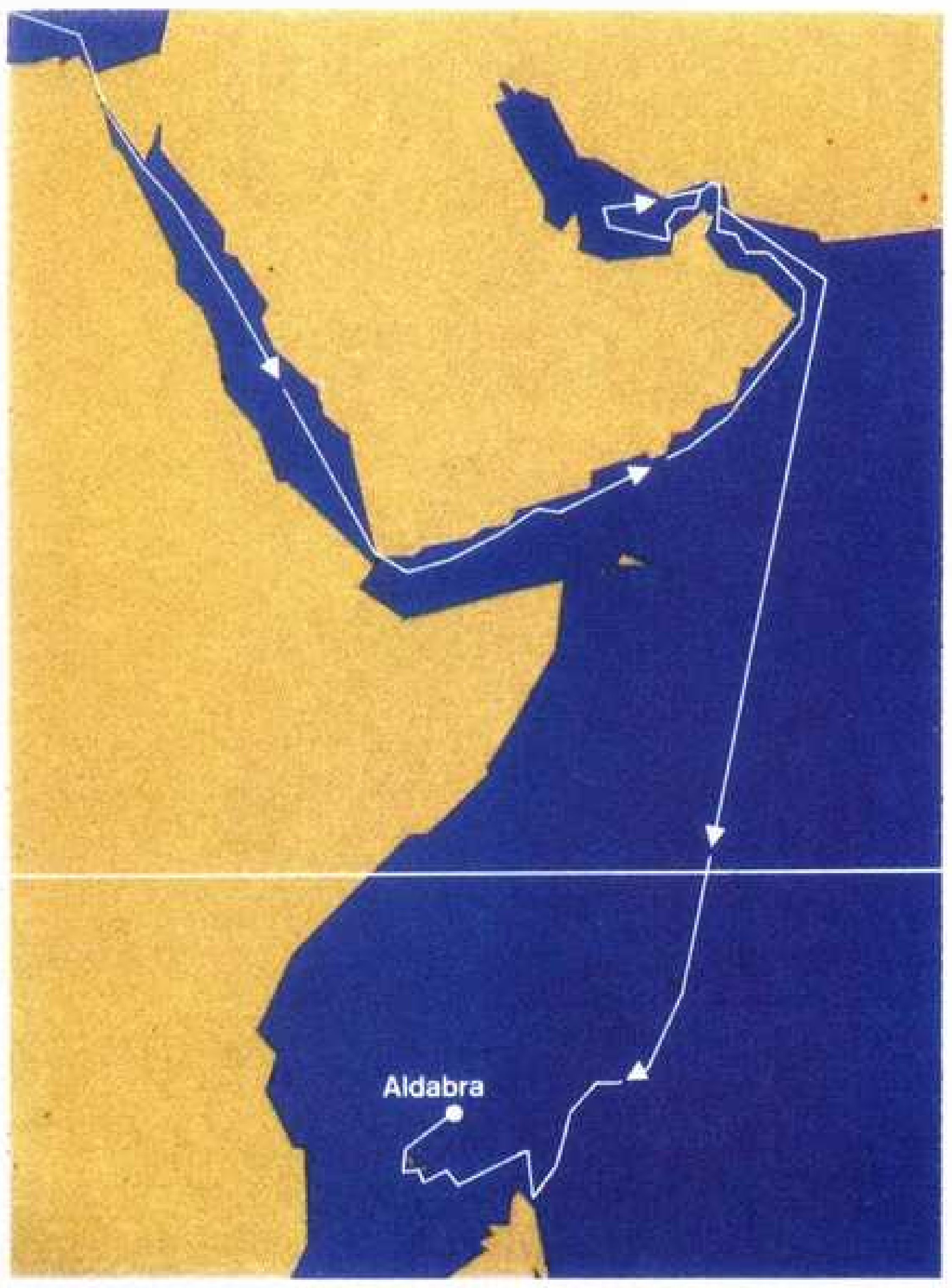
A veces, el fondo es tan duro que nuestros pesados «nucleadores» no pueden perforarlo, cobrándolos con sus tubos de acero especial completamente torcidos y vacíos. Intentamos taladrar la roca con el martillo neumático, pero es inútil.

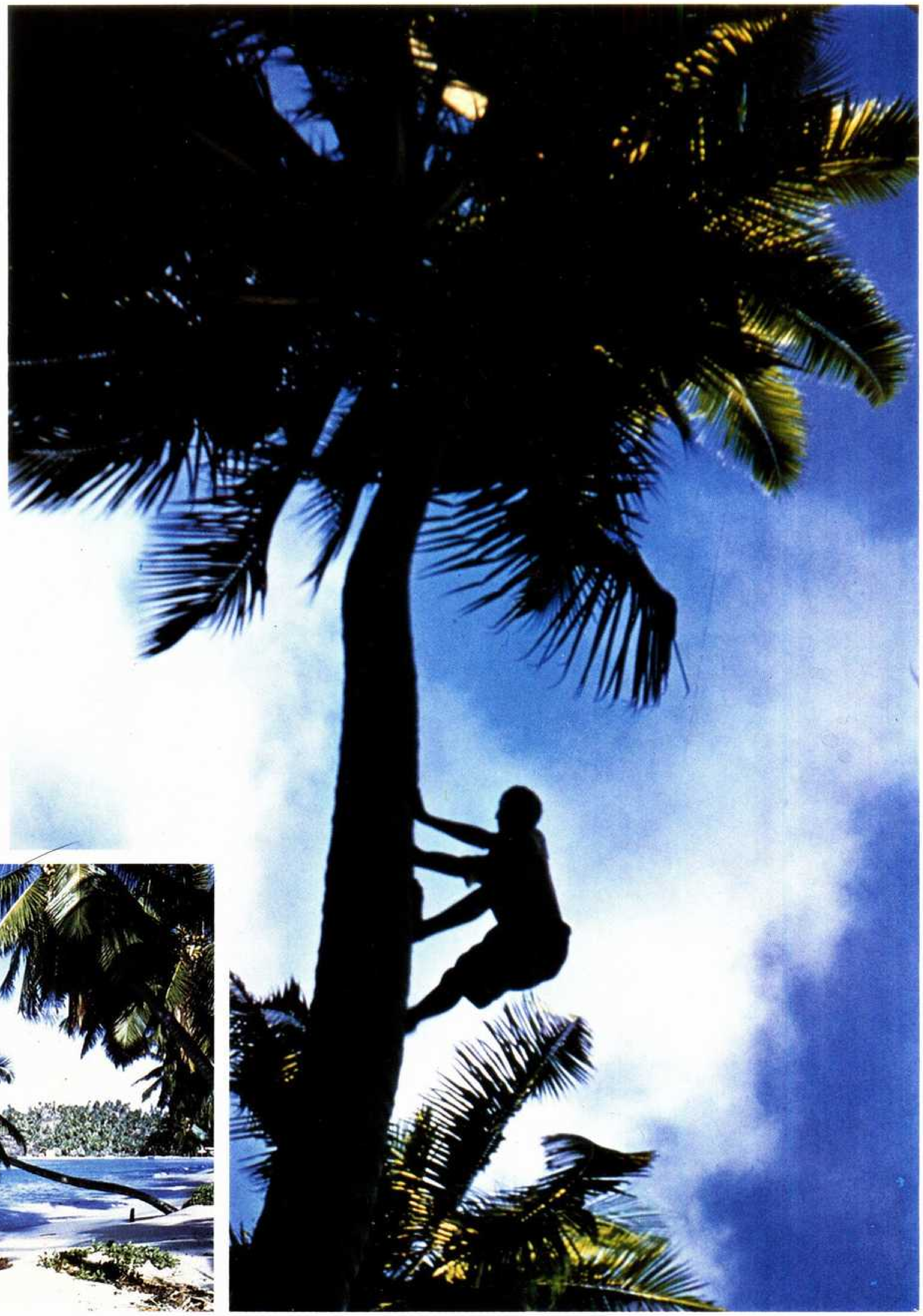
Finalmente, nuestros hombres sólo logran penetrar el fondo marino —más duro que una plancha blindada— buscando las fisuras naturales y clavando en ellas grandes cuñas con mazos pesados. Los tiburones rondan a los buceadores, atraídos por el estruendo, pero son inofensivos. En cambio, no nos fiamos lo más mínimo de las serpientes venenosas, que sobrenadan grácilmente los fondos. La fama de estos animales es detestable.

Las mediciones llevadas a cabo y las muestras obtenidas permitieron a los especialistas localizar varios ricos yacimientos que poco después serían explotados. Como muestra de agradecimiento, el jeque de Abu-Dhabi le regaló a Simone dos alfombras, paradójicamente importadas de Francia.

Las Seychelles antes del turismo

A principios de abril, con calma chicha, la superficie tersa del océano Indico se puebla de delfines, ballenas y cachalotes. A menudo cambiamos la derrota del *Calypso*, entre Ormuz y las islas







Seychelles, para observar cuanto nos llama la atención. En el curso de esta travesía confirmé algo que ya había observado en 1948 en el Atlántico: todos los rebaños de mamíferos marinos son seguidos, más o menos de cerca, por tiburones, en particular por una especie que sólo se encuentra en alta mar: el *Carcharinus longimanus*, de grandes aletas redondeadas que ostentan un círculo blanco. La fiera más aviesa y traidora con que me he topado en toda mi vida.

Llegamos a la isla Denis al amanecer, la más septentrional y aislada del archipiélago propiamente dicho de las Seychelles. Dos de estas islas, Mahé y Silhouette, son boscosas y montañosas. Las demás, como la isla Denis, son mesetas bajas de arena coralina, cubiertas de cocoteros y de casuarinas. Los primeros habitantes de estas islas fueron criollos traídos por los franceses en 1786 para cultivar cocoteros.

Nuestra primera escala en el archipiélago nos pone en contacto casualmente con una pareja de criollos. Al desembocar en la isla Denis somos recibidos por los dueños de una plantación de cocoteros. Ella, una muchacha de unos quince años, y él, un joven de veinte, ambos muy hermosos. Nos sorprenden su aplomo y su experiencia, que contrastan bastante con la edad que aparentan. Porque, efectivamente, a nuestras preguntas desvelan el pequeño misterio: en realidad, la muchacha que aparenta 15 tiene 30 años y el joven de 20 ya anda por los 41. ¡Increíble! Tenemos la impresión de haber llegado a la isla de la eterna juventud.

De la isla Denis navegamos rumbo a Mahé, que se nos muestra al Sol, con sus 900 metros de altura, como una visión del paraíso. En lontananza se recortan contra el horizonte las montañas de Silhouette, las más hermosas de las Seychelles. El piso granítico de ambas islas, absolutamente excepcional, hace suponer que las Seychelles son vestigio de un antiguo continente: el Gondwana.

Arribamos a Port-Victoria, donde la población nos hace un recibimiento inolvi-

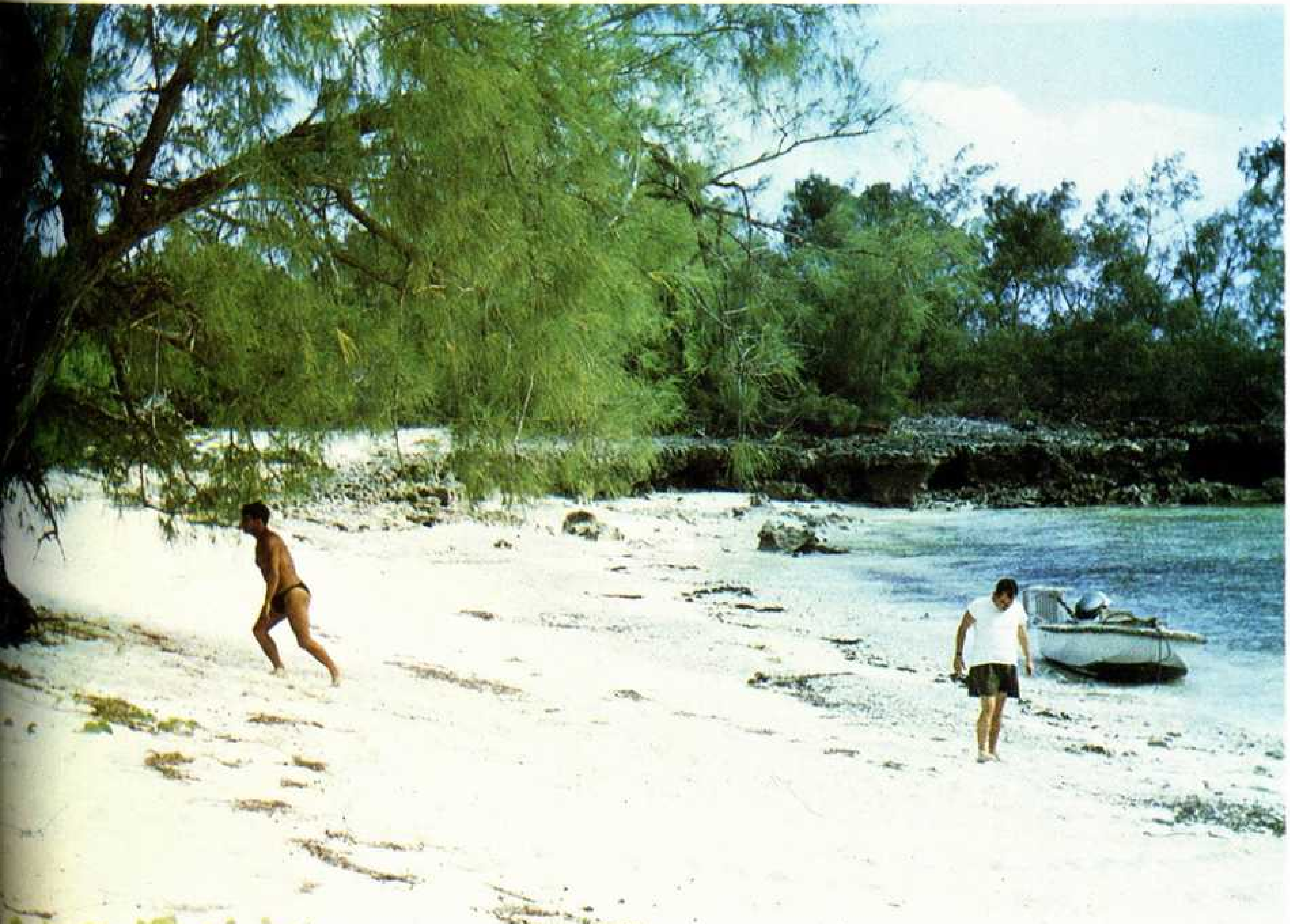


dable. Todos quieren visitar el *Calypso* y, para agradecérnoslo, organizan una fiesta y hasta un partido de fútbol, en el que los jóvenes indígenas, descalzos, aplastan al equipo del *Calypso* con un rotundo marcador de ¡treinta goles a cero!
Nos agasajan con filetes de tortuga; los buscadores del famoso «tesoro de La Buse», el pirata francés, nos hablan de sus esperanzas de descifrar un dudoso manuscrito; pasamos a la isla de Praslin para admirar sus célebres loros negros; en Silhouette nos regalan una graciosa barquita en madera de *takanaka,* y cargamos a bordo costales enteros de cocos de forma evocadora («cocos-nalgas» los llaman), que sólo se dan en las Seychelles... En fin, que gustosamente nos hubiéramos quedado aquí para siempre, si no tuviéramos que partir.

Descubiertos los primeros yacimientos petrolíferos de Abu-Dhabi, el comandante Cousteau y su equipo pusieron rumbo hacia las islas Seychelles, perdidas en pleno océano Indico. Hace unos treinta años, estas tierras de ensueño, paraíso de las aves marinas y de las tortugas, estaban vedadas al turismo. En la página anterior: algunas imágenes de Mahé. Aquí al lado, y abajo: el desembarco de la lancha del Calypso *en Aldabra: esta isla posee una magnífica barrera de coral y un manglar igualmente apasionante.*









Tortugas terrestres y marinas

LAS tres islas perdidas —Cosmoledo, Asunción y Aldabra— puede que administrativamente pertenezcan a las Seychelles, pero quedan muy lejos y su naturaleza difiere grandemente de la de las otras islas. A 10 nudos de velocidad, el *Calypso* tarda tres días en recorrer las 600 millas náuticas que separan a Mahé de Aldabra.
Esta se asemeja a un atolón sin relieve, que encierra una amplia laguna en el centro rodeada de un cinturón de verdor. En la punta occidental de la isla viven algunas parejas de vigilantes y de pescadores de tortugas marinas. Es el único paraje en que el manglar ha dejado lugar a una cortina de casuarinas y algunos cocoteros. El suelo es de corales y está profundamente agrietado por la erosión pluvial, lo que hace particularmente difícil el caminar. Las cabras, introducidas por antiguos navegantes árabes, viven allí a sus anchas, sin llegar a destruir la selva invasora. Pero el animal más extraordinario, rey indiscutible en este ambiente salvaje, es la tortuga terrestre gigante. Las hay por todas partes: bajo cada matorral, entre la maleza, bajo el manglar, en los hoyos del suelo. Monstruos temerosos y de torpes movimientos, pero absolutamente inofensivos, sobreviven desde las más remotas épocas. Enormes: pueden alcanzar los 200 kilogramos de peso.
Se ignora cuánto pueden vivir, pero probablemente lleguen a los 200 años cuando no a los 300. Sus enemigos naturales son, esencialmente, las aves y los cangrejos, que se comen sus huevos. Si se multiplicaran más de la cuenta, las cabras podrían hacer que desaparecieran las tortugas, al destruir la vegetación hasta los dos metros de altura, eliminando los pastizales que las tortugas, animales herbívoros, sólo pueden ramonear a ras del suelo. Las irregularidades del terreno pueden contribuir también a la muerte de las tortugas. Nosotros encontramos varios animales muertos en el fondo de un hoyo del que no pudieron salir. Otros, volcados en una hondonada e incapaces de darse la vuelta, habían quedado boca arriba, sin esperanzas de salvación.
Si el hombre no la ha emprendido todavía contra estos indefensos animales, es, probablemente, porque no le presentan la menor utilidad: su carne es insípida, y de su caparazón no se puede sacar nada. En contrapartida, se encarniza particularmente contra los parientes más cercanos de estos mastodontes: las grandes tortugas marinas.








Las islas Seychelles y Aldabra albergan numerosas especies de tortugas gigantes, terrestres y marinas. Comparar los comportamientos de cada especie fue una de las actividades más importantes de la expedición.

Hasta hace poco, los habitantes de Aldabra sólo mataban los animales necesarios para su supervivencia. Sin embargo, conservaban en una especie de criadero todas las tortugas que podían capturar de dos especies. Allí las mantenían hasta la llegada, mensualmente, del barco de Malé. Embarcadas vivas, las mataban al llegar; las grandes tortugas verdes, con 100 kilogramos de peso, eran transformadas en sopa, enlatadas y expedidas al mundo entero; las tortugas «de escama» —de menor tamaño— eran descuartizadas, y su caparazón servía para hacer peines y «recuerdos».
Cuanto más pesados y torpes parecen los mastodontes terrestres, tanto más nos maravillan sus parientes las tortugas marinas, por su rapidez, su agilidad y su perfecta adaptación al medio marino. Reptiles como son —y, por tanto, animales de sangre fría—, su metabolismo es mucho más débil que el de los mamíferos de sangre caliente como los delfines, razón por la cual pueden permanecer más de una hora bajo el agua sin necesidad de respirar.
Hemos visto a las tortugas desovar por la noche en las playas de Aldabra. Nos hemos zambullido con ellas, agarrándonos a veces a su caparazón para que nos remolcaran, en memorables cabalgadas... Tras arrastrarnos a toda velocidad, acababan por posarse en el fondo, permaneciendo quietas hasta que nos íbamos.
Dejamos Aldabra —una isla salvaje todavía—, con sus pájaros, sus corales y sus peces, con una cierta melancolía: los hombres de hoy, con sus barcos, sus máquinas, sus necesidades y su avidez, no pueden sino desfigurar y, tal vez, destruir santuario semejante.
Ponemos proa al Sur, y pronto llegamos a las islas Comores. En Anjouan embarcamos con nosotros al profesor Millot, especializado en el estudio del famoso celacanto, ese pez cuyas aletas sugieren los muñones de cuatro miembros; auténtico fósil viviente, constituye un importante eslabón en la cadena evolutiva que dio lugar a que los anfibios invadieran las tierras emergidas.
Con los profesores Millot y Edgerton a bordo, el *Calypso* recorre las islas Comores para fotografiar el hábitat del *Latimeria chalumnae Smith* (nombre científico del celacanto). Sabemos que el *Latimeria* vive a una profundidad de entre 200 y 600 metros, donde siempre se le ha pescado; pero la posibilidad de poder fotografiar un ejemplar *in situ* es extremadamente remota. A pesar de lo cual confieso que, apenas revelados, me dedico a inspeccionar los negativos de nuestras cámaras automáticas con particular atención, por ver si descubro alguno. ¡Vano intento!



LA TRAVESIA DEL «MUNDO DEL SILENCIO»

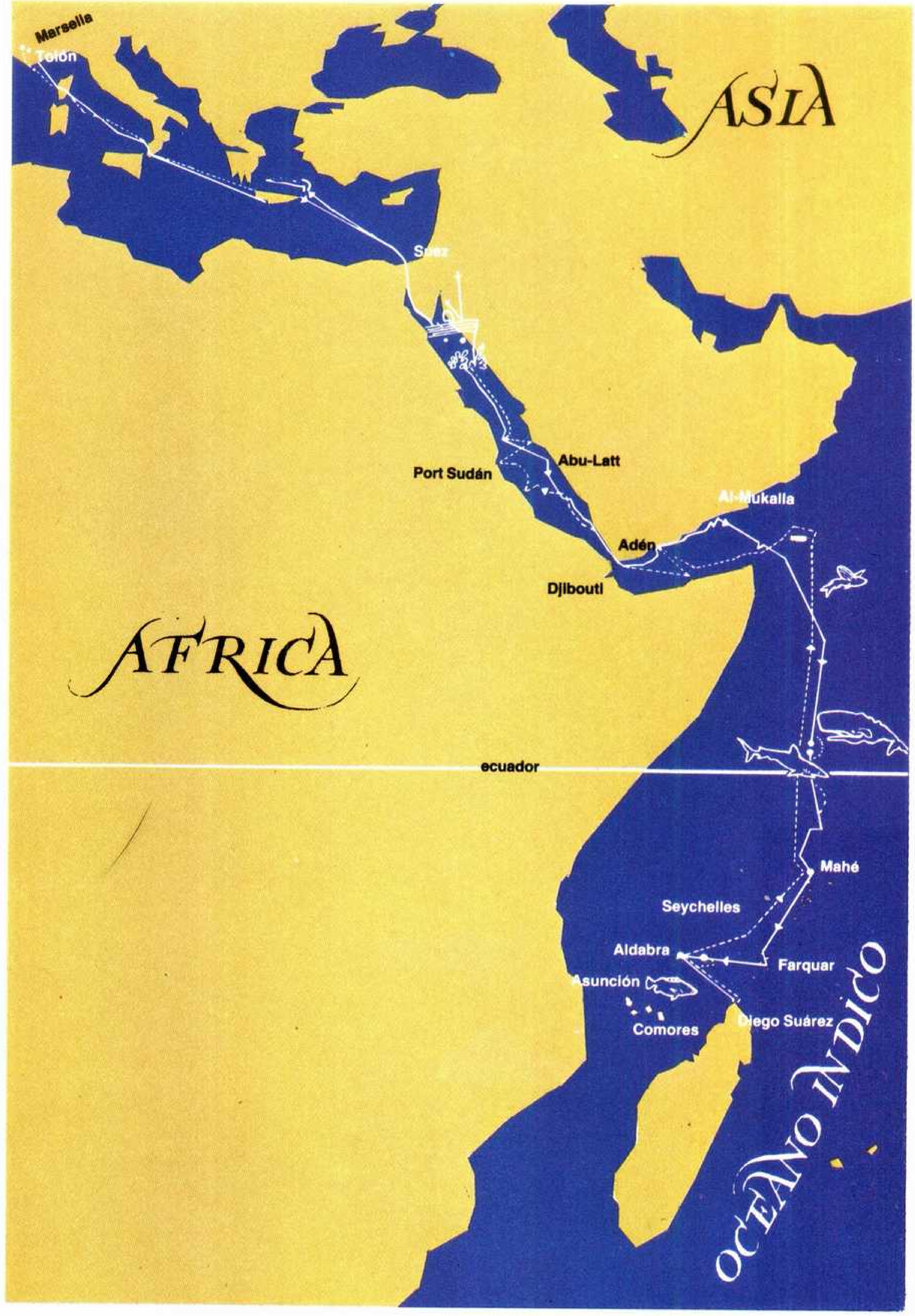
Los peces voladores

Poco a poco he ido comprendiendo que, en los trópicos, el gran desierto azul de alta mar está esporádicamente salpicado de oasis líquidos, regiones dispersas en las que abundan los peces voladores. Diríase que estos animales parecen sardinas —a veces pequeñas; otras, del tamaño de una regular caballa— cuando, con las alas plegadas, nadan bajo el agua. Cuando el *Calypso* atraviesa uno de estos cardúmenes, algunos escapan nadando, otros alzan el vuelo ante nuestros ojos. Nuestro barco los asusta, de idéntica manera que los muchos depredadores cuyo alimento constituyen. Los hemos visto acosados por magníficas lampugas, esos peces adornados con todos los colores del arco iris, cuyos machos tienen la frente abombada como yelmos dorados; o por bonitos; o, incluso, en las Galápagos, por otarias. Pero los peces voladores tienen muchos otros enemigos, tanto en el aire como en el agua. Sus bancos son a menudo seguidos por los delfines, acompañados a su vez, a unos 40 metros de profundidad, por atunes. Por el día y por la noche, este oasis a la deriva vive apaciblemente. Pero al alba y en el ocaso empieza la caza encarnizada. Los atunes se lanzan hacia la superficie para sorprender a los peces voladores. Delfines y lampugas se añaden a la persecución, y nubes enteras de aves marinas se zambullen raudas en el mar o apresan los peces al vuelo. Un cuarto de hora después se establece el armisticio.

Los peces voladores constituyen el maná de los mares cálidos, eslabón indispensable en la cadena alimentaria entre el plancton y los peces de interés comercial. Tras veinte años de observaciones, he comprobado, desgraciadamente, una sensible disminución de la especie y, sin haber llegado todavía a definir enteramente las causas de este fenómeno, pienso que es un inquietante indicio de la reciente disminución de la vitalidad de los océanos.

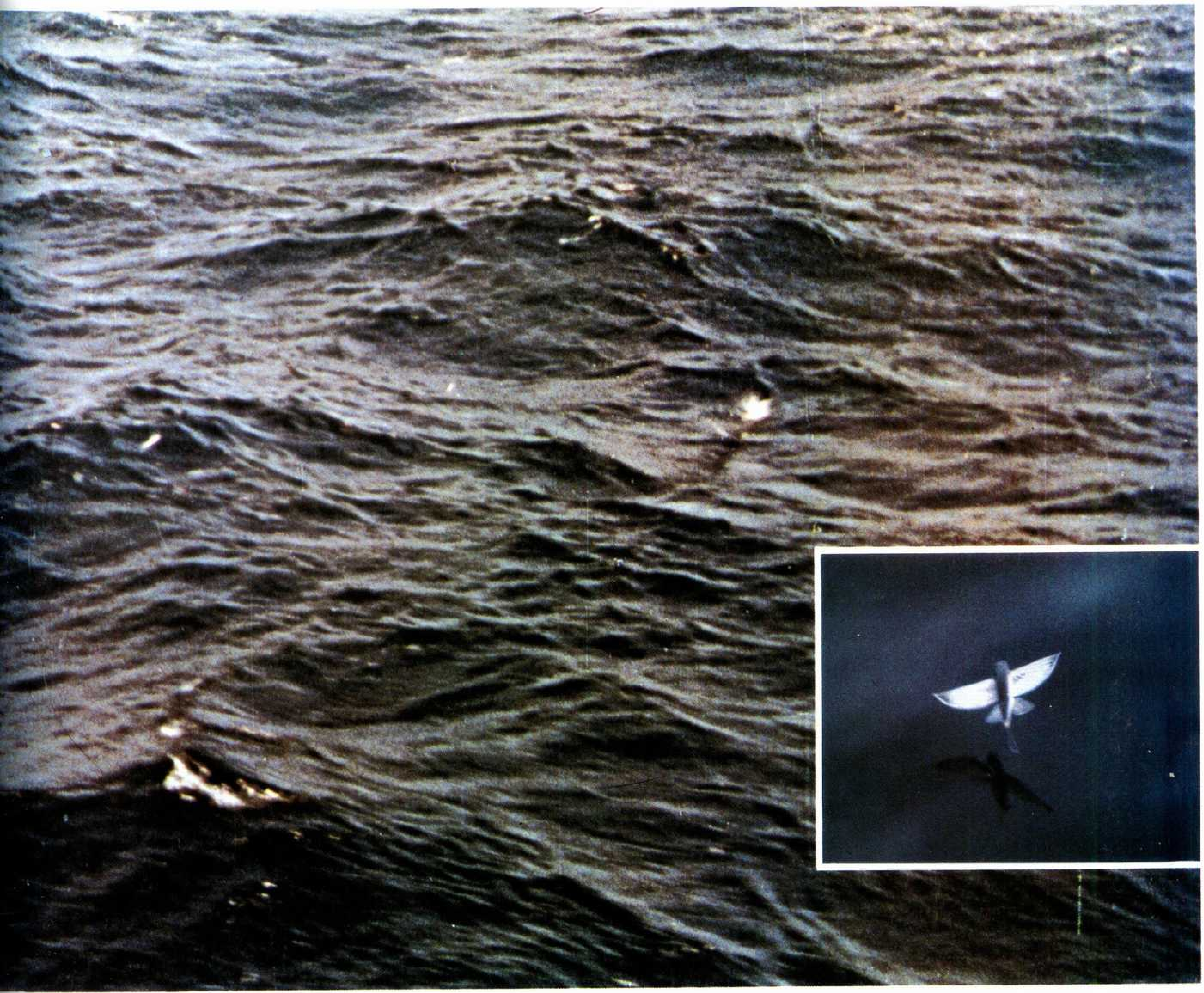
Existen varias especies de peces voladores. Algunos son muy pequeños, que ni vuelan lejos ni durante mucho tiempo. Otros miden 30 centímetros o más y pesan casi una libra: magníficos ejemplares, sus grandes aletas, que les sirven de alas, están decoradas como las de las mariposas de colores rutilantes; y pueden recorrer más de 100 metros en el aire, planeando de 20 a 30 segundos. Son estos los que con frecuencia aterrizan en el puente del *Calypso*. Luis Marden, que no creía en ellos, fue golpeado en plena frente por uno más osado; mientras que otros, pasando durante la noche por las portillas abiertas, han aterrizado en las literas de algunos asustados durmientes, como Louis Malle o Raymond Coll.

La naturaleza ha dotado a los peces vola-









El comandante Cousteau y su tripulación quedaron tan impresionados por los mares tropicales que organizaron una nueva expedición para rodar en ellos su famosa película El mundo del silencio. *En estas páginas: el encuentro con un banco de exocetos, popularmente llamados peces voladores. Algunos días, varias decenas de estos animales (de los que se conocen numerosas especies) aterrizaban sobre el puente del barco.*

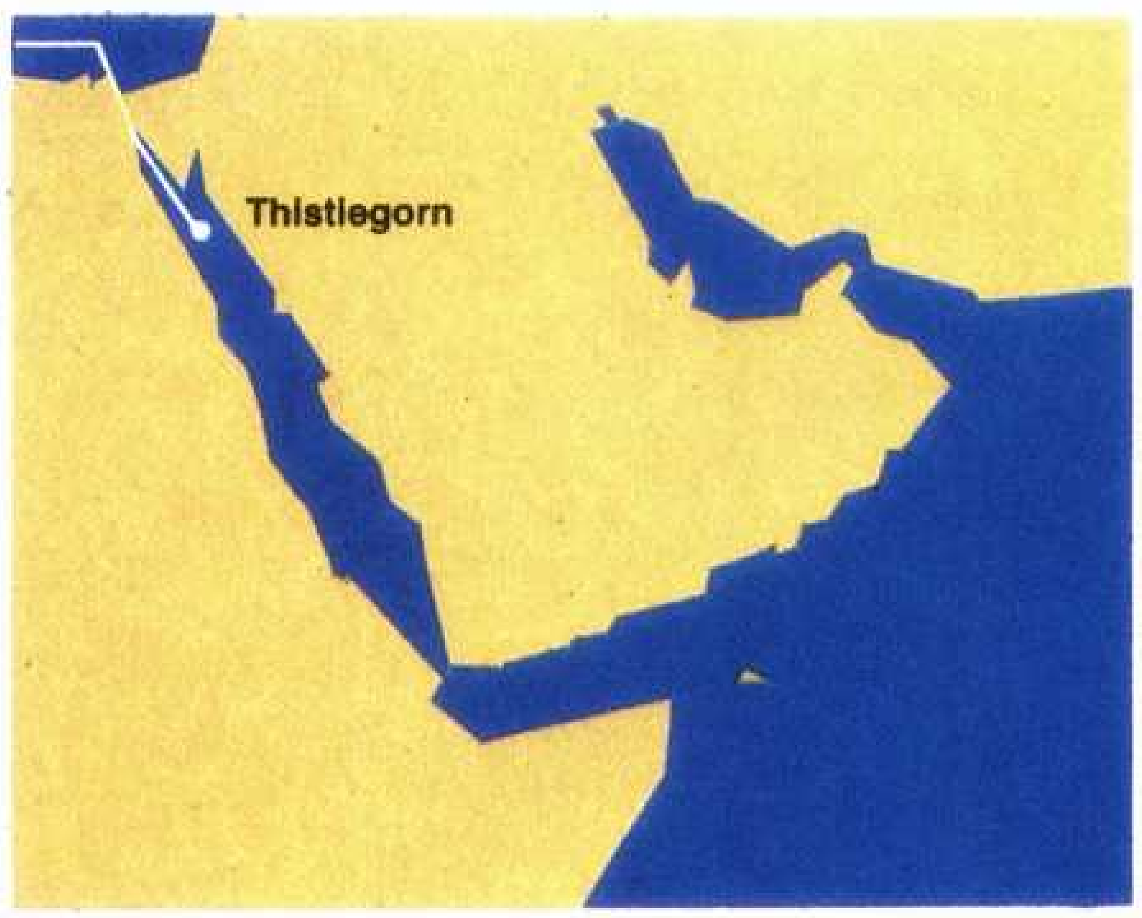




dores de un conjunto de extraordinarias disposiciones anatómicas destinadas a eludir a sus depredadores. Sus inmensas aletas pectorales se han convertido en alas de planeador: desplegadas, su superficie es mucho mayor que la del cuerpo. La aleta caudal, ahorquillada y poderosa, es disimétrica; el lóbulo inferior está hipertrofiado y representa la tercera parte de la longitud total del pez.

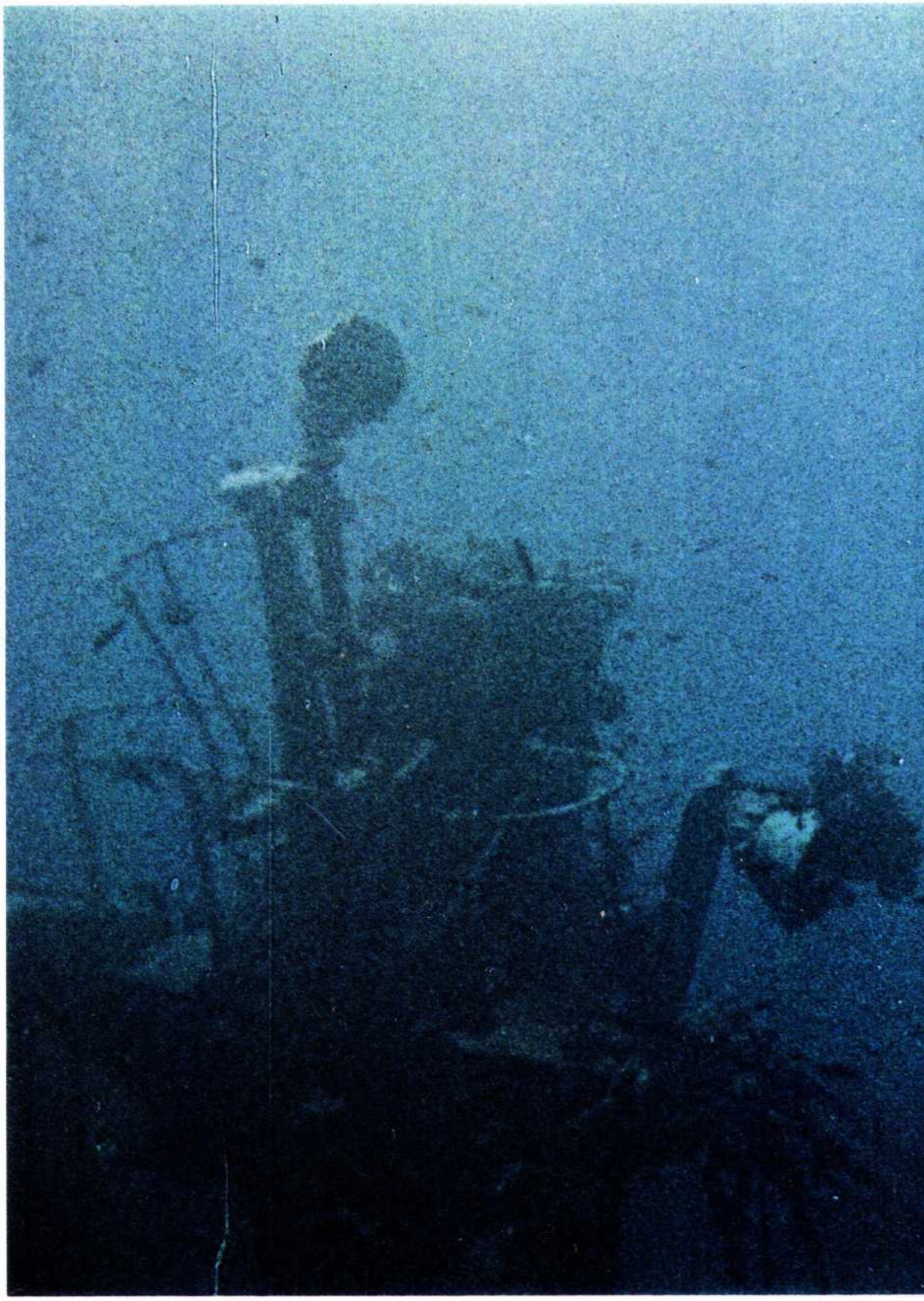
A la menor señal de alerta, el pez volador empieza a agitarse muy cerca de la superficie y toma velocidad. Cuando ésta es suficiente para despegar, saca el cuerpo fuera del agua, y agita el lóbulo inferior de la cola como la espadilla de una canoa o, mejor, como la hélice de un *hydrofoil*. Luego, el pez se eleva y sabe aprovechar el viento, como las grandes aves marinas, para aumentar su rendimiento. Durante el vuelo, cambia bruscamente de rumbo, para eludir la persecución de sus depredadores.

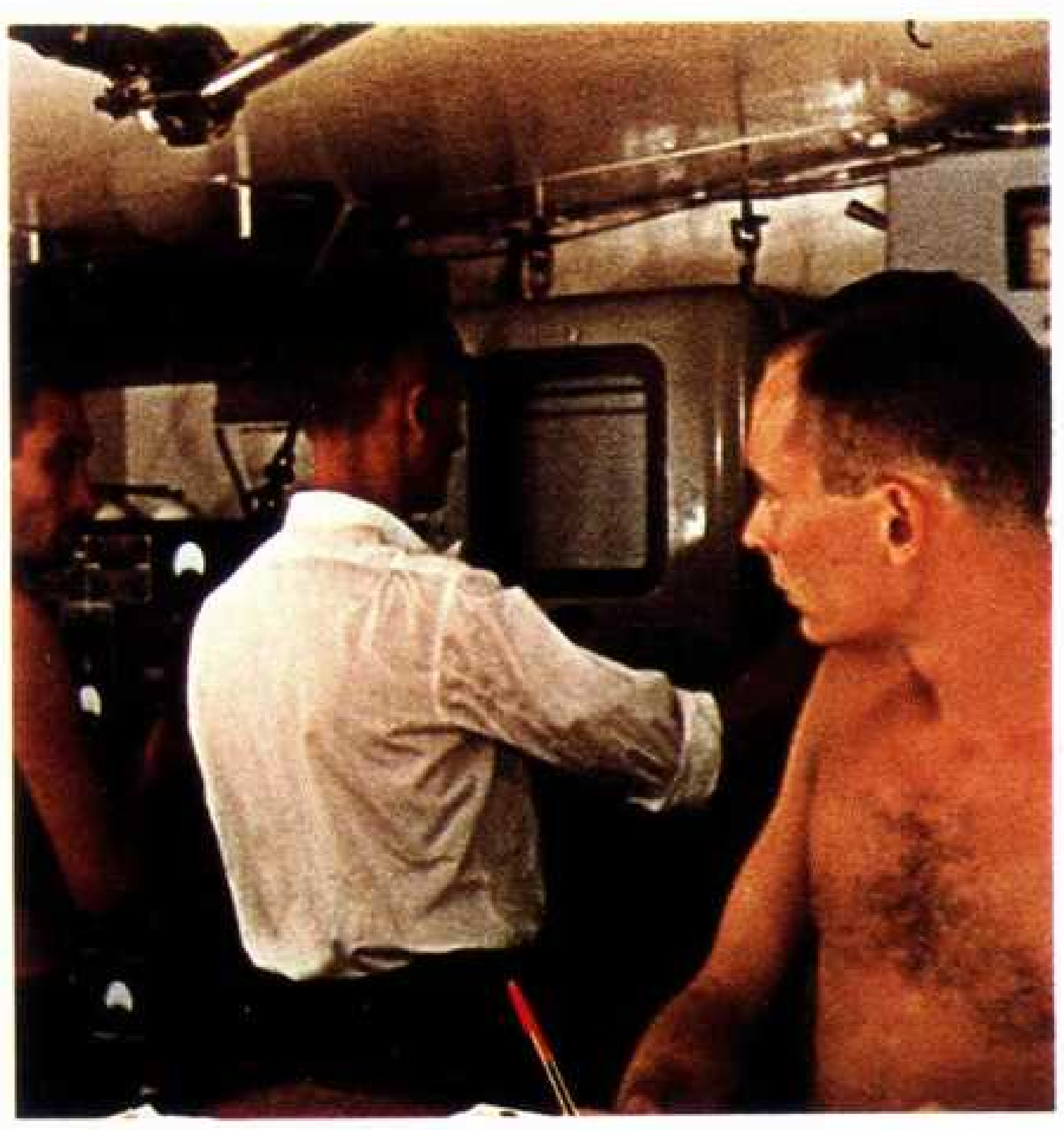
El pecio de Ras Mohammed

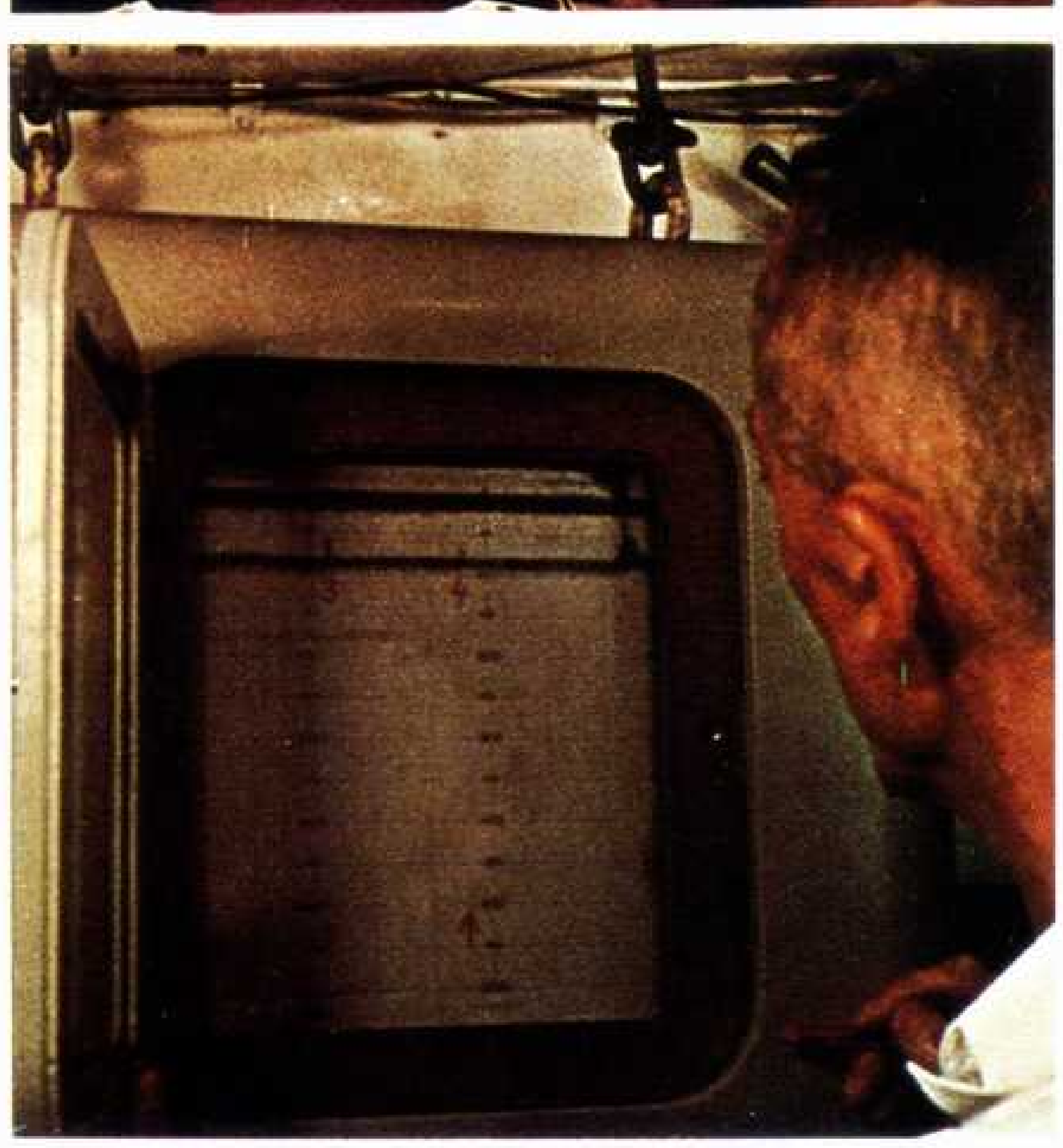


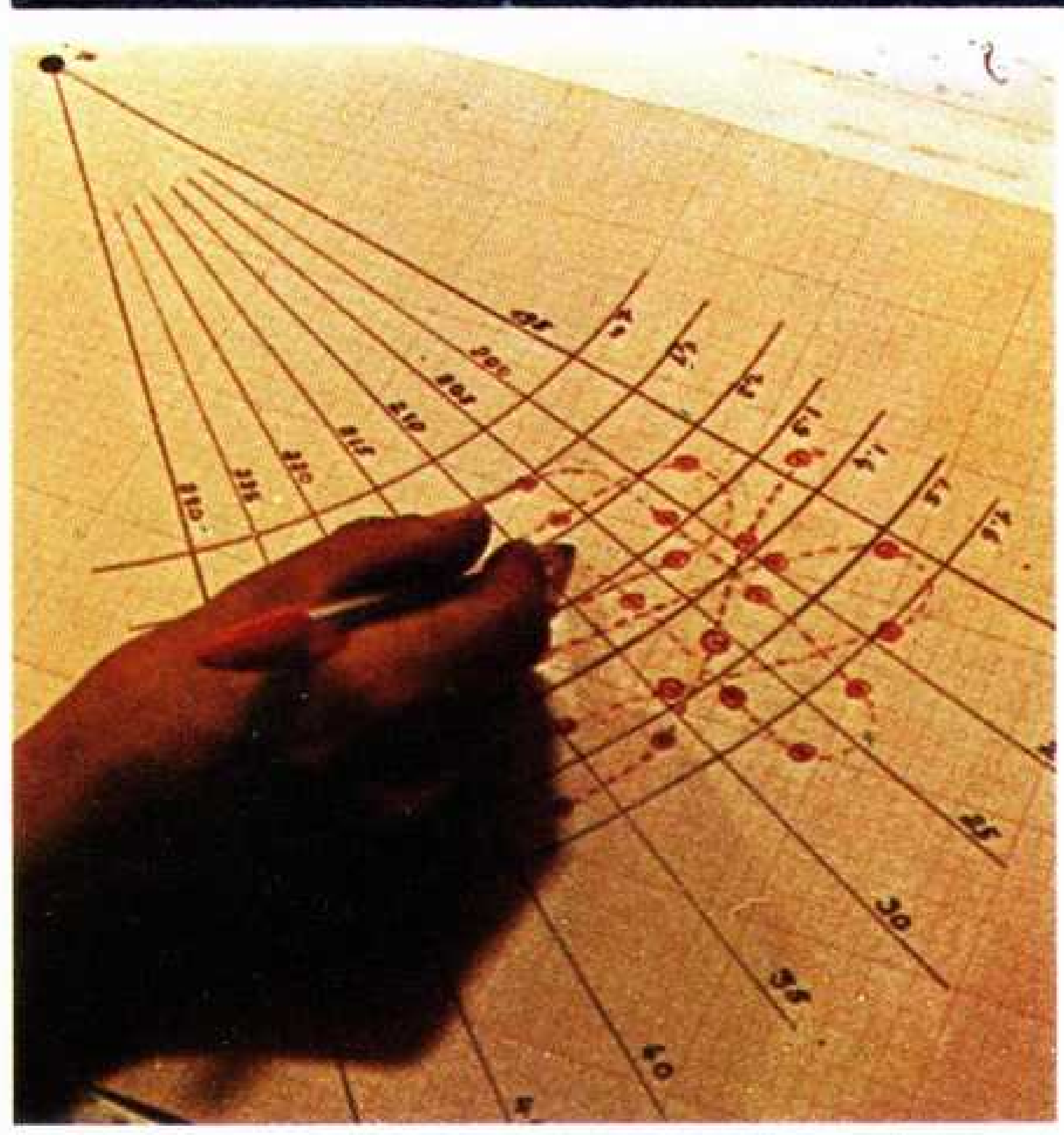
CADA vez que aparejamos el *Calypso* para una nueva travesía, nos parece que va a ser la más excitante de todas... Pero del 8 de marzo de 1955 guardo un recuerdo muy especial, porque significó el inicio de una aventura marina que se caracterizó por los riesgos financieros y por la audacia de nuestro proyecto cinematográfico.

Nuestro barco está atracado en el muelle del puerto de Marsella, profusamente iluminado. A bordo, la excitación ha llegado al colmo. No se puede dar un paso: cajas por todas partes, boyas de todos tamaños, cables, aparatos de diseños extraños, provisiones, medicamentos... El capitán Saoût anota la lista de artículos embarcados, que de inmediato son estibados en las calas del *Calypso*. La gran novedad es la abundancia de material cinematográfico: numerosas cámaras, kilómetros de película en color de 35 milímetros, lámparas, *flashes,* proyectores... Habíamos quedado fascinados por lo que la inmersión nos había revelado en el mar Rojo, en el mar de Omán y en las









No lejos de la península del Sinaí, los buceadores del Calypso *descubrieron los restos de un carguero que había naufragado durante la guerra de 1939-1945. A la izquierda: la localización precisa del pecio, sirviéndose de la ecosonda. A la derecha: se cala una boya de reconocimiento, y los buceadores se echan al agua para intervenir en la tarea.*









Seychelles, en el curso de las dos expediciones de 1952 y 1954. Y volvíamos a Sudán, a Djibouti, a Socotora y a Aldabra, para intentar rodar una película de largometraje. Como la empresa es para mí verdaderamente colosal, siento la necesidad de compartir con millones de seres humanos los espectáculos que hemos descubierto recientemente.

Naturalmente, como ocurre casi en cada salida, el Mediterráneo nos da su bendición con una extraordinaria tempestad que bien nos podría haber ahorrado. Afortunadamente hemos empleado nuestras primeras horas de navegación en aferrar nuestro increíble cargamento para evitar que fuera zarandeado en todas direcciones y dañado en consecuencia.

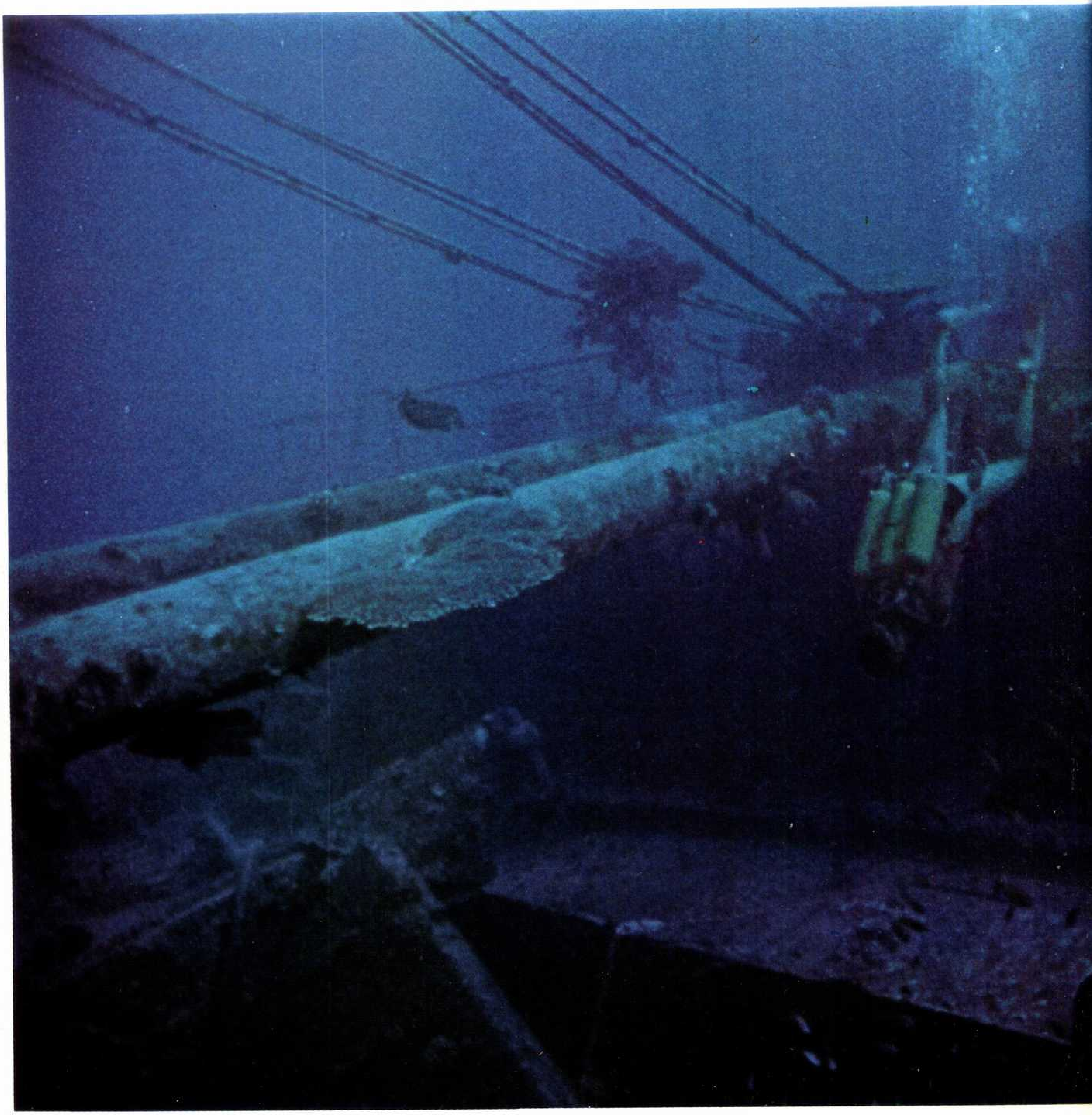
Ocho horas después, esto es, el 16 de marzo, enfilamos el canal de Suez, y poco después bogamos por el mar Rojo. Nuestro primer cometido es encontrar un pecio localizado sólo aproximadamente en los mapas, para saber si vale la pena detenernos en él a nuestra vuelta, ya que los pecios de los mares tropicales suelen estar materialmente cubierto de corales, de algas y de multicolores concreciones.

En la sala de mapas nos reunimos Albert Falco, Frédéric Dumas, Louis Malle y yo, y repasamos las instrucciones náuticas de la zona. Las cartas indican que el pecio está hundido a 30 metros de profundidad, frente a las costas de la península del Sinaí. Pero hay que encontrarlo, cosa nada fácil. Con la ecosonda y el radar en marcha, recorremos durante horas la zona indicada, sin resultado alguno. Finalmente ampliamos el radio de nuestras pesquisas, y el primero que lo descubre es Didi Dumas, situado en la cámara de observación: ¡uno de los mástiles del barco ha pasado apenas a dos metros bajo nuestra roda! En la sala de mapas estudio la forma del pecio que aparece en la gráfica de la ecosonda. Damos varias pasadas para delimitarlo mejor: tiene 100 metros de eslora y parece conservarse en buen estado. Anclamos en dirección del viento, para que la popa del barco esté bien situada. Dumas y Falco se echan al agua para realizar una inmersión de reconocimiento. Necesito su parecer sobre la naturaleza y el estado de conservación del barco, sobre las posibilidades de entrar en él y sobre el interés que puede presentar como futuro «estudio» cinematográfico. Sólo a la vuelta podremos considerar si nos detenemos o no, pues no tenemos tiempo que perder si queremos llegar al océano Indico antes de que cambien las condiciones meteorológicas y retrasen nuestro trabajo.

Media hora después salgo al encuentro de Albert Falco y Didi Dumas, que están subiendo ya a bordo por la escalerilla de inmersión.

El pez camión

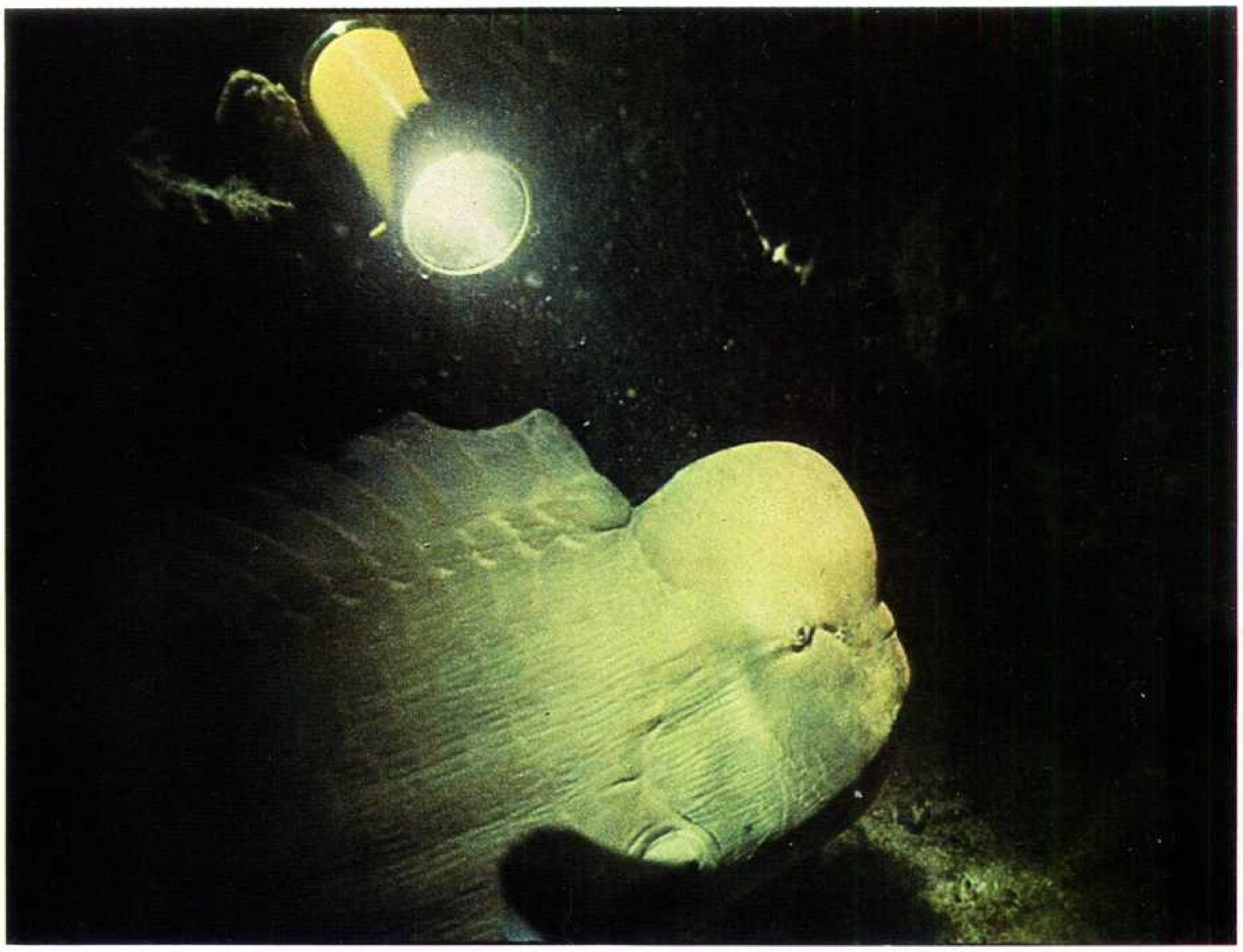
HE aquí su relato:
«Ibamos bajando tranquilamente hacia el barco. El agua está cristalina. Se trata probablemente de un naufragio por bombardeo durante la Segunda Guerra Mundial. El mástil, los aparejos, el casco, el puente, todo está cubierto de corales multicolores, de esponjas, de ostras perlíferas, de algas... Muchos peces tropicales, meros, labros, barracudas... En el puente y entre las estachas, material bélico de todo tipo, motocicletas y grandes camiones. Pasamos por una crujía, cuando, de pronto, una enorme masa viviente nos cierra el paso.
—¿Qué?, pregunto estupefacto.
—Como has oído. De momento quedo desconcertado. Falco y yo nos quedamos inmóviles, prontos a escondernos.
—Bueno, pero ¿de qué se trataba?
—De un «pez camión», responde Falco riendo. Con escamas tan grandes como mi mano. Labios enormes. Vamos, ¡un monstruo!
—Y luego, ¿qué hizo?
—Nada. Se quedó mirándonos inmóvil. Verle allí quieto casi nos producía miedo.»
Si no conociera a Dumas desde hacía años, le hubiera dicho que no bromeara... De acuerdo, una dosis de buen humor al empezar una travesía larga y difícil no está mal. Pero no había que exagerar tanto.
«Bueno, y vosotros ¿qué hicisteis?
—Nada. Esperamos que se apartara, cosa que hizo majestuosamente. Debía de medir tres metros de largo, uno y medio de alto y... casi un metro de espesor... Quizá pesaba unas dos o tres toneladas...



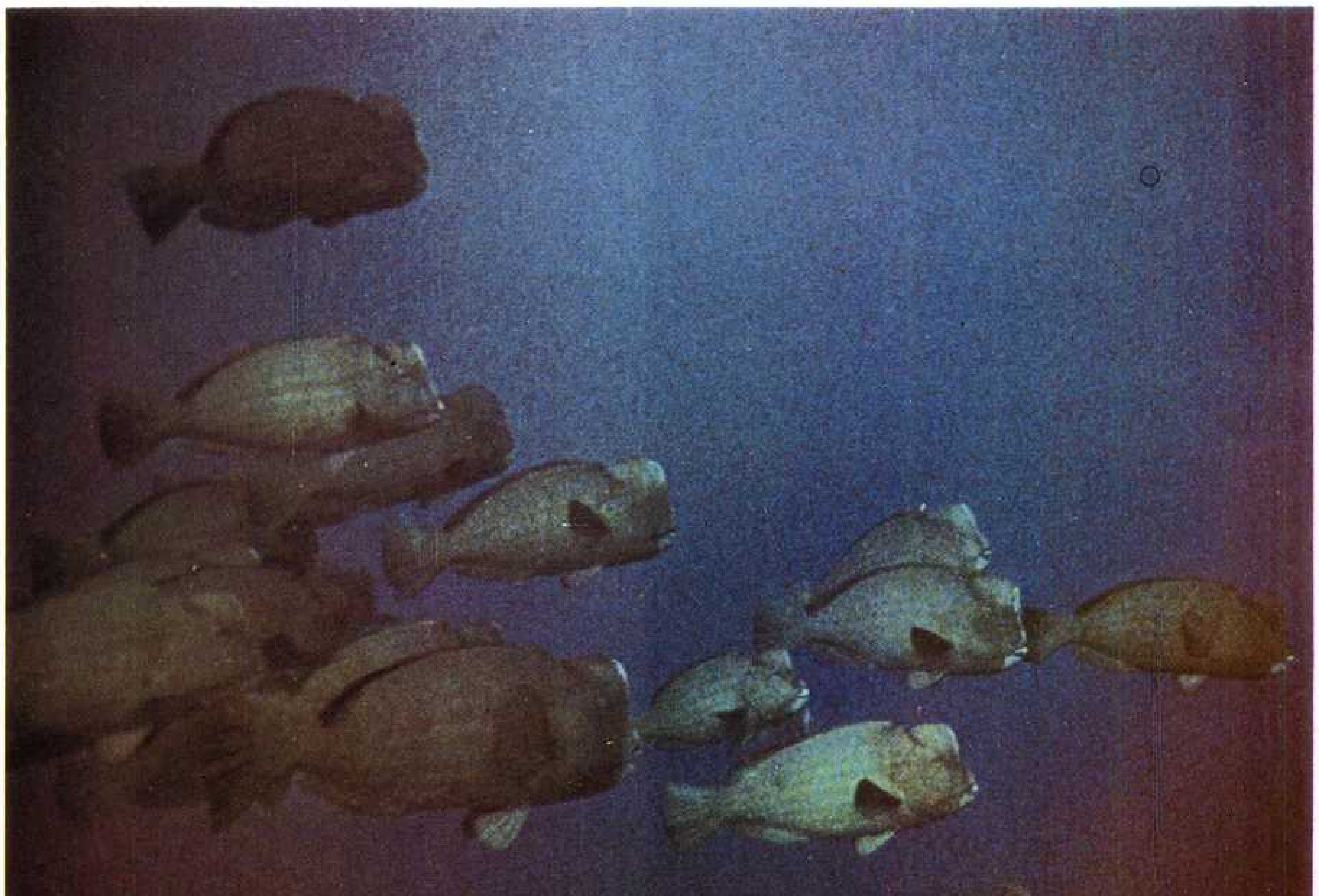
Durante sus inmersiones de trabajo en el pecio, Frédéric Dumas y Albert Falco se encontraron con un pez enorme, de formas pesadas y monstruosas, que llamaron afectuosamente «pez camión». Más adelante, los buceadores del Calypso *encontraron otros animales del mismo género en el mar Rojo (abajo), pero nunca volvieron a ver un ejemplar tan voluminoso.*

Entonces, regresamos. Nos llevábamos la cámara...
—¿Así que os habéis encontrado con un pez camión?
—Eso es, Jacques.»
Tenía que creerles. Pero añadí:
«Cuando regresemos, bajaremos a ver a vuestro extraordinario pez. Pero ahora se hace de noche y tenemos que reanudar la marcha.»
Pensativo, me dirijo al puente. El capitán Saoût me espera para dar la orden de aparejar. ¡No!, no han tratado de gastarme una broma. Los conozco muy bien. De seguro que han visto un ser monstruoso...
La forma del pez camión, su color, sus gruesas escamas, sus labios enormes..., todo me hace pensar en un labro, un labro gigantesco...
A la vuelta, Louis Malle descubrirá el pez camión a 20 metros de distancia, acompañado de otro labro dos veces más pequeño, pero también enorme. Y le bautizará a este segundo monstruo como «pez camioneta»...

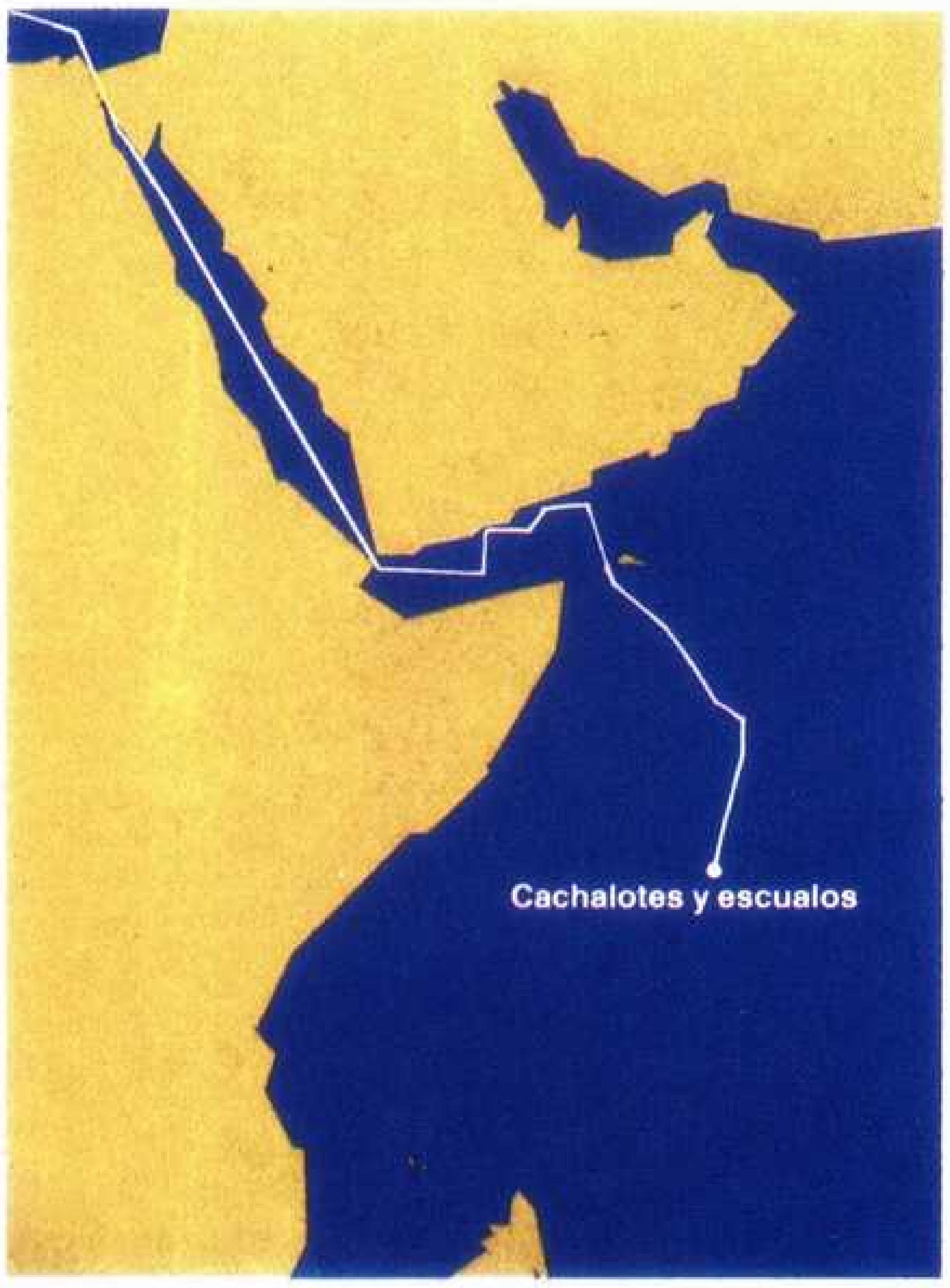








Los cachalotes del océano Indico





DESPUÉS de los restos hundidos de Ras Mohammed, se suceden los corales y atolones, jalonando nuestra ruta hacia el Sur...
Volvemos a Abulat, escenario de nuestras exploraciones en 1951-52. Los recuerdos me asaltan en tropel. Revividos a través del velo del tiempo, el calor, el sufrimiento físico, las picaduras de insectos, me hacen sonreír ahora: se han borrado de la memoria los malos momentos. Nos queda, para siempre, la primera visión de la Cruz del Sur, esa lucha por la existencia de aves y peces que se observa al amanecer desde un contrafuerte de coral que apenas emerge del agua... Las langostas escondidas en su agujero para hacer la muda, las rayas gigantes congregadas para reproducirse, y todos esos compañeros de viaje bautizados con nombres familiares: el «pájaro reloj», porque siempre llegaba por las tardes a la misma hora; el «inspector», una garceta que se metía bajo el toldo y lo revisaba todo con aires de suficiencia; mis «peces plexiglás», minúsculos y transparentes, tan numerosos a los costados del barco que impedían la visibilidad de los buceadores. Y luego, esos patéticos cementerios en islas abandonadas, con losas sepulcrales orientadas hacia La Meca, mudos testigos tal vez del naufragio de los peregrinos que no pudieron llegar a la ciudad santa...
Y Djebel Teir, donde en tiempos del imperio otomano se construyó el más potente faro de todo el mar Rojo, hoy completamente en ruinas.
Hacemos una breve escala en los doce apóstoles, esos islotes volcánicos que se alzan en pleno mar Rojo, no lejos de las costas del Yemen. Sombríos, áridos y siniestros, envían reflejos maléficos sobre el mar de jade.

El 24 de marzo, finalmente, tocamos Adén, donde nos reavituallamos antes de hacernos nuevamente a la mar, rumbo a las Seychelles.
Una mañana de abril, mientras atravesábamos el ecuador a 600 millas al este de la costa africana, los hombres asomados a la plataforma de proa exclaman: «¡Ballenas! ¡Ballenas!»

Diviso su negra y larga silueta, y luego los chorros de vapor que se levantan oblicuamente de la cabeza de los gigantes. No cabe la más mínima duda: son cachalotes. Ese chorro característico, surgiendo de un solo respiradero, inclinado, era muy conocido de los antiguos balleneros: como el de *Moby Dick,* la famosa ballena blanca...











En pleno océano Indico, el Calypso *se encuentra con una manada de cachalotes, reconocibles desde lejos por su único chorro de vapor, con una inclinación de 45 grados.*



Nubes de sangre





SON tres y nadan lentamente algo desviados de nuestra ruta. Los seguimos. Así empieza una dramática jornada, que quedará para siempre grabada en nuestra memoria por la dosis de violencia de que harán gala hombres y bestias en este día...

Durante más de una hora navegamos de conserva con estos gigantes del mar. Es un apacible paseo, a ocho nudos de velocidad. Y luego, de repente, el primer acto del drama.

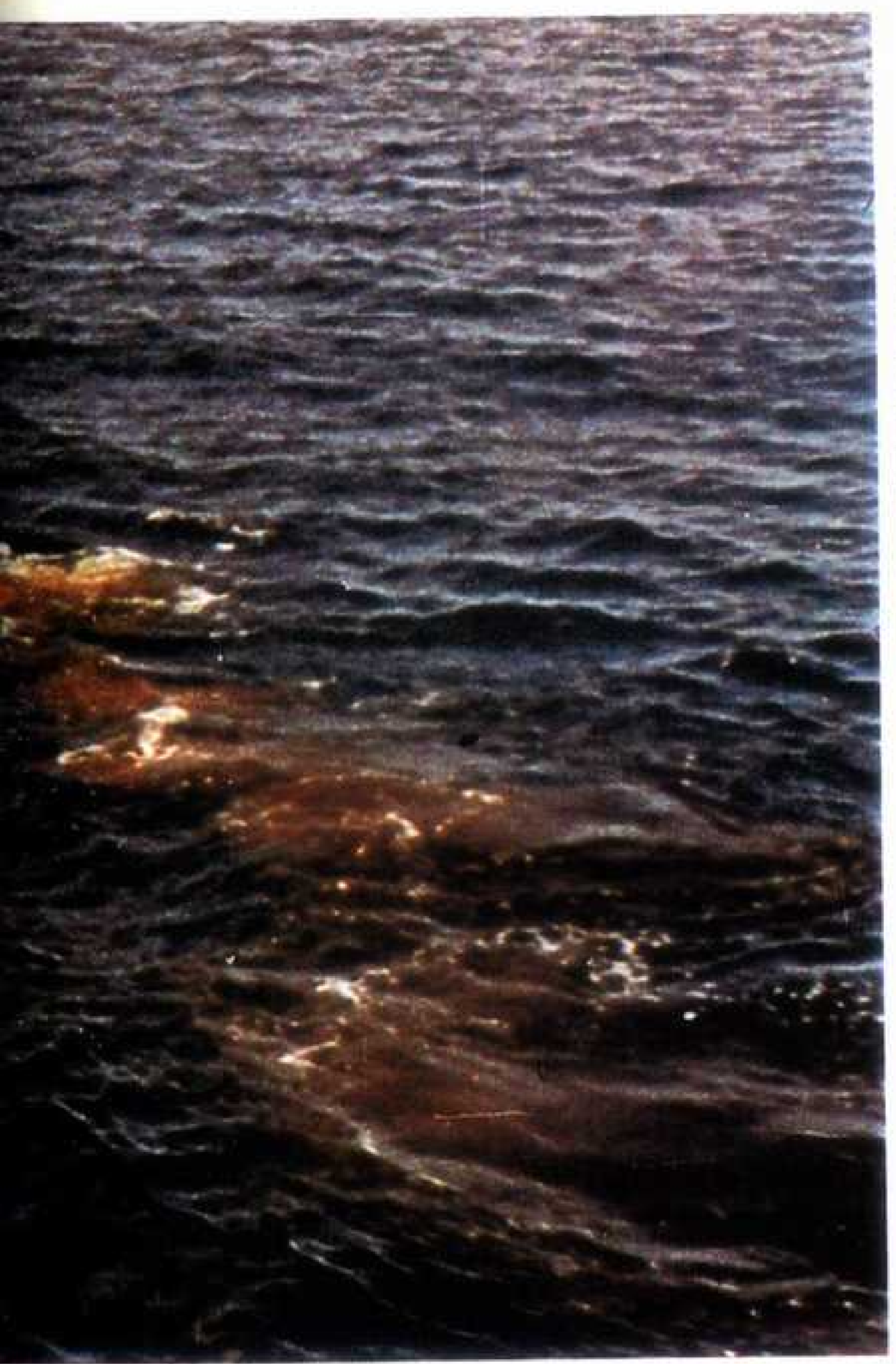
De improviso, tras sumergirse a un costado del barco, los cachalotes reaparecen ante la proa del *Calypso*. La colisión es inevitable. Antes de que podamos parar, nuestro barco choca de lleno contra el flanco de un cetáceo de por lo menos 20 toneladas.

A bordo reina el más completo desorden. La colisión nos hace temer que se haya dañado el barco. ¡Y Louis Malle, que estaba en la «falsa nariz»!... Tememos lo peor, hasta que le vemos salir de su agujero. Desde entonces, lo que acapara nuestra atención es lo que está pasando alrededor del barco. En el horizonte aparecen grupos de cachalotes desde todas partes que convergen hacia nosotros. Pronto, donde sólo había tres cachalotes vemos varias docenas, como si desde lejos hubieran oído los lamentos, tal vez las llamadas de auxilio del compañero herido. Este les pide ayuda.

Los hechos se suceden a una velocidad desconcertante. Hoy, al recordar aquella jornada dramática, me parece que todo se desarrolló en un momento. Con mis auriculares conectados a los hidrófonos, oigo todavía los gritos modulados de los animales. Cuando levanto los ojos veo sangre en el mar, a popa del barco. Luego, de repente, creo escuchar un grito humano.











Al acercarse a los cetáceos, el Calypso *choca desgraciadamente contra uno de ellos. Sus compañeros se precipitan en su ayuda: una cría, alcanzada por la hélice del barco, es herida mortalmente. Estamos consternados, pero no podemos hacer nada por el pobre animal.*

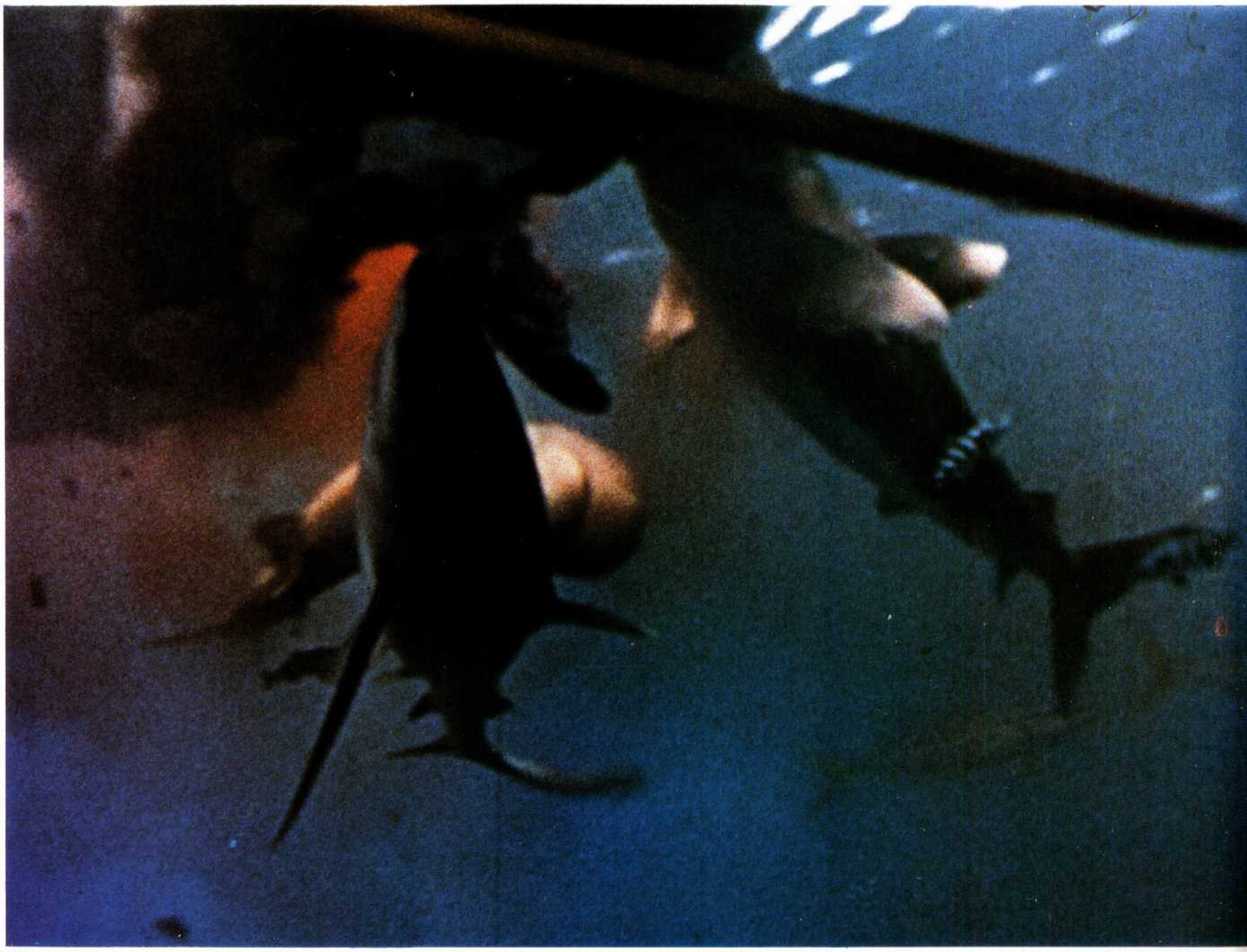


Frenesí mortal

Es Etienne Puig, un buceador, quien grita: «¡Muerte a la tintorera!» Su exclamación es como una consigna. Submarinistas, maquinistas, gavieros, el mismo capitán Saoût, se precipitan sobre todo lo que puede caer en sus manos, gafa, palanca o hacha, y empiezan a izar tiburones al puente y a matarlos. Reacción del odio ancestral contra los tiburones que todo marino guarda en su corazón... Presas de rabia, quieren agarrar, destruir, sentir entre sus dedos la sangre del enemigo, ver muerto al alevoso animal. Una escena que hoy todavía me horroriza. La ejecución de esta venganza fue espontánea y nadie creía estar obrando mal. Este frenesí de los hombres, comparable a la cólera del mar, fue una sobrecogedora transposición del ansia de sangre que se apodera por momentos de determinados animales. En el puente del *Calypso* se amontonaban una docena de cuerpos de tiburones. La hecatombe había durado unos momentos y cada uno de los hombres había descargado en ella toda su agresividad.

Pero para comprenderlo hay que volver a los cachalotes. Después de chocar el *Calypso* contra el gran cachalote, se reunió un gran número de congéneres. Dos se apretaron contra él, como para ayudarlo a mantenerse en superficie y respirar. Nuestro sistema de escucha submarina nos permitía oír una verdadera cacofonía de silbidos modulados, entre los que distinguimos los lamentos del animal herido. Una cría de cachalote, de unos tres o cuatro metros de longitud, empezó a frotar el costado del barco, pensando sin duda que el casco del *Calypso* era el cuerpo de su madre. Desgraciadamente, este gesto de insólita ternura acabó trágicamente: deslizándose hacia popa fue literalmente degollado por la hélice de babor, antes de que el oficial de servicio tuviera tiempo de parar las máquinas...
El motor de babor quedó bloqueado, y a popa el mar se tiñó de sangre. Para el pobre animal no había nada que hacer. Sus padres o sus congéneres, tras comprobar el estado de la víctima, se dispersaron a los cuatro puntos cardinales. El pequeño cachalote trató de seguirles. Pero las profundas heridas que tenía en el costado le impedían nadar. Entonces, para abreviar sus sufrimientos, Dumas puso fin de un disparo a su agonía. Luego, mientras maniobrábamos para acercarnos a él y nos preguntábamos qué íbamos a hacer, alguien gritó: «¡Tiburones!»
En efecto, primero uno, luego dos, diez tiburones empezaron a rondar el barco parado. El mar estaba en calma como un lago. El agua, extraordinariamente clara, era de un azul profundo. Bajo la quilla del *Calypso,* más de 4.000 metros de profundidad. Los tiburones surgían como por encanto en medio de la inmensidad de alta mar.

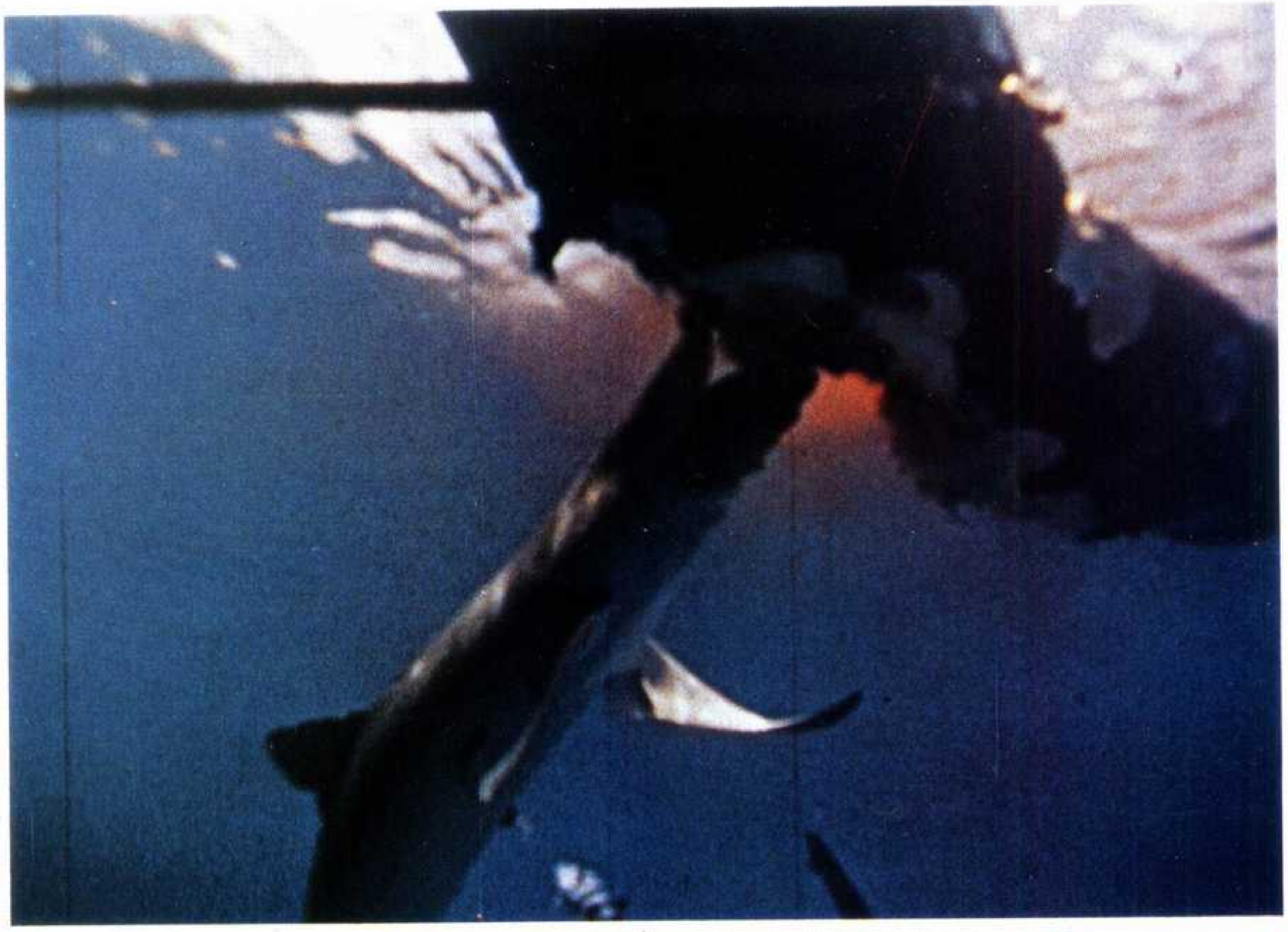
El cachalote sangra abundantemente. De repente, acuden los tiburones, atraídos por el olor. Un primer escualo avanza sobre el cetáceo, luego otro: pronto, toda la manada se lanza sobre la indefensa presa, en una especie de frenético ballet. *Los tiburones rasgan a dentelladas los tejidos palpitantes.*









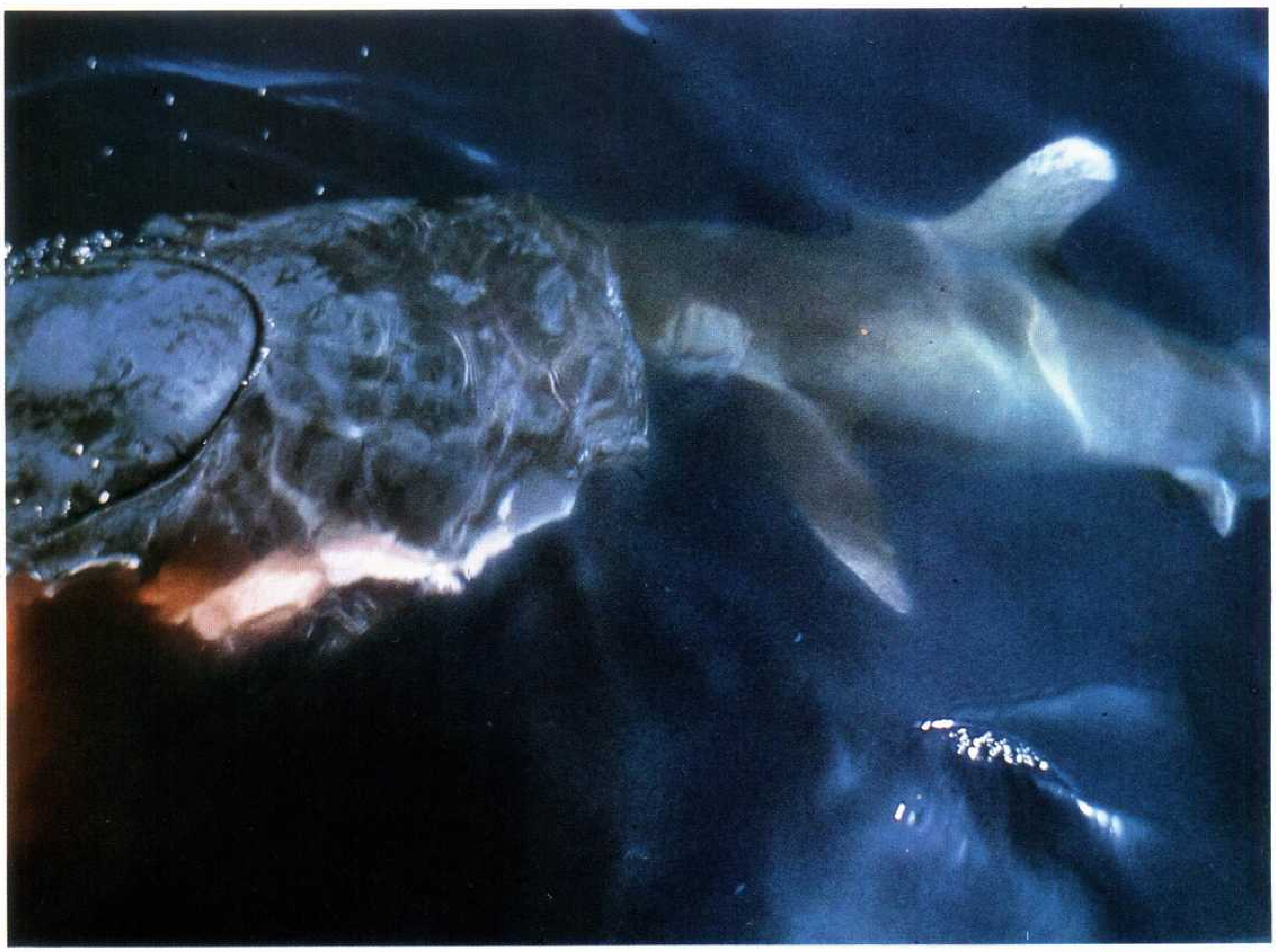








Agresividad





Los tiburones debían de estar siguiendo al rebaño de cetáceos y el olor de la sangre les puso sobre aviso. Su número va en aumento: ahora son ya unos treinta; el de mayor tamaño es una tintorera de cuatro metros, con el morro puntiagudo y grandes ojos redondos. Hay más tiburones pardos, con enormes aletas redondeadas que se distinguen por un gran círculo blanco: son los *Carcharinus longimanus,* los más temibles; guardando las distancias, estudian prudentemente la situación. No parecen confiarse.

Para observarlos mejor, preparamos nuestras jaulas antitiburones y nos sumergimos junto al cachalote muerto. Con Louis Malle me meto en una de ellas. Aunque protegidos por los barrotes de acero, la presencia de tantos tiburones nos pone nerviosos. Empiezan a excitarse, tensos, nadando nerviosamente. Al husmear al cachalote sanguinolento, chocan contra las jaulas y los flancos del *Calypso*. Pero la tentación es irresistible. De repente, la gran tintorera arremete. De una dentellada arranca un gran trozo de carne.

Es la señal de entrar a rebatiña. Durante horas, en un sangriento frenesí, se celebra un horrible festín. Sin dejar de filmar la escena, nos sentimos profundamente turbados.

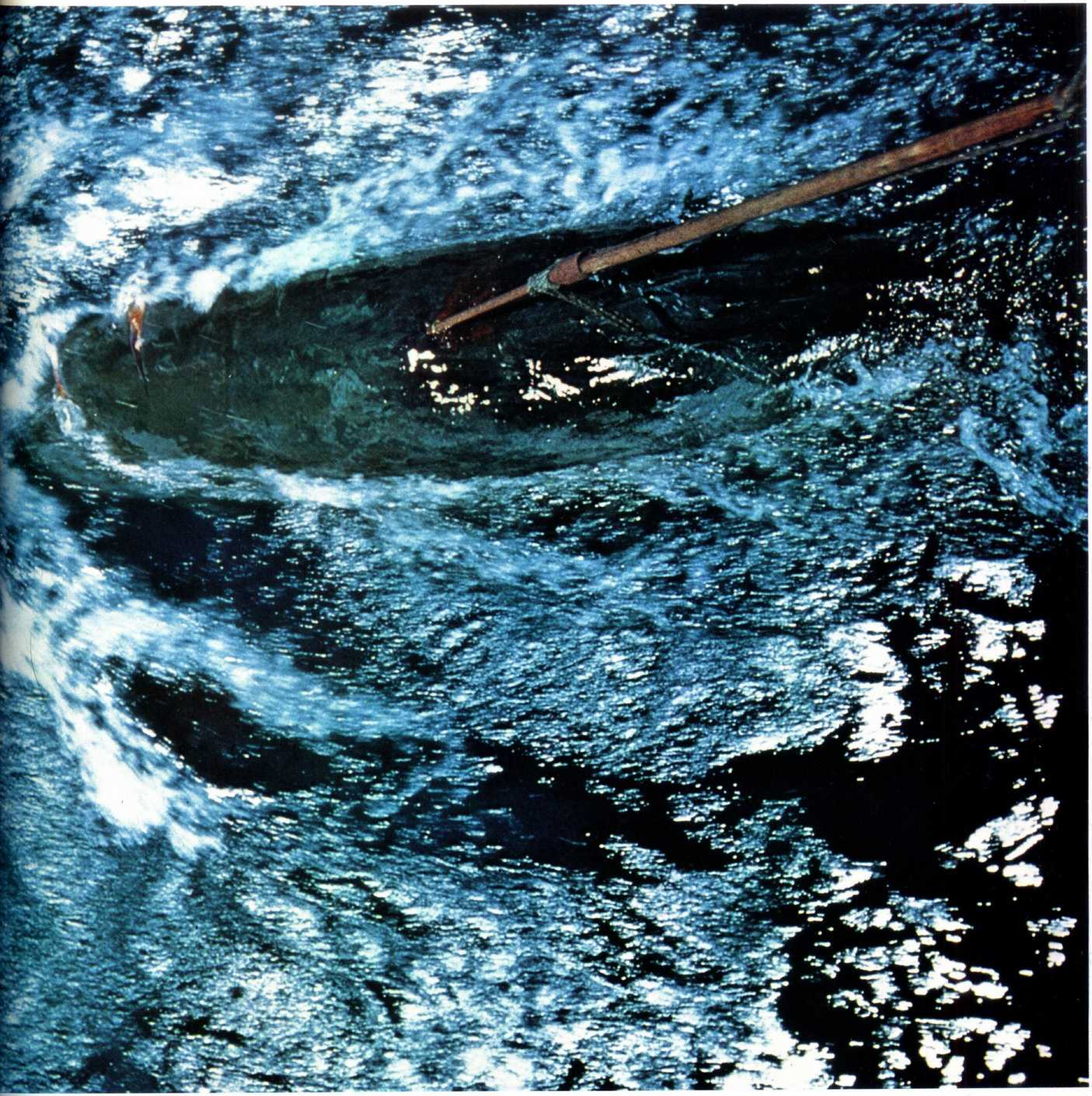
Alrededor nuestro resuenan los coletazos de los tiburones. Todos estamos asqueados. De manera que cuando Dumas grita «¡a la tintorera!», los hombres atacan a su vez.

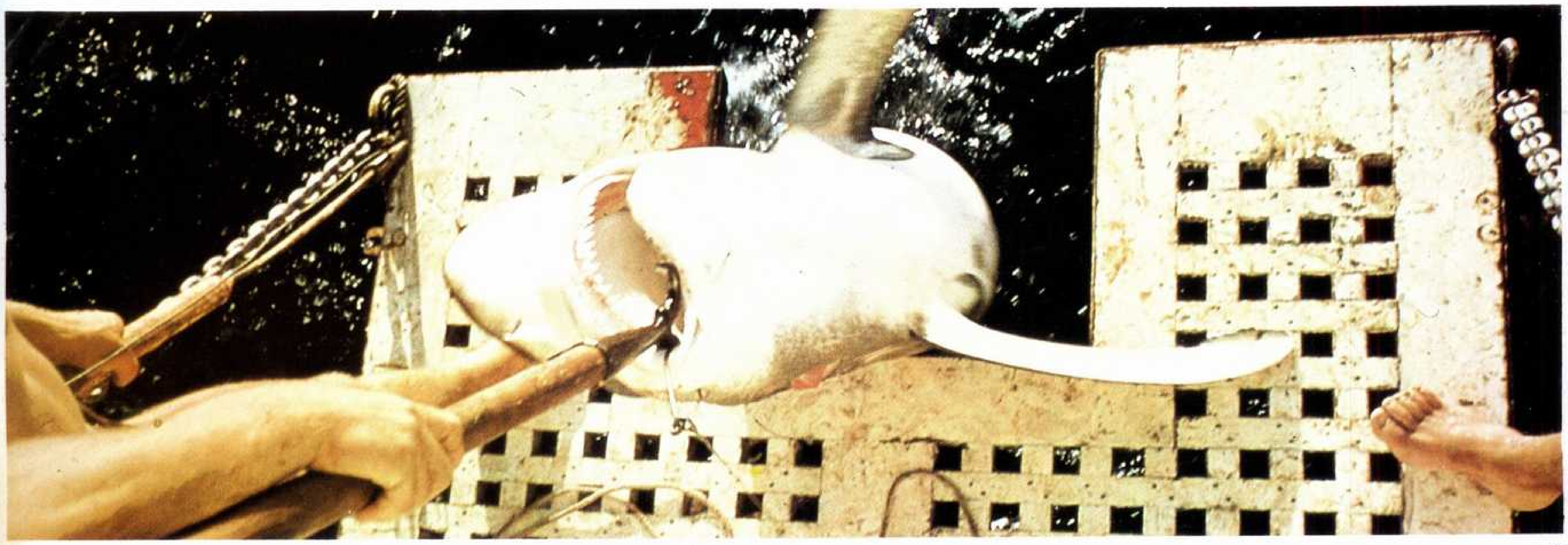
¿Por qué? Por horror, por odio ancestral, pero también quizá por solidaridad con la víctima, al fin y al cabo es un mamífero como nosotros.





Los hombres del Calypso *se sienten molestos viendo cómo el pequeño cetáceo es devorado por los tiburones, aun cuando éstos no sean responsables de sus primeras heridas. De repente, presa de una loca sed de venganza, la tripulación la emprende a gafazos y cuanto instrumento encuentran a mano contra los carniceros y hacen una verdadera matanza.*





Asunción: invierno de 1955



A 100 metros de la playa, mar adentro, en un agua cristalina, el sol es cegador. Bancos de lutjánidos, nubes de sardinetas azules, de peces tigre, de peces gatillo y de peces cofre anuncian la magnificencia del paisaje coralino. Al acercarnos, ni la menor reacción de temor; por el contrario, suscitamos una curiosidad general ante los recién llegados. Cada anfractuosidad está poblada por peces que se asoman al umbral de su guarida para examinar a esos extraños peces de dos colas y un penacho de burbujas que somos nosotros. Quisiéramos gritar para atraer la atención de nuestros compañeros, pero hay tanto que ver que preferimos callar. Luis Marden se dispone a fotografiar a un mero de siete kilogramos. Pero, cosa extraña, en vez de huir, el animal se acerca y parece querer olisquear la cámara y jugar con las lámparas de destello. Marden apenas consigue alejarse lo suficiente para fotografiarlo. El comportamiento de los animales en este lugar resulta increíble.

En el camino de vuelta nos cruzamos con tortugas marinas y un banco de pequeñas barracudas. De una pequeña playa arenosa emergen unos curiosos pececillos plantados por la cola y curvados como un signo de interrogación: son heterocongrios o anguilas jardineras. Antes de subir nuevamente, advertimos que se han adherido al casco del *Calypso* varias rémoras, esos peces ventosa que se fijan a otros animales, pero fundamentalmente a los tiburones o a las tortugas en general, para viajar sin esfuerzo.

Unas horas después, Albert Falco y Didi Dumas estaban nuevamente a bordo tras una inmersión de exploración. El tiempo era espléndido, pero todos nos sentíamos un poco cansados. Yo estaba solo en mi camarote, escribiendo el cuaderno de a bordo y por una vez no tenía ningún proyecto en mente. Me daba la impresión de estar de vuelta de un gran viaje.

En torno al barco anclado, las olas parecían descansar también. A un cable de distancia, la playa blanca brillaba al sol mientras los cocoteros apenas se mecían con la brisa. Alcatraces patiazules, fragatas y golondrinas de mar revoloteaban por doquier.

Falco y Dumas charlaban animadamente, y su excitación contrastaba con el ambiente en calma. Se dirigían a mi camarote y solté la pluma. En cuanto los vi, advertí un brillo en su mirada.

«Abajo —dice Falco—, aquello es un paraíso. El agua es límpida y la visibilidad excepcional.»

Se calló. Pero por la expresión de su rostro adiviné que quería añadir algo más. Sin embargo, fue Dumas el que continuó: «Se diría que los peces nunca han sido molestados. Las barracudas, los meros, los labros y los lutjánidos dejan que se les acerquen y siguen en su actividad sin preocuparse lo más mínimo de nosotros. Este lugar es verdaderamente el paraíso. Nadie se ha sumergido jamás, nadie ha cazado nunca aquí. Y quizá nunca se haya pescado.»

Los escuchaba con cierto estupor. Los hechos podían a veces cambiar los proyectos. Pero, a decir verdad, todavía no lo pensaba.

Nos habíamos detenido en Asunción porque la isla ofrecía un buen abrigo y teníamos que descansar antes de atacar nuestro programa en Aldabra.

De regreso a bordo, tomo una decisión: nos quedaremos aquí hasta que se nos acaben las provisiones. Alguien propone incluso que racionemos el agua inmediatamente. Para no perturbar paraíso semejante, prohíbo cualquier tipo de pesca y ordeno que no se tire al agua absolutamente nada. Y encargo a Dumas que haga todo lo posible por ganarse la amistad de los animales.

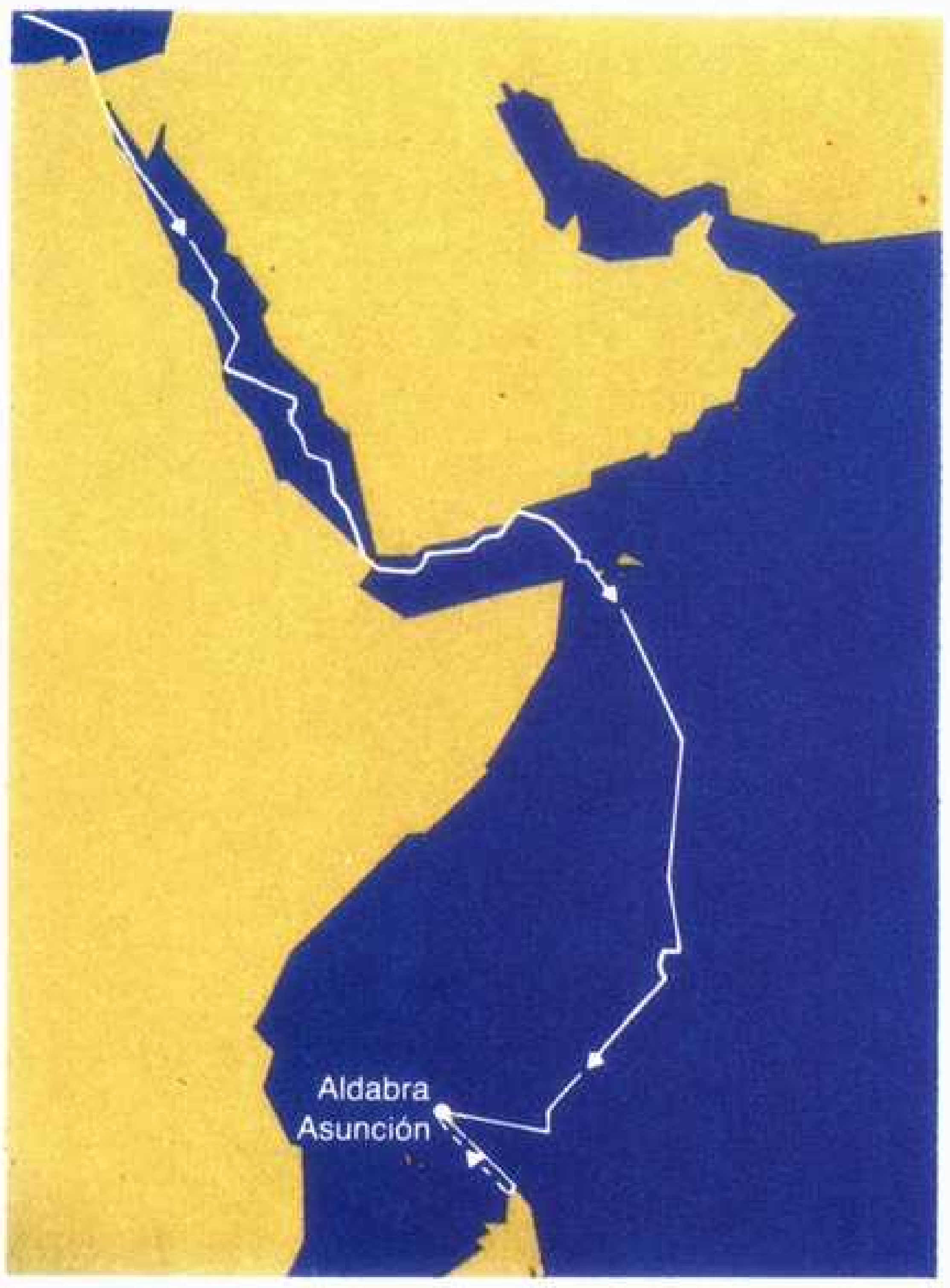
«¡Les daremos de comer!», exclama entusiasmado.

Así comienza nuestra aventura en Asunción.



ENCUENTRO EN LOS ARRECIFES

La danza del mero



SOBRE un fondo de arena blanca, los rayos solares proyectan manchas móviles de luz al compás de las ondulaciones de la superficie. Inmóvil, con la nariz levantada, un gran mero nos mira expectante. Casi sin moverse, Didi Dumas se sumerge y se acerca al animal. Los grandes ojos desorbitados del pez le miran fijamente, mientras el buceador le tiende un trozo de carne. Ofreciéndole el cebo y retirándolo con suavidad, Dumas esboza una danza extraordinaria, pues se ejecuta en tres dimensiones y en un espacio en que no parece existir la gravedad. Ambos, hombre y animal, evolucionan, giran, hacen cabriolas al ritmo de una música imaginaria.

Al principio, el mero se siente atraído por el cebo. Pero cuando Dumas se lo da, y sin esperar ya recompensa alguna, el animal sigue al danzante en un baile gracioso e irreal. Momentos extraordinarios de armonía y de luz. Los dos siguen evolucionando sin preocuparse de nuestras cámaras. ¡Qué ajena nos parece la tierra a cuantos somos espectadores privilegiados de este *ballet*!

La danza submarina inspira una gran serenidad. Si Dumas se adelanta, o cuando gira sobre sí mismo, el pez hace otro tanto; pero en cuanto se detiene, el mero se inmoviliza también. La ilusión es perfecta. El cebo ya no es necesario.

La intimidad entre hombre y animal se intensifica cuando ambos evolucionan al unísono. La familiaridad del pez me deja estupefacto. Y al admirar la gracia de movimientos de Dumas, me imagino el espectáculo que un coreógrafo podría montar en este medio marino en que la fuerza de gravedad no existe y en que cada gesto se vuelve líquido, como en los sueños...

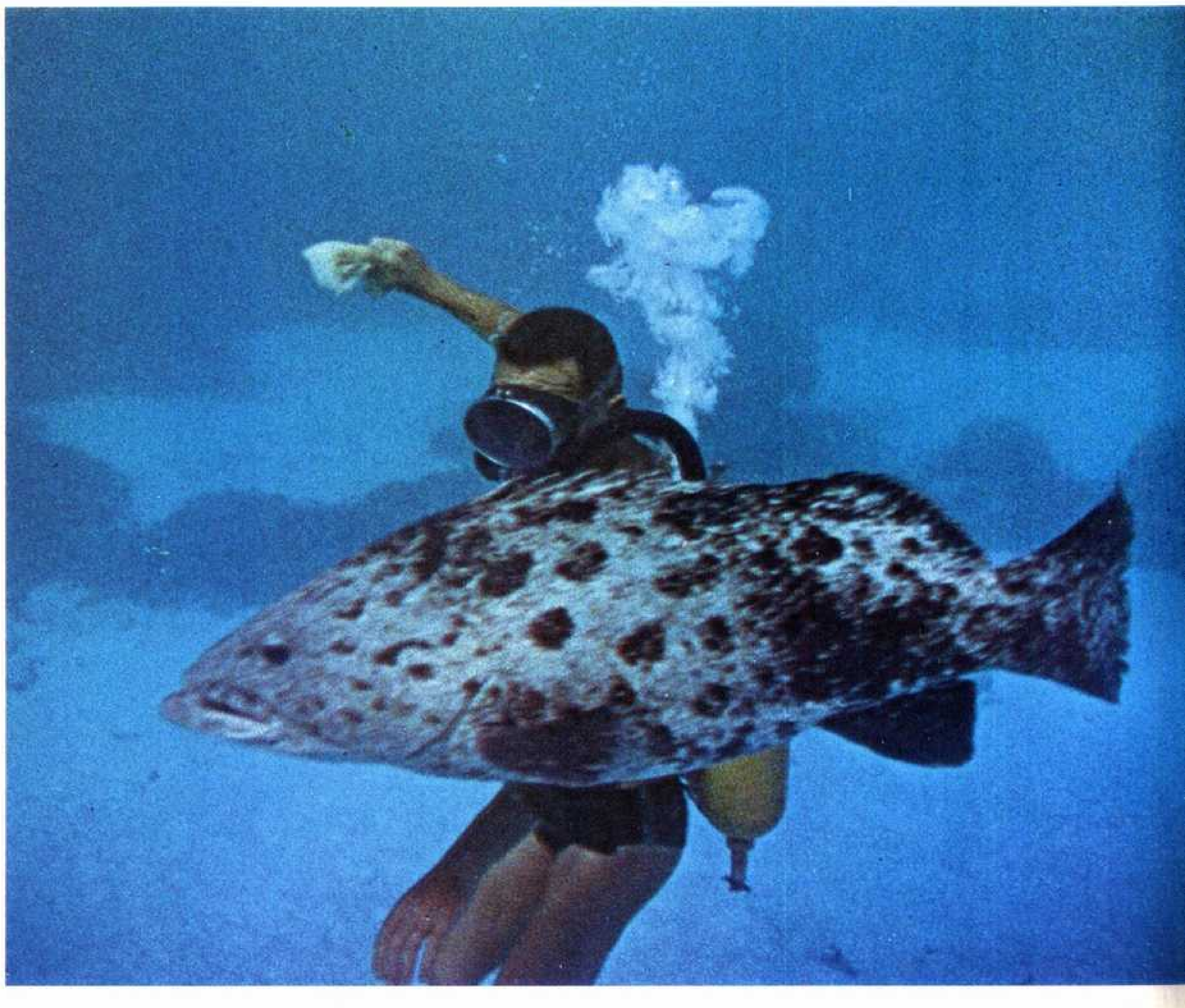
Naturalmente, puede que haya una explicación para tal comportamiento, conociendo las costumbres y hábitos de los meros. Pero ninguna enciclopedia podrá trazar nunca el retrato fiel del individuo absolutamente único de la familia de los serránidos, de este personaje con que los tripulantes del *Calypso* nos encontramos en Asunción: *Jojo el Mero.*

Para los aficionados al mar, *Jojo* ha entrado ya en la leyenda. Es tan conocido como *Moby Dick,* la ballena blanca de la novela de Melville, o como la *Kon-Tiki,* el famoso barco del último de los vikingos: Thor Heyerdahl.

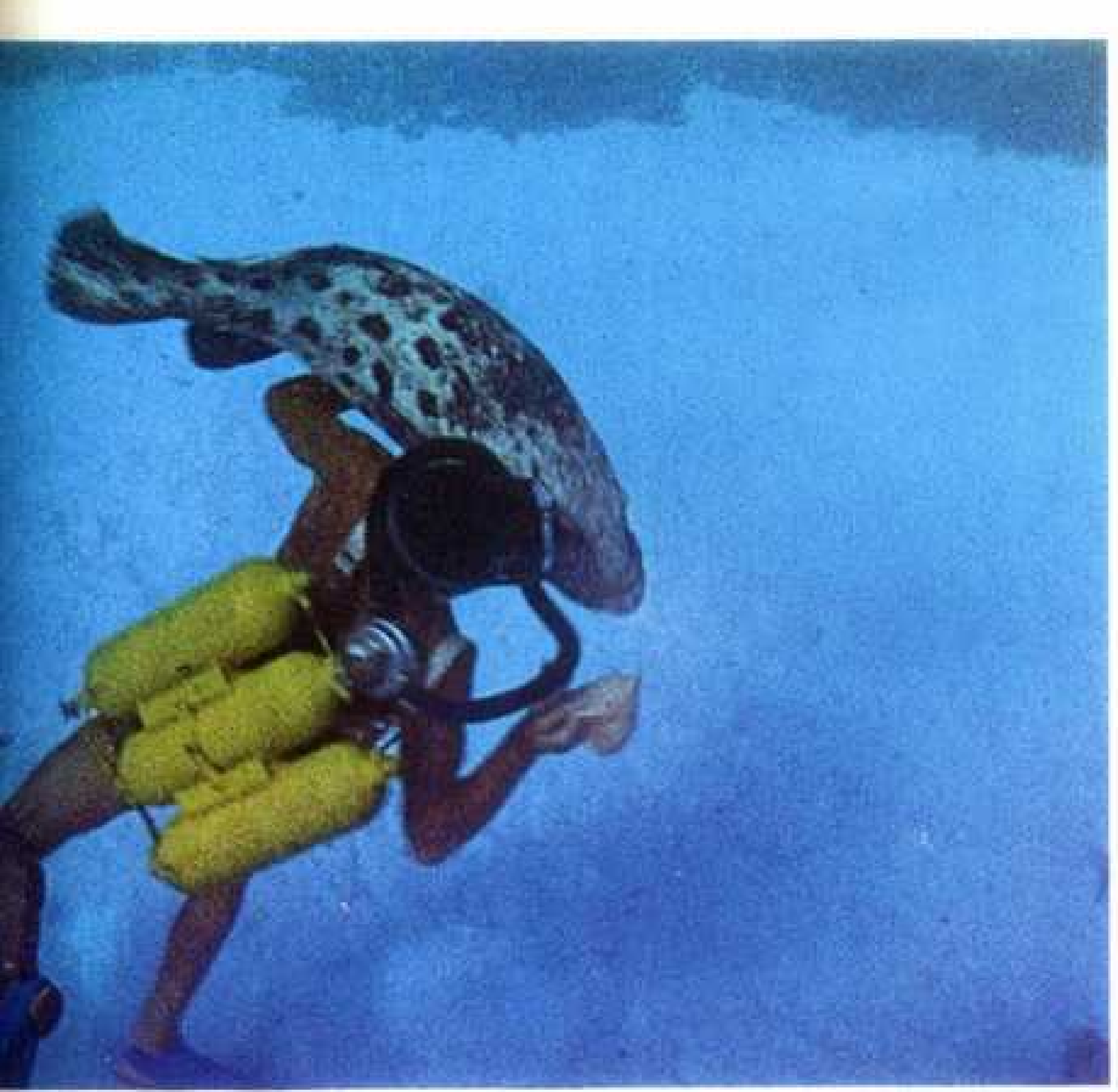
Todavía recuerdo la sorpresa del público cuando vio en las pantallas cinematográ-

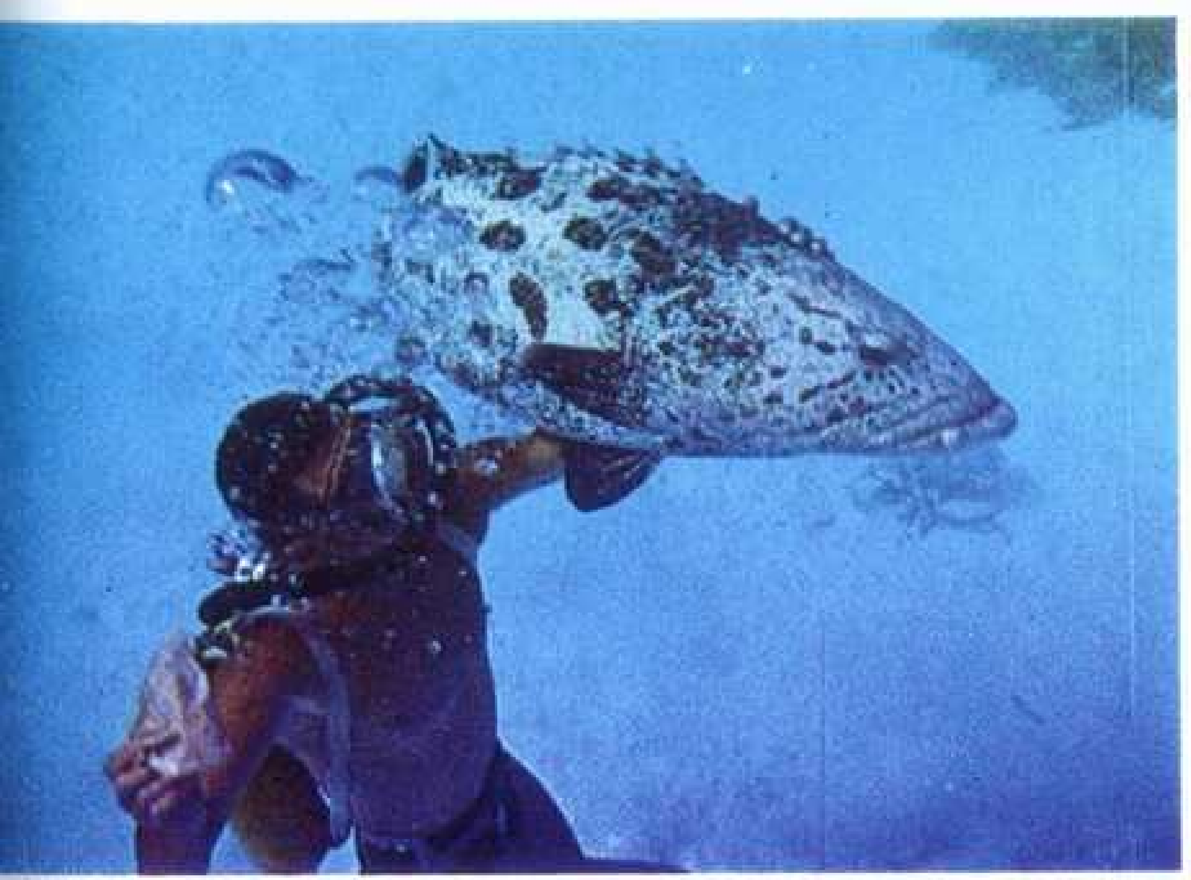




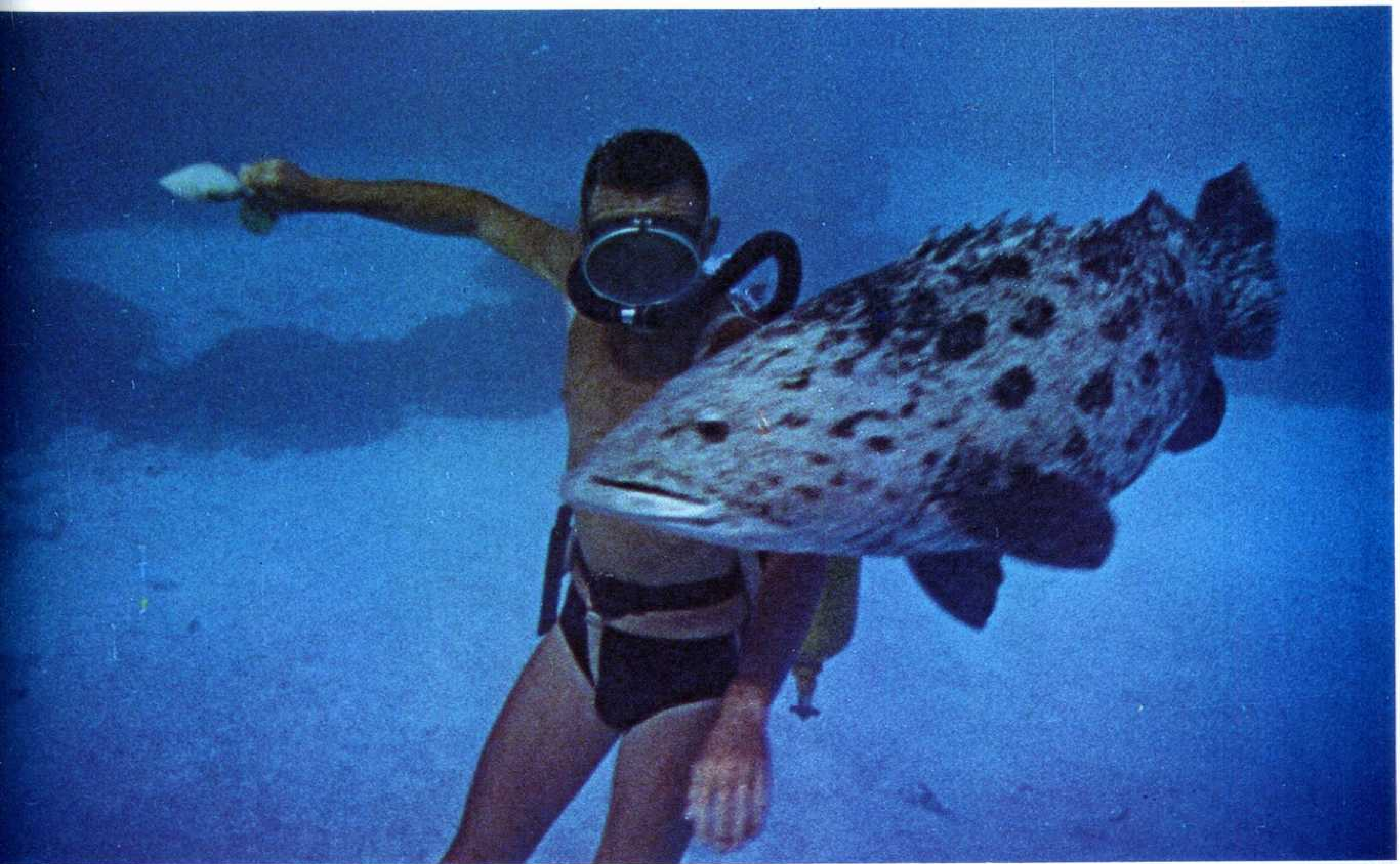


La isla de Asunción, situada entre las Seychelles y Madagascar, encierra un auténtico paraíso submarino. Los buceadores del Calypso *exploran este ecosistema de una gran riqueza de vida. Un día, Frédéric Dumas se hace amigo de un mero de gran tamaño, que inicia con él una auténtica danza subacuática. Este animal se nos hará familiar: su nombre dará la vuelta al mundo. Es* Jojo el Mero.









ficas el comportamiento de nuestro amigo *Jojo el Mero*.
Todo el mundo se preguntaba cómo había sido posible amaestrar a un pez, qué método secreto habíamos seguido y cuánto tiempo habíamos tenido que emplear para obtener estos resultados.

Y, sin embargo, todo había sido muy sencillo. Hicimos un pacto con nosotros mismos. Queríamos penetrar pacíficamente en un medio marino para comprender mejor el comportamiento de sus habitantes: cada vez que nos sumergíamos en un medio virgen, descubríamos la paz que reina en la naturaleza en los intervalos entre comida y comida. Pero un disparo de nuestro fusil-arpón basta para sembrar la desconfianza, y tuvimos que buscar, cada vez más lejos, regiones en las que la pesca industrial y la submarina todavía no habían entrado a saco.

Las aventuras de *Jojo*

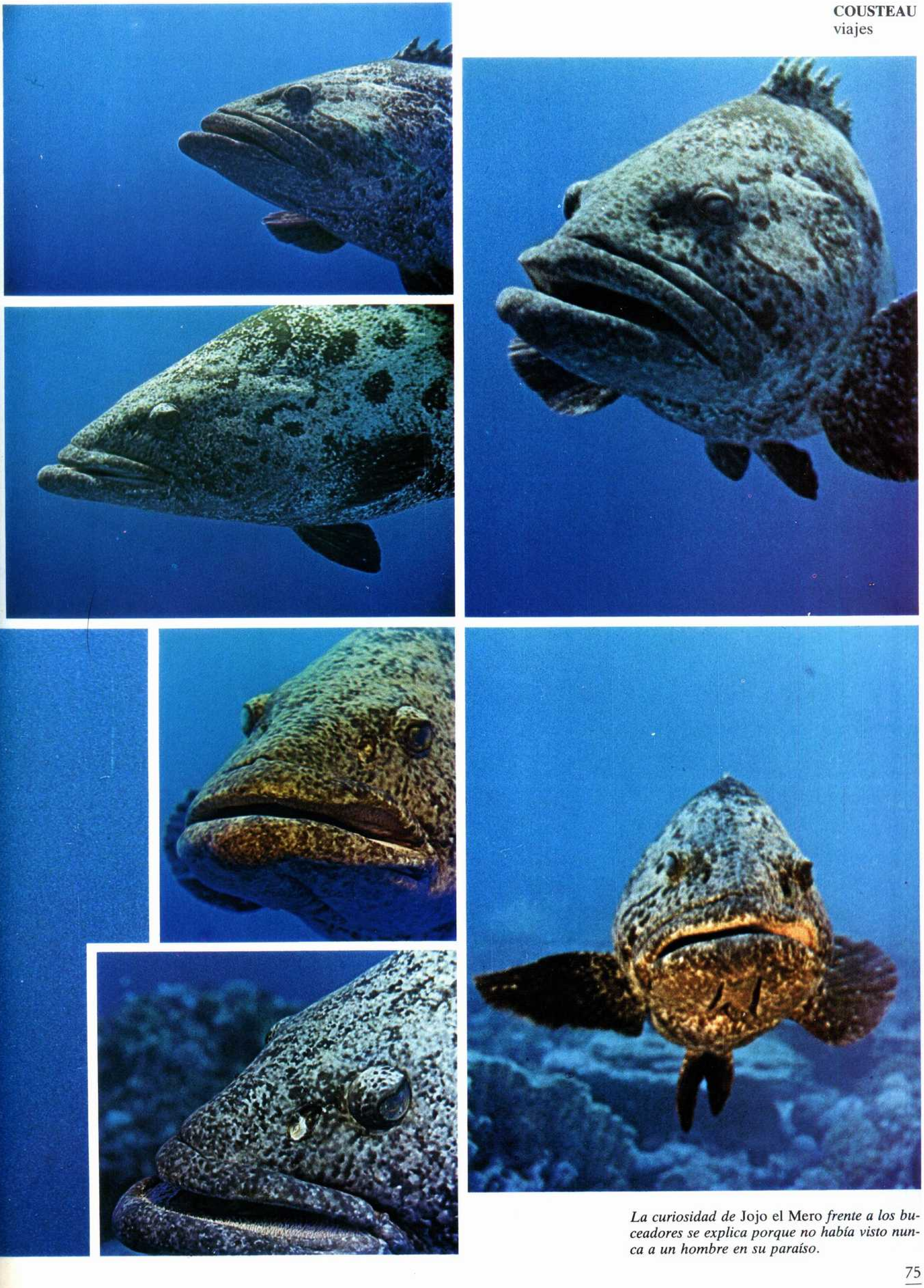
Luis Marden fue quien primero conoció a *Jojo* en aguas de Asunción. He aquí cómo nos cuenta este encuentro «histórico»:

«Yo estaba muy ocupado fotografiando a unos peces payaso que se refugiaban entre los tentáculos venenosos de las anémonas de mar, e iba a cambiar las bombillas del *flash*. Al levantar la cabeza, casi suelto la boquilla de mi escafandra: a menos de 30 centímetros, un animal de pesadilla me miraba fijamente. Con una cabeza más grande que la mía, gruesos labios doblados hacia abajo y un gesto de evidente desaprobación, sus ojos saltones me escrutaban insolentemente. Di marcha atrás y me dejé caer lentamente hacia el fondo arenoso, mientras que el mero —pues de un mero se trataba— me siguió de un potente coletazo.»

Luis continuó diciendo que el mero, con 30 kilogramos de peso por lo menos, se acercó hasta rozar su aparato. Cuando retrocedía para fotografiarle, el mero le seguía. Y se alejó, una vez pudo hacerlo. Pero el mero seguía allí, tratando, al parecer, de comerse las bombillas usadas del *flash*.

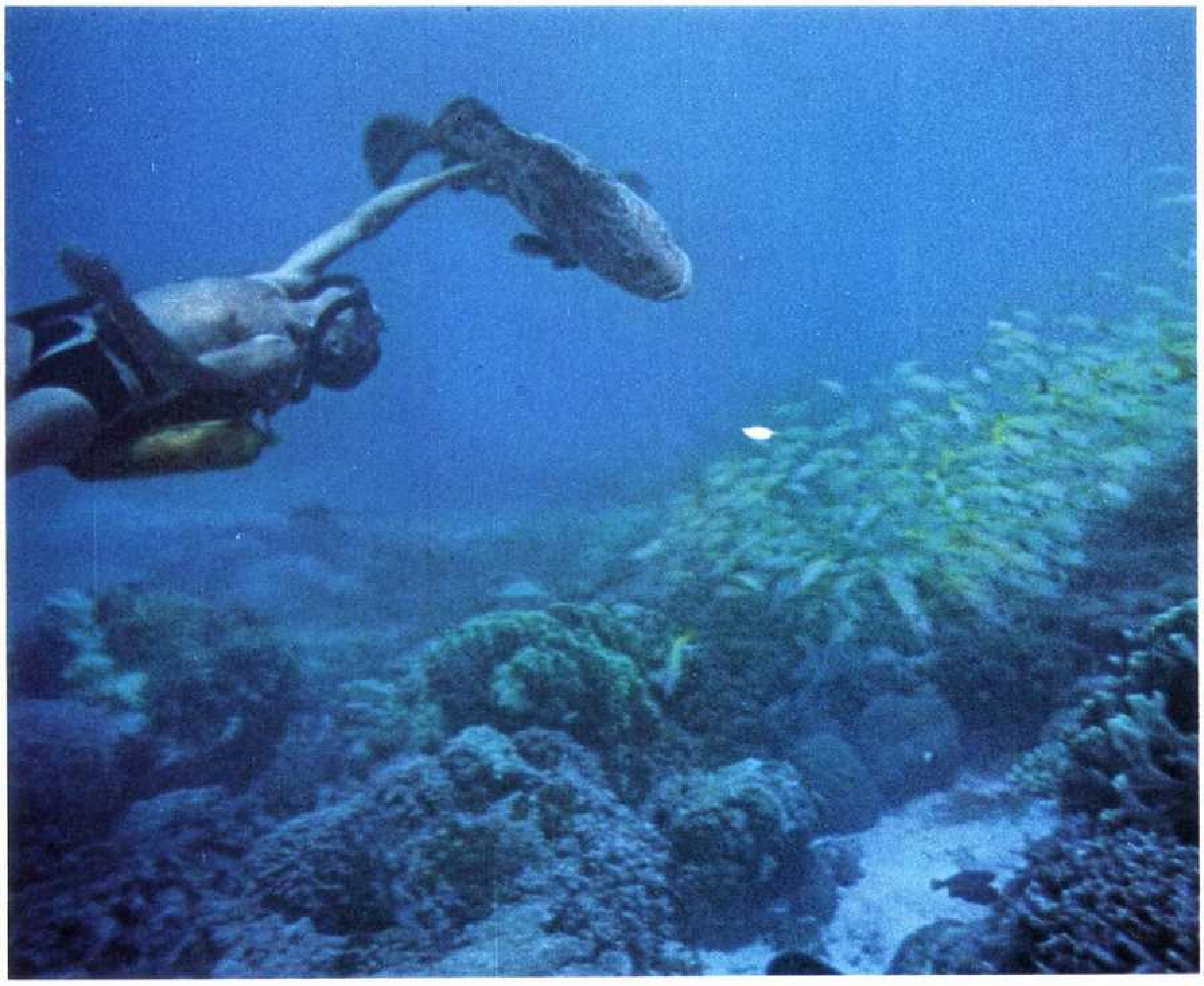
Cuando Luis se disponía a fotografiar a otros animales, el mero se interponía ante el objetivo como si pensara que era el único animal marino de Asunción digno de aparecer en las páginas de una revista tan importante como el *National Geographic Magazine*. Este sorprendente «histrionismo» de ciertos animales salvajes lo hemos observado muchas veces a lo largo de nuestras expediciones por todos los océanos.





La curiosidad de Jojo el Mero *frente a los buceadores se explica porque no había visto nunca a un hombre en su paraíso.*

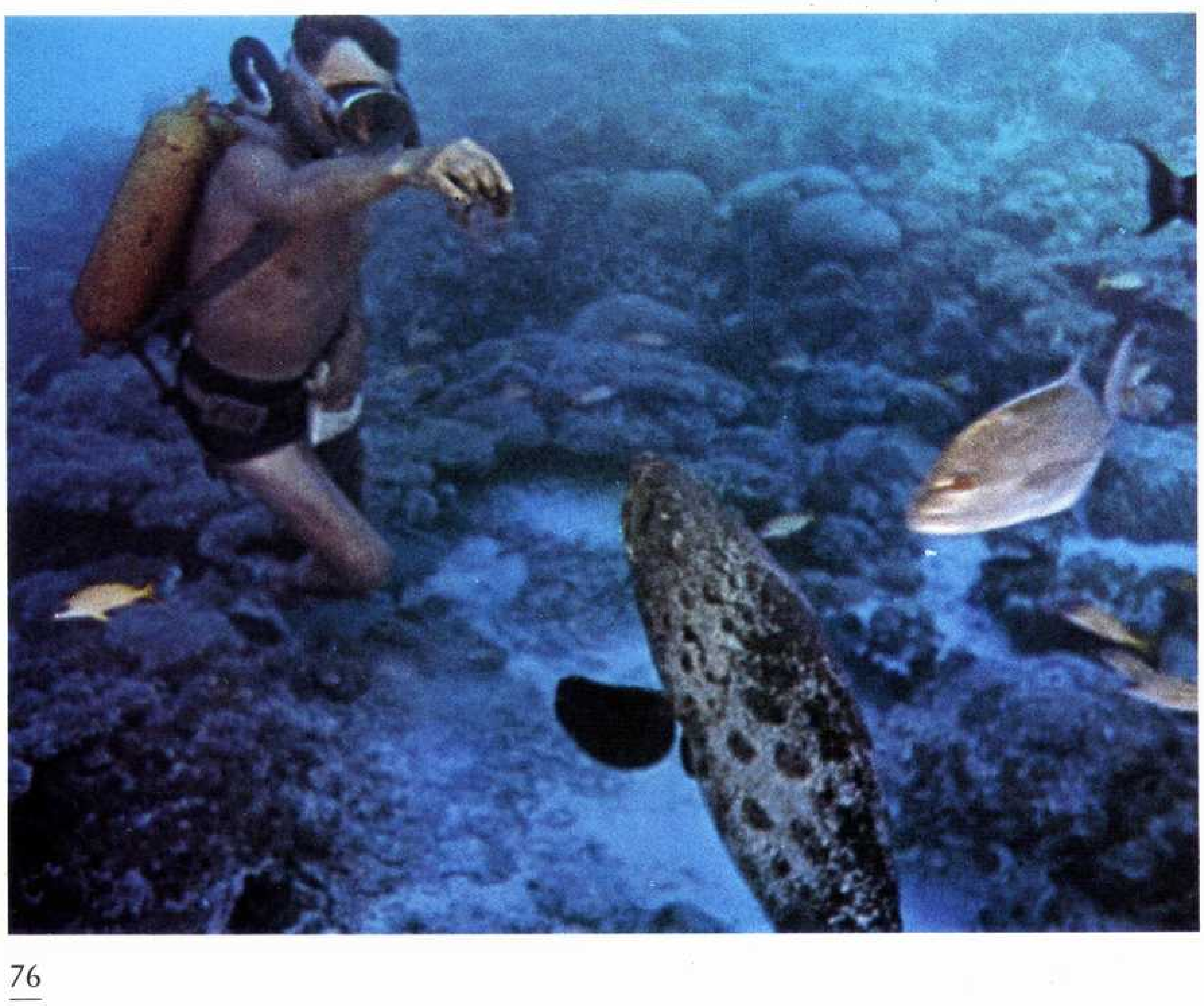
Un amigo engorroso



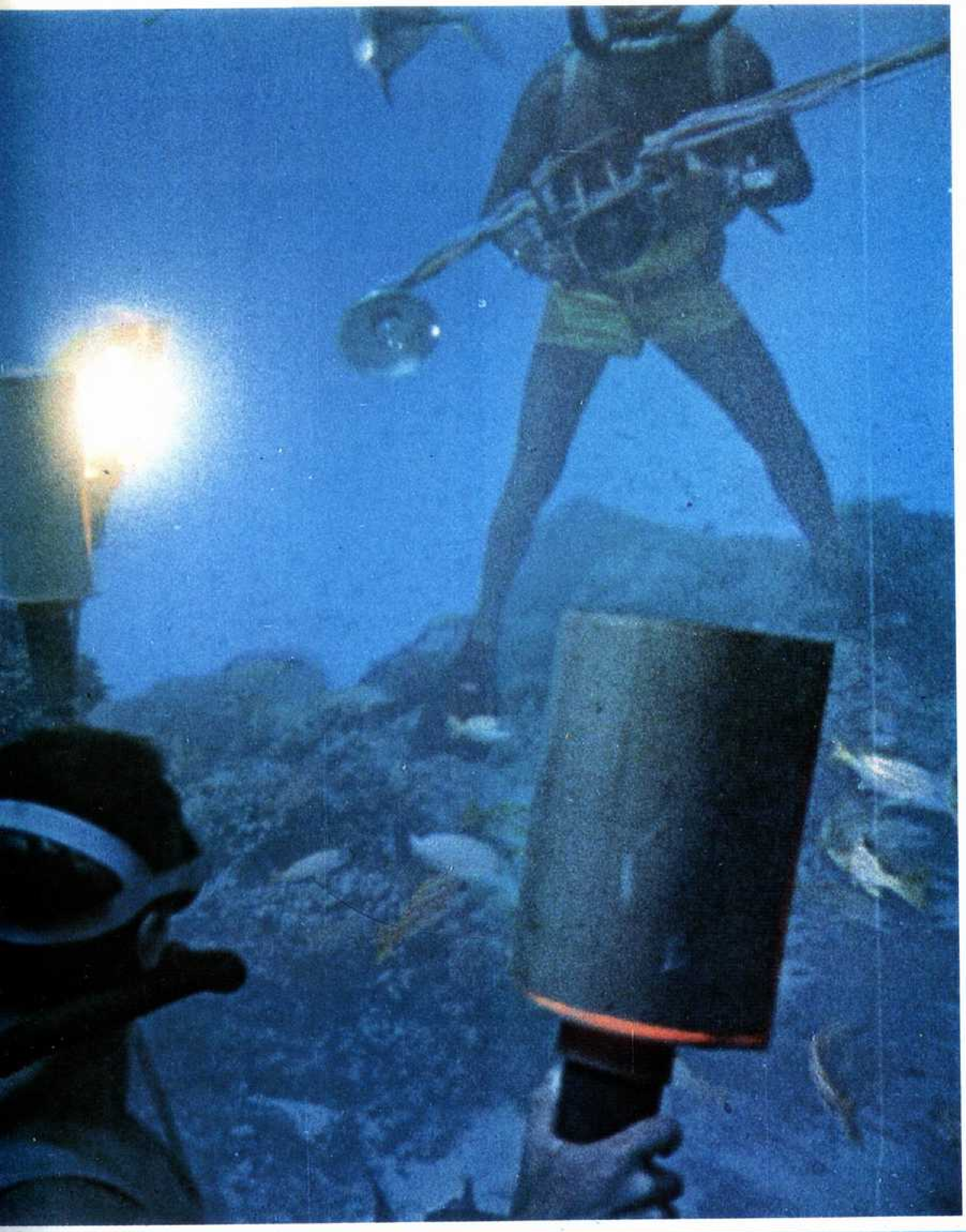


JEAN Delmas y Frédéric Dumas proponen entonces aprovechar la curiosidad del animal. Como no es ni agresivo ni miedoso, hay muchas posibilidades de domesticarlo. Su idea me parece buena, y comienza la operación «seducción».
Los dos buceadores piden al cocinero una bolsita de trozos de carne y se sumergen en la zona en la que Luis Marden encontró el animal. Pronto lo avistan y le ofrecen un primer pedazo de filete. El



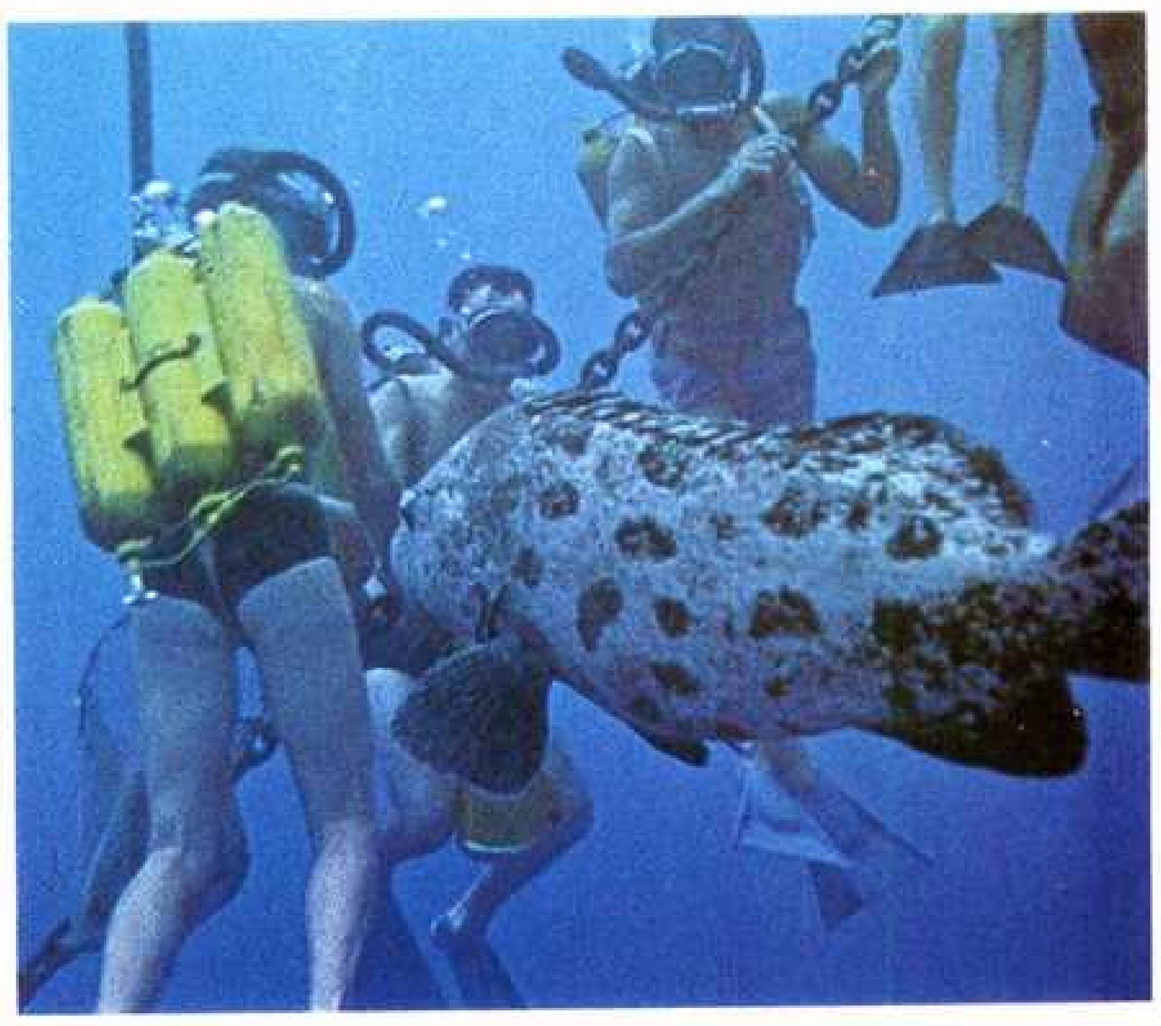


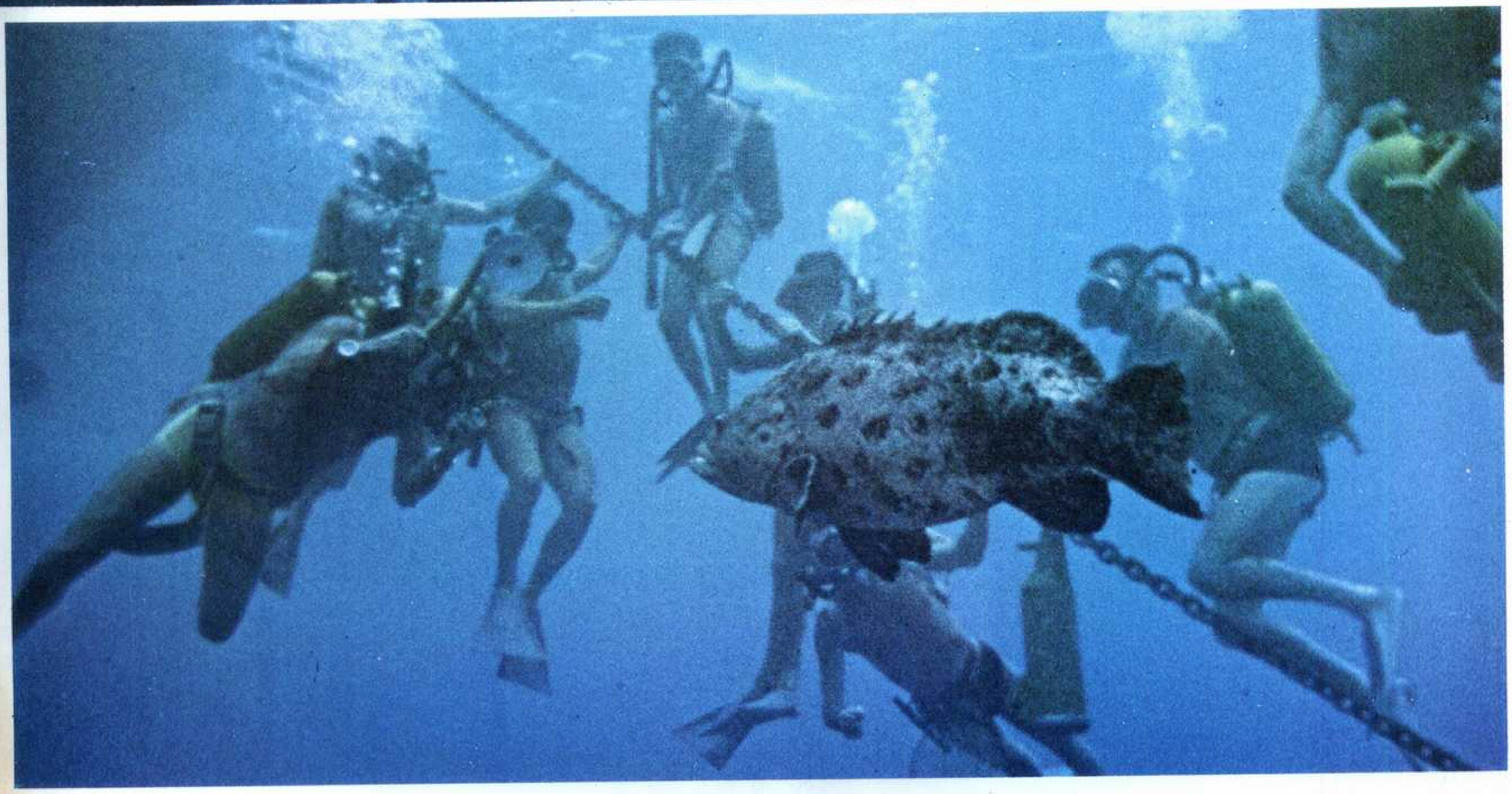
mero no se hace de rogar. Dumas logra incluso ofrecerle un bocado en la mano, que el animal recoge con exquisita delicadeza.
A partir de entonces, el mero de Asunción, bautizado como *Jojo,* se convierte en compañero de juegos y aventuras de todos nosotros, y en héroe de nuestra película *El mundo del silencio.*
Jojo se muestra en la práctica como un animal bastante... lunático. No siempre tiene ganas de jugar con nosotros. Las caricias le divierten, pero a veces parece que le molestan. Baila con Dumas, pero hay días en que le rehúye irritado. Y cuando nos metemos en el agua sin llevarle comida, la emprende a trompazos contra nuestros aparatos. Por fortuna, estos momentos de cólera pasan rápidamente y pronto vuelve a ser el animal jovial que nos ha cautivado a todos. Acaba por conocer tan bien nuestras costumbres que, por las mañanas, ya nos está esperando abajo de la escalerilla de inmersión. Y cuando nos volvemos al *Ca-*



lypso nos acompaña y se queda un buen rato mirando cómo salimos del agua, como si lamentara no podernos seguir. ¿Qué representaremos para él? ¿Exclusivamente animales extraños o algo más? Evidentemente, resulta ridículo atribuir a un pez sentimientos humanos. Pero admitimos sin dificultad la amistad, la fidelidad de un perro sin que por eso seamos antropomorfistas. ¿Por qué no aceptar que un mero pueda ser capaz de cierto afecto hacia seres humanos que a veces le alimentan y juegan con él? A mí no me gustan los animales amaestrados, pero en *Jojo* todo es diferente.

Jojo *y los buceadores se hicieron tan amigos que su presencia nos creaba problemas al llevar a cabo determinados trabajos submarinos. No contento con venir a saludarnos cuando descendíamos por la escalerilla, el animal inspeccionaba nuestro material, se nos metía entre las piernas y nos molestaba... Pero, al fin y al cabo, ¡qué gusto tan grande tener que soportar a tan extraño inoportuno!*





Jojo se pone malo

TODO empieza un día en que Dumas se deja arrancar de las manos la bolsa de tela que contiene su comida. Reacción inesperada, pero normal, que tiene consecuencias imprevisibles.

En efecto, al día siguiente *Jojo* desaparece. Bajo a buscarlo a su «casa» (una fisura con dos entradas en la barrera coralina), y enseguida le veo, acostado sobre la arena, sufriendo visiblemente. Me acerco a él y no se mueve. Me ignora totalmente. Sus branquias palpitan de manera irregular. Le acaricio y me alejo, en espera de que la indigestión —puesto que de una indigestión se trata— pase sin mayores problemas. Me pregunto si no se habrá tragado también la bolsa... Al día siguiente, *Jojo* sigue en la misma posición, y al tercer día también. El médico de a bordo, que ha ido a verle, habla de una oclusión intestinal. Habrá que operarle.

Entonces nos organizamos para esta primera intervención quirúrgica submarina. Preparamos todo el material: bisturíes, anestesia, pinzas, agujas, etc., y decidimos operarle a la mañana siguiente. Pero cuando bajamos, *Jojo* ha desaparecido. ¿Y si se ha escondido para morir? Se nos hace un nudo en la garganta con sólo pensarlo, sobre todo porque nos sentimos responsables de lo que le está pasando, y nos ponemos a buscarle frenéticamente.

Al fin, Dumas siente que le están tirando de una aleta. Es *Jojo,* alegre y hambriento, como siempre, que quiere jugar con nosotros.

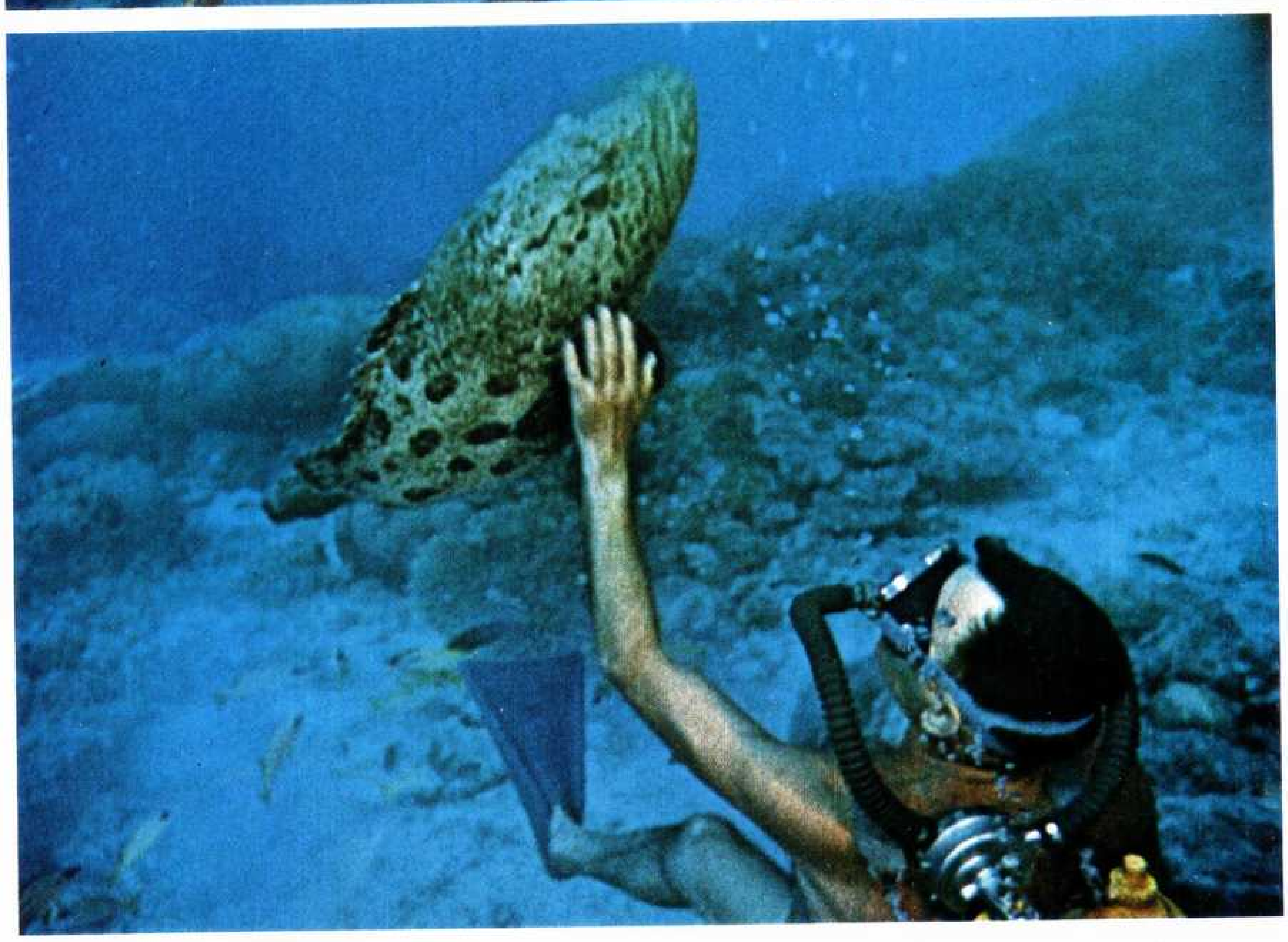
No será la única vez. Y durante nuestra estancia, *Jojo* tendrá otra indigestión... Albert Falco descubrió que, después de la matanza de los tiburones, un grupo de rémoras se había fijado en la quilla del *Calypso.* Las iba a ver sin falta todos los días y se entretenía dándoles de comer. Pero advirtió que su número disminuía día a día.

La solución la encontró el propio Falco tras una atenta observación. Una gran barracuda venía todas las mañanas y devoraba una rémora. Decidimos entonces eliminar a este aguafiestas. Nos encontramos con una picuda de cerca de metro y medio, que el cocinero se negó a preparar con el pretexto de que no habría para todos. Y fue el mismo cocinero, Ferdinand Hanen, el que, como una ocurrencia, aconsejó que se la echáramos a *Jojo;* estaba pensando, sin duda, en sus reservas de carne, que disminuían con demasiada rapidez. Así ofrecimos la barracuda a *Jojo,* que no dudó ni un momento. Abriendo su boca cavernosa, se la tragó de un bocado. Pero como la barracuda era más larga que *Jojo,* la mitad del cuerpo y la cola quedó fuera de la garganta del mero. El pobre *Jojo* parecía que se había tragado una palanca de mando. Se fue a refugiar a su agujero, pero la cola de la picuda sobresalía de la puerta del escondrijo. Sus numerosos dientecillos estaban hechos para apretar, no para cortar. Se necesitaron dos días para que los jugos gástricos de *Jojo* digirieran la barracuda, centímetro a centímetro. Nuestros buceadores seguían hora tras hora el progreso de esta pantagruélica digestión. Se cruzaron incluso apuestas para establecer cuándo la barracuda desaparecería definitivamente en el gaznate de *Jojo.* El acontecimiento se produjo por la noche, y nadie se dio cuenta.

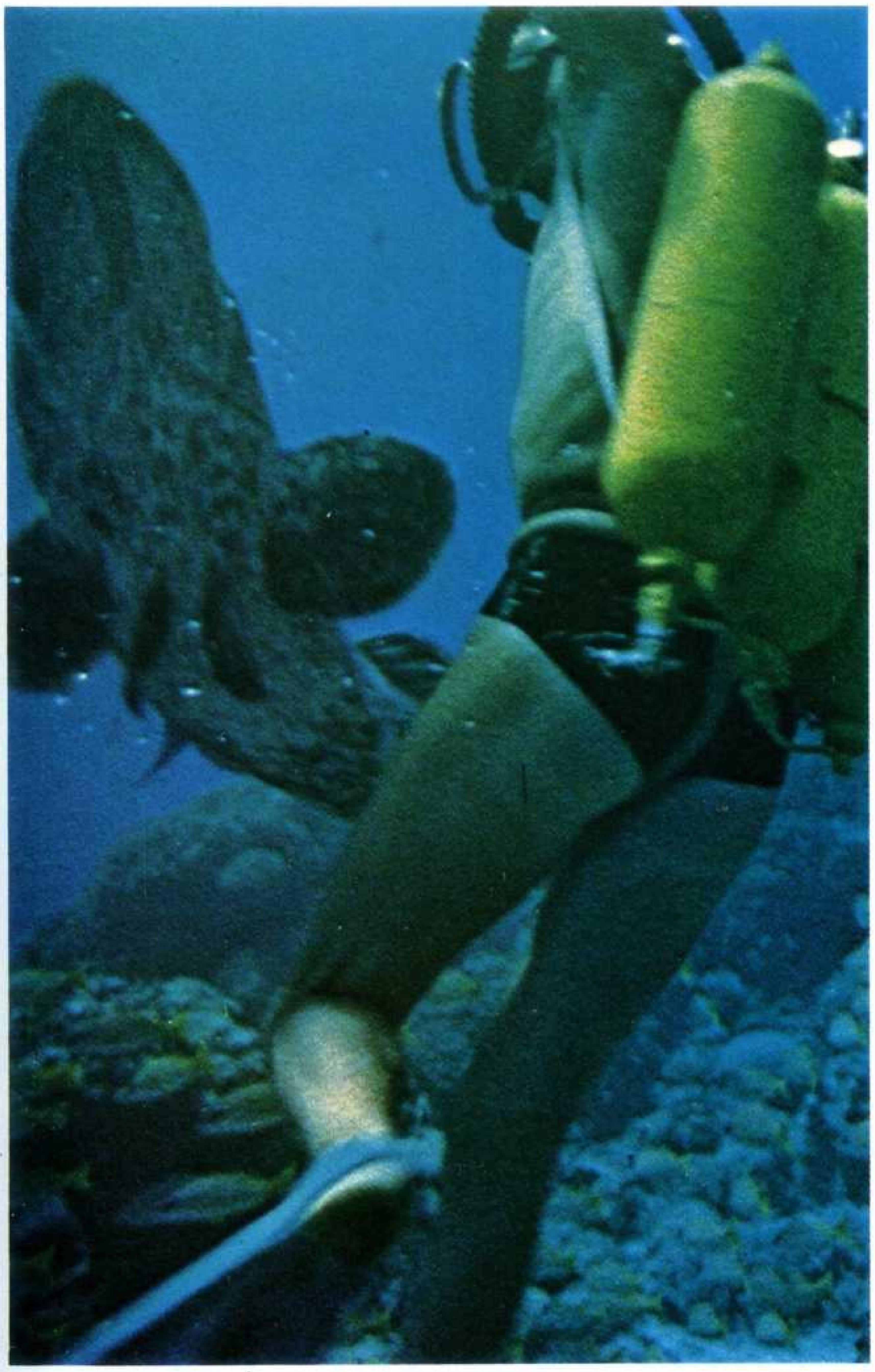
Por fin, una mañana, *Jojo,* muy alegre, salió al encuentro de Bébert como para agradecerle el banquete que había durado dos días.

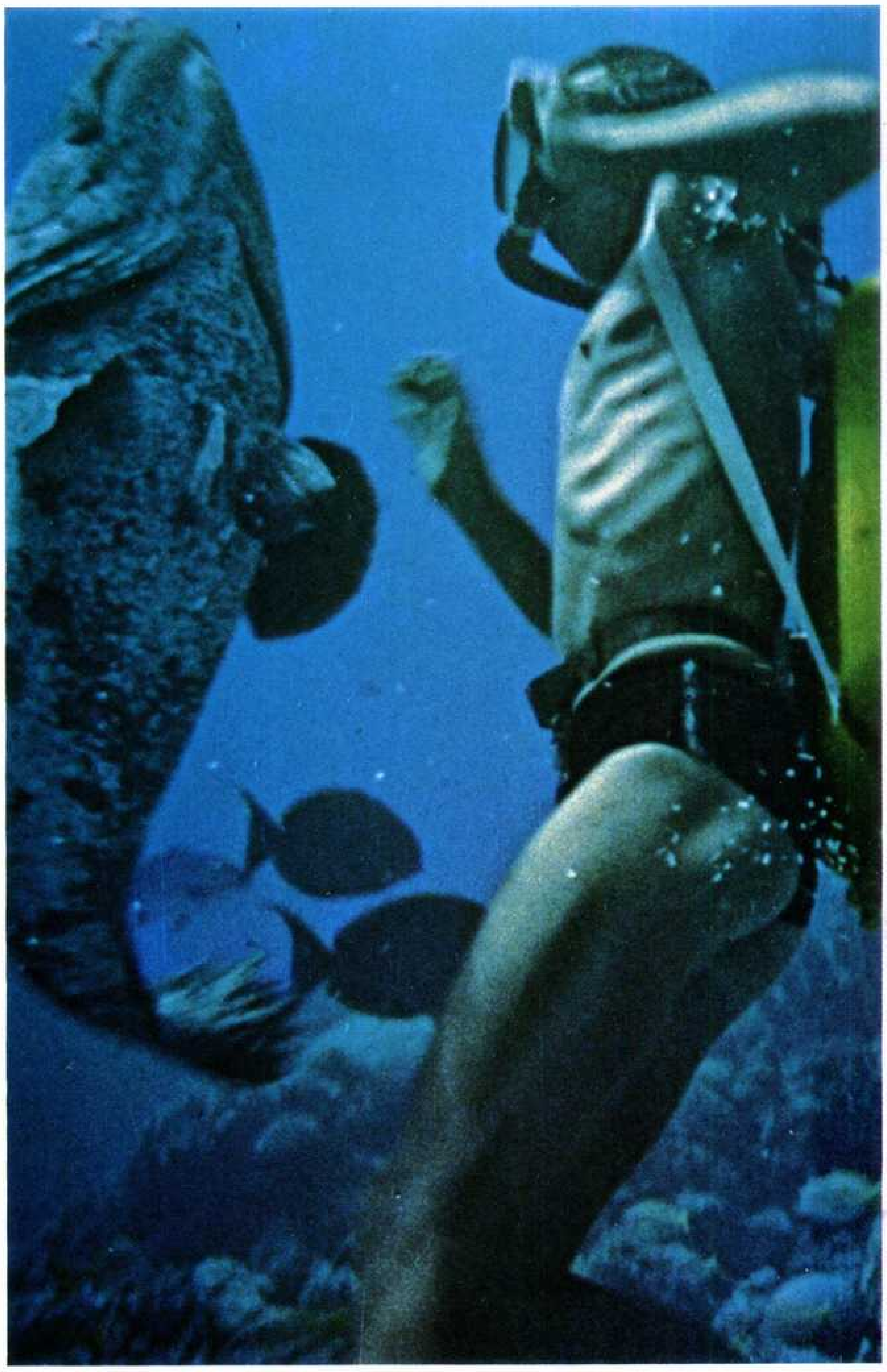
Nuestra imprevista estancia en Asunción tocaba a su fin: teníamos que pensar en reavituallarnos. Decidimos poner rumbo a Aldabra, estar allí unos días y regresar por Asunción para ver si, a nuestra vuelta, *Jojo* nos reconocía.





Era tan grande la familiaridad entre Jojo *y los submarinistas que el animal se dejaba acariciar por los hombres. Para nosotros fue una verdadera revelación descubrir que entre dos especies tan diferentes se podía establecer un cierto afecto...*







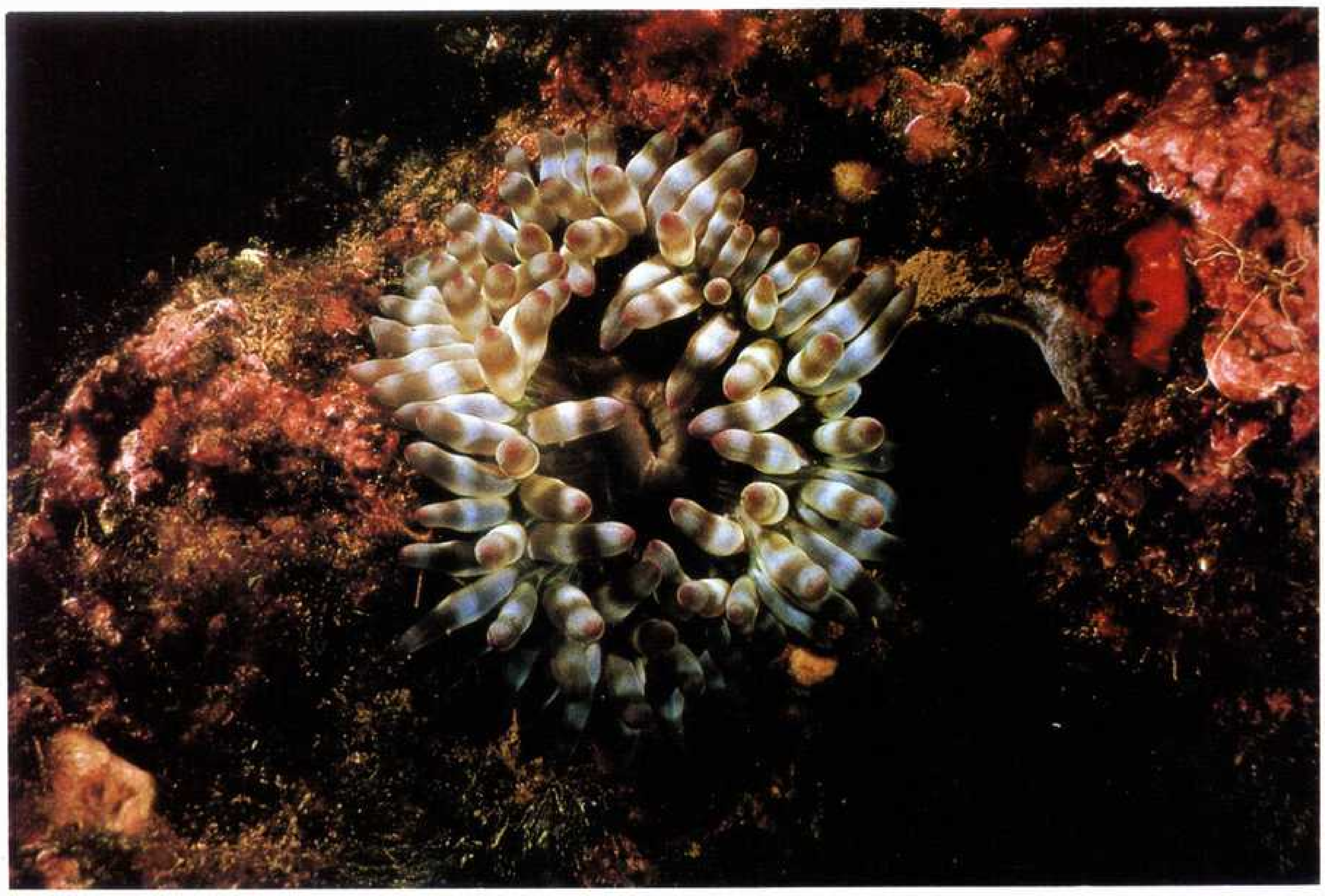
Ultimos días del paraíso

NADA más volver a Asunción, Falco se tira al agua. A bordo estamos realmente preocupados. Miramos las burbujas de aire emitidas por nuestro amigo sumergido, que vienen a morir a la superficie. No tenemos que esperar mucho rato; las burbujas se acercan al *Calypso* y Falco sube hacia nosotros. Al llegar a la superficie, escupe su respirador y nos grita: «*Jojo* está todavía aquí, vivo y coleando.»

Se nos escapa un suspiro de alivio. Al dejar Asunción para dirigirnos a Aldabra, nos habíamos topado con una barca de pescadores. Al pasar, nos habían enseñado su pesca, compuesta esencialmente por un gran mero, semejante a *Jojo*. No se pueden imaginar las protestas que hubo a bordo: «no debimos desviarle de su comportamiento habitual», «le hemos acostumbrado a no recelar del peligro», etcétera. Yo mismo tenía serias dudas, que se verían justificadas desgraciadamente en los años siguientes.

El interés que sentíamos por *Jojo* nos condujo a observar con un cuidado especial no sólo su comportamiento, sino el de todos sus congéneres. El domicilio de nuestro amigo era una caverna relativamente estrecha, compuesta por dos habitaciones comunicadas entre sí por un pasillo por el cual el propietario se escurría raspándose contra las paredes, siempre en marcha atrás (ya que la segunda habitación de su casa no le hubiera permitido dar la vuelta). *Jojo* dormía por la noche en su casa, se refugiaba en ella cuando estaba enfermo, de mal humor o también para digerir.

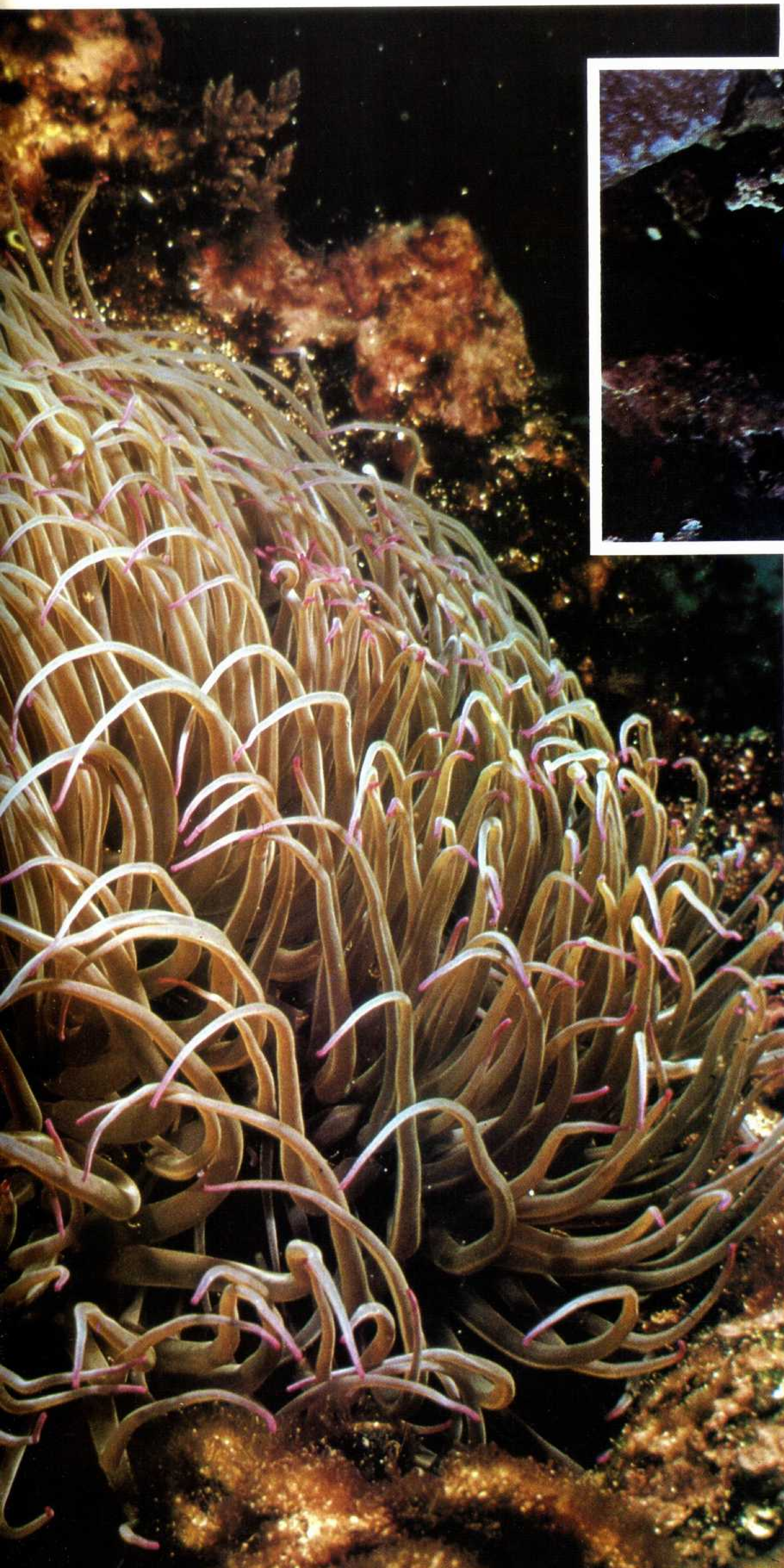
Nos dimos cuenta que cuando nuestro mero nos seguía en nuestras exploraciones se paraba de repente al llegar a ciertos lugares y se negaba a continuar más allá, pese a nuestras súplicas apoyadas por la ofrenda de algún bocado exquisito. Comprendimos rápidamente que estas paradas marcaban las fronteras de su territorio, que cubría un círculo de unos 40 metros de diámetro alrededor de su domicilio. Al norte y al sur, otros meros algo menores y mucho menos confiados reinan sobre pequeñas naciones de 200 ó 300 metros cuadrados. Pudimos asistir a un conflicto fronterizo en el que *Jojo* rechazó, boca abierta contra boca abierta, a su vecino del norte, que había penetrado algunos metros en su territorio. Los meros tienen unos comportamientos reproductivos muy complejos. Pueden cambiar de sexo. En algunas circunstancias, la ceremonia de la freza tiene lugar entre vecinos o durante reuniones de todos los meros de la región, en el transcurso de cópulas múltiples y de orgías sexuales colectivas, para las cuales se produce una moratoria en las reglas de los territorios y de las fronteras.



Asistimos así al noviazgo de *Jojo* con su vecino del sur, más pequeño y convertido en hembra en esta ocasión. Los dos meros se rozaban con ternura, dando vueltas sobre sí mismos y cambiando de color; los orgasmos provocaban el estremecimiento de los dos ejemplares, que palidecían hasta volverse casi blancos. Al día siguiente, la frontera se había restablecido ya.

Al emprender nuestro viaje hacia el mar Rojo, nos despedimos con tristeza de *Jojo*. Algunos buceadores, llevados por el afecto que el mero despertó en ellos, habían sugerido llevarlo con nosotros en un tanque de agua de mar para instalarlo en el Mediterráneo.





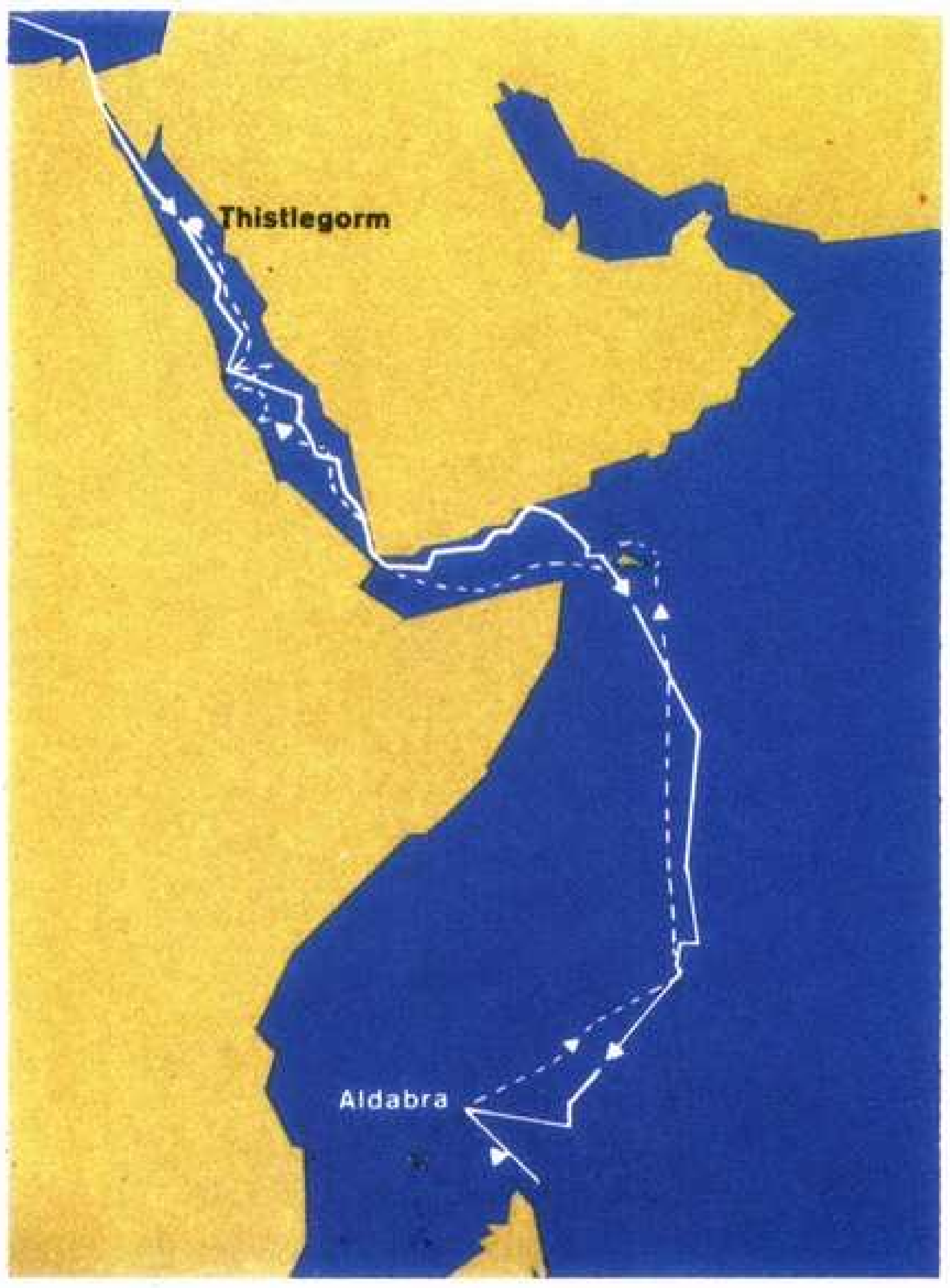




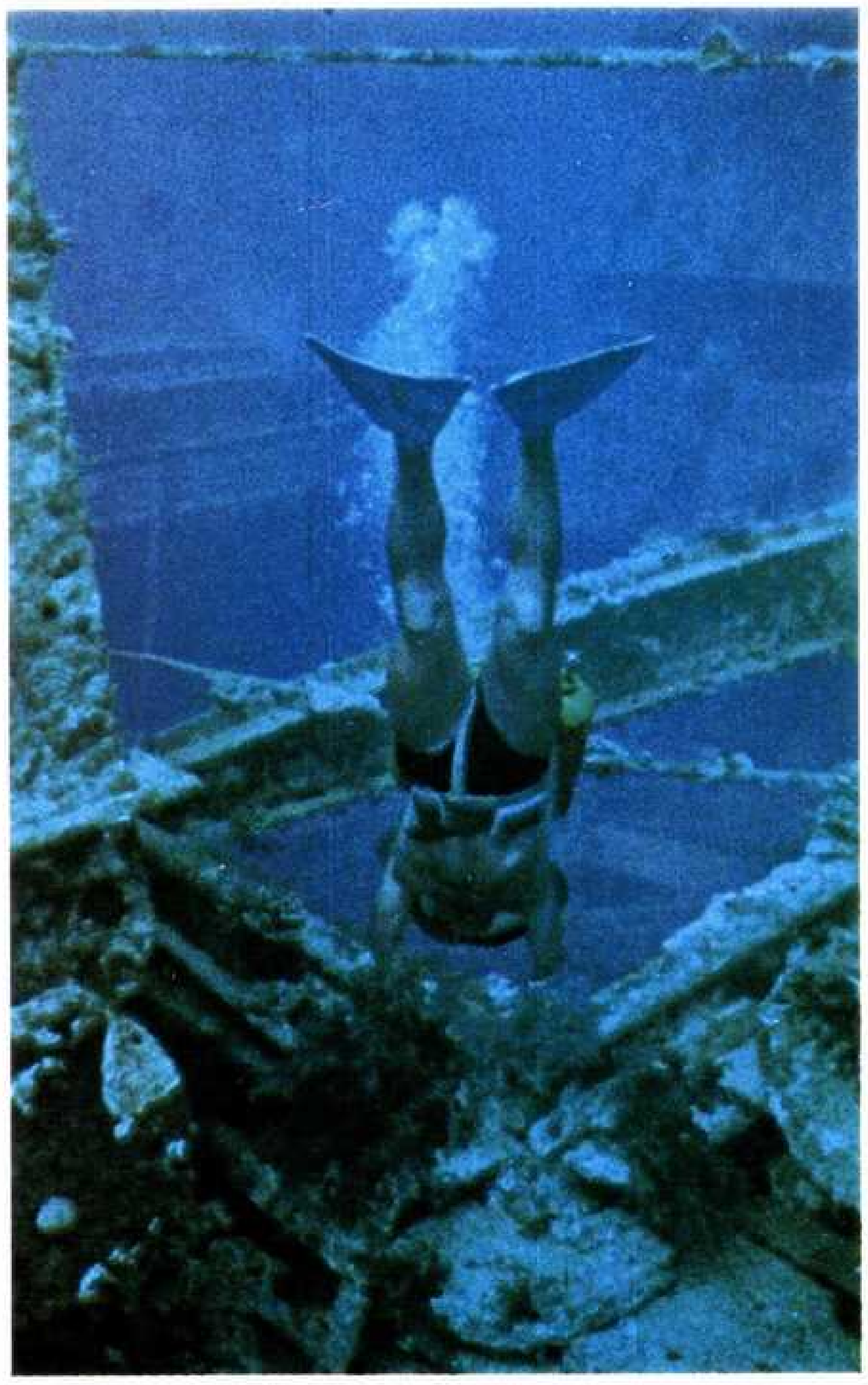


En los fondos de la isla de Asunción pululan los animales de colores irisados; es un regalo para la vista, un perpetuo encanto. En la página anterior, la enémona ha retraído sus tentáculos. En la foto de la izquierda los despliega para capturar animalillos planctónicos. Sobre estas líneas, y de arriba abajo, un pez duque; dos peces ardilla; un pez ardilla (rojo), un pez estandarte (blanco, amarillo y marrón) y un pez soldado (dorado).

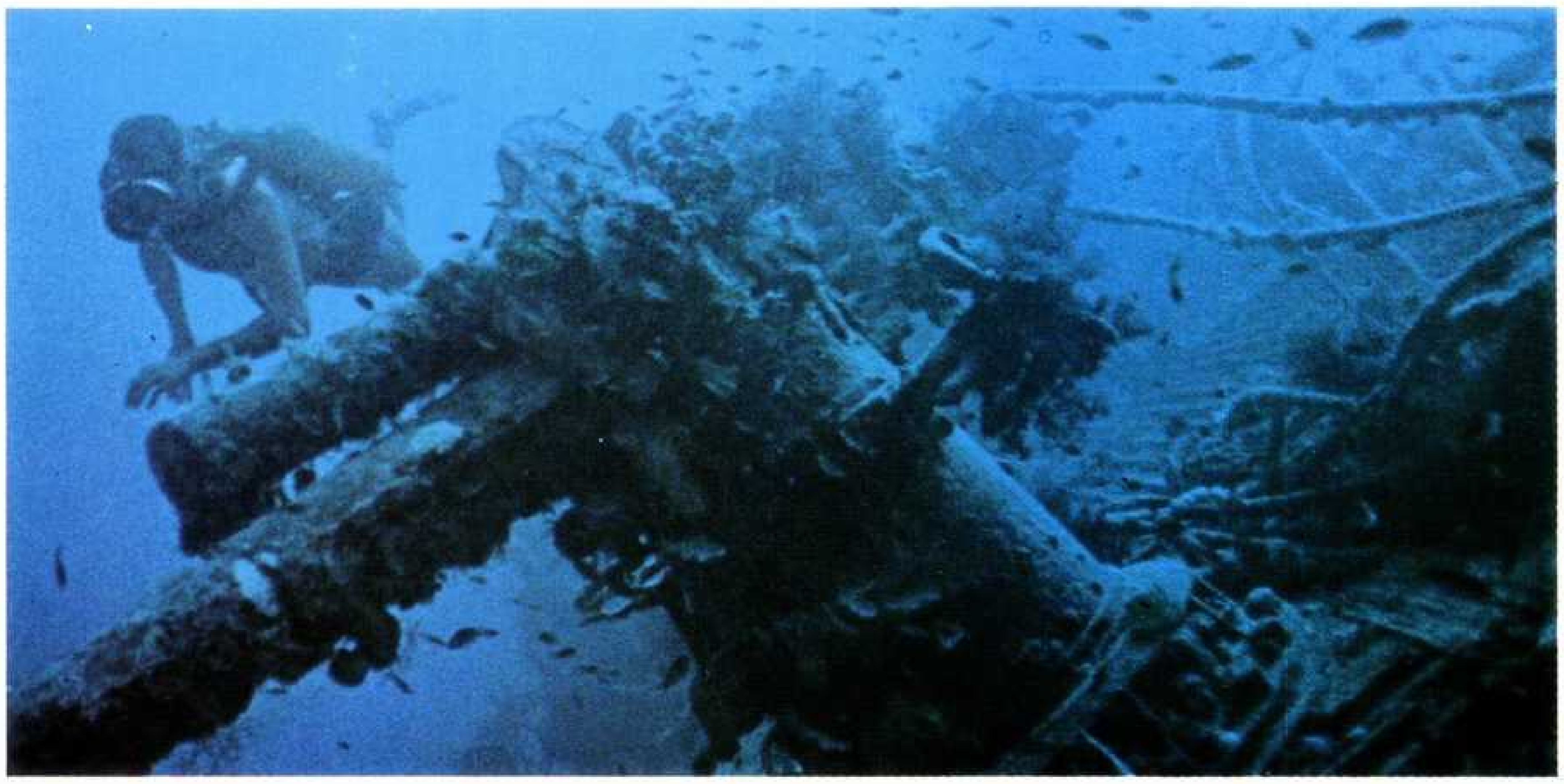
SS Thistlegorm



DEBIDO a la imponente actividad destructora del enemigo, el barco *Thistlegorm*, de Glasgow, de 10.000 toneladas, cargado de camiones, motocicletas, locomotoras, camiones cisterna, bombas, minas, torpedos y municiones ligeras, fue desviado por el estrecho de Buena Esperanza.



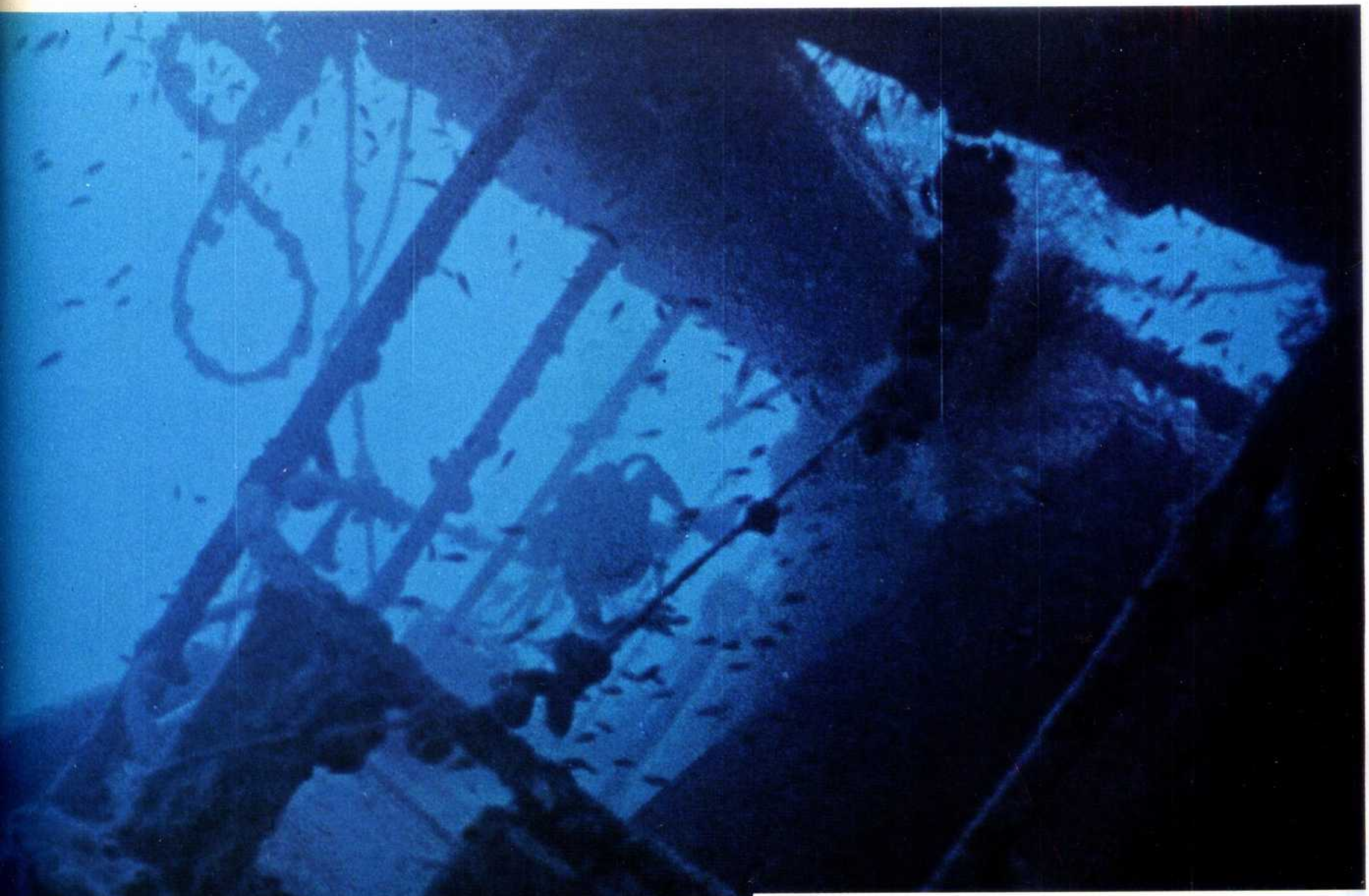
En esta doble página, algunas impresionantes vistas de los restos del Thistlegorm, *que duerme en el fondo del mar Rojo desde 1941.*





El 6 de octubre de 1941, en el transcurso de un ataque aéreo enemigo, el *SS Thistlegorm* fue alcanzado por dos bombas en su puente posterior, debajo del cual se hallaban las locomotoras, las bombas y las municiones. Se produjeron inmediatamente dos violentas explosiones. Las llamas invadieron el puente y las cajas de municiones de armas ligeras empezaron a explotar. Los hombres que se encontraban a popa no tuvieron ninguna posibilidad de llegar a los botes y se vieron obligados a arrojarse al agua. Fue entonces cuando un miembro de la tripulación realizó un acto de valor que salvó una vida humana. Cuando Angus Mac Leay, un modesto marinero de Stornway (islas Hé-







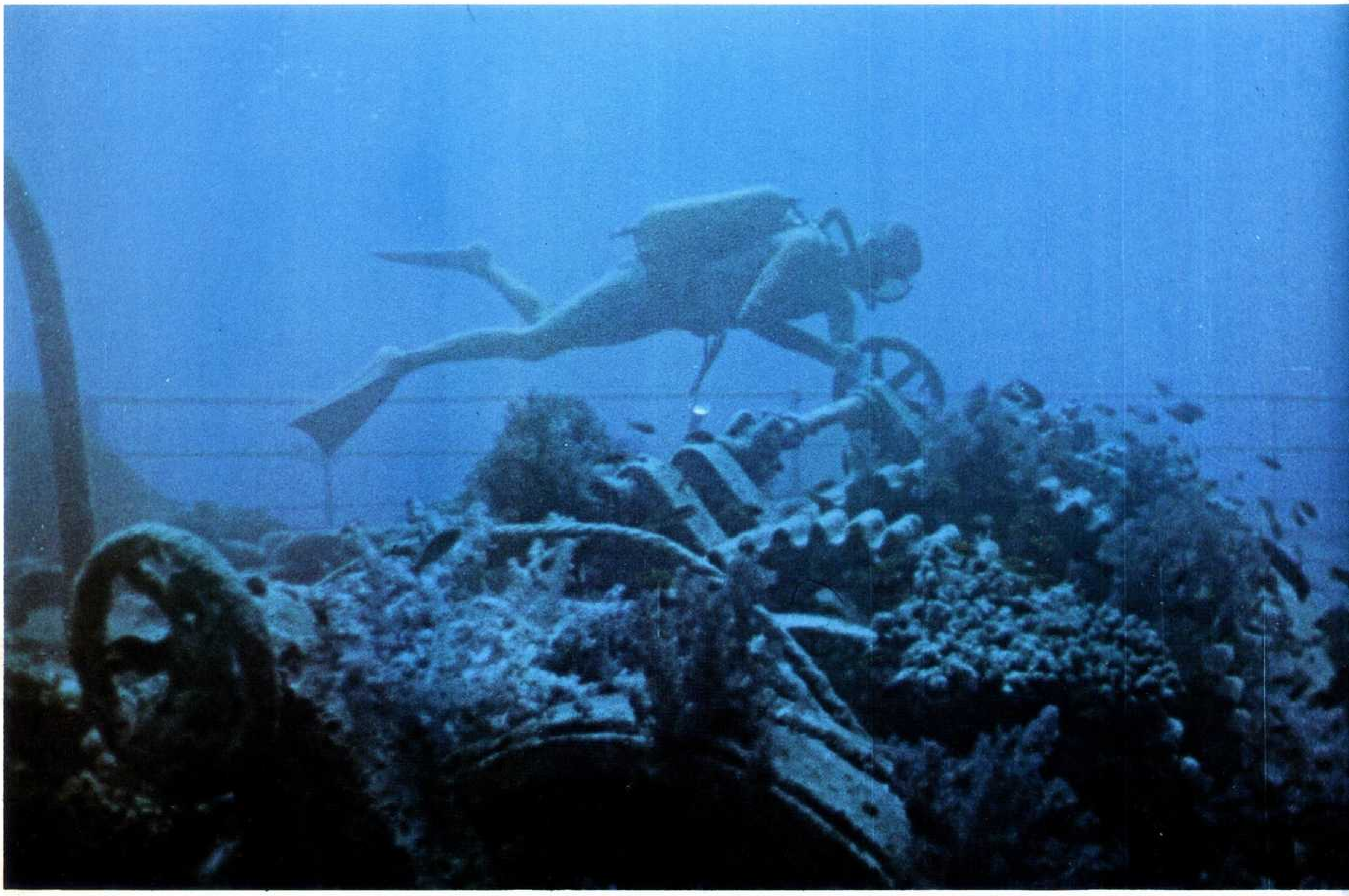




bridas), fue proyectado por la explosión fuera de su litera, se dirigió al puente y vio cómo los hombres se tiraban al mar huyendo del fuego. Al ver herido a un artillero le echó sobre su espalda y, andando descalzo sobre las tablas ardientes y sorteando milagrosamente las explosiones que se producían sin cesar, consiguió transportarlo hasta uno de los botes de salvamento.

Mac Leay sufrió graves quemaduras en las plantas de los pies y por todo el cuerpo. De los 49 marineros que componían la tripulación del *Thistlegorm,* murieron nueve. Mac Leay fue merecidamente condecorado por su heroica actuación con la George Cross.

Filmar un barco hundido



AL descubrir nuestro barco hundido cerca de la península del Sinaí, decidimos consagrar tres días a su exploración cinematográfica, con la esperanza de encontrar de nuevo a nuestro «pez camión». Una minuciosa inspección del barco, y sobre todo de su cargamento, nos produce la ilusión de hacer revivir al navío muerto. Bajo el mar, los daños del tiempo están camuflados por guirnaldas de coral, por gorgonias, por ostras perlíferas y por peces de todas las formas y colores. Sobre los flancos de acero torcidos por las explosiones y roídos por la corrosión encontramos briozoos, hidrozoos y comatúlidos. En la parte delantera, el molinete se ha transformado en un pequeño arbusto de coral coronado por una nube de pececillos negros, blancos, azules y rosas, que se contrae al acercarnos. El barco estaba anclado cuando se hundió, y distinguimos en el fondo de arena la pesada cadena del ancla que se pierde en la lejanía. Mi acompañante, Dumas, encuentra cerca del estrave la campana de bronce del navío, y al golpearla con su puñal obtiene de ella un sonido puro, completamente insólito en este jardín fúnebre.

Al penetrar en la bodega, cuyos paneles de cierre han sido arrancados, tengo la impresión de hallarme en un almacén después de un terremoto. En los haces de luz de nuestras linternas descubrimos alas de avión, camiones y motocicletas. La

Al explorar los restos del naufragio, Frederic Dumas pudo reconstruir paulatinamente la historia conmovedora del hundimiento. Las estructuras del barco, colonizadas por las algas rojas, las gorgonias y los peces, presentan grandes agujeros, heridas mortales producidas por las bombas.



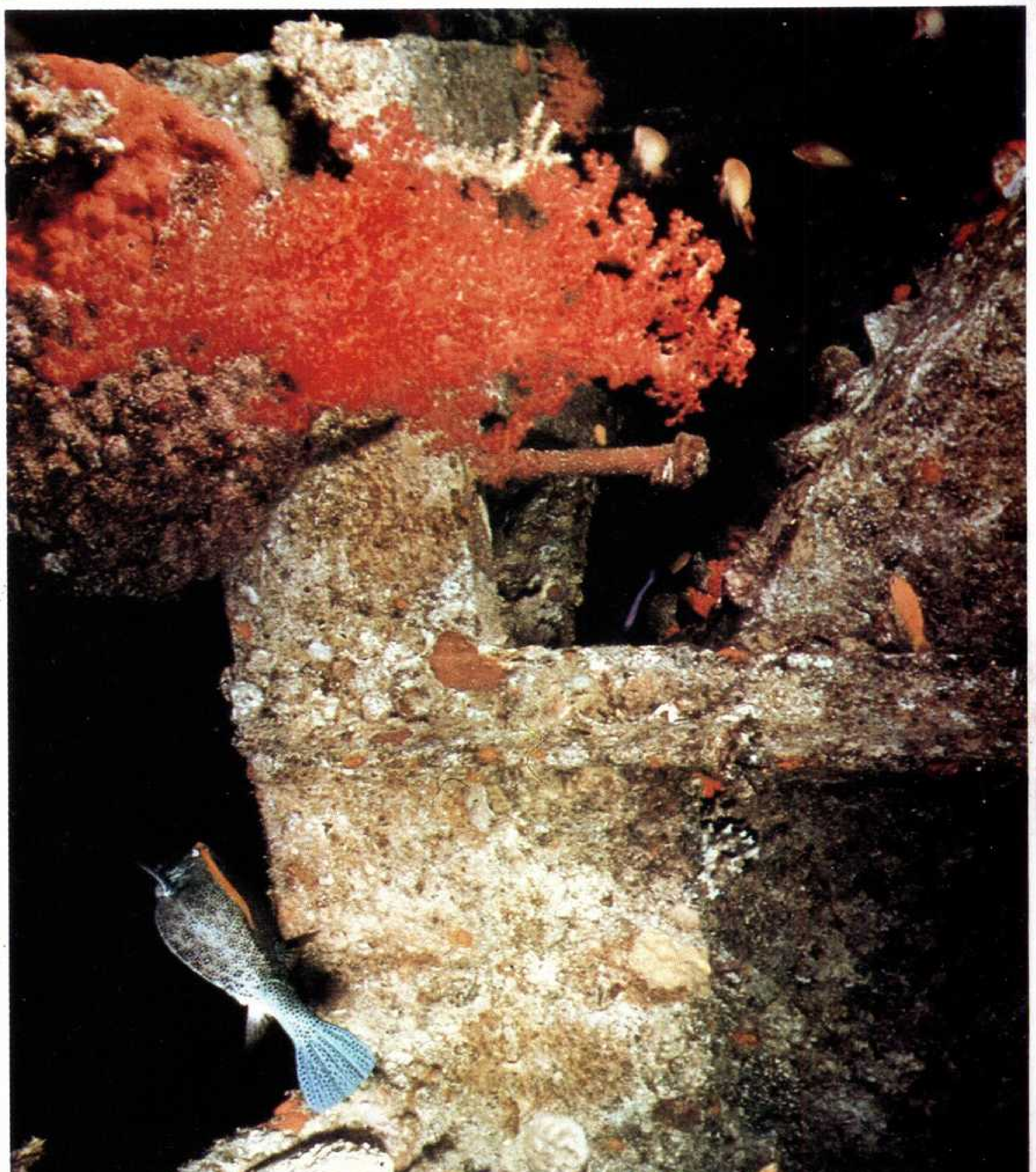


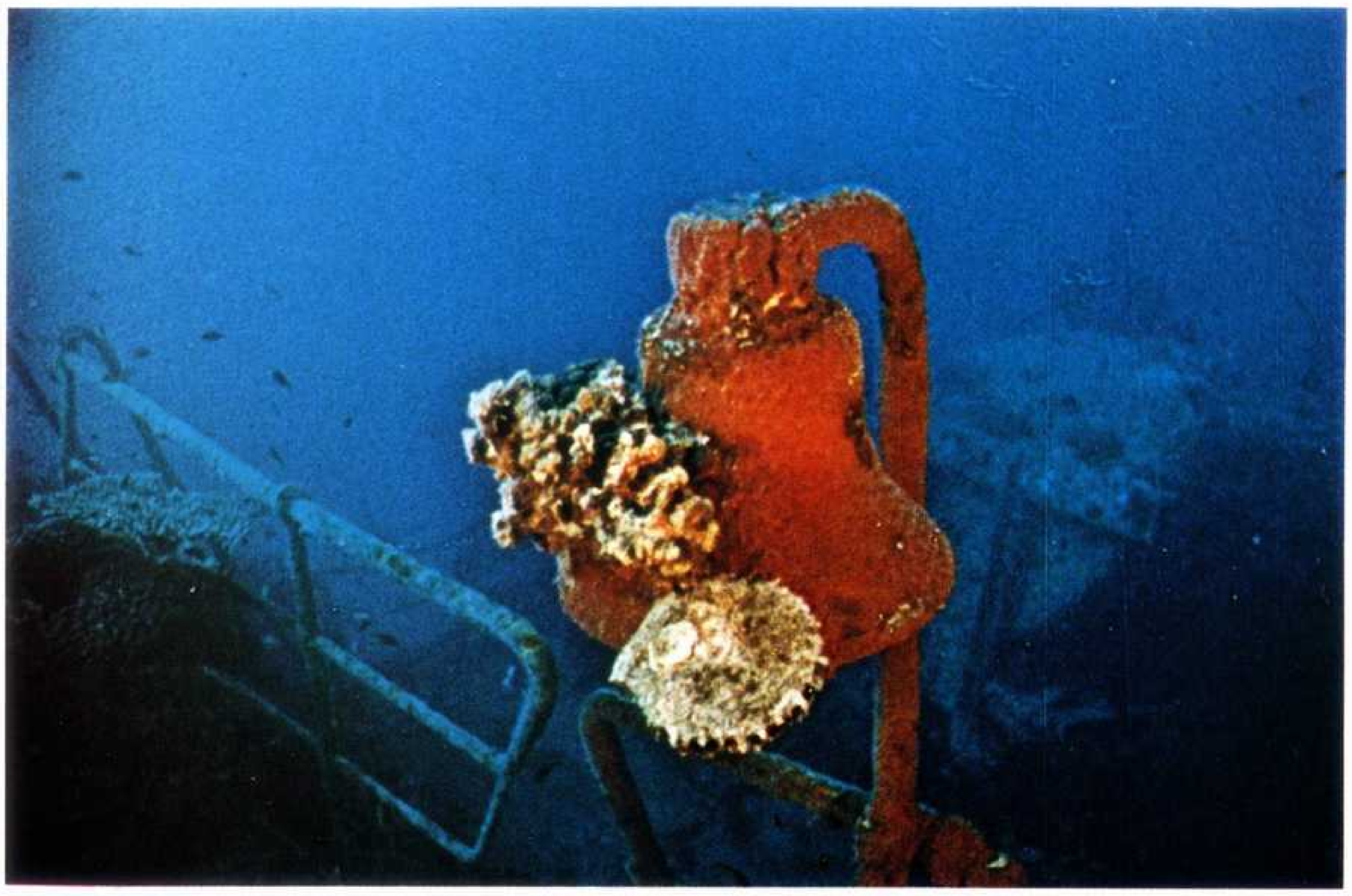




magia que reina sobre el puente no existe aquí, en la sombra. Todo está cubierto por una gruesa capa de sedimento rojizo, mezcla de óxido y de desperdicios orgánicos, que se levanta como la niebla con sólo rozar algún objeto. Algunos peces ardilla, también rojos, se esconden temerosos entre las cajas de municiones.
Subimos hacia la luz y pasamos sin transición de este siniestro desván a un jardín luminoso. En la toldilla, un grupo de pagros y de peces damiselas nadan entre la antena del radiogonómetro y las puntale-





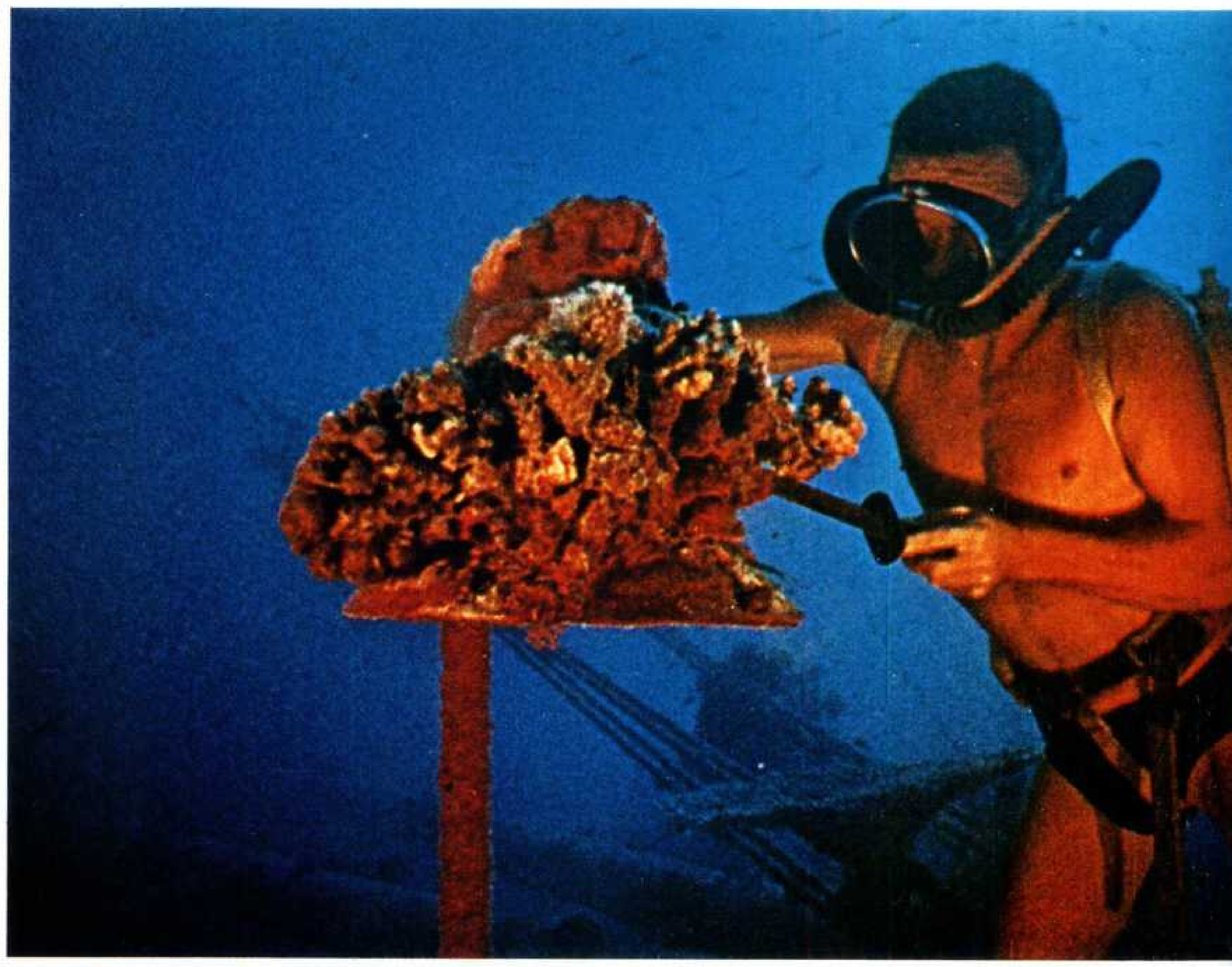


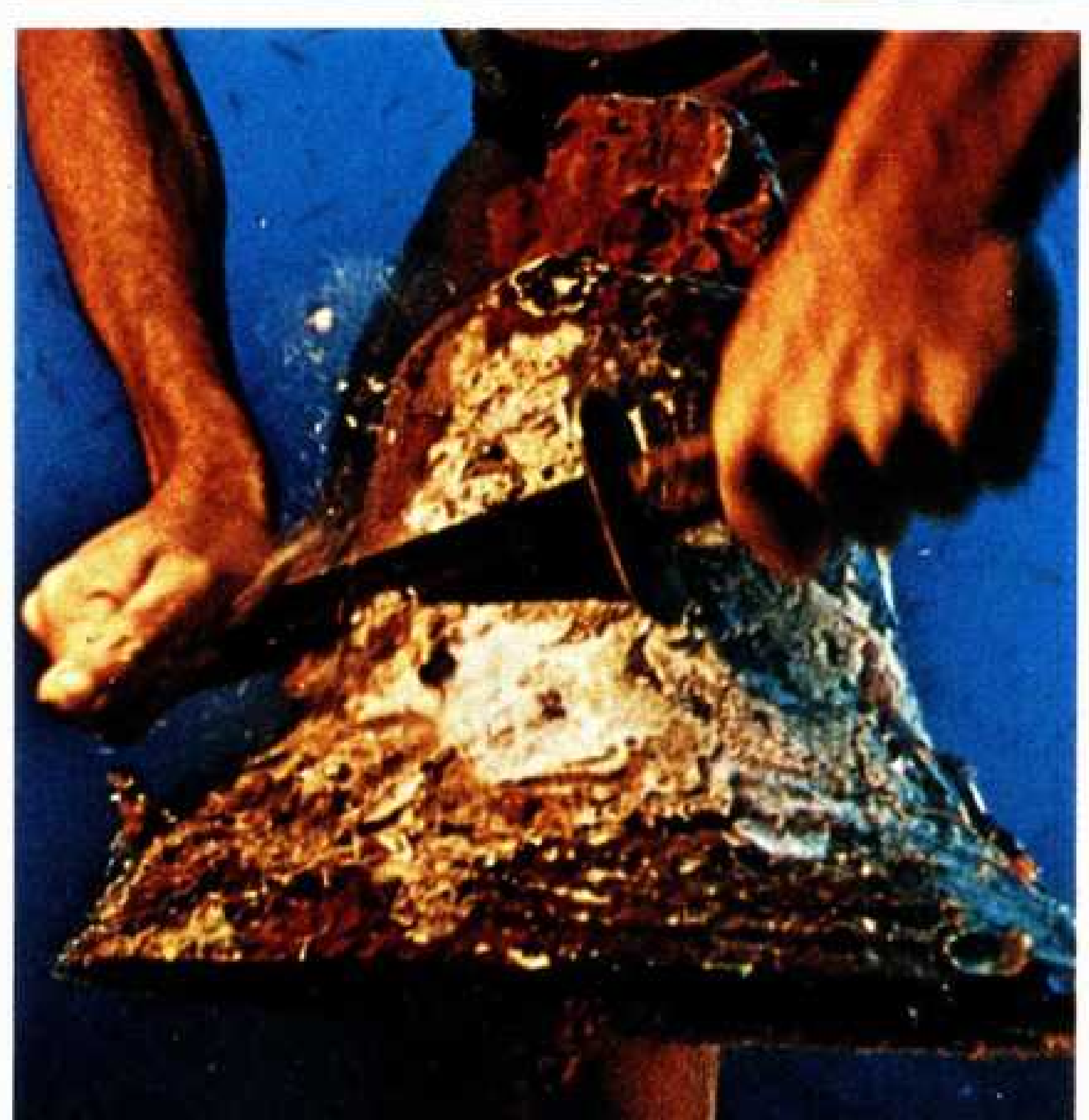
rías metálicas a medio destruir. Nos deslizamos dentro de lo que queda de la pasarela; está tan oscuro que nos paramos para acostumbrar nuestros ojos a la oscuridad. Avanzamos a ciegas golpeándonos con las paredes, el timón, el transmisor de órdenes. Instrumentos, cables eléctricos, chatarra..., testigos todos de la destrucción. Detrás del castillo central hallamos la abertura producida por las bombas. Por los gestos de Dumas me doy cuenta que fue aquí donde encontraron el famoso «pez camión». Adivinamos, con la escasa luz reinante, algunos objetos cuyo poder de destrucción resulta aquí irrisorio: armas, cañones, proyectiles... En este lugar, como en cualquier otro del barco, todo lo que sobresale está cubierto por los corales, y cuanto se halla en la sombra se encuentra enterrado en el fango. La popa es también magnífica, con su larga cursiva a estribor poblada por multitud de peces, con su timón y su hélice medio enterrada en el lado. Nos sumergimos día y noche, y por fin vemos al famoso «pez camión» acompañado por otro ejemplar de su especie algo más pequeño, pero también monstruoso. No se trata más que de un budión, un vulgar *Cheilinus ondulatus*. Pero ¿por qué tales dimensiones?

Antes de abandonar el barco, Frederic Dumas limpia la campana de las incrustaciones animales que la tienen bloqueada. Las leyendas de naufragios cuentan a menudo que las campanas de a bordo siguen repicando bajo el agua... Pero el Thistlegorm *vuelve al silencio del fondo del mar.*









Para terminar, recuperamos la caja fuerte del capitán, que contiene dos dólares canadienses y una libra esterlina inglesa. Estos tres días consagrados a la visita del carguero hundido han transcurrido demasiado deprisa. Una última inmersión y volvemos al Mediterráneo.
Dumas se acerca al castillo como para decir un último adiós a esta víctima de la cueldad humana. Rasca repetidamente con su cuchillo las concreciones marinas y entonces aparece sobre una placa de bronce el nombre del constructor del desgraciado navío.
«Joseph L. Thompson & Son Ltd. Astillero de North Sonds n.º 599. Instalaciones de Manor Quaz. 1940. Sunderland.»

REFERENCIAS FOTOGRÁFICAS

The Cousteau Society Inc. Colaboran además: A. A. Benson. Ansa. Archives Fabbri. E. Capellati. Caron-Gamma. E. Ceruti. Nino Cirani. Farabola. D. Lusby jr. Museo Oceanográfico de Mónaco. NASA. National Geographic Society. Lino Pelegrini. Tomisch.

ILUSTRADORES

Alessadro Bartolaminelli. Mario Russo.

20 VIAJES

folio